DUELO de IDENTIDADES

Nesa Costas

LA DAGA PÚRPURA

DUELO DE IDENTIDADES

NESA COSTAS

Publicado por primera vez en *El rincón de Nesa*: Septiembre, 2011
Colección: La Daga Púrpura, 2015

© De esta edición: Nesa Costas, 2015

Diseño de portada y maquetación: Pablo Iglesias www.piglesias.com
Primeras correcciones: Manuela Mangas Enrique
Revisiones: Neira Blacquier

Encontrarás más historias mías en www.ElRinconDeNesa.com. Si quieres, suscríbete ahora a mi newsletter y no te pierdas ninguna actualización.

Esta obra no está protegida bajo DRM para que puedas leerla en otros dispositivos si lo deseas. Por favor, respeta el trabajo de todos los que hemos intervenido en el proceso y no lo distribuyas sin permiso. Muchas gracias.

ÍNDICE

ÍNDICE

PRÓLOGO

ANTES

LA CITA
EL GRUPO ZEVA
ASALTO FINAL

AHORA

1 — DESPIERTA
2 — SERGIO
3 — CAMINA
4 — LA PESADILLA
5 — INTUYE
6 — INSOMNIO
7— RECONOCE
8— SIN LÍDER
9— LA CLAVE
RECUERDO 10: DIANA
10— PELEA
RECUERDO 14: EVA
11— BUSCA
12— SOSPECHAS
13— SANGRA
RECUERDO 6: ALICIA
14— AGOTAMIENTO
15— PREPÁRATE
RECUERDO 5: NATALIA
16— LA MENOS PACIENTE
17— INVESTIGA
RECUERDO 1: LA NIÑA
18— CORRE
19— ENGAÑA
20— RABIA
RECUERDO 4: NATALIA
21— CONFIESA
22— MENTIRAS
RECUERDO 3: NATALIA
23— DESCUBRE
RECUERDO 2: EL CLON
24— ACTÚA
RECUERDO 18: EVA
25— REACCIONA
26— TANTEA
27— OBSERVA
28— ATIENDE
RECUERDO 11: NÉMESIS
29— DEFIENDE
RECUERDO 22: EVA
30— COMPARTE
31— IDENTIDADES
32— ESPERA
RECUERDO 12: EVA
33— APRECIA

RECUERDO 8: ALICIA
34— VUELVE
RECUERDO 19: EVA
35— DESCONFÍA
RECUERDO 9: EVA
36— PRESIENTE
37— REENCUENTRO
RECUERDO 20: EVA
38— TEME
39— RECABA
40— PRUEBA
41— SATURADO
42— REFUGIO
43— LIMPIA
RECUERDO 7: ALICIA
44— PREGUNTA
45— REVUELVE
RECUERDO 13: EVA
46— ESPÍA
RECUERDO 16: EVA.
47— SIENTE
48— SIEMPRE
49— RESISTE
50— OCULTA
RECUERDO 15: EVA
51— SEÑALA
52— COMPRENDE
53— ADVIERTE
RECUERDO 23: EVA
54— ARRASTRA
55— DESPEDIDA
RECUERDO 21: EVA
56— ASIMILA
RECUERDO 17: EVA
57— RESPONDE
58— ENCUENTRA
59— ELIGE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

UNA ÚLTIMA COSA

PRÓLOGO

Is this the real life?
Is this just fantasy?…

En la tienda 24 horas las notas de *Bohemian Rhapsody*, de Queen, inundaban los pasillos. El dueño, un coreano de pequeña estatura y pelo cano que siempre estaba de pie tras el mostrador, tarareaba la canción mientras revisaba el papeleo. Oculta en el pasillo en el que se encontraban los artículos de limpieza, Eva lo miró durante un segundo, envidiando su tranquilidad. Ni él, ni las cuatro personas que estaban allí, la vieron llegar. Un mareo la obligó a apoyar la mano en una de las baldas. El costado le dolía horrores, diversos cortes marcaban su piel. Sentía las pequeñas astillas enredadas en su pelo corto, y enganchadas a su ropa. Por desgracia, todo iba a ir a peor. En las siguientes horas cualquiera de sus amigos podría morir. Había dejado a Diana en el ático y esperaba que se quedase en él. Se quitó a la chica de la cabeza, en aquel momento era el menor de sus problemas.

Cogió aire y avanzó hasta el final del pasillo. Desde allí, observó a Marcos a un solo paso de distancia.

Él no iba a escucharla, ni siquiera la miraba. Tenía los brazos caídos a ambos lados de su fibroso cuerpo y los párpados cerrados. Su mente estaba demasiado lejos como para prestar atención a los sonidos del entorno. El ceño fruncido era una muestra de concentración. La palidez, las ojeras y las bolsas bajo los ojos, reflejaban lo mal que lo trataba la vida a sus veinticinco años.

…I see a little silhouetto of a man,
Scaramouche, Scaramouche, will you do the Fandango.
Thunderbolt and lightning, very, very fright'ning me…

El coro de voces de la canción acrecentó el nerviosismo de Eva, el sudor resbaló por su espalda y la angustia le cerró la garganta. Se mantuvo al amparo de una de las góndolas con detergentes en promoción para que no la viera su segundo objetivo, Sergio. A él lo controlaba a través del reflejo del suelo gracias a lo limpias que estaban las baldosas. La silueta del motorista se percibía al inicio del pasillo, como si realmente estuviera observando las botellas de licor de la primera vitrina. En realidad, toda su atención se centraba en la puerta que daba a la calle.

La mezcla de perfumes de los limpiadores le produjo un

desagradable cosquilleo en la nariz. En su mano, la tabla de madera pesaba como si fuera de plomo. Se le acababa el tiempo. Volvió a centrarse en Marcos.

—Marcos —llamó por última vez.

…We will not let you go. (Let me go.)
Will not let you go. (Let me go.)…

Era demasiado tarde para intentarlo por las buenas. Salió al pasillo, alzó la tabla, y golpeó a su antiguo amigo en la cabeza con todas sus fuerzas.

Sergio reaccionó con rapidez y Eva sintió el dardo al instante. Un pinchazo en el cuello que, al principio, solo era molesto. Se lo arrancó, pero el contenido ya invadía su sangre. No tenía más que unos segundos antes de vérselas con los devastadores efectos.

El cuerpo de Marcos quedó tendido en el suelo con una fea herida en la frente. Ella tenía que ponerse a cubierto. Los dos clientes y el dueño siguieron a lo suyo, tal vez ni se dieron cuenta, ni tendrían oportunidad de hacerlo. Pronto los sonidos del exterior serían mucho más preocupantes.

Zigzagueó por el pasillo, segura de que el siguiente disparo sería más contundente. En efecto, la segunda bala del motorista no era un tranquilizante, sino un proyectil que zumbó a milímetros de su pierna. Empezaba a marearse, el narcótico en su torrente sanguíneo provocaba estragos. Cayó sobre el suelo y sus manos fueron incapaces de suavizar el golpe. Lo escuchó aproximarse. No necesitaba ver su rostro para saber que la odiaba más que nunca. De soslayo, encontró que el cañón del arma apuntaba a su cabeza. Se preguntó si sería capaz de matarla.

No pensaba comprobarlo. Aún.

ANTES

LA CITA

Diana se secó el sudor con la pequeña toalla verde que había enganchado en el manillar de la bicicleta estática. Desde donde estaba, un espejo que ocupaba toda la pared le permitía ver cuanto sucedía en el gimnasio instalado en el sótano de la mansión.

En la pared del fondo, sobre las espalderas, una pantalla plana retransmitía las noticias del medio día. Su atención no estaba en los sucesos que una alegre presentadora comentaba. En el otro extremo del gimnasio, sobre el cuadrilátero, Raquel y Marcos estaban a punto de medir sus fuerzas.

Tal vez él fuera más alto, quizá más fuerte, pero la chica de veintidós años sabía defenderse, y llevaba haciéndolo muchos meses. El mismo tiempo que Marcos llevaba intentando que saliera con él.

Diana agudizó el oído, que solo estuvieran ellos tres le facilitó escuchar. Marcos seguía insistiendo.

—Está bien, está bien —dijo, como si estuviera apaciguándola—. Si gano yo, te invito a cenar. Si ganas tú, me invitas a cenar.

Raquel sonrió con una expresión mezquina e hizo chocar los guantes de boxeo.

—O sea, que en ambos casos salgo perdiendo, ¿no?

Cazado, Marcos se rascó la barbilla y se puso los aparatosos guantes.

—Entiéndeme, yo te invitaría porque he ganado, es lo mínimo, tú deberías invitarme porque, pobrecito yo, me has dado una paliza.

Diana se mordió la lengua para no reírse. Raquel se mantenía inflexible y con gesto altanero, pero ella sabía que también contenía la carcajada. Era evidente que esos dos terminarían juntos y se alegraba. Ambos le caían muy bien. Se merecían un resquicio de felicidad, dentro de su precaria situación.

Desconectó en cuanto empezaron a pegarse. Personalmente no le gustaba el boxeo, ni nada que pudiera derivar en moratones o dientes rotos. En su opinión, para mantenerse en forma no era necesario darse de golpes. Las noticias la devolvieron a la realidad. Un periodista señalaba el enorme edificio de cristal que tenía tras él. El volumen estaba tan bajo que no escuchó su voz, pero en el rotulo que apareció al pie de las imágenes pudo leer el titular: el grupo Zeva esquivaba la crisis que afectaba al mundo y, como siempre, cerraba el año con beneficios que serían destinados a su fundación benéfica.

Se le revolvió el estómago, sus ojos verdes se detuvieron en el piloto rojo del aparato y, con un impulso mental, este se hundió hasta apagar el televisor. La respetable empresa, de aspecto altruista y cuyo lema principal era: «miramos por el rural», los había condenado a

todos.

Llevaba tantos años viviendo bajo aquel techo que, a veces, se olvidaba del verdadero motivo por el que ella y los demás estaban en la mansión. Eran refugiados, personas cuyas rarezas les impedían tener una vida normal, y cuyo objetivo se limitaba a sobrevivir, o hacer frente a los responsables de sus anomalías.

A Raúl Giráldez, el dueño de toda la propiedad y líder de la agrupación, le debía mucho más que el alojamiento. Sin él, no quería ni pensar dónde habría terminado. Hasta que la encontró, se había sentido perdida y sola. Todavía se sentía sola a menudo, pero ya no estaba perdida.

No conservaba muchos recuerdos de su niñez, pinceladas sueltas que le hablaban de un pueblo, un bosque y unas emociones que parecían ajenas. Lo único que sí tenía bien presente era la sensación de encierro. Sus padres la mantuvieron bajo llave, oculta de cualquier interacción con el exterior, en la pequeña casa en la que vivían. De su cuarto a un pequeño comedor, al baño y a un mínimo salón. Eso fue lo único que conoció hasta los veinte años. El momento de su fuga estaba distorsionado, era muy probable que la mantuvieran sedada en su cautiverio, pero supo aprovechar un descuido de sus progenitores y escapó.

Recordaba escabullirse de noche, al amparo de la oscuridad. Y también recordaba el dolor que le supuso el amanecer. La luz directa, la inmensidad del mundo y el miedo a lo desconocido casi la hacen volver. Los sentimientos hacia sus padres eran fríos, el cariño no existía, y solo sabía que la alejaron de todo para que su rareza, la telekinesia que desarrolló, no les salpicara a ellos también.

No sucumbió, salió a la carretera y la suerte quiso que en los años siguientes no le fuera demasiado mal. Tampoco bien, pero, con el tiempo, aprendió a superar y enterrar todas las miserias que pasó. El azar quiso que los encontrara y, aunque el miedo le dificultó confiar en Raúl al principio, finalmente accedió y se fue a vivir a aquel lugar.

Resultó ser un alivio no ser la única capaz de hacer cosas inusuales. Descubrió que muchos lo habían pasado igual o peor que ella. Incluso los pocos habitantes que no tenían nada peculiar fueron un consuelo, ellos sufrían igual que el resto, generalmente porque algún familiar directo se vio afectado. Personas diferentes, de distintos lugares del país, unidas por un problema común.

Sus ojos volvieron al espejo para ver cómo le iba a la pareja. Se alegraba por ellos, pero no podía evitar sentir una punzada de envidia. Pedaleó un poco más y decidió retirarse antes de que terminasen el enfrentamiento. Apostaba a que, estando a solas, disfrutarían más de su peculiar acercamiento.

Dejó la bicicleta y ordenó a sus piernas a acostumbrarse al

cambio. Se echó la pequeña toalla al hombro y se volvió hacia el cuadrilátero.

—¡No lo machaques mucho! —dijo a modo de despedida.

Raquel bajó la guardia y Marcos lo aprovechó para derribarla y atraparla bajo su cuerpo. La cantidad de improperios que salieron por la boca de Raquel no tenían desperdicio. Diana dejó la zona de máquinas con una risita.

Ya en los vestuarios, se dio una ducha rápida, intentó adecentar su melena pelirroja en la medida de lo posible, y dejó la mansión yendo directa al garaje con los nervios cerrándole el estómago.

La puerta metálica estaba abierta de par en par. La colección de coches, antiguos y nuevos, se extendían en hilera por los laterales mientras que, al fondo, se encontraba la zona destinada como taller mecánico. Distraído, Sergio estaba encorvado sobre el capó de un deportivo negro, que debía ser uno de los coches de paseo de Raúl.

Diana se esforzó por mantener la normalidad. El hermano de Marcos conseguía que su timidez se agravara. Sus zapatos apenas hicieron ruido sobre el suelo pintado. Podría pasarse horas observándolo, pero no quería que la pillase.

—Hola —saludó desde el comienzo del taller. Ella era quien paseaba a su perro, tenía llaves de su casa, pero siempre intentaba entablar alguna conversación. En parte porque le gustaba Sergio, también para obligarse a combatir su carácter introvertido, sobre todo porque se sentía un poco incómoda entrando y saliendo de su casa sin avisar.

Sergio se incorporó. La localizó, sonrió y siguió con el motor.

—Ah, hola, Diana —dijo sin más.

Diana se sintió desdichada. No perdía la esperanza de que algún día mirase hacia ella más de cinco segundos.

—Voy a pasar por el súper antes de sacar a Zar. Era… ¿Necesitas algo?

El ofrecimiento pareció complacerlo, sus labios esbozaron una sonrisa, pero no volvió a mirarla.

—Pues sí, si compras comida para el perro, te lo agradeceré eternamente.

—Hecho —dijo con su tono jovial. No casaba con cómo se sentía, pero no venía al caso hacerlo partícipe de su tristeza.

Se volvió sin despedirse, seguramente él ni siquiera notaría su marcha, y se acercó a su coche. A unos pasos de su Seat Ibiza gris perla, notó algo raro en la carrocería. Dos semanas antes, una columna del garaje se había movido de esa forma que solo ellas saben y había rascado bien el lateral.

—Sergio…

—Sí —respondió él a su espalda.

Diana pegó un salto. Lo tenía casi tras ella. Al volverse, sintió el calor en el rostro al dar con su expresión divertida. Le gustaba, le gustaba mucho, y él lo sabía.

—Es lo menos que puedo hacer por lo de Zar.

Diana se ordenó dejar de comportarse como una colegiala enamorada y agitó la mano con un ademán despreocupado.

—Me encanta tu perro, es un amor. Pasearlo no me cuesta nada.

Sergio se encogió de hombros. Sus ojos se entristecieron. Diana prefirió volverse al entender que estaba pensando en su ex novia.

—Oye…

Diana no quería escuchar nada en ese momento.

—Se me hace tarde. Mil gracias por lo del coche.

Subió a su vehículo, se despidió con la mano y evitó mirarlo. Antes de llegar a la pista de tierra que atravesaba el inmenso jardín delantero, lanzó un rápido vistazo por el retrovisor. Sergio se iba de vuelta a su taller, con las manos sobre su melena negra, con un gesto que sugería frustración. No se molestó en interpretarlo, llevaba demasiado tiempo dándose de bruces con la realidad. Ella estaba enamorada de él, y él lo estaría siempre de otra.

No había salido de la propiedad cuando su móvil sonó. No tenía ganas de hablar. Se detuvo ante la verja, abrió con el mando y, mientras las dos hojas se separaban, comprobó quien llamaba. Que fuera el número de la mansión la intrigó y contestó.

—¿Sí?

La voz de Sergio sonó vacilante.

—Mmm… Diana, esto…

Diana contuvo un lamento. Solo su voz conseguía ponerla nerviosa. Supuso que necesitaba algo más del súper y no sabía cómo pedírselo.

—¿Comida para perros y…? —preguntó, con tono desenfadado. Sin embargo, fue incapaz de sonreír. Tenía un problema muy gordo con él. Una suerte que no fuera un aprovechado, porque seguro que ella no sabría decirle a nada que no.

Las puertas de la verja estaban completamente abiertas, iba a cambiar a manos libres para salir, cuando llamaron a la ventanilla.

Diana giró sobre el asiento, casi se le escurre el móvil. Era Sergio. Más confundida, si cabe, bajó el cristal que los separaba.

—Algo para cenar —dijo él, con la respiración entrecortada.

Diana lo miró perpleja.

—¿Has venido corriendo?

Sergio se pasó las manos por el pelo, abochornado.

—Sí, bueno…, prefería pedírtelo en persona.

—Ah —se limitó a decir Diana, encontrándolo de lo más extraño ese día—. Está bien… ¿Qué te apetece?

Sergio se rió con nerviosismo.

—Lo que tú quieras.

Diana empezó a inquietarse. Sergio no solo estaba raro, sino que la miraba de una forma extraña.

—Oye… ¿estás bien? Yo, bueno, te compro lo que sea, pero tendrás que ser un poquito más concreto.

—Ya…, Diana, intento pedirte que cenes conmigo.

Llevaba demasiado tiempo deseando escuchar algo así como para tomárselo en serio. Se negó a hacerse ilusiones.

—De verdad, Sergio, no me debes nada. Ya bastante ha sido que me arreglaras el coche. Me encanta tu perro, me gusta pasear con él. Y si voy a comprar, tanto me da…

—Lo sé —la interrumpió, con una especie de lamento—. Está claro que esto se me da de pena.

Diana lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Me estás pidiendo una cita? —Se arrepintió antes de terminar de decirlo. Eso era justo lo que quería evitar, hacerse ilusiones, pero le parecía tan insólito que no pudo contenerse.

Sergio le sonrió divertido.

—Oye, que no es tan terrible salir conmigo. Pareces espantada.

Diana no supo qué decir. Las palabras no pasarían con el nudo que tenía en la garganta. No podía ser cierto. Él quería a otra. Dejó de mirarlo porque necesitaba pensar con claridad.

—Mira, sé que te caigo bien…, y parece que crees que tienes alguna obligación conmigo por…

—Ni se te ocurra seguir por ahí —dijo Sergio, con semblante serio —. Ni es por compromiso, ni porque solo me caigas bien.

Diana alzó las manos con un gesto de resignación. Sergio volvió a sonreírle y se lo puso fácil.

—Puedes coger tú la cena, puedo comprarla yo al salir de aquí, podemos llamar desde el piso y que nos la traigan. O podemos salir a cenar, claro.

Diana fue incapaz de decidirse. La verdad, le daba lo mismo dónde cenar, mientras fuera con él. Se quedó mirándolo como una estúpida. Así se sentía. Quería reaccionar, escoger alguna opción, pero su mente estaba bloqueada.

—No lo sé —dijo, por no seguir en silencio.

Sergio mantuvo su sonrisa, lo que consiguió que el corazón de Diana latiera con mayor rapidez.

—No tenemos que decidirlo ahora mismo. Lo pensaremos. ¿Vas a volver por aquí o te quedas ya en casa?

Diana agitó la cabeza.

—Tengo que venir —respondió. La vergüenza volvió a asaltarla. Quería ducharse y cambiarse de ropa. Tenía que depilarse, por si

acaso la cita incluía algo más que cenar. Se pasó las manos por el rostro. No podía ser verdad.

Porque se había quedado absorta, con la mirada fija en la puerta abierta que daba a la carretera, Sergio dio unos golpecitos en el techo del coche.

—Vale, entonces nos vemos luego, o te llamo —dijo, alejándose del coche para volver al taller.

Diana salió del trance, lo miró, y asintió.

—Genial —comentó, deseosa de perderlo de vista para pensar, o para ponerse a llorar de emoción.

EL GRUPO ZEVA

En 1843, cuatro humildes campesinos se unieron para intentar sacar un mayor rendimiento de su único medio de ingresos: sus tierras. Ellos fueron Emilio Zamora, Claudio Espinosa, Adolfo Vidal y Ernesto Arias. De las iniciales de sus apellidos nació Zeva.

Con el paso de los años se convirtieron en el grupo Zeva, reconocido y respaldado por su efectividad. Estaban presentes en agricultura, ganadería, nuevas tecnologías, y su laboratorio era fiel a las normativas y a los controles de calidad. Su eslogan: «Grupo Zeva, miramos por el rural», resumía a la perfección sus intenciones.

Crecieron, se enriquecieron, y enriquecieron a otros gracias al apoyo que brindaban. Pusieron en el mapa lugares olvidados, mejoraron las vidas de pequeños pueblos remotos. Hasta fundaron una organización benéfica para la conservación de localidades tan pequeñas que el estado solía desatender. Antiguas viviendas pasaron a ser casas rurales, museos u hogares para quienes necesitasen un techo o desearan alejarse del bullicio de la ciudad.

Las buenas intenciones se mantuvieron, más o menos intactas, hasta 1982. El descendiente de Ernesto Arias —jefe de los laboratorios y cuya competencia abarcaba cualquier asunto relacionado con la salud— tenía otras inquietudes menos loables que sus antecesores, y quería ser el dueño absoluto del grupo.

Conseguir el control le fue relativamente fácil. Solo tenía que comprar la parte de los otros herederos y ganarse a la junta directiva. En ese momento todo pareció legal, y nadie ajeno al grupo puso demasiado interés en los cambios. El nuevo propietario sabía cuándo usar el dinero, cuándo la labia y cuándo el dolor.

Empezaba una nueva etapa para Zeva, una muy siniestra, de la que solo unos pocos llegarían a saber.

El interés de Arias iba más allá de los campos, el ganado, las casas o los productos artesanales. En una de las localidades en las que invirtieron para mejorar las condiciones de sus escasos habitantes, habían construido una planta de procesado para fertilizantes. Fue una mejora tanto para la agricultura, como para la cantidad de personas que encontraron trabajo en la propia planta. El problema vino un tiempo después, cuando algunos trabajadores empezaron a quejarse de molestias leves como ligeros mareos o problemas de piel. El asunto no trascendió, los laboratorios del grupo, y un competente equipo médico

ligado a los mismos, se encargaron de hacer las pruebas necesarias. Entonces, descubrieron que algunos de los trabajadores se veían afectados por los productos que manipulaban. El riesgo de enfermedad grave o muerte era mínimo en estas personas, lo que ayudó a mantener la calma y que nada dañase la reputación de Zeva. Sin embargo, los descendientes de estos hombres y mujeres sí sufrieron las consecuencias de la exposición.

Arias vio las múltiples posibilidades, en su mayoría muy rentables. Manipular la genética humana supondría progreso, armamento, control. Y él tenía la mejor zona de cultivo para investigar, y un pretexto sólido como tapadera. La presencia de las empresas que formaban Zeva era tan común en los pueblos que nadie se inquietó, ni sospechó, de las idas y venidas de algunos trabajadores. Mediciones de todo tipo, algún extraño aparato, analíticas y reconocimientos a los más pequeños bajo la escusa de controlar, y mejorar, su salud. No controlaban nada, lo que hacían era experimentar.

El primer error se dio en un pequeño pueblo de montaña. Antes de que la empresa se comprometiera a ayudarlos a través de su fundación benéfica, apenas llegaban a los 200 habitantes.

Varias familias —en su mayoría desahuciadas, de escasos recursos y desesperadas, que no dejaban atrás ningún vínculo ni le importaban a nadie —fueron trasladadas para ocupar las casas vacías, remodeladas, a cambio de una modesta cantidad de dinero por vivir allí e intentar que la localidad fuera un poco más próspera.

Según el representante del grupo, lo primero que harían sería solucionar los inconvenientes más notables: no tenían teléfono y su acceso era casi imposible. No había mucho que explotar, cualquiera podría verlo, pero nadie se pronunció al respecto.

Una mañana corriente, un adolescente provocó un temblor de tierra que casi sepulta las pocas casas del lugar.

Ensayo y error. Arias controló el suceso, nada trascendió por ser un lugar aislado, pero descubrió que en los pueblos era muy complicado guardar secretos. En pocas horas, la totalidad de sus habitantes sabían quién era el responsable del temblor, y ninguno creyó que fuera algo natural.

Sobra decir que a nadie se le pasó por la cabeza que, tras el suceso, hubiera un entramado de experimentos. Era cosa de magia. Sin embargo, Arias se obligó a no tentar a la suerte y el pueblo, simplemente, desapareció. La culpa fue del invierno, aunque no tuvo que dar demasiadas explicaciones. La reputación de su empresa ayudó a que nadie albergase la menor sospecha, y el dinero mantenía a raya a los que pudieran resultar una molestia.

Pero siempre hay un aficionado a las conspiraciones con la vista puesta en una empresa tan alabada y rentable. Un periodista fijó su objetivo en el grupo. Iba desencaminado, buscaba fenómenos paranormales, y solo eso impidió que consiguiera credibilidad. Para Arias fue una verdadera molestia porque no podía eliminarlo o llamaría la atención.

Los experimentos continuaron, los riesgos a ser descubiertos también. El periodista no desistió.

Cuando la edad ya pesaba demasiado, Arias supo que debía nombrar un sucesor. Escogió a su hija pequeña, a la que llevaba adoctrinando toda la vida. Él se desvinculó de la empresa, solo en apariencia. Antes de morir, mandó ejecutar al periodista, porque sabía que tarde o temprano habría que librarse de él.

Con lo que nadie contó, fue con que el mismo periodista también llevaba años adoctrinando a su sucesor con extrema cautela. Nada podría relacionar al maestro y al aprendiz.

Dos años después de la muerte de Arias, su hija falleció por causas naturales. El nuevo sucesor sería el hijo de esta, Alfredo Suarez, actual dueño y señor del Grupo Zeva, afamado médico que llevaba en persona los experimentos que su padre empezó.

Para él trabajaba Teresa Vázquez, aprendiz del periodista, y la mujer que fundó el grupo que le haría frente, con la misma discreción con la que la instruyó su maestro.

Desde dentro, uno a uno, Teresa fue localizando a los afectados. Para no señalarse usó como mediador y referente a Raúl Giráldez, uno de los primeros que encontró. Con el tiempo y un poco de ayuda, convirtió a un chico corriente en un acaudalado empresario. Solo así podrían dar refugio, salvar vidas e instruir a los más cualificados para, llegado el momento, acabar con el grupo Zeva.

Que lo consigan o no, también depende de ella, o, mejor dicho, de lo que ella haga antes de morir.

ASALTO FINAL

Lucía llevaba en la mansión tanto tiempo como Raúl. Ambos eran los líderes de la agrupación y, juntos, tomaban las decisiones. Además, la mujer de treinta y siete años, era la encargada de ocupar a los habitantes de la casa. Ella los entrevistaba, les daba un trabajo para cubrir todas las tareas necesarias, tanto para la empresa que les daba de comer, como para el grupo activo que luchaba contra los responsables de sus peculiaridades. No se hacía nada sin su aprobación porque, aunque era cercana, amable y considerada, se tomaba muy en serio su labor. Se había ganado el respeto y el aprecio de todos. Ponía especial empeño en que, entre aquellas paredes, reinase el buen humor y la felicidad, a pesar de todas las malas situaciones que habían vivido antes de llegar allí. Otro de los miembros principales del grupo activo que intentaba acabar con el grupo Zeva, era Juan. A veces, Lucía dejaba que él se encargara de algunas tareas, pero como la responsabilidad caía sobre sus hombros, le era imposible no supervisar. Siempre tenía mucho trabajo y no quería que fuese de otra forma.

Entraba por la puerta principal justo cuando Marcos bajaba las escaleras que unían el recibidor con la primera planta. Sus ojos observaron al veinteañero y soltó un silbido exagerado. La americana y los vaqueros oscuros le sentaban realmente bien.

—Chico, estás de muerte —lo felicitó.

Marcos sonrió de oreja a oreja.

—Si Raquel piensa lo mismo que tú, puedo morir tranquilo.

Lucía le rió la gracia mientras avanzaba hasta el pasillo que llevaba a las salas de descanso. Al fijarse mejor en él, vio que el pómulo de Marcos empezaba a amoratarse.

—Te ha costado.

Marcos asintió.

—Una paliza. ¿Se ve mucho?

—Un poquito.

Marcos se detuvo en los escalones de mármol y se palpó el mazazo con un gesto de dolor.

—Recuérdame que no vuelva a pelear con ella… Voy a verme mejor —dijo, antes de empezar a subir los escalones de dos en dos.

Lucía soltó una carcajada y se perdió por el pasillo. Se adentró en la sala roja, llamada así por ser el color principal en la decoración. Era la que más le gustaba, a ella y a casi todos los demás. No le sorprendió encontrarse allí a Raquel, caminando de un lado para otro entre los cuatro sofás orientados hacia la chimenea. Su vestido negro marcaba su cuerpo de forma sutil y dejaba al descubierto sus bonitas piernas,

enfundadas en unas medias con costura trasera. Los zapatos violetas y la chaqueta a juego le daban vida al conjunto.

—Bueno, bueno, ¿habemus cita?

Raquel la miró con angustia. No solía maquillarse, ni vestirse con algo que no fuera práctico. Los zapatos de tacón parecían reñidos con ella. Su rostro angelical escondía un genio de mil demonios, pero con Lucía siempre estaba lo bastante cómoda como para no sentir la necesidad de ser borde.

—Calla, me duelen los pies y acabo de ponérmelos.

Lucía puso los ojos en blanco.

—Pues te aguantas. Úsalos más, te hacen un culito muy mono. Marcos va a sufrir un cortocircuito. Espera a que baje las escaleras, o se pegará la gran torta.

Raquel se mordió el labio apenas pintado. Había probado con varios pintalabios, pero, ante el grosor de sus labios, prefirió descartar colores fuertes o lo único que se le vería sería la boca.

—Dime que esto es buena idea.

Lucía se acercó a ella y, con un gesto solemne, la sostuvo por los hombros.

—Es una idea pésima, pero ya es tarde.

— Ja, ja —protestó Raquel. Se zafó de sus manos y bajó la mirada —. Maldita sea.

—Sí, la cagaste —bromeó Lucía con los ojos marrones brillando de diversión—. Enhorabuena, tu novio es muy majo. Deja de pegarle.

Raquel sonrió, tomó una gran bocanada de aire y se obligó a serenarse.

—Bueno, si consigue lo que le pedí, no volveré a darle una paliza.

Lucía la miró desconfiada.

—¿Me lo explicas?

La sonrisa de Raquel se amplió, satisfecha consigo misma. De forma inconsciente se tocó el pelo. Tampoco estaba acostumbrada a llevarlo atado, la hacía sentirse demasiado expuesta.

—Le dije que saldría con él… si Sergio le pedía una cita a Diana. ¿Adivina qué? Cenamos los cuatro.

Por la expresión de Lucía, Raquel supo que no le parecía bien.

—¿Qué? —replicó, a la defensiva, antes de oír cualquier crítica—. Ella está colada por él desde siempre, y él ha empezado a fijarse en ella. En serio, sé que le gusta, pero sigue ahí, machacado por lo de su ex. ¿Sabes que ella está saliendo con un modelo? Lo ha superado, él debería hacer lo mismo.

Lucía intentó hacerse entender. El carácter de Raquel era difícil, y una vez se sentía atacada, costaba que entrase en razón.

—Totalmente de acuerdo —Fue lo primero que dijo, suavizando el ceño fruncido de su amiga—, pero no es una buena idea. A Diana

no le va a hacer ninguna gracia que Sergio salga con ella por ese motivo. A mí me parecería una faena, imagina cómo te lo tomarías tú.

Raquel lo imaginaba, pero no estaba en su carácter dar la razón. Se cruzó de brazos.

—Es que si no, no arrancan y lo sabes. Además, Diana seguro que no se lo toma a mal.

Lucía meneó la cabeza. Era inútil seguir por ahí. Ya estaba hecho.

—Eso espero.

Porque sabía que Lucía estaba en lo cierto, Raquel se apresuró a cambiar de tema.

—A ver cómo se lo toma Eva.

Lucía torció el gesto y se acomodó en el reposabrazos de uno de los sofás.

—Eva está un poquito tensa estos días. No le hagas mucho caso.

Raquel negó con la cabeza.

—Sé que hacéis lo correcto, que tú y Raúl lo tenéis todo controlado y eso…, pero estoy con Sergio. A mí esa tía no me gusta.

Lucía iba a decir algo, pero, justo en ese momento, Eva entró por la puerta.

Nada más mirar a Raquel, enarcó una ceja.

—Vaya —dijo con su tono bien cargado de sarcasmo, antes de sentarse en el sofá opuesto al que ocupaba Lucía.

Raquel la ignoró por respeto a Marcos. Cada vez le costaba más, pero era su amiga. Lucía la miró con una advertencia a la que Eva respondió poniendo los ojos en blanco.

Sin darles tiempo a decirse más, Marcos entró con toda su confianza, que se desmoronó al localizar a Raquel.

—Vaya, estás preciosa —dijo con franqueza.

Las mejillas de Raquel se encendieron, Lucía tuvo que contener la carcajada, pero Eva no se reprimió.

—¡Por favor! Os salen corazoncitos por las orejas.

El comentario pareció molestar a Marcos, encontraba distinta a su amiga. Para no estropear esa noche, hizo oídos sordos.

—¿Nos vamos?

—¿Cómo? ¿No hay foto? —dijo Eva burlándose—. No sé, es todo un acontecimiento.

Raquel no pudo más.

—¿Tienes algún problema?

Diana entró en la sala en ese momento. Los ojos de Eva centellearon.

—Yo no, pero tú lo vas a tener en cuento esta se entere.

Marcos no entendió el comentario. En cambio, Raquel la miró incrédula. No podía creerse que Eva fuera a soltar lo del pacto delante de Diana. De hecho, no debería saberlo. O Marcos se lo había contado,

que no sería de extrañar, o Eva escuchó su conversación con la segunda al mando. Precisamente Lucía intentó calmar los ánimos.

—Eva…

—¿Va todo bien? —preguntó Diana, incapaz de adentrarse en la sala. De algún modo llevaba todo el día con la sensación de que su pequeño milagro se vendría abajo. No escuchó con claridad las palabras de Eva, pero sabía que tenían que ver con ella.

—Sí, nos vamos —respondió Raquel, con una mirada de advertencia hacia Eva, que solo consiguió retarla.

—Eso, con Sergio, ¿no? Por qué será…

Diana no quería preguntar, no quería saber. No tenía nada contra Eva, pero en ese momento, ante la forma malvada en la que la miraba, no la quería cerca.

Marcos no comprendió a qué se refería su amiga, pero empezaba a estar harto de sus reacciones. La expresión afectada de Raquel bastó para no dejar correr las cosas.

—¿Pero qué te pasa?

Eva sonrió a su amigo, en una mueca falsa.

—Nada, de verdad —mintió—. Es un detalle que aceptara. A ver…, la chica se ha pasado meses paseando a su perro y haciéndole la compra.

Diana miró a Raquel con incomprensión, la encontró roja de furia. Sus ojos fueron a Marcos, que al fin caía en las malas intenciones de su amiga.

El silencio se adueñó de la sala, Diana no estaba tan ciega como para no asumir que lo de la cita tenía que ver con la pareja.

—¿Por eso me invitó a cenar? —preguntó, mientras notaba como los ojos se le llenaban de lágrimas. Se sentía humillada, dolida. No quería saber la verdad. Giró sobre los tacones y echó a correr.

—Diana, ¡espera! —gritó Raquel, antes de salir tras ella. En la puerta, se detuvo lo justo para mirar a Eva—. Eres una zorra.

Divertida, Eva le lanzó un beso.

—No se me ocurrió a mí.

Marcos se plantó ante ella. Le costaba reconocer a su mejor amiga. Durante los últimos días, de vez en cuando, lanzaba puñaladas, aunque no tan duras ni con tan mala intención.

—¿De qué vas? ¿Qué te pasa?

Lucía trató de intervenir, pero Eva alzó la mano para detenerla.

—Gracias, oh gran toda poderosa Lucia, ya me encargo yo. Puedes irte a correr, o a salvar el mundo.

Lucía no iba a entrar en su juego.

—Tú misma, tía —dijo con desdén antes de marcharse.

Marcos abrió los brazos con un gesto de incomprensión.

—¿Y eso?

De forma enérgica, Eva dejó su asiento. Cara a cara con Marcos, lo señaló acusadora.

—¿Y tú? ¿Qué os pasa a vosotros? Actuáis como si todo fuera bien, como si no hubiera ningún problema. ¡Como si esos cabrones que nos han convertido en monstruos no importasen!

Marcos dejó caer los brazos al verla gesticular fuera de sí. No comprendía nada en absoluto.

—¿Pero eso…?

Eva ni siquiera lo dejó terminar.

—¡Estoy harta! Harta de vivir aquí, de estar de brazos cruzados mientras ellos siguen haciendo lo que les da la gana.

Marcos se sobrepuso y volvió a enfrentarla.

—¿En serio? ¿Y por eso vas fastidiando a los demás? ¿Porque te aburres? Oye, ¿qué pretendes? Esto es un asco, sí, pero lo poco normal que podemos tener yo pienso aprovecharlo.

Eva se rió en su cara.

—Aprovecha lo que te dé la gana, Marcos, pero yo paso. Vivimos en esta casa como si fuera un instituto. ¡Y lo único que hacemos es perder el tiempo!

Marcos se pasó las manos por el rostro, frustrado.

—Tía, estás zumbada. ¿A mí qué me cuentas? Ni siquiera soy del grupo activo. Tú sí, tú sabrás qué hacéis, pero ni Raquel, ni Diana tienen la culpa de que estés cruzada.

Eva apretó los puños. Sus ojos se convirtieron en dos rendijas.

—Oh, claro. La buena de Diana, que ni fuma, ni bebe, ni alza la voz. Lleva colada por Sergio desde que llegasteis. ¡Da pena! Y Raquel ¡Venga ya!, como si ella no fuera tan perra como yo.

—Deja a Diana en paz y ni se te ocurra decir nada de Raquel —la amenazó con frialdad.

Eva se rió. Agitó la cabeza con desdén.

—¿En serio? ¿Las defiendes? Pues sí que estás colado si no lo ves. Tú también das pena, Marcos. No sé si lo sabes, pero tienes un moratón. Más arrastrado imposible.

Marcos se llevó la mano al rostro. Eso no tenía nada que ver, intentó justificarse.

—Me he ganado moratones en las peleas y lo sabes, esto…

Eva le dio la espalda.

—Déjalo, ya me quedó claro que eres un capullo.

Marcos la agarró del brazo. Ella no lo esperaba, se sorprendió, pero no tardó en sobreponerse. Antes de que pudiera abrir la boca, Marcos habló.

—No, guapa, ahora me vas a oír tú a mí. Estás muy equivocada si piensas que puedes hacer y decir lo que te da la gana.

Eva se soltó de su agarre con una sonrisa torcida.

—Te va a costar callarme, payaso.

El enfado dejaba paso a la decepción. Marcos la miró dolido. Esa no era Eva, nunca la había visto así, ni le encontraba sentido a su reacción.

—No entiendo qué te pasa. No creí que fueras así. Pareces celosa de que alguien pueda sentirse bien. ¿Qué quieres? ¿Vernos tan amargados como lo estás tú? Ni de coña, tía. Tú y tu mal rollo podéis iros a la mierda. Al final Sergio va a tener razón.

Eva alzó la vista con otro gesto exagerado.

—Por supuesto, ¡el que faltaba! Otro que tal baila, otro panoli más. Sabes tan bien como yo que Diana no es más que un entretenimiento, que sigue perdiendo el culo por su ex. Pero claro, él es maravilloso. No entiendo cómo no tiene una estatua aún.

—¡Cállate! —le gritó Marcos, le debía demasiado a Sergio y ella lo sabía. Parecía provocarlo y lo estaba consiguiendo—. ¡No te atrevas a decir nada sobre él, no tienes ni idea de todo por lo que tuvo que pasar! Es mil veces mejor que tú, ni lo dudes. No puedes entenderme porque jamás te ha importado nadie, ni le has importado a nadie.

Con todo su dramatismo, Eva se llevó una mano al pecho, consiguiendo enfurecer más a Marcos.

—Pobre de mí que no tengo un hermano al que adorar. Te doy por perdido en eso, no quieres ver la realidad, pero sabes tan bien como yo que en lo de Diana, es un cabrón.

—Te equivocas —replicó Marcos—. Es cierto que le pedimos que invitase a Diana, pero él ya se lo había pedido antes. En eso no tuvimos nada que ver.

—¡Como si me importara! —protestó Eva—. A esto me refiero. ¿A qué jugáis? ¡Está muriendo gente!

Marcos sintió ganas de golpearla pero se contuvo. Acababa de entrar en un terreno muy personal.

—¿A mí me lo cuentas? —le echó en cara furioso—. Te recuerdo que mis padres murieron porque sabían lo que nos hicieron a nosotros. Aquí cada uno lleva su carga, que no se te suba tanto, que no eres la única que lo ha pasado mal.

Eva no se apaciguó lo más mínimo.

—¿Y qué? No me consuela que los demás también lo hayan pasado mal.

—Ya veo que a ti no te consuela nada, ni te importa —dijo Marcos, dispuesto a alejarse de ella. No quería tener nada que ver con alguien así—. Llevas aparentando todo lo contrario desde que llegaste, y ahora saltas con esto. ¡Pero qué falsa eres! Tan egoísta que no ves mas allá de tus narices. Tu padre era un cabrón, pero resulta que eres igual que él. Con una hija como tú, yo también me hubiera largado.

Eva dio un paso hacia él y se detuvo a un palmo.

—Oh, que malo eres. Me partes el corazón.

Se apartó de ella, controló la rabia que lo asaltaba.

—Te lo tienes muy creído, cuando lo único que puedes hacer es lanzar señales para que otros vayan a salvarte el culo.

Eva no intentó acercarse, pero su risa volvió a envolverlo agravando su mal genio.

—Claro, chico imaginativo. Tú seguro que eres de lo más útil. Ah, no, si lo fueras ya formarías parte del grupo.

La fulminó con la mirada, era un golpe bajo. Le encantaría formar parte del equipo activo, pero, según Raúl, aún no estaba preparado.

—Podría dejarte encerrada aquí para siempre, solo tengo que imaginar un tablón en esa puerta y no saldrías en la vida.

Eva alzó las manos, retándolo.

—Venga, inténtalo. Me muero por verlo.

Marcos no sabía cómo sentirse. Todo lo que habían compartido juntos parecía esfumarse, estaba demasiado cabreado como para recordar las cosas buenas. No podía ser de otra forma, la rabia bullía en su interior.

—No mereces la pena, ni el esfuerzo. Todo lo que te pudo pasar, te lo mereces. Estás sola, no le importas a nadie. Asúmelo y deja a los demás en paz.

Con esas palabras, Marcos salió de la sala. Eva aguantó unos segundos en pie, antes de dejarse caer de nuevo en el sofá. No supo cuánto tiempo pasó hasta que sintió una mano en su hombro. Sabía quién era, por lo que la apretó con cariño. Raúl Giráldez, el hombre de treinta y ocho años que los custodiaba a todos, estaría siempre de su parte.

—Ya está —susurró Eva con voz tomada—. Vas a tener que buscarme un piso, no creo que sea buena idea que siga viviendo aquí.

Desde detrás del sofá, Raúl se inclinó y le dio un beso en la coronilla.

—Lo siento —dijo, igual de afectado—. Será mejor que vayas a descansar.

Eva soltó su mano, se secó las lágrimas y se levantó. Las piernas le temblaban, se sentía miserable. Apenas cruzó la mirada con la persona que más le importaba en el mundo, no había mucho que decir. El asalto final sería el más difícil, y acababa de empezar.

AHORA

1— DESPIERTA

Una explosión. Un sonido tan devastador que aún le pitaban los oídos. Un único recuerdo.

Tardó unos segundos en entender que el frío venía del suelo sobre el que estaba tendida. Notaba la garganta seca y un entumecimiento generalizado que no presagiaba nada bueno. Intentó hacer memoria, encontrar alguna pista sobre cómo había llegado hasta allí, pero lo único que salía de su cabeza en aquel momento era el eco de la explosión. No recordaba su nombre, no sabía dónde vivía o a qué se dedicaba. Todo le resultaba confuso. Lo único que tenía claro era la sensación de estar en peligro.

Se esforzó por conservar la calma, a pesar de lo tentador que resultaba dejarse llevar por el pánico. Flexionó los dedos de las manos en un intento por recuperar la sensibilidad de su cuerpo y se obligó a abrir los ojos. Tuvo que parpadear varias veces para aliviar la irritación provocada por el polvo suspendido en el ambiente. Su cazadora negra, la camiseta verde, los vaqueros flojos y las deportivas oscuras, estaban cubiertos de él. No parecía tener ninguna herida ni lesión grave. Mareada y con desorientación se incorporó lentamente, para no hacerse daño con los escombros que percibía en la penumbra, hasta sentarse. Un tanto encogida por la rigidez de los músculos, con ese molesto zumbido en los oídos y sin mucha fe en su sentido del equilibrio, realizó un barrido de su entorno: el lugar en que se encontraba, alguna vez había sido algo parecido a un supermercado. Estanterías volcadas, falsos techos derrumbados y lámparas fluorescentes parpadeando, que oscilaban aún sujetas al techo, eran los protagonistas del paisaje. Pero no le causaron tanto terror como varios cuerpos sin vida atrapados bajo los escombros que ya habían cedido a la gravedad. El estómago se le empezó a revolver por el olor de los cadáveres, e intentó concentrarse en cualquier otro punto y no reparar demasiado en ellos. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

Envuelta por el polvillo y ese olor nauseabundo, se apoyó en las pocas baldas que se mantenían firmes para ponerse en pie, consciente de que correría la misma suerte si seguía bajo la inestable estructura. Un par de mechones de pelo se pegaban a su frente, intentó apartarlos. Parecía tenerlo corto y desordenado. Guiándose por la luz que provenía del exterior, caminó hacia la puerta de salida que, por fortuna, no estaba lejos.

No había dado más de dos pasos cuando un movimiento y un tenue quejido desde un pasillo cercano llamaron su atención. Pese a la

urgencia por escapar del lugar, no pudo evitar aproximarse en un intento de prestar auxilio.

Sorteó con torpeza los obstáculos de la zona de droguería y empleó como punto de apoyo una góndola con ofertas que aún no se habían desplomado. Al final del pasillo vio a un hombre joven tendido boca arriba sobre el suelo. La única herida visible era una brecha en la ceja, de la que había manado una considerable cantidad de sangre, y que ahora, seca, ocultaba parte de su rostro.

Con la respiración agitada al ver el falso techo a un paso de caer sobre él, como si esperara a que le diera alcance para derrumbarse y atraparlos a ambos, se armó de valor y se aproximó. Confiaba en que el herido reaccionara rápido. Tal y como estaba, ella no podría cargar con su peso y lamentaría tener que abandonarlo.

—Hola —dijo con la atención puesta en el techo, antes de mirarlo de nuevo.

Unos ojos azul cielo se posaron en ella con una súplica que la obligó a perder toda cautela y socorrerlo como fuera.

—Ayúdame —rogó el hombre casi sin voz.

Se acuclilló y sus ojos dieron con el pequeño tablón que había junto al cuerpo, a todas luces el causante de la brecha. Era extraño, pero juraría que aquel tablón le era familiar y que no tenía nada que ver con la tienda. Un desagradable chirrido de bisagras la hizo dejar de lado el trozo de madera y centrarse en lo importante.

—¿Puedes andar? —le preguntó nerviosa, mientras valoraba su estado por si tenía más lesiones que no hubiera visto en un primer momento—. ¿Puedes incorporarte?

Los párpados del chico temblaron hasta cerrarse al perder la consciencia.

Dejando escapar una maldición, lo agarró por los brazos y tiró de él para arrastrarlo. Esperaba que no tuviera algún daño interno o que moverlo no agravara su situación.

Avanzaron un par de metros, que le arrancaron un sudor pegajoso, y el falso techo se vino abajo en el lugar donde habían estado. Tiró con más fuerza. Nada aseguraba que el resto siguiera en su sitio.

Cuando logró alcanzar la puerta del establecimiento, le quedó

claro que la situación en la calle no era en absoluto alentadora, y el silencio la puso más nerviosa. Lo que fuera que pasara había causado más muertos y coches accidentados, y no se veía el menor rastro de vida. Asustada ante la visión apocalíptica, sacó al hombre a la calle. El humo y el olor a quemado impregnaban el ambiente. No corría ni una gota de aire y el cielo salpicado de nubarrones grises se oscurecía ante el cercano anochecer.

Una vez segura de que nada cercano pudiera caerse y acabar con ellos, dejó el cuerpo del joven tendido en la acera de la estrecha calle, donde las fachadas de los edificios resaltaban lo vivido a través de las ventanas rotas y las paredes desconchadas.

En uno de los pisos del edificio al final de la calle había un incendio. El fuego escapaba por una de las ventanas, ennegreciéndolo todo a su contacto. Ninguna víctima pedía auxilio, ni parecía que fuera a presentarse nadie para hacerle frente. El humo ascendía hasta el cielo mezclándose con las nubes.

De manera involuntaria, pese a los esfuerzos por no reparar en los cadáveres, se fijó en uno de los que tenía más cerca. Era una mujer, pero le fue imposible concretar su edad. Estaba tendida boca abajo, sobre el arcén, con una herida de desgarro en su espalda, como si le hubieran arrancado un pedazo.

Las lágrimas inundaron sus ojos y el estómago se le revolvió, provocándole que vomitara lo poco que tenía en él. Se esforzó por centrar su atención en el chico que, tendido a su lado, respiraba de forma acompasada.

Se debatía entre qué hacer y qué no, cuando el sonido de un motor aproximándose la hizo ponerse en pie y saltar a la carretera para asegurarse de ser vista, movida por una oleada de alivio y esperanza.

Por una de las calles transversales a la vía, apareció un motorista que se dirigía hacia su posición a una velocidad nada sensata. Los numerosos obstáculos convertían la carretera en una auténtica yincana. El visor tintado del casco del motorista la impidió ver algo más que el reflejo del lugar. La ropa cubría por completo el cuerpo alto y ancho del hombre.

La angustia volvió a apoderarse de ella al ver que el motorista no tenía intención de detenerse, aunque se le pusiera delante. De un salto volvió a la acera y retrocedió un paso, incapaz de alejarse del chico inconsciente.

Confundiéndola aún más, un estruendo anticipó la aparición de una especie de tanque. La pala que llevaba adaptada a la parte delantera dejaba en mitad de la vía un sendero delimitado por los escombros, los cuerpos sin vida y los coches abandonados.

Sin darle tiempo a procesar la información, e ignorándola por completo, el motorista paró lo más cerca que pudo del herido y se desmontó con rapidez.

Ella, sin poder moverse, observó cómo el recién llegado se arrodillaba para ver de cerca al joven ausente. Aunque le costó, logró articular palabra.

—Solo está inconsciente —susurró intimidada.

El motorista pareció percibir al fin su presencia. Giró la cabeza hacia ella y se puso en pie. Dio un paso en su dirección, en absoluto cordial, mientras el tanque se detenía en las proximidades.

Supo que aquella imponente figura no era un amigo y retrocedió de vuelta a la carretera. De soslayo, observó cómo dos personas, un hombre y una mujer, saltaban del tanque y corrían hacia el convaleciente.

—Lárgate —le advirtió el motorista.

De puro aturdimiento, no pudo moverse. Miró preocupada hacia el chico del supermercado. Los recién llegados lo alzaron cuidadosamente, dedicándole a ella una mirada furtiva, demasiado breve para interpretarla. La incomprensión era tan rotunda como la certeza de que aquellos tres no iban a auxiliarla ni se molestarían en explicarle qué estaba sucediendo.

No tenía muchas opciones, y la expresión corporal del motorista aconsejaba hacer caso a sus palabras. El problema era que no tenía a dónde ir, así que siguió allí sin la menor idea de lo que sucedía, pero sin pedir explicaciones por lo que pudiera suponerle.

Tan pronto metieron al chico del supermercado en el tanque, el motorista recuperó su vehículo. Pese a que la incertidumbre la arañaba por dentro, fue incapaz de hablar, y se quedó allí de pie viendo cómo se alejaban.

2— SERGIO

Tras un complicado avance por las calles, el tanque se detuvo a las puertas de un centro comercial. El motorista paró a su lado, sin desmontarse ni quitarse el casco. No había amenazas, aún no, pero el aspecto general era sobrecogedor. El lugar de referencia, siempre lleno de gente y de vida, permanecía en una quietud escalofriante.

Los que ahora se refugiaban dentro, una veintena de personas a lo sumo, compartían mucho más que vivir en el mismo sitio. A algunos de ellos los secuestraron días antes y su liberación derivó en aquel infierno. Habían sobrevivido, pero aún les quedaba mucho para estar a salvo.

En ningún momento pretendieron desenmascarar a sus secuestradores ni demostrar lo sumamente peligrosos que eran; eso era algo que no le convenía a ningún bando. Solo querían detenerlos. En su opinión, no lo habían conseguido.

Sergio se preguntó cómo estarían las cosas fuera de la ciudad. En las primeras horas, Juan, el hombre de veintisiete años que conducía el vehículo pesado, había conseguido acceso a las emisiones de radio tanto del ejército, como de algunos periodistas. Todos estaban convencidos de que lo sucedido se debía a un ataque terrorista. El revuelo era notable, la inquietud y la incertidumbre se extendió en ese primer momento, y Sergio estaba convencido de que aún se mantenía.

Apretó los puños con rabia. El propio grupo Zeva dio la alarma, destinó todos sus recursos para agilizar la evacuación de la ciudad. Suponía que los principales responsables habrían huido a tiempo, y ahora estarían instalados en algún lugar disfrutando de todas las comodidades. Con suma cautela, seguirían el proceso que el Estado estableciera y mostrarían toda su colaboración, no solo para ocultarse, sino para asegurarse de que ninguna prueba veía la luz. Si los supervivientes no conseguían salir y desenmascararlos, tarde o temprano regresarían a su sótano de los horrores para retomar sus experimentos.

La gente evacuada no sería una buena fuente de información. Sergio suponía que los habrían interrogado, y la respuesta sería ecuánime: no vieron nada. No estarían mintiendo. Esas cosas, imperceptibles al ojo humano, eran lo ideal para generar tanta confusión que realmente nadie sabría explicar lo sucedido.

Hasta donde él sabía, Juan había conseguido hablar con su

contacto en el exterior. Al parecer eran los más interesados en que el asunto no trascendiera y se afianzase la versión del ataque terrorista. Juan no entro en detalles, pero debía tratarse de alguna unidad militar. El caso era que su contacto los ayudaría, cuando saliesen de la ciudad. Mientras estuvieran atrapados, no haría absolutamente nada. A Sergio le costó horrores entenderlo, pero Juan fue tajante: «*Porque no pueden, y porque no quieren. Eso los señalaría, y aún quedan cabos por atar. El grueso del grupo Zeva está aquí, pero si se quiere cortar el asunto del todo, hay que acabar con cada ramificación. Nadie relacionado con la empresa sobrevivirá, tenga culpa o no*».

Había muerto tanta gente que a Sergio ya le daba igual un par de ellos más. Era horrible, pero lo único que le importaba era que su hermano y los demás sobrevivieran, y que nadie más tuviera que pasar por lo que pasaron ellos.

Juan dejó la cabina para echarle una mano en el traslado del herido a Raquel, la chica que iba en la parte trasera. Al pasar junto al motorista, Juan se atrevió a cruzar con él un par de palabras, a sabiendas de que en ese momento estaba lo bastante cabreado como para emprenderla a golpes con cualquiera.

—Sergio…, deberías entrar y tomarte unos mi…

—No —lo cortó el motorista. Podrían quedar personas inocentes en las calles.

Alguien tenía que encontrarlas y, de paso, buscar una solución que les permitiera huir de la ciudad lo antes posible.

La puerta lateral del tanque se abrió con un chirrido metálico y Raquel se dirigió a él sin ocultar su preocupación.

—Tu hermano sigue inconsciente. No le veo nada grave, pero no reacciona.

Sergio apretó los puños, haciendo crujir el cuero que cubría sus manos.

Desde una puerta metálica disimulada en la fachada del centro comercial, dos hombres salieron a la carrera. El mayor, de unos cincuenta años, corpulento y con aspecto de necesitar un médico que le viera el corte que ensangrentaba su manga, se coló en el tanque sin necesidad de que se lo pidieran. Juan lo siguió tras lanzar una mirada intranquila al visor tintado del motorista. El otro, al ver que sobraban manos para ayudar, se acercó a Sergio.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

El motorista continuó inmóvil.

—¿Se sabe algo más?

El hombre se encogió de hombros con una normalidad fingida. Como el motorista, era una de las víctimas del secuestro. Pensó tantas veces que moriría, que no sabía cómo sentirse. Había cambiado la celda en la que estuvo retenido por unos días de calma, antes de que las explosiones y las amenazas mandaran al traste el frágil espejismo de seguridad que había imperado en las calles desde siempre.

—No sé cuánto sabes. Me han dicho que estuviste inconsciente hasta hace unas horas.

—Juan me puso al día. Hasta donde sé, se han salvado bastantes, y Raúl sigue buscando a Lucía.

Su interlocutor se revolvió inquieto.

—Lucía está… Han encontrado a varios, muertos. Fueron ejecutados.

Sabía que sus enemigos irían a por ellos, pero no esperaba que tuvieran tanto éxito. Sergio no encajó bien la noticia, sin embargo, se negó a exteriorizarlo.

—¿Y Raúl?

—Desde hace una hora no sabemos nada de él. Trajo al último, se fue a buscar a Lucía, la encontró…, y es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Podía entenderlo y lo compartía. De no ser por Lucía, él seguiría encerrado en una celda. El éxito del rescate había sido cosa suya. Al margen de eso, era el corazón del grupo, la segunda al mando y una persona extraordinaria. Su falta suponía un golpe demasiado duro. Si Raúl desaparecía también, los ánimos decaerían por completo y, por el momento, era lo único que los mantenía con vida.

—Iré a buscarlo y peinaré cada zona por si queda alguien.

El hombre apretó los párpados con fuerza. Las facciones de su rostro reflejaron el esfuerzo, la concentración. En otras circunstancias podría localizar con exactitud a cualquier persona que estuviera en un radio bastante amplio, pero en cuanto le pusieron las manos encima, neutralizaron cualquier tipo de capacidad inusual para que no diera problemas. Fue uno de los primeros que rescataron, aunque su cuerpo

todavía se veía afectado por las sustancias inoculadas. Cuando abrió los ojos de nuevo, pareció dudar.

—Hay gente por ahí, eso seguro. No sé si de los nuestros o normales, y sí, necesitan ayuda. Dudo que sobrevivan a la noche. Tal vez deberías, no sé, descansar o algo.

Sergio no tenía la menor intención de perder el poco tiempo que le quedaba.

—Seguiremos en contacto por radio —dijo al tiempo que arrancaba la moto.

Desde el retrovisor vio a Juan salir del tanque y agitar los brazos para llamar su atención y que volviera. Lo ignoró. Dejó el centro comercial y condujo a una velocidad alta hasta llegar a las vías más congestionadas, en las que se vio obligado a ir más despacio.

La radio emitió un zumbido. Lo escuchó de milagro y estuvo tentado de no responder. Se lo pensó mejor y pulsó el botón del aparato que llevaba en el cinto. La voz de Juan sonó en su cabeza a través del altavoz instalado en el casco.

—¿Por qué coño te has ido tan rápido? ¿Adónde vas? Deberías haber escarmentado, por libre no haces una mierda.

Sergio tuvo que aminorar la velocidad hasta detenerse. La sorpresa había tomado protagonismo. Juan no le había hablado así nunca, y el poco tacto que mostró en la regañina no se lo esperaba.

—¿Qué quieres? —se limitó a decir.

—Que vuelvas y lo hablamos.

—¿Volver? Juan, en cualquier momento yo seré un problema más. Lo mejor que puedo hacer es seguir buscando gente e intentar localizar a Raúl.

Juan tardó unos segundos en hablar.

—Oye, sé que es… complicado, pero puedes estar aquí. Tu hermano va a necesitarte cuando despierte.

Sergio soltó una amarga carcajada.

—Eso, si despierta. En todo caso, no creo que se alegre de verme así. No quiero que ninguno de vosotros lo hagáis. Soy más útil fuera.

—Vas a ir a por ella, ¿verdad?

Sergio no tenía una respuesta clara.

—Hay cosas más importantes. Tranquilo, no perderé el tiempo.

Juan no pareció creerlo.

—Algo no encaja en todo esto, Sergio. Tuvimos dudas por algo, y… ¿no te fijaste en su reacción al vernos?

Sergio no se fijó, si lo hubiera hecho demasiado, quizá le habría disparado a la cabeza. Lo que la salvó en ese momento fue que su hermano respiraba y que él no era un asesino.

—Me da lo mismo, Juan. Ella es lo de menos. Tengo que encontrar a Raúl

—dijo mientras pulsaba el botón con el que finalizaba la charla.

Un dolor en el pecho lo hizo encogerse. Su cuerpo respondía cada vez peor, pero aún tenía fuerzas. Mientras aguantara, seguiría adelante.

Retomó la marcha, sin embargo su atención voló lejos de la carretera. Las palabras de Juan regresaron como un eco: «*Deberías haber escarmentado, por libre no haces una mierda*».

No le faltaba razón, aunque la culpa no había sido suya. Su plan era bueno, su hermano podría haber evitado lo que ahora recogían sus ojos. Nada de eso habría pasado si ella no hubiera intervenido.

Solo había una culpable, y esperaba que tuviera una muerte lenta y dolorosa. Era justo lo que se merecía. Estaba seguro de que no tardaría en dejar el juego. Él lo daría todo por las personas que sí importaban. No perdería el tiempo con ella, tenía que sacársela de la cabeza y lo conseguiría. Había cosas más inquietantes.

Faltaban muchos más que Raúl, y se preguntó qué habría sido de todas las personas que conocía, aquellas con las que había compartido espacio, momentos, incluso gente con la que apenas cruzó una palabra. Un vecino, un conocido, esa persona a la que ves casi a diario por la calle y de la que no tienes la menor información. También los que fueron cercanos y ahora eran parte de su pasado. Un antiguo amigo, una exnovia. ¿Dónde estarían todos? Al menos de su familia no tenía que preocuparse. Sabía cómo estaba su hermano y sus padres llevaban muertos muchos años.

Sergio reaccionó a tiempo de esquivar un cuerpo atravesado en la

carretera. Por un instante, le pareció que tenía algo familiar. No fue capaz de comprobarlo. A los pocos metros tuvo que detener de nuevo el vehículo, lo que le faltaba era tener un accidente.

Intentó desprenderse, sin éxito, de la mala sensación que habían dejado sus pensamientos. Por primera vez, desde que había vuelto en sí, asumió la magnitud del problema: demasiada gente afectada, personas por las que él no podía hacer nada y menos en su estado. Se tomó unos segundos para sincerarse consigo mismo y no se molestó en recurrir a la esperanza.

A fin de cuentas, él ya estaba muerto.

3— CAMINA

Completamente sola, caminó por calles desiertas abrazada a sí misma, mirando en todas direcciones en busca de alguna señal de supervivencia. Por doquier se extendía el silencio y los signos de lucha y accidentes.

No sabía qué hacer. Deseaba dejar aquella ciudad, pero no tenía muy claro cómo hacerlo, ni sabía dónde estaba. Caminaba sin rumbo cuando el olor a mar la hizo percatarse de que había llegado al puerto. El alcance de la tragedia era tal que no se veían ni animales ni aves marinas. Tampoco vio demasiadas embarcaciones. La idea de una huida apresurada, que ella se habría perdido al estar inconsciente en la tienda, tenía cada vez más sentido. Solo faltaba algún indicio que explicase el motivo.

Los pocos botes o barcos que quedaban en los pantalanes parecían estar inutilizados, y había manchas de sangre sobre las cubiertas.

Agotada, se sentó en uno de los bancos del muelle principal y observó la ciudad situada al otro lado de la ría. Tal vez por desesperación, le pareció que allí nada había ocurrido. Al menos no se alzaban columnas de humo como en el lado en que ella estaba.

Pensó otra vez en el motorista y sus acompañantes del tanque, y supuso que tampoco ellos estuvieron listos cuando la gente empezó a marcharse.

Al inclinarse hacia adelante para apoyar los codos en las rodillas, algo brilló a la altura de su pecho. Un pequeño medallón, con una bonita figura grabada, colgaba de una cadena que llevaba al cuello. Demasiado sorprendida de haberlo pasado por alto en todo ese tiempo, tardó en reaccionar y cogerlo entre las manos para verlo de cerca. No reconoció lo que era, ni su significado, pero al darle la vuelta encontró algo que sí le transmitió familiaridad. En el reverso estaba grabado un nombre: Alicia. No podía jurarlo, pero sentía que era su nombre y también que aquella joya era importante.

Ensimismada en sus cavilaciones la alcanzó la noche. Debía refugiarse del frío que empezaba a notar.

En una de las callejuelas próximas vio un supermercado. En él podría encontrar comida, aunque no sentía ni un ápice de hambre. Los nervios y el desconcierto cerraban su estómago; aun así debía alimentarse para reunir fuerzas.

El lugar no había sido víctima de explosiones, sino del vandalismo que debió de haberse levantado con el revuelo. Se instaló en el pasillo de los cereales, que era el que parecía más limpio y estable. A pesar de los trapos de cocina que reunió para su improvisada cama, el suelo de baldosas seguía estando frío y duro. Bien por aburrimiento o por cansancio se quedó dormida, con la esperanza de que al día siguiente todo hubiera sido una pesadilla.

4— LA PESADILLA

La pesadilla era recurrente. Cada cierto tiempo aparecía para atormentarlo. Empezaba con veracidad; la fiel reproducción de un momento de su pasado con el que se veía obligado a convivir.

Estaba en su pueblo natal. Todo iba bien. Era un adolescente común. Sus preocupaciones se limitaban a entregar los ejercicios de clase, estudiar para los exámenes, seguir con esa media de notable de la que tan orgullosos estaban sus padres y ser un buen ejemplo para su hermano pequeño. Pensaba en las chicas, aunque intentaba no hacerlo, de lo contrario, la única que le interesaba lograría que se volviera loco. No podía ser. Eso mismo se repetía como un mantra, incluso después de haberla besado.

La parte normal era más o menos la esperada, pero de trasfondo había otras cosas no tan corrientes. Le pasaba algo a su cuerpo, a su cabeza, y parecía empeorar. Evitaba los enfrentamientos como si fueran la peste. Temía perder el control, hacer daño a alguien o ser descubierto.

Ni siquiera se lo había dicho a Tomás, su mejor amigo. Estaba seguro de que pasarse con las revelaciones lo haría salir corriendo, y era lo último que quería. Era su secreto, de nadie más, y se lo llevaría a la tumba.

En el sueño, la atmósfera pareció espesarse. Allí estaban Tomás y él en el tramo más caudaloso del río, una tarde cualquiera de un verano corriente. El agua estaba fría como el hielo, pero con el intenso calor era hasta reconfortante. Nadaban, bromeaban y reían como idiotas de las cosas más sencillas.

Tomás empezó a alejarse, quería llegar hasta las piedras del centro y a Sergio le pareció una idea fantástica. Podrían subirse a ellas, charlar un poco como si fueran los reyes de la tierra y, cuando la temperatura volviera a ser asfixiante, regresar al agua y refugiarse en las sombras de la orilla. La corriente no era fuerte, no en esa parte. Esas son las armas del río: sus pozas y remolinos pasan desapercibidos hasta que atrapan.

Apenas los separaban unos metros. Una competición por ver quién llegaba primero, como habían hecho mil veces. Solía ganar él, pero esta vez Tomás le llevaba mucha ventaja.

Sergio le gritaba algo, probablemente «tramposo». Su amigo había soltado una carcajada y, de pronto, comenzó a agitar los brazos. Le

costaba mantenerse a flote, como si algo tirase de él hacia abajo.

Pensó que estaba de broma, pero, de forma inconsciente, apuró las brazadas. Una mala sensación se formó en su estómago. Tomás dejó de ser visible unos segundos antes de que él pudiera alcanzarlo. En aquel punto la pesadilla se agravaba. Él se sumergía una y otra vez y gritaba cuando salía a la superficie para coger aire. No sabía si estaba llorando, había demasiada agua. Creyó verlo en la zona más oscura, en esos agujeros infernales. Sergio sabía que lo más sensato era alejarse, que podía correr la misma suerte. Conocía muchas historias sobre el río, y pocas veces ganaba el hombre. Tanto daba. Era su amigo, su hermano. Una vida entera juntos que se negaba a que le fuera arrebatada.

Se sumergió mil veces y cada vez que lo hacía podía ver el rostro de su amigo. Pálido, hinchado, inalcanzable. Solo veía su cara, sus ojos estaban cerrados y la piel comenzaba a desprendérsele, descubriendo los músculos faciales y, en algunas partes, el hueso.

En la última inmersión, nada más meter la cabeza en el agua, se lo encontró frente a frente, como si hubiera ascendido para regresar con él, pero sus intenciones eran otras. Ahora, Tomás tenía los ojos muy abiertos y sus párpados encerraban un blanco sobrecogedor y maligno. Las manos putrefactas de su amigo rodearon su cuello y empezaron a apretar con fuerza, invirtiendo las posiciones. Un extraño baile en el que Sergio luchaba por no verse arrastrado hasta el fondo. Entonces Tomás abría la boca. Sus dientes ya no eran normales sino afilados, y estaban cubiertos de algo rojo que solo podía ser sangre.

Había alguien fuera del agua, y Sergio gritó para pedir ayuda. Miles de burbujas salieron de entre sus labios y se elevaron hasta la superficie. Una adolescente los miraba con expresión ausente. Sergio la reconoció al instante: era Natalia, la hermana de Tomás. El rostro de la chica también cambió. Sus bellas y delicadas facciones se deformaron y la sangre cubrió todo su cuerpo. Ella lo señaló con un dedo en el que no quedaban más que jirones de carne que no llegaban a cubrir las falanges.

Sergio se despertó sobresaltado, revolviéndose, como si todavía peleara con su amigo. Se sentó en la cama y se llevó las manos al cuello. Nadie intentaba estrangularlo, pero le costaba tanto respirar que dudaba de que solo hubiera sido un sueño.

Necesitó un momento para situarse. Estaba en la cama de su piso, enfermo y cada vez más afectado. La pesadilla había vuelto y esta vez apenas tenía fuerzas para quitarse la mala sensación del cuerpo.

La muerte de Tomás dio el pistoletazo de salida a las desgracias. La hermana de este, Natalia, se fugó poco después del accidente del río, y ambos sucesos le afectaron, dormido y despierto. Fue el principio del fin, el motivo de su fracaso completo, de ser invitado por sus padres a poner tierra de por medio y de no entablar amistades que pudieran durar más de unos meses.

Tras la huída de la chica, la siguiente noticia que tuvieron de Natalia fue que estaba muerta, pero, por fortuna, salvo momentos puntuales como aquel, no solía recordarla. Cuando la obsesión llega a un nivel insoportable, lo único que puede hacerse para no perder por completo la cordura es sepultar lo que la genera en lo más profundo de la mente.

Por si lo anterior fuera poco, su secreto había sido un peso y un impedimento en muchos ámbitos.

Porque sabía que una ducha lo despejaría, se fue al baño. Al encender la luz, sus ojos se resintieron. No era solar, pero le molestaba bastante. Cuando se acostumbró a la claridad, evitó por todos los medios fijarse en el espejo. Sabía lo que este le iba a devolver y no tenía la menor intención de hacer frente a una visión de sí mismo tan ajada. Giró el grifo de la ducha y suspiró aliviado. En cualquier momento dejaría de llegar agua, en cualquier momento dejaría de importarle.

Regresó a la habitación y cogió la radio, por si acaso. No tenía ni idea de qué hora era. Las persianas estaban cerradas, pero por los ruidos que llegaban del exterior la noche seguía presente. La falta de cualquier interacción humana conseguía que hubiera una acústica espectacular.

Cuando todo estalló, como había estado inconsciente, no vio las amenazas que liquidaron a media ciudad en unas horas. Solo tenía descripciones y relatos del grupo de supervivientes. Le llegaba de sobra para no continuar la búsqueda una vez anochecía. Un descanso impuesto e irrevocable.

Tras quitarse la ropa, se metió bajo el chorro de agua fría y apretó los dientes. Nada mejor para desterrar las imágenes de la pesadilla. Pronto estarían congeladas y quizá esta fuera la última vez que tuviera que soportarlas.

Apoyó las manos en la pared y dejó caer la cabeza hacia delante. Empujado por el agua, su pelo cayó como una cortina, ocultándole el rostro. Debería habérselo cortado, dejarlo largo había sido más pereza

que vanidad. Ahora solo era un incordio.

Los recuerdos y las malas sensaciones no fueron arrastrados del todo. La imagen de Tomás y Natalia dio paso a la de Marcos. Su hermano estaba tendido en la calle con una brecha en la cabeza y sin rastro de vida. «Solo está inconsciente».

Seguía inconsciente y, por lo que Raquel le dijo la última vez que contactó con los supervivientes, no parecía ir a despertar nunca. La rabia superó al dolor. Había intentado no pensar en su hermano ni en ella. Casi lo había conseguido. A ella volvió a expulsarla de su cabeza. A su hermano, no pudo.

De niños no eran amigos. Durante años perdieron el contacto por completo, pero una vez restablecido se comprometió a cuidar de él.

Le había fallado. Siete años antes le aterró la idea de compartir de nuevo el día a día. Ahora tenían superadas sus diferencias, se llevaban bien, pero por un motivo o por otro tendrían que separarse para siempre.

Cerró el grifo con fuerza y arrancó la toalla del colgador.

Retrocedió en el tiempo con facilidad gracias al mal sueño, porque con él se despertó la noche que se vieron obligados a recorrer ese camino juntos.

Aquel día, el olor a quemado sirvió para hacerle dejar atrás parte del aturdimiento ligado a la pesadilla. Como esa noche, al despertar había mirado a su alrededor, situándose en la pequeña habitación apenas amueblada, y no tardó en localizar el problema. Sobre la mesilla, de entre los agujeros del despertador electrónico, ascendía una columna de humo. No era la primera vez, tenía una habilidad relacionada con la energía, y no la solía controlar. Lo único que hizo fue dejarse caer de espaldas sobre la cama. A fuerza de costumbre, detalles como ese resultaban insignificantes. Un despertador chamuscado era lo más leve que podía provocar. Su peculiar visión del accidente en el río le hizo pasar todo tipo de situaciones inexplicables y, al final, simplemente estaba acostumbrado. Su vida no podía ser menos grata.

El timbre de la puerta había interrumpido sus lamentaciones. Se incorporó de nuevo, confundido. No esperaba visita, y la ventana de la habitación no reflejaba otra cosa que la noche más profunda. Se pasó las manos por la cabeza y notó la humedad en el cráneo. Su época de llevar la cabeza afeitada había sido un acierto. No tuvo la menor intención de abrir, pero sí dejó la cama porque sabía que no volvería a

dormirse con facilidad.

El timbre sonó de nuevo y dudó. Tardó un par de segundos en volver a ignorarlo. Alguien se habría equivocado de puerta. Terminaría cayendo en el error sin necesidad de que un tipo sudoroso y con mala cara se lo dijera. Mejor no tentar a la suerte. Tras la pesadilla no se sentía demasiado estable, y una palabra más alta que otra bien podría conseguir que lo del despertador de la mesilla pareciera un chiste.

Volvía de la cocina cuando al timbre se le sumaron los repiqueteos de unos nudillos. Demasiada insistencia.

Recordaba haber agarrado la sudadera que había dejado en el único sofá que tenía, y ponérsela mientras atravesaba el pequeño pasillo. Salvo su jefe de entonces, nadie más tenía su dirección. Llevaba en aquel piso cutre dos meses, y cuatro semanas en el taller mecánico en el que había encontrado trabajo. Ni amigos, ni conocidos, ni colegas que tuvieran el más mínimo interés en visitarlo.

Al llegar a la puerta, no se molestó en echar un vistazo a través de la mirilla. Giró el tirador y abrió. Su hermano pequeño estaba al otro lado, no tan pequeño, y rodeado por varias maletas que daban a entender una mudanza.

—Pero qué… —La pregunta murió antes de poder completarla. Hacía años que no lo veía ni hablaba con él. Sus padres habían sido tajantes y se negaron a que pudiera influenciarlo. En cierta forma, Sergio estuvo de acuerdo. Por nada del mundo querría que su hermano se viera afectado por sus miserias.

Marcos parpadeó un par de veces, sorprendido. Sus ojos recorrieron la cabeza rapada y el cuerpo de su hermano, deteniéndose en el rostro. Sergio había cambiado bastante en los últimos años.

—Joder…, no das muy buen rollo.

Sergio no se molestó en ahondar en el comentario. Señaló con la cabeza las maletas, sin apartarse de la puerta, impidiéndole el paso.

—¿Vienes de visita a la ciudad?

Marcos rehuyó su mirada con nerviosismo, temeroso de que el hombre que tenía delante lo echara a patadas.

—Vengo para quedarme, Sergio. Papá y mamá han muerto.

5— INTUYE

Cuando abrió los ojos seguía siendo de noche. Apenas podía ver nada y aun así le pareció que algo se movía fuera. Esperanzada, dejó su rincón y corrió hacia la puerta, deteniéndose en seco a dos pasos del cristal. Un fuerte escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Dejó que su vista se adaptara a la penumbra y prestó atención a lo que se movía al otro lado de la puerta por si era mejor no salir del supermercado. Contuvo un grito al reparar en un ser grotesco que se acercaba. No podía ser verdad. En principio, parecía la silueta de una persona, pero los dedos de las manos tenían unas uñas curvas y afiladas. Carecía de pelo y en su rostro sobresalía una pequeña nariz de tabique torcido. Sus profundos ojos negros la traspasaron, provocándole un terror primitivo. El miedo la mantuvo inmóvil cuando la proximidad del ser ocasionó que se activara el sensor, y las puertas correderas se abrieron dejándola expuesta. La criatura continuó avanzando hasta quedar a un palmo de Alicia, cuyo único movimiento consistía en el subir y bajar frenético de su pecho por la respiración agitada.

Lo había visto antes… No podía recordarlo, pero estaba segura de que conocía a esa cosa. El ser no podía verla. De alguna forma sabía, o quizá recordaba, que no podía verla ni oírla, que solo se guiaba por el movimiento. Al cabo de unos segundos, la criatura soltó un bufido de frustración y se volvió hacia la calle.

Alicia decidió aprovecharlo y movió la pierna con la intención de dar un paso atrás. El ser se giró y fijó sus ojos negros en el interior de la tienda. Ella no se movió, pese a la imperiosa necesidad de huir. Confirmó que percibía el movimiento y que llegaba a captarlo incluso cuando estaba de espaldas.

Le volvieron a la mente los cadáveres que había encontrado, en especial el que estaba frente a la tienda 24 horas, con la espalda destrozada. Estaba segura de que la mujer había sido atacada por aquella cosa.

Dos seres más, idénticos, se hicieron visibles. Que estuvieran a unos metros no la tranquilizó en absoluto. No tenía muy claro cuánto tiempo aguantaría en aquella posición, ni cuanto necesitaban las criaturas para cansarse. Pensó que no seguirían allí al alba. Era otra corazonada inexplicable y no supo si alegrarse o echarse a llorar.

Intentó no mover la cabeza y buscó con la mirada algún reloj, sin éxito. Lo mismo podían quedar horas que minutos para que amaneciera. El pedazo de cielo que veía desde su posición no revelaba

otra cosa que oscuridad.

Cuando sintió el primer calambre en la pierna derecha, vio con horror a cuatro criaturas más, y un par de lágrimas surcaron sus mejillas de pura angustia. No iba a conseguirlo, las extremidades le pesaban, exigían un cambio de postura y la adrenalina no ayudaba. Tenía la impresión de que cada vez estaban más cerca de ella, de que sabían que estaba allí, y su cuerpo le pedía a gritos que se alejara. Era un buen momento para que toda su vida pasara ante sus ojos, pero su amnesia ni siquiera le concedió ese consuelo.

Como si la impotencia hiciera mella también en los seres, uno de ellos emitió un desagradable gruñido y el más próximo a él se le echó encima, desgarrándole el cuello. La criatura herida comenzó a retorcerse en el suelo con un chillido, mientras una sangre negra le salía a borbotones de la herida, manchando la loseta del suelo del supermercado. El agresor volvió a incorporarse sin verse afectado por la agonía de su semejante, pero el sonido consiguió que ella se estremeciera por completo. Sin embargo, eso no fue lo peor: el olor de la sangre era nauseabundo, se adueñó del espacio y de sus fosas nasales. No podría controlar su propio cuerpo, estaba a un paso de vomitar lo poco que había cenado.

Con una coordinación extraña, las criaturas se movieron hacia otro lado, dándole la espalda. Los sonidos que emitían decrecieron y supo que su atención ya no estaba puesta en la tienda.

Escudriñó la calle. En un primer momento no pudo ver nada, pero al cabo de unos minutos obtuvo la respuesta: dos hombres salían de la nave que había enfrente, tal vez movidos por los lamentos del ser herido.

Al fin encontraba supervivientes, y la situación no podía ser más nefasta. O ella había sido demasiado sigilosa al entrar en el supermercado, o ellos acababan de llegar a la zona. Las opciones eran numerosas y no tenía tiempo de hacer cábalas. Si no los alertaba volvería a quedarse sola. Deseaba gritar, pero el miedo la mantenía en silencio por mucho que se repitiera que aquellas cosas no podían oírla. Los hombres estaban cerca, inmóviles en plena calle, y hablaban tranquilamente mientras observaban su alrededor confiados… Algo no encajaba. Tenían a las criaturas muy cerca, pero no parecían verlas. No estaba tan oscuro. Los seres no se molestaban en ocultarse. Se alejaban de ella para rodearlos…

No podía seguir de brazos cruzados. Asustada, observó a la criatura herida. Estaba prácticamente inmóvil, tendida en el suelo al

alcance del sensor, lo que evitaba que la puerta se cerrase. Había perdido mucha sangre, debería estar moribundo, pero en su mirada brillaba la expectación.

—No os mováis —susurró Alicia. No hubo ninguna reacción por parte de las criaturas.

Uno de los hombres la localizó. Incluso en la distancia, Alicia percibió una sonrisa que no presagiaba nada bueno. No eran una compañía aconsejable, aunque no por ello merecían una muerte segura, y menos una que ella podía impedir con una simple frase.

Respirando por la boca para evitar la peste, alzó la voz para que la oyeran.

—No os mováis —pidió con una entonación de alerta.

Tras una breve pausa, ambos rompieron a reír con sonoras carcajadas y se movieron, dispuestos a darle alcance. No habían dado un solo paso cuando las criaturas se les echaron encima, empleando sus garras en una refriega cargada de violencia por llevarse el mejor pedazo.

La impresión por lo que captaron sus ojos rompió la inmovilidad de Alicia. Pasó desapercibida para las más lejanas, demasiado ocupadas en despedazar a los dos hombres. No tuvo tanta suerte con la que estaba herida que, como si su lesión fuera leve, se puso en pie tambaleándose, preparada para atacar. Consciente de que quedarse quieta ya no le serviría, Alicia echó a correr hacia la salida de emergencia, amparándose en las estanterías que cedían bajo el peso de la criatura. No corría tras ella, avanzaba a grandes saltos valiéndose de sus piernas arqueadas, que parecían muelles.

Por puro instinto, se agachó en cuanto llegó a la puerta metálica. La criatura le pasó por encima, abriendo el acceso al dar con su cadera en la barra de apertura. La puerta de emergencia se cerró por sí sola, librándola de la amenaza.

Hecha un ovillo en el suelo, Alicia volvió a quedarse inmóvil. La persecución había alertado a los que no recibieron bocado de los hombres, y otra vez había seres en el establecimiento.

A su pesar, estaba demasiado cerca de la puerta metálica que el enfurecido ser golpeaba desde fuera. Si la echaba abajo caería sobre ella, aplastándola. Tenía que arriesgarse, oía a los otros cada vez más cerca. Tomó la decisión de aguardar al alba porque su instinto le

aseguraba que con el sol se marcharían. Si se quedaba allí acurrucada le sería más fácil no moverse que estando de pie.

En su empeño por recordar o entender algo, rememoró el primer supermercado. Su estado ruinoso podía deberse a algo más que a las explosiones. Quizá las baldas caídas, y los muertos también, los causaron aquellos seres que los habían ignorado a ella y al otro superviviente porque no se movían. Era imposible saberlo.

Mientras pensaba en todos los sucesos y detalles sin respuesta, perdió la noción del tiempo hasta que, a coro, las criaturas profirieron una especie de aullido. A continuación, comenzaron a alejarse estrepitosamente con sus descuidados saltos, destrozando lo poco que se había mantenido en pie en el interior de la tienda.

6— INSOMNIO

Sergio no pudo volver a dormir. Tras la ducha, se limitó a vagabundear por su piso, si es que podía llamarlo de tal forma. La distribución de las habitaciones seguía igual, pero la decoración correspondía a la que el ático había tenido años antes. A excepción del salón, situado nada más entrar, todo estaba diferente, y seguro que no era cosa de Diana, su novia.

Sentado en la silla de oficina, observaba la pequeña sala. Las estanterías estaban repletas de libros de todos los géneros, formas y tamaños. El orden reinaba. Ante él, el ordenador portátil con el pósit azul que tapaba la cámara continuaba abierto, pero hacía tiempo que se había quedado sin batería.

Se pasó las manos por el rostro, parpadeó un par de veces y volvió a observar su entorno. Allí seguía todo. No estaba dormido ni tenía alucinaciones. Solo se había vuelto completamente loco, o alguien quería que lo estuviera en breve.

Estaba en el despacho de su ex. Un lugar que ella había vaciado por completo al irse y que él redecoró a su modo hasta convertirlo en lo que Diana llamaba «la sala de los trastos».

Era desconcertante, sin duda, también doloroso, pero una parte de él agradecía poder entretener las horas muertas con lo insólito que le resultaba el cambio de decoración. Una buena forma de no pensar en Marcos, ni en el paradero de Raúl, ni en Diana.

Estaba seguro de que si se ponía a pensar demasiado le estallaría la cabeza. Cada detalle tenía su propia carga emocional y él se encontraba saturado. Al parecer, su enfermedad lo dotaba de una especie de anestesia que conseguía aletargar parte de sus emociones. No iba a quejarse por eso.

Se preguntó cómo reaccionaría Diana en caso de que volviera al ático y lo encontrara así. Puede que hubiera sido eso lo que la hizo dejarlo. Si a alguien le afectaba el recuerdo de su ex más que a él, era a su actual novia.

Se revolvió en la silla y el tapizado crujió con el roce de sus pantalones. Deseaba levantarse y deshacer la pulcritud con que estaban colocadas las cosas, o mejor, lanzar los libros y el material de oficina por la ventana. A su pesar, el desahogo podría llamar la atención de los habitantes nocturnos. No merecía la pena correr el riesgo. La dueña de todo eso estaría bien lejos, a salvo, y él no se

encontraba con fuerzas para plantarle cara a los demonios. Si alcanzaban el piso, librarse de la puerta de acceso no les supondría el menor problema.

Se repitió un par de veces más que no valía la pena y pensó en su novia, que sí debería preocuparle. ¿Dónde se había metido Diana? Cabía una posibilidad muy grande de que estuviera muerta, por cien motivos diferentes. Se insultó en silencio. Otro nombre en su larga lista de personas a quienes había fallado.

Intentó hacer memoria, buscar alguna pista. Su pequeña siesta había logrado que se perdiera lo más importante.

Antes de que todo ocurriera, cuando la ciudad aún era normal y viva, él había estado encerrado en una celda. Fue el último en ser rescatado. Lucía dio con él. La enfermedad ya estaba manifestándose, los narcóticos lo habían mantenido aturdido, pero poco a poco había conseguido sobreponerse y ser de ayuda. La fuga tendría consecuencias, debían estar preparados y movilizarse con rapidez. Pasó por su casa y, en aquel momento, todo estaba como él lo había dejado, sin decoraciones imposibles.

Para la batalla inminente, él y Marcos fueron juntos, dispuestos a saltarse las normas e intentar una medida desesperada que podría funcionar y con la que evitarían la matanza. La mente de su hermano poseía una capacidad sobrecogedora. Podía interferir en muchas situaciones. Era el único que lograba contener a los monstruos con algo tan sencillo como mantener cerradas las puertas por las que los iban a soltar.

Habían estado en el 24 horas. Solo ellos, sin consultas ni avisos, en un intento por dar esquinazo al topo que los había vendido. Él no podía hacer mucho, su papel era de apoyo porque se encontraban demasiado cerca, al alcance de los de seguridad de la empresa contra la que iban. Sus enemigos los conocían y no querían arriesgarse a que intentaran detenerlos.

A un paso de conseguirlo, las cosas se torcieron y todo sucedió tan rápido que Sergio no terminaba de entenderlo. De alguna forma, había sido expulsado de la tienda. Se sintió asustado e impotente a partes iguales cuando una fuerza lo envolvió por completo y lo arrancó del suelo. Todo su alrededor desapareció y él no tardó en quedarse inconsciente. Se trataba de una clase de poder impresionante, y no conocía a nadie que lo tuviera.

Al despertar estaba en su piso con todas las persianas bajadas. En

ese primer momento, la decoración fue el menor de sus problemas. Pensaba sobre todo en su hermano, pero también en su novia.

Dio por sentado que encontraría a Diana allí, sin embargo, el único que estaba presente era el perro. El dogo no se alegró de verlo; no era a él a quien esperaba, y llevaba desde entonces tumbado en la sala de estar sin probar bocado. Lo sentía por él, pero no dejaba de ser un recuerdo doloroso y había delegado su cuidado en Diana. Con ella dejaron de necesitarse, ahora ninguno estaba en posición de adaptarse a los cambios.

Tras recorrer toda la casa, llegó al salón y vio las señales de lucha, los restos de sangre. Pensó que Diana estaba muerta. Solo la ausencia de su cuerpo arrojó alguna esperanza, pero, si estaba herida, la calle no era un buen lugar por el que pasearse.

Convencerse de su muerte era la postura más cómoda. Le evitaba tener que buscarla también a ella. Si bien no podía ser tan egoísta. Ya lo había sido en muchos aspectos.

Cuando Juan se presentó en el ático preguntó por ella. Nadie recordaba haberla visto. Al parecer, también para el ahora segundo al mando era una cuestión de prioridades, y Diana no figuraba entre ellas. El hombre evidenciaba un aspecto terrible en aquel encuentro. Parecía tener el doble de años, y los ojos rojos e hinchados marcaban la palidez de su piel. No estaba enfermo, sino desolado y con un fuerte impacto. No hubo mejor indicativo para hacerle saber que su intento de detener las cosas había fracasado y la situación era grave. Exigió volver al establecimiento para buscar a su hermano, y no hubo réplica. Ni Juan estaba en condiciones de discutir, ni él hubiera aceptado un no por respuesta…

Los sonidos de la calle lo sacaron de sus cavilaciones. Se le erizó el vello de los brazos y el miedo se extendió por todo su ser. El amanecer estaba a punto de llegar y a los seres no parecía gustarles tener que esconderse. Le aterraba la idea de que una de esas noches entraran en el edificio y eligieran su ático como guarida.

Le fue inevitable pensar en la última persona viva que había visto en las calles. La rabia mitigó el temor que sentía. De todas las personas que merecían seguir respirando, no era justo que ella hubiera llegado tan lejos. Eva, por ese nombre la conocían, pero a saber cuál era el real. Ya no importaba. A estas alturas habría sido despedazada. Lo único que tenía, además de su condición humana, era una especie de baliza interna. Algo así, de poco podría servirle contra las criaturas que salían de noche.

Lanzó un último vistazo a la sala y se levantó. Ahora era él quien tenía que moverse.

7— RECONOCE

Pese a tener la certeza de que volvía a estar sola, Alicia necesitó una eternidad para reunir valor, levantar la cabeza e incorporarse. Procesar lo que había pasado iba a ser mucho más difícil.

Su mente se empecinaba en buscar detalles, algo a lo que aferrarse. No recordaba nada de su vida, pero sí que los seres que había visto estaban muy lejos de ser algo que uno pueda encontrar en la ciudad. Las cosas habían salido mal, eso resaltaba en su maltrecha base de datos.

A media mañana abandonó el supermercado con la intención de encontrar un refugio seguro para la siguiente noche. Si aquellos seres se refugiaban del sol, no veía sensato adentrarse en edificios o naves cerradas.

Ya en la calle, evitó mirar los restos de los dos hombres sobre un charco de sangre. Sintió un escalofrío. Estuvo cerca de terminar del mismo modo que ellos.

Una vez más, recorrió calles desconocidas reparando en todas direcciones con la esperanza de dar con algún indicio de supervivencia. Nuevos incendios, o quizá los mismos, cargaban el ambiente con más humo. De algunos pisos el agua caía como si se tratase de cascadas. Su origen podría ser un grifo que nadie iba a cerrar, o daños en las cañerías. En cualquier caso, las humedades afectaban y oscurecían las fachadas como los incendios. Puso todo su empeño en que su mente no volviera a las criaturas, sin éxito.

El recuerdo del motorista y sus acompañantes la hizo apretar los puños con rabia. Tenían que saber lo que sucedía y, en vez de socorrerla, la dejaron para que se enfrentara a una muerte segura. No había rastro de dudas: se conocían, y de nada bueno.

Una explosión lejana, imposible de localizar, la sobresaltó, y apuró sus pasos. Recorrió las calles, entre cuerpos que se esforzó en ignorar, la basura dispersa y los daños materiales. Siempre por el centro, nunca por las aceras, tras entender que gran parte de los restos en ellas eran las terrazas y ventanas de los edificios.

Tras unas horas deambulando, llegó a un parque que daba acceso a un gran edificio acristalado. De no ser por el aspecto caótico, los árboles caídos y la suciedad generalizada, sería un lugar precioso. Cierta familiaridad la llevó hasta lo que había sido la amplia puerta principal, ahora hecha añicos. Conocía esa infraestructura. No tenía ni

idea de por qué le resultaba familiar, pero su optimismo regresó después de tanto tiempo sin reconocer lo más mínimo.

Al entrar en el recibidor vio los primeros cuerpos, víctimas indudables de las criaturas, pero no retrocedió. Que todo el revestimiento fuera de cristal conseguía una iluminación constante. Era imposible que las criaturas se resguardaran a la vista, y algo la impulsaba a colarse dentro. Por si acaso, evitó la escalera interna y se planteó una forma más segura de alcanzar los pisos superiores en busca de información.

Movida por la necesidad de saber, salió de nuevo al parque. Usando los senderos, casi difuminados por los escombros, rodeó el edificio y llegó a un callejón en el que se encontraba la escalera de emergencia, demasiado alta para alcanzarla desde el suelo.

Lo que la obligaba a asaltar el edificio era pura terquedad. Podía haber respuestas o no. Por otra parte, el luminoso espacio aseguraba una protección contra los seres, y no podía arriesgarse a buscar un sitio mejor. Una vez estuviera instalada, volvería a recorrer las calles con la tranquilidad de tener un refugio al que retirarse antes del anochecer.

En el callejón, miró a su alrededor. Encontró la solución en una furgoneta que había colisionado con otro vehículo y que cortaba el paso desde la vía principal. Si se subía al techo, tendría a su alcance las escaleras. Decidida, fue hacia ella. Tendría que mover primero el utilitario para desbloquearla y colocarla donde le convenía.

El estómago le dio un vuelco al ver en el primer coche el cadáver del conductor. La barbilla descansaba sobre el pecho y una notable cantidad de sangre teñía su ropa. Había sido degollado.

Hizo un esfuerzo por tragarse sus reparos, abrió la puerta y sacó el cuerpo con dificultad, sintiéndose terriblemente asqueada ante el avanzado estado de descomposición. El asiento y el volante, empapados en sangre seca, no mejoraron sus expectativas, pero tampoco la frenaron. Acortó el momento todo lo posible, arrancó y sacó de en medio el vehículo, llevándose con él la defensa de la furgoneta. De forma apresurada, dejó el coche y entró en la cabina con el alma en vilo por si no encendía. Las llaves también estaban puestas y el dueño podría no haber apagado el contacto al abandonar el vehículo.

El motor cobró vida al girar la llave. Las lágrimas le empañaron los ojos y pegó la frente al volante con alivio. Cuando alzó la vista, no

supo a qué atenerse al ver por el retrovisor un rostro infantil que le devolvía la mirada, entre incrédulo y aterrado. Desconcertada, se volvió hacia la parte de carga y encontró a un niño que parecía haberse quedado sin habla.

—Hola, chico —lo saludó confusa—. ¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

El pequeño, de unos cinco años, continuó mirándola con los labios apretados.

—¿Estás herido? —le preguntó. Parecía estar bien físicamente, aunque muerto de miedo. Barajó la opción de que no la entendiera.

Tras dudar, el pequeño negó con la cabeza sin apartar sus ojos de ella. Alicia sonrió. No verse sola era un alivio.

—Estupendo. —Un superviviente mudo era mejor que ningún superviviente. Era una buena señal—. Tenemos que buscar un sitio en el que refugiarnos y creo que este edificio puede valernos.

Alicia avanzó hasta colocar la furgoneta bajo la escalera de emergencias.

—Como los dos somos bajitos, me temo que tendremos que subirnos al techo.

El pequeño esbozó una sutil sonrisa y asintió sin mucho entusiasmo.

—Vamos —le dijo Alicia al salir de la cabina. Rodeó el vehículo para abrir el portón trasero.

La compasión la embargó cuando el niño se arrojó contra ella aferrándose a su cuerpo. Tomándose unos segundos, Alicia le acarició la espalda y la cabeza.

—No te preocupes, saldremos de esta —le prometió, sin saber de dónde salía la seguridad que llevaban sus palabras.

El niño siguió aferrado a ella. No le molestaba, al contrario, pero no debían bajar la guardia. Con suavidad, lo separó y le acarició el rostro. Estaba muy pálido y sus pequeños ojos verdes parecían resentirse con la claridad. En sus mejillas, las lágrimas derramadas habían dejado un pequeño camino, ennegrecido al contacto con el polvillo que lo cubría. Tenía el pelo castaño, corto, tan apelmazado que se le pegaba a la cabeza. Era muy delgado; no podía parecer más frágil y vulnerable. Debía cuidar de él.

—Venga, tenemos que darnos prisa. —Pese al sol de la tarde, no quería confiarse.

Primero ayudó al pequeño a subir a la parte alta del vehículo y después lo hizo ella. Al menos, su sentido del equilibrio era bueno y parecía estar en forma. El malestar que había sentido cuando despertó se difuminaba poco a poco.

La escalera aún estaba a cierta distancia. De un salto logró asir la primera barra que hacía de peldaño y trató de bajarla con el peso de su cuerpo.

—¡Está atascada!—dijo con exasperación antes de soltarse y mirar el rostro preocupado del pequeño. Luego cambió su expresión y optó por sonar divertida—. No pasa nada, te ayudaré a alcanzarla. ¿Qué tal se te da trepar?

Viéndolo como un juego, el niño sonrió de nuevo y asintió.

—A ver si es cierto —le dijo con un guiño, inclinándose para que se valiera de ella—. Sube hasta el rellano —pidió, y el chico la obedeció enseguida.

En cuanto el niño llegó a la parte alta, Alicia tomó impulso y alcanzó la primera barra. Fue consciente de que no estaba en tan buena forma como para avanzar solo con los brazos. La tensión en los músculos amenazaba con hacerla ceder y el sudor en las palmas de las manos le impedía un agarre firme. Tras un momento angustioso, sus pies se asentaron en el primer peldaño. Se tomó un momento para recobrar fuerzas antes de continuar. Una vez se reunió con el pequeño, el resto del ascenso fue más sencillo y pudieron recuperar el tiempo perdido.

Se decantó por parar a media altura, ante un nuevo obstáculo. Ese lado conservaba el cristal y las ventanas estaban cerradas, tendría que abrirse paso a la fuerza. No parecía fácil. Un par de grietas en el vidrio motivaron que cruzara los dedos esperando que las explosiones, o lo que fuera, hubieran debilitado el cristal lo suficiente como para poder abrir un hueco por el que pasar. Con un suspiro de cansancio, se volvió hacia el pequeño para pedirle que se alejara un poco. De una patada hizo añicos el cristal y se quitó la cazadora para envolver la mano y no cortarse al retirar los restos.

—Quédate detrás de mí. Si te pido que no te muevas, hazme caso, por favor

—dijo, temerosa de un encuentro desagradable.

El niño asintió sin dudar y a ella le conmovió su confianza. A saber cuánto tiempo había estado encerrado en la furgoneta, o peor, cuántas cosas vio. No era de extrañar que se uniera a la primera persona viva con la que se encontraba.

Alicia sacudió la cabeza para despejar la mente y que toda su atención estuviera en la planta. Parecía atestada de oficinas y cubículos desiertos. Se trataba de un lugar seguro a la luz del día, pero no tenía las mismas expectativas para la noche. Al avanzar un poco, vio algo que parecía una habitación con la puerta cerrada. Era el único espacio aislado, serviría como refugio, pero también podía estar ocupado por los seres.

—Escóndete en uno de los cubiles —le pidió al niño— y no te muevas.

Cuando el pequeño se ocultó, Alicia se detuvo ante la puerta. La abrió y se situó a un lado, amparándose con el tabique. Todo se mantuvo en silencio. Sin terminar de fiarse, asomó la cabeza conteniendo la respiración y pasó la mano por el interior de la pared hasta tocar el interruptor de la luz. Al iluminar el espacio, no vio más que una sala de archivos limpia y desierta. Más relajada, se adentró con lentitud y miró uno por uno los archivadores metálicos, sintiendo la misma familiaridad que le transmitía el edificio.

El sonido de unos pasos consiguió que se volviera para salir del lugar. Entonces se encontró de nuevo con el motorista.

—¡Tú!—exclamó, mostrándose mucho más segura en aquel encuentro.

—El niño —se limitó a decir el hombre. Ni siquiera se había quitado el casco, avanzaba observando los cubiles e ignorándola a ella.

Sin saber muy bien qué hacía, Alicia se interpuso en su camino.

—¿Adónde quieres llevarlo? ¿Adónde habéis llevado al otro?

—A un lugar seguro —replicó el motorista, echándola a un lado con tanta facilidad como violencia.

Aunque estuvo a punto de perder el equilibrio, Alicia se recobró del empujón y lo agarró del brazo, frenándolo.

—¿Qué está pasando? —exigió saber molesta por tanto desplante.

El motorista se giró y, cogiéndola desprevenida, le dio un bofetón con el dorso de la mano y la lanzó al suelo.

—Deberías saberlo —le echó en cara antes de seguir hasta alcanzar el cubil que resguardaba al pequeño.

La caída la aturdió más que la bofetada. Incapaz de incorporarse, Alicia escuchó a su agresor empleando una voz mucho más dulce, incluso agradable, al hablarle al pequeño.

—¿Me reconoces? —preguntó el motorista.

—Sí —respondió el muchacho.

—Vamos.

Alicia los oyó aproximarse. De forma borrosa, consiguió enfocar al niño que la miraba sin tener muy claro qué pensar, y al motorista, cuya expresión corporal dejaba claro el desagrado que sentía.

—¿Y ella? —preguntó el pequeño, preocupado.

—Ella se queda —sentenció antes de seguir su camino.

La voz del niño apenas fue audible para Alicia, a un paso de quedarse inconsciente, pero supo que le hablaba a ella.

—Gracias.

Lo último que Alicia escuchó fue la réplica desdeñosa del motorista.

—No las merece.

8— SIN LÍDER

A Sergio le temblaba todo el cuerpo. Tuvo que conducir mucho más despacio de lo normal por temor a perder el control. El chico que llevaba de paquete debía llegar a salvo al refugio. Iban a tardar una eternidad, pero no podía arriesgarse.

El contagio avanzaba, los achaques le golpeaban de forma puntual y, cuando aparecían, llegaban con fuerza. Aun así, no eran los responsables de sus temblores. La rabia los originaba y esta solo podía derivar de una mujer que no se daba muerto.

Minutos antes la había sentido llamarlo a través de esa baliza suya. No dio crédito. No podía ser tan estúpida ni verse tan desesperada como para recurrir a él. Volvió a sentirla dentro de su cabeza. Le había encajado la dirección sin pedir permiso ni molestarse en delicadezas. El mensaje estaba claro: «Ven aquí, ya». No lo dudó. Iría a por ella y se la llevaría por delante. Parecía que eso deseaba, que la matase con sus propias manos.

Solo al llegar al edificio sintió la otra presencia. Que no estuviera sola detuvo sus intenciones. Su sorpresa al verlo le impidió actuar. Sergio acudió por el chico, buscándole sentido a una llamada que ella parecía no ser consciente de haber realizado. Que se le pusiera delante, cortándole el paso como si él fuera el peligro, mandó al traste su paciencia.

Golpearla fue lo más leve que pudo infligirle. Se pasó con la fuerza, no esperaba dejarla inconsciente, pero en ese instante le dio lo mismo. Ahora tampoco estaba arrepentido… Aunque seguía sin entender por qué demonios lo había llamado para después ponerse de ese modo.

El centro comercial apareció ante ellos y se acercó hasta la puerta lateral para dejar allí al superviviente. Tras ayudar al niño a bajarse, también él se apeó y golpeó la puerta con los nudillos, marcando la contraseña pactada.

Juan abrió con expresión grave. Sus ojos fueron de Sergio al niño, pero no dijo nada.

—¿Cómo está Marcos? —preguntó Sergio malinterpretando el gesto de su conocido.

Juan negó con la cabeza y se echó a un lado para que ambos pasasen.

—Sigue inconsciente.

El niño entró, pero Sergio siguió fuera.

—¿Qué ha pasado?

Juan lo miró derrotista.

—Raúl… está muerto. No… él no pudo refugiarse por la noche.

Sergio sintió que algo se rompía en su interior. La relación con el pintoresco líder del grupo había sido irregular. En los últimos días no tuvieron más que enfrentamientos, pero no por ello dejaba de ser una de las personas más relevantes en su vida.

Juan intentó razonar con él.

—Entra, Sergio, ya no tienes nada que hacer ahí fuera. Deberías…

Sergio se negó rotundamente.

—Podría haber más gente. Ya te dije que no me quedaré aquí, no pienso hacerlo —protestó, dándole la espalda a la puerta para recuperar su moto—. Me mantendré en contacto. Si mi hermano mejora, avísame. Todo lo demás, no pienso escucharlo.

En cuanto arrancó el motor, Juan y el centro comercial abandonaron su mente y le vino a la cabeza el día en que Raúl lo reclutó, poco después de la aparición de Marcos, siete años atrás.

Hay momentos decisivos que uno jamás olvida y por mucho que pase el tiempo su recuerdo vuelve cargado de detalles que, lejos de perder intensidad, se afianzan.

Por aquel entonces apenas dormía. Tener a Marcos en casa le suponía una responsabilidad para la que no estaba preparado. ¿Cómo iba él a cuidarlo? El chico ya era mayor de edad, podría haber escogido quedarse en el pueblo pero, al parecer, él también intentaba escapar de algunos fantasmas.

Natalia y Marcos habían sido tan amigos como Tomás y él. Nada bueno supuso la relación con los hermanos, y el lugar en el que los cuatro crecieron era una fuente constante de recuerdos dolorosos.

Sumido en su autocompasión, ni siquiera se le ocurrió pensar que Marcos podía estar sufriendo como él. Sergio se encerró en sí mismo, alejó a todos los que pudieron importarle y ya no tenía claro si la patada se la habían dado a él o él se la había dado a su familia.

El día en que todo cambió, estaba trabajando en el taller mecánico, encargándose de un coche que no tardaría en estar de vuelta de puro viejo. Pensaba en la desastrosa relación con su hermano y en la muerte de sus padres. Sobre esto último, lo lamentaba. No les guardaba especial cariño tal y como habían acabado las cosas entre ellos, pero tampoco podía odiarlos. Todo se resumía en una cosa: le habían tenido miedo. Fue más fácil encargarse del pequeño y procurar lo mejor para él que romperse la cabeza con el mayor. Así ocurrió y no venía al caso darle vueltas.

Su hermano dependía de él y no iba a darle la espalda. Supo que le pasaba algo; él tampoco dormía y las pesadillas del muchacho parecían igual de intensas que las suyas. Entonces no hablaron de ello. El tiempo que estuvieron separados fue una barrera difícil de salvar y el rencor jugó un papel importante.

Marcos se había sentido abandonado, traicionado…, y él no pudo culparlo. Le costó creer que alguna vez fueran a tener una relación sincera. Durante los últimos años de convivencia en la casa familiar no fueron grandes amigos. Marcos no entendía por qué no mostraba su carácter y evitaba cualquier enfrentamiento. Esperaba un hermano mayor del que enorgullecerse, con quien amenazar a cualquier matón de instituto de los que buscan las cosquillas en el recreo. No lo encontró, así que decidió serlo por ambos.

De la puesta al día entre ellos había sacado en claro que Marcos era un imán para los problemas. Charlar con él implicaba leer entre líneas, buscar lo que no decía en lugar de lo que sí, y no le gustaban en absoluto las conclusiones.

El sonido de un motor lo sacó de sus cavilaciones. Era casi la hora de cerrar, pero como reconoció el rugido del Maserati procuró no poner mala cara. Salió de debajo del coche que estaba arreglando y se limpió las manos con el paño que llevaba colgado del bolsillo.

Raúl Giráldez aparcó el reluciente coche en la explanada delantera. Sergio lo observó atentamente. Aquel hombre tenía algo de lo más extraño.

La primera vez que lo vio, dio por sentado que sus conversaciones se limitarían a frases del tipo: «Qué le pasa a mi coche, cuánto va a costarme y cuándo estará listo». Ya fuera por prejuicios, asumió que le caería mal. Parecía el típico rico estirado y pedante, pero, por algún motivo que no terminaba de comprender, sentía cierta afinidad con él.

—¡Sergio! —saludó Raúl al tiempo que entraba en la parte cubierta y se quitaba las gafas oscuras. Sus ojos verdes recorrieron con

desagrado el mar de coches de baja gama, destripados o por destripar —. Perdona que me presente a estas horas, espero no resultar inoportuno.

Sergio se encogió de hombros.

—No se preocupe. ¿Le pasa algo al coche? —Hacía una semana del arreglo. Esperaba que no fuera eso. No le gustaba hacer mal su trabajo.

Raúl negó con la cabeza.

—En absoluto, va como la seda. No es ese el motivo de mi visita —respondió, dedicándole una mirada directa—. Vengo a por ti, si estás interesado.

Sergio sintió un escalofrío. Raúl era bastante dramático, a eso estaba acostumbrado, pero sus palabras, la forma de decirlas, encerraban algo que no supo definir.

—Depende, colega. ¿Para qué? —Por primera vez en mucho tiempo saltaron sus alarmas. Un sistema interno que solía derivar en aparatos electrónicos calcinados, y en esos términos, el lugar era un polvorín.

Se obligó a relajarse. Solo era Raúl. El pijo que había encontrado el taller porque su coche de lujo lo había dejado tirado por la zona. El hombre que desentonaba entre los vehículos destartalados, con su ropa de marca y sus pañuelos chillones. ¿Cómo los había llamado? Pashminas. ¿Qué peligro podía entrañar un tipo semejante? A lo sumo, le propondría un negocio ilegal. Solo tenía que decir no, y listo.

Raúl sonrió confiado y se le acercó.

—Tu trabajo con mi coche fue muy satisfactorio. Tengo una colección de clásicos. Bueno, en realidad son de la familia, pero me gustaría que tú te encargaras de su supervisión y puesta a punto. Vamos a organizar una carrera benéfica y suponen un reclamo fantástico.

Sergio se sorprendió ante la oferta. No podía negar que era tentadora y que entendía lo suficiente de mecánica como para poder con cualquier vehículo. Sin embargo, tuvo la sensación de que allí había gato encerrado.

—¿Qué es lo que no me está contando?

Raúl soltó una carcajada.

—Tu suspicacia te honra, Sergio. Y, en efecto, tu vida tomaría un rumbo distinto al aceptar mi proposición.

—¿Puede ir al grano? —lo interrumpió impaciente.

Raúl chasqueó la lengua con fastidio.

—Con lo bien que me estaba quedando… De acuerdo. La oferta consta de varios puntos que debes meditar con calma. El primero es dejar este taller para instalarte en uno de verdad. Si aceptas, no solo te encargarás de las viejas glorias, sino de todo el garaje, y, créeme, tengo un garaje bastante grande.

No lo ponía en duda.

—¿Me está contratando como mecánico?

Raúl se lo pensó antes de responder.

—Te estoy contratando como jefe del taller que tengo en mi mansión, en la capital. Si quieres, por supuesto. Soy consciente de que aquí tienes todo lo necesario para estimular tus aptitudes profesionales, y el sueldo te da para vivir de forma holgada sin tener que molestarte por las facturas. ¿Sabes de lo que hablo? Esos papelitos que se acumulan en las puertas de las personas de clase media.

Sergio no le puso buena cara por la broma, lo que consiguió que Raúl ampliara su sonrisa.

—Ah, igual tú también las conoces, ¿no? —dijo con suficiencia—. También te ofrezco la desagradable idea de cambiar ese piso cutre en el que vives…, porque seguro que vives en un piso cutre, no te ofendas.

—Me están dando ganas de darle una paliza, no se ofenda —le advirtió Sergio.

La sonrisa de Raúl tembló un poco y él se sintió satisfecho. Al menos le tenía un mínimo de respeto, aunque solo fuera por la posibilidad de que usara la fuerza.

—Podrás vivir en la mansión o en una de las casas de invitados que hay por el terreno. Tendrás tu intimidad, por supuesto. Es como una urbanización, solo que los vecinos trabajan todos para la misma empresa.

No sonaba mal, aunque tampoco bien. Pensó en que la idea de irse a vivir a una mansión era fantástica, cuando la mansión era tuya, no cuando eras parte del servicio. Lo de ocupar una de las casas en esa presunta urbanización, sí era digno de tener en cuenta. Estaba harto de su piso, de las goteras, de las humedades, del casero que a la mínima le subía el alquiler. Y era la capital, no una ciudad que apenas salía en los mapas. Seguro que allí Marcos conseguiría encontrar trabajo… Fue entonces cuando vio el problema: Marcos. ¿Qué iba a hacer con él? Dudaba poder pagarle un apartamento en la capital, por muy generoso que fuera el sueldo que Raúl estableciera. Cualquier posibilidad se redujo a cenizas. No podía ir a ninguna parte. No podía dejar a su hermano solo.

—¿Y esa expresión? —advirtió Raúl.

—Lo siento, Raúl. Le agradezco la oferta, pero no puedo mudarme. Vivo con mi hermano pequeño.

—¿Y? Puede ir contigo. Si tuvieras mujer o hijos no te obligaría a dejarlos… A todo esto… ¿tienes mujer e hijos?

Sergio no pudo evitar sonreír.

—Sabe que no.

—Ah, nunca se sabe, amigo, nunca se sabe.

Se reía de la broma cuando la expresión de Raúl se volvió inescrutable.

—¿En serio? ¿De verdad está tan ciego?

Tras la confusión por el cambio en la charla, Sergio sintió algo a lo que no supo ponerle nombre.

—¿Qué…? — dejó escapar, notando cómo el aire abandonaba sus pulmones.

Raúl lo miró directamente a los ojos.

—Dime, Sergio, ¿me reconoces?

RECUERDO 10: DIANA

Alicia seguía tendida en el suelo. La inconsciencia a la que se había visto arrastrada era un acceso a los lugares más recónditos de su mente. Tras los párpados, sus ojos se movían agitados, ante la escena que presenciaba:

—Sabes que es lo correcto, Diana —dijo la mujer sentada tras el escritorio del amplio despacho. La bata blanca le confería autoridad, pero era su mirada astuta lo que conseguía que se impusiera siempre sobre los demás.

La mujer de veintiséis años que estaba ante ella sonrió con dificultad. Quería parecer confiada, pero los nervios y el miedo estaban a punto de traicionarla. Era la primera vez que se veía envuelta en las operaciones del grupo y no estaba acostumbrada a actuar. Jamás la habían reclutado, solo la dejaban estar entre ellos. Sus aptitudes se limitaban a mover pequeños objetos. Un talento inútil.

No hacía ni dos días que habían contactado con ella. Le sorprendió muchísimo, en cierta forma era un halago, o estaban realmente desesperados. En cualquier caso, ¿cómo iba a negarse? Lo hacía por él, haría cualquier cosa por él. Y también a él le había mentido y la culpa no jugaba de su parte. Era necesario, mejor decirle que se iba una semana a visitar a su familia. Seguro que si sabía la verdad, le impediría arriesgarse o no la creería capacitada. Debía demostrar que ella también estaba implicada en la causa, marcar alguna diferencia para dejar de ser el segundo plato. A veces se preguntaba si todos la veían como si no fuera más que un pasatiempo. Así se sentía ella en ocasiones. Aprovechó la punzada de rabia para dirigirse a la mujer.

—Me da igual lo correcto, doctora. Lo que sé, es su precio.

La mujer asintió conforme.

—Los laboratorios Zeva son generosos, puedes estar segura. Tan pronto nos des los datos que dices conocer, tendrás tu dinero.

Diana se restregó las manos contra los vaqueros. No dejaban de sudarle. Ya casi estaba.

—No me fio de su corporación, sería estúpida si lo hiciera. La mitad, los datos, y la otra mitad. Ese es el trato.

—¿Nadie te ha comentado nunca que la avaricia rompió el saco? —preguntó la mujer, juntando las manos sobre la mesa.

Diana entendió al instante que algo iba mal pero fingió no amedrentarse. No podía pasarle nada. El grupo siempre se guardaba un as en la manga, nunca corrían riesgos y, en el peor de los casos, jamás abandonaban a nadie. Prefirió ignorar el último punto. El corazón estaba a

punto de salírsele del pecho.

—¿Debo creer en su promesa?

La mujer la observó con sus ojos grises.

—Eres uno de ellos, tú también puedes resultar una amenaza.

Diana se puso a la defensiva. En teoría, no lo era. No sería creíble que uno de los suyos se aliase con la doctora. Tenía que ser normal y, para lo poco que podía hacer, lo era. Se obligó a parecer ofendida, debía conservar su papel a toda costa e irse de allí lo antes posible. Empezaban a temblarle las piernas.

—Se equivoca, no tengo nada de monstruo y doy gracias por ello todos los días.

—A mí me parece que sí eres uno de ellos, por mucho que te pese. Tenemos modos para confirmarlo, si te interesa.

—¡No soy uno de ellos! —exclamó Diana, poniéndose en pie. No podía seguir adelante— y ustedes no son los únicos laboratorios del mundo —añadió, dándole la espalda a la doctora para dejar el despacho. Esa era la frase en clave, la señal de que se retiraba, la que llamaba a la caballería…

Al girar el tirador de la puerta, descubrió que estaba cerrada con llave.

Por un acceso lateral, entraron varios hombres uniformados. Eran los miembros del cuerpo de seguridad, irreconocibles al llevar un casco con visor tintado.

La mujer dejó su sitio tras la mesa mientras los dos agentes retenían a la visitante.

—Una lástima, querida, nos serías de lo más útil por las buenas. Tus preciados datos están en tu cabeza y, casualmente, nosotros sí somos el único laboratorio que puede sacártelos a la fuerza.

9— LA CLAVE

Tras dejar el centro comercial y volver a recorrer las calles, Sergio llegó al ático con una absoluta sensación de fracaso, exhausto y odiándose por no haber dejado de pensar en la traidora.

Al atravesar el pasillo de camino a su cuarto, se detuvo en la sala para ver si a Zar le había ido mejor. Dado que seguía tendido en el mismo sitio, y que el cuenco de agua y el de comida permanecían intactos, era obvio que no.

El animal tenía el morro sobre sus patas pero sus miradas se encontraron. La expresión triste en los ojos del perro consiguió que Sergio se sintiera aún más culpable.

—Hago todo lo que puedo —masculló, antes de seguir su camino.

Se había pasado horas sobre la moto en busca de supervivientes. Llegó incluso a ponerse a dar gritos, a lanzar restos de escombro contra los cristales para ver si así atraía la atención de alguien. Todo estaba muerto. El poco movimiento que percibió venía de los rincones más oscuros. Nada de gente, solo cosas.

Y a su cabeza volvía, una y otra vez, Eva la traidora, o como fuera que se llamara, inconsciente en el edificio.

Las personas como él contaban con una intuición notable, algunos podían llegar a prever o anticipar sucesos gracias a ella. Él nunca llegó tan lejos pero sus corazonadas eran fiables. Al parecer su captura también había alterado eso. Era lo único que explicaba esa sensación, la preocupación, la culpa que lo rondaba cuando pensaba en ella. Su cerebro tenía un cortocircuito de tamaño monumental.

Se quitó el casco, la cazadora, las botas y se dejó caer sobre la cama. No tenía ganas de comer. Debía hacerlo pero la sola idea de ir hasta la cocina se le antojaba agotadora.

Quería dormir, o morirse de una vez. Para lo que estaba consiguiendo, su marcha no supondría ninguna diferencia. Ya había sobrevivido a Lucía, a Raúl, probablemente a Diana. No podría soportar perder también a Marcos. Los esfuerzos no le estaban sirviendo para nada. Bien pensado, daba igual que encontrara gente o no. Carecían de lo básico, lo principal: un modo de salir de allí.

El hilo de sus pensamientos volvió a la traidora. ¿Qué hacía en el edificio de los laboratorios? Lo más sensato era mantenerse lejos, o no.

Allí empezaba todo, de él habían salido los monstruos. ¿Y si la clave para dejar la ciudad se escondía entre sus paredes?

Los servicios de rescate habían dejado atrás a todo aquel que ya estuviera infectado. Los del centro comercial no lo estaban pero, a causa de sus peculiaridades genéticas, jamás pasarían el control. Lo que necesitaban era algo que los hiciera pasar por gente común.

Se sentó en la cama, nervioso, con esta idea burbujeando en la cabeza. Los laboratorios habían creado sus rarezas, podrían haber desarrollado un modo de anularlas. Algo así hacían cuando los secuestraban, no había caído en ese detalle hasta ahora, y se preguntó si no sería eso lo que intentaba conseguir Raúl. Tenía sentido. ¿Era eso lo que Eva buscaba? Estaba seguro.

Dudaba mucho que les hubieran dejado las cosas fáciles. Si había respuestas estarían en la zona del laboratorio, un lugar plagado de trampas, si no habían quemado los documentos o las formulas. Sabía que el personal del laboratorio no estaba por la ciudad. Todos se encontraban dentro cuando estalló el caos y no los habían vuelto a ver.

De un modo u otro era un suicidio. A saber qué más se escondía allí. Le había costado entrar en el odiado y temido edificio. Solo la rabia que sentía consiguió que mandara al traste la sensatez y ahora, por desgracia, no veía una opción mejor que volver.

10— PELEA

Alicia abrió los ojos, aturdida. La noche bañaba la amplia planta. La visibilidad era mínima, la luna apenas iluminaba el exterior y las luces de emergencia parecían cada vez más débiles.

Había tenido un sueño de lo más extraño. Estaba en un despacho con una mujer que la llamaba Diana…

Un ruido a sus espaldas, una especie de crujido, bastó para que se pusiera en guardia. Por si acaso, se mantuvo tendida en el suelo como si siguiera inconsciente.

Sin saber muy bien cómo, Alicia sintió que la amenaza no era la misma que la de la otra noche y que quedarse inmóvil supondría la muerte. A otro crujido, mucho más próximo, su pulso se desbocó. No tenía nada claro si debía seguir sus corazonadas o aferrarse a lo que conocía.

Una voz, masculina y autoritaria, eclipsó su mente arrancándola del lugar.

«Este número de cuenta tiene instalado un programa de rastreo. Con la primera transferencia podremos acceder a su sistema y, desde él, a sus archivos.»

Para fortuna de Alicia, la voz se extinguió devolviéndola a la realidad. Apartó cualquier suposición, debía decidirse, la amenaza estaba sobre ella y su instinto le gritaba que se moviera. Rodó sobre sí misma, a tiempo de esquivar un cuchillo que habría atravesado su corazón de haberse quedado quieta. La mujer que lo empuñaba gruñó al ver como el filo daba contra el suelo.

La sorpresa dejó a Alicia paralizada durante unos segundos. ¿A qué venía aquel ataque?, se preguntó, e intentó encontrar alguna respuesta en el rostro de la mujer, sin dar con otra cosa que no fuera rabia.

Alicia se puso en pie y trató de calmarla.

—Oye…

La mujer, vestida con una bata médica que cubría su pantalón y suéter gris, elevó el cuchillo y se lanzó de nuevo a por ella.

Con unos reflejos que no recordaba tener, Alicia frenó su avance con una patada en el abdomen. Logró que el cuerpo se doblara por la mitad, y empeló la otra pierna para asestarle un rodillazo en la cara.

Su atacante cayó al suelo con la nariz rota, entre aullidos de dolor y furia. Se retorció unos segundos y, ante el desconcierto de Alicia, se clavó el cuchillo en el vientre acabando así con su vida.

Alicia dejó escapar un grito y se llevó las manos al rostro. Intentaba asimilar el extraño suicidio cuando, por el rabillo del ojo, captó más movimiento en la planta. Estuvo a punto de gritar otra vez al ver a cuatro desconocidos aproximándose como felinos al acecho.

—¡¿Por qué me atacáis?! —preguntó Alicia a gritos—. ¡No os he hecho nada!

Los tres hombres y la mujer hicieron caso omiso a sus palabras mientras le ganaban terreno. Como la mujer muerta, tenían una expresión encolerizada, los ojos inyectados en sangre y aquella ropa gris, aunque no todos llevaban una bata médica.

En cuanto la tuvieron rodeada, atacaron a un mismo tiempo. Sus armas punzantes reflejaron la poca luz que los envolvía.

Alicia se dejó llevar por sus reflejos. Consiguió mantenerlos a distancia sin saber qué otra cosa hacer, ni por qué la atacaban.

Tras unos minutos, decidieron poner fin a sus vidas como la primera mujer.

Alicia se vio rodeada por cinco cadáveres que tintaban las blancas losetas del suelo de rojo sangre. Cuando fue realmente consciente de esto, las arcadas sacudieron su cuerpo. Comenzó a retroceder sin poder apartar la mirada de los cuerpos y se encerró en el archivador.

Su respiración se volvió un jadeo, las piernas dejaron de sostenerla y el bombeo de su corazón amenazaba con reventarle el pecho. Notaba la vista borrosa y las lágrimas deslizarse por sus mejillas. Se encogió en el suelo y pegó la espalda a uno de los muebles metálicos que había frente a la puerta, sin ser consciente de que se mecía a sí misma. Casi podía ver los cinco cadáveres poniéndose en pie para arremeter contra la entrada hasta derribarla. Metió la cabeza entre las rodillas y se abrazó las piernas. Apretó los párpados. No era capaz de respirar. La propia angustia y la presión en el pecho volvieron a fundir su entorno en negro.

RECUERDO 14: EVA

Se adentraba en un pub lleno de gente. La canción Titanium, de David Guetta, sonaba ensordecedora, para deleite de los que se movían a su ritmo en el centro del local.

Pasó entre los cuerpos con cuidado de no verse arrollada y se dirigió a la barra. Cuando consiguió hacerse un hueco, le sonrió a uno de los camareros. El hombre, de apenas treinta años, le devolvió la sonrisa y le hizo un gesto de afirmación antes de seguir sirviendo copas.

Como si fuera a los baños, volvió a pasar entre la gente y se perdió por una puerta disimulada en la pared que la condujo a un pasillo iluminado por una luz verde. Al cerrar tras ella, el bullicio quedó amortiguado. Lo agradeció.

Avanzó un poco hasta una sala que tenía la puerta abierta. Dentro no había nadie, solo una mesa metálica en el centro que adquiría un color fantasmagórico bajo aquella luz inusual. Una pequeña caja de joyería descansaba en un extremo.

—Date prisa, te está vigilando —le dijeron a través del auricular disimulado como si fuera un pendiente.

Cogió la caja y la metió en el bolso. Dejó la sala y siguió por el pasillo, cuyo fin era una puerta de emergencia que la condujo a un tétrico y estrecho callejón. Tuvo una mala sensación y prefirió cruzar el tramo hasta la vía principal a la carrera.

La inercia le impidió frenar a tiempo para no estamparse contra un hombre de su misma edad, que había aparecido ante ella como salido de la nada. El resultado fue el mismo que si chocara contra un muro. Ella retrocedió tras el impacto, él ni siquiera se movió. Logró no caer al suelo y alzó el mentón con la mirada fija en unos ojos azules que la observaban con una advertencia impresa.

—¿Qué pretendes, imbécil?

Lejos de amedrentarse, el hombre agravó aún más la mirada. Avanzó hasta agarrarla por el cuello, la alzó, y la estampó de espaldas contra la pared de cemento.

—No, Eva, ¿qué pretendes tú? —preguntó, arrastrando las palabras.

La presión en la garganta, el dolor del pecho por haber chocado contra su cuerpo y el golpe en la espalda, la dejaron tan aturdida que fue incapaz de mediar palabra.

Sin consideración alguna, el hombre la soltó y, sin su agarre, ella cayó de rodillas al suelo.

—Estás paranoico —logró articular mientras luchaba por recobrar el aire.

—Sé que no eres de fiar y créeme que no me llevará mucho descubrir lo que tramas —le advirtió él, antes de desaparecer igual que había

aparecido, sin llegar a ser visto por una pareja que entraba en el callejón con paso tambaleante.

—¿Estás bien?—le preguntaron a través del escucha.

Tosió como si aquello sirviera para arrancarle el malestar de la tráquea.

—Joder, ¿no podéis hacer nada con él?

Su interlocutor se limitó a soltar una despreocupada risa.

—Aguanta, Eva, Sergio le da realismo a esto.

—Estoy segura de que me desea una muerte muy real. Ya podéis vigilarlo mejor —gruñó al incorporarse. El dolor generalizado la hizo entrecerrar los ojos con furia—. Que ganas tengo de que se termine esta mierda.

La pareja, que ya estaba a un paso de ella, no estaba tan borracha como para pasar por alto su enfado. Sin mirarla, la esquivaron en silencio.

11— BUSCA

En el archivador, Alicia se despertó sobresaltada y respirar le resultó doloroso. Necesitó varios segundos hasta apaciguar los efectos físicos de lo visto.

¿Eva? Tampoco se sentía identificada con ese nombre, pero tanto su atacante como el que le hablaba a través del escucha así lo creían. Porque se había fijado en un detalle, se miró las manos. No eran las mismas, al menos no las de Diana. Las suyas y las de Eva eran más grandes. Otro sin sentido, empezaba a ser una lista muy larga.

Era muy posible que el agresivo Sergio fuera la misma persona que el, no más sociable, motorista. Podría ser un error, pero, a esas alturas, no iba a desconfiar de su instinto.

También encontró algo en aquella voz que la había acompañado, una especie de cariño, a mayores de un amigo o un compañero de trabajo. Tal vez fuera un familiar.

Pensar en eso la afectó. ¿Dónde estaría su familia? ¿Cómo estarían? Que no tuviera el menor recuerdo de ellos servía para no sentir determinadas emociones, pero era de esperar que, con todo lo que había pasado, hubiera perdido a alguien importante. Apartó este pensamiento y optó por buscarse una tarea más útil.

Poniéndose en pie, miró los archivadores y comenzó a abrirlos uno a uno para ver qué datos contenían. En los primeros documentos sintió un rechazo total hacia el logotipo presente en las hojas y carpetas. El nombre bajo este tampoco la hizo sentir nada bueno.

—Zeva —musitó Alicia. La referencia que tenía era la empresa de la doctora que la había llamado Diana y, por lo que había visto, no eran de los buenos.

Dejó los papeles de cualquier manera y siguió la búsqueda en la única mesa del cuarto. Uno a uno, fisgó en los cajones, sin dar con otra cosa que material de oficina, un par de envoltorios de alguna chuchería y una linterna.

De vuelta a los archivadores, revolvió en cada rincón y estudió los documentos como si esperase encontrar una crónica que la pusiera al tanto de quién era ella o de qué había pasado. No tenía mucha lógica, pero sentía que estaba en el lugar correcto.

Varios muebles le complicaron la tarea con sus relucientes

cerraduras. Una suerte que el clásico método de hacer palanca se encontrara entre lo básico de sus recuerdos. No le llevó demasiado sabotear unos cierres de chiste lo que, por otro lado, podría indicar que allí se guardara simple papeleo sin importancia.

Papeles y más papeles, alguna carpeta que parecía interesante pero que, tras echarle un vistazo, no lo era tanto, o al menos no para ella. Era difícil saber qué es relevante cuando no se tiene la menor idea de lo que se busca.

Al abrir uno de los archivadores, un sonido, como de cristal al entrechocar, la obligó a tranquilizarse y dejar de tirar de las portezuelas con tanto ímpetu. Lo que le faltaba era quedarse con algún cajón en la mano, mientras los papeles se desperdigaban por el suelo, sin orden ni referencia. Con la suerte que tenía, seguro que entre estos estarían las respuestas que buscaba y terminaría pasándolas por alto. Debía ir con cuidado. Podría llevarle todo el día y se preparó para revisar cada rincón. A fin de cuentas, tampoco tenía otra cosa más importante que hacer.

12— SOSPECHAS

Sergio estaba sentado en la mesa de la cocina. La sopa de sobre caía a plomo en su estómago, y eso que era su mejor opción para comer algo.

Se le había pasado el arranque hacía tiempo, volvía a estar agotado, pero necesitaba pensar y meditar sobre la hipótesis de que Eva estuviera buscando algo que permitiera burlar el control sanitario que llevaban a cabo los equipos de rescate.

Le hubiera encantado compartir sus ideas con Juan, tenía la radio a mano, pero sabía que no serviría de nada. El grupo no confiaba en él. No encontraría un aliado por muy mal que estuvieran las cosas. Estaba seguro de que Juan seguía dejándolo al margen sobre el grueso de la operación. Sergio tuvo que reconocer que su intento al ir por libre no mejoraba el concepto que tuviera de él. No sabía bien a qué venía este rechazo que lo convertía en el mecánico del grupo, sin opciones a nada más. Compartir ideales y enemigos no bastaban para dejarlo intervenir, ni para hacerlo partícipe de los planes que pudieran tener.

Raúl fue muy claro en una de sus últimas charlas: jamás formaría parte del grupo como miembro activo. Las razones, numerosas; la veracidad en ellas, no tanto. No había sabido expresarse o no le habían querido entender. Eso era lo de menos. Apenas había grupo entre tanta baja. Ahora los notaba más cerrados y lo que le faltaba era que pensasen que quería convertirse en el nuevo líder. Suponía que estar a las puertas de la muerte era un buen motivo para no molestarse en contar con él.

Estaba solo en esto y la clave residía en Eva. Necesitaba un plan. De ser otra persona quizá le fuera más sencillo actuar. Con ella, debía andarse con mucho cuidado. Eva jamás haría nada por su gente. Si los había vendido, y para él eso estaba claro, no venía a cuento que los hiciera participe de sus intenciones. Si encontraba algo, no iría corriendo a decírselo ni a él, ni a nadie.

Recordó el encuentro en el supermercado, la preocupación en su voz: «solo está inconsciente». Claro que lo estaba, ella lo había dejado así al golpearlo. Su hermano podía haber evitado la catástrofe, pero ella lo impidió al dejarlo inconsciente y, por más vueltas que le daba, no era capaz de entenderlo.

Raúl, Lucía y Juan confiaron en ella. Tenía que reconocer que él

mismo llegó a hacerlo, hasta que le resultó evidente que no era tan amable, ni honesta, como aparentaba.

A ella nunca le gustó ser diferente. La comprendieron, entre otras cosas porque compartió con ellos que su padre también lo había sido, y no tenía muy buenos recuerdos de él.

Según les dijo, quería vengarse por verse obligada a convivir con esas rarezas que habían destrozado su familia. Con ese punto en común, ninguno iba a rechazarla.

Y ella lo sabía, jugó con eso hasta el final. Él lo vio pero no le hicieron el menor caso. A veces no lograba entender cómo Raúl y Lucía estaban al mando con lo blandos que eran. Ahora, ambos habían pagado ese exceso de confianza.

Juan había hablado de dudas. ¿Qué más pruebas necesitaba? No tenía la respuesta, no cuando él mismo sabía que algunas cosas no encajaban.

Evocó el segundo encuentro, esa llamada mental y cómo se le había puesto delante para proteger al niño, para pedir explicaciones. Le dio mil vueltas. Era difícil entender qué le pasaba por la cabeza. Aunque reuniera todos los datos que pudiera tener sobre ella, estos serían falsos. Aún así, lo intentó.

La había conocido en una de las fiestas en la mansión de Raúl. Una vez al mes se organizaba algo para tener contentos a los inversores de la empresa que servía como tapadera del grupo. A ella acudían los miembros activos, los que como él solo conocían su existencia, y personas ajenas al secreto.

Cuando se la presentaron, le pareció una persona agradable, ni divertida ni aburrida. Normal, salvo por lo de la baliza y su recelo a las rarezas. En eso fue franca desde el principio. No le gustaba lo que era, haría lo que fuera por dejar de serlo, y por borrar un pasado doloroso. Muchos pensaban igual, él llegó a pensarlo alguna vez.

Era curioso, pero si en algo había coincidido con Eva fue en la impaciencia, en la urgencia por ver algún avance, algo que los sacara de la desventaja con la que siempre jugaban. Él había guardado las formas, ella, las perdió.

Se convirtió en una persona mezquina, hiriente, cruel. Odiaba su condición inusual y los odiaba a ellos por asimilarla, soportarla o sobrellevarla. Como si fuera la única que lo había pasado mal, se lo

hizo pasar mal a todos los que la rodeaban y el peor parado fue Marcos. Su hermano y ella fueron muy amigos, hasta que ella estalló.

Sergio no pudo evitar sonreír. A Marcos le afectó su rechazo, pero le faltó tiempo para enzarzarse en una de sus peleas verbales, y en eso le daba mil vueltas a cualquiera. Habría sido algo digno de ver y solo lamentaba haberse perdido el último enfrentamiento entre ellos. Desde ese día Eva era borde con cualquiera, salvo con él.

La sonrisa de Sergio se esfumó al recordar su secuestro. La mala sensación que lo acompañó durante unos meses eternos, la certeza de que alguien estaba traicionándolos, se hizo realidad. No quería regresar a la celda en la que lo retuvieron, no estaba preparado, y siguió pensando en Eva. Era frustrante que su intuición le gritara que ella los engañaba, que ocultaba algo grave y peligroso, pero los que tenían más experiencia y estaban más capacitados que él, se negaran a escuchar su versión.

No tenía claro si Eva estuvo desde el principio con los laboratorios, si era una de sus espías. Podría ser, las señales eran confusas. De no haber sido así, en el caso de que la hubieran captado en otro momento, ahora veía claro qué le habían ofrecido para que ella les diera los datos que necesitaban: la forma de dejar de ser diferente.

Debería haberlo visto venir. Era evidente, pero Sergio tenía que reconocer que en ese primer momento no le había prestado demasiada atención. En esa misma fiesta conoció a alguien mucho más especial, aunque esta no tuviera ninguna habilidad rara.

Dejó el cuenco con la sopa sobre la mesa. La poca tolerancia a la comida desapareció por completo al pensar en su ex. Seguro que ella sí se había salvado, ningún control le impediría dejar la ciudad. Prefería pensar eso. La echaba tanto de menos. En cuanto lo atraparon fue lo primero en lo que pensó. Una suerte haber roto, ella no tenía nada que pudiera interesarle a los laboratorios, y así tenía que ser.

Observó su alrededor. La decoración no ayudó lo más mínimo. El agotamiento empezaba a afectarle demasiado. Tenía que dormir, descansar, optimizar sus pocos recursos y planificar sin olvidar sus limitaciones.

Lo único que podía hacer era vigilar a Eva. Si ella daba con algo que ocultara las rarezas, se lo quitaría. Solo había un problema, no podía pasarse las horas que le quedaban escondido tras una esquina mirándola. Necesitaba descansar cada vez más, e iría a peor. Una

suerte que el edificio de los laboratorios quedase cerca de su casa. Mientras la tuviera localizada, tendría un poco de margen. Además, era un riesgo bastante alto colarse en las instalaciones inferiores, a todas luces era el lugar en el que guardarían lo que ellos necesitaban. Que lo intentara ella. Si lo conseguía, perfecto. Si no, lo intentaría él o, en el peor de los casos, cuando ya no pudiera más, se pondría en contacto con Juan.

Ahora, necesitaba descansar antes de que su cuerpo tomara la decisión por él.

13— SANGRA

Tras varias horas, Alicia no encontró nada que le diera pistas, solo datos económicos de empresas y clientes, tan desconocidos como todo lo demás.

Supuso que ya había amanecido. Entre el golpe del motorista, el ataque de ansiedad y la falta de un reloj, no se fiaba de sus cuentas. El único modo de comprobarlo radicaba en abrir aquella puerta cerrada que la protegía.

Trató de serenarse y, sobre todo, de recordar el edificio. Si había estado allí antes, sabría moverse para llegar a algo, aunque tampoco tenía muy claro el qué. Sin encontrar nada provechoso en sus meditaciones, solo pudo armarse de valor para dar el primer paso y dejar la seguridad del lugar. Conteniendo la respiración, giró el pomo y entornó la puerta, amparándose con la madera como si esperase que algo se adentrara para matarla.

La claridad aseguraba que era de día, y la calma que estaba sola. Al asomarse, el aire viciado fue como una bofetada y el olor de la descomposición hizo lagrimear sus ojos. Ignoró los cinco cadáveres y dejó el refugio con todo el sigilo que le fue posible.

Mantuvo la cabeza fría, tenía que ser previsora. Su paseo podía llevarla a nuevos enfrentamientos, necesitaba un arma, por lo que desclavó la daga de hoja curva del abdomen de la mujer que tenía más próxima. Le fue imposible no fijarse su rostro. Las facciones no le decían nada, como en el primer encuentro, pero intuyó que no era una completa desconocida. Asustada, apretó la empuñadura. Hubiera preferido que la sangre no tiñera el filo.

Se alejó presurosa, con una sensación de vértigo ante la idea de conocer a la mujer.

Rememoró lo bien que se había defendido. No podría jurarlo, pero ella no era una asesina. Repitiéndoselo, se dirigió hacia la ventana rota, para salir al rellano de la escalera de emergencias. Una suave brisa matutina la envolvió, reconfortándola. Mientras decidía si subía o bajaba, contempló más allá del callejón. Un edificio no muy alejado, a tan solo un par de manzanas, llamó su atención. No tenía nada inusual. Solo veía parte del tejado, pero la atraía con fuerza. Le era familiar.

Un ruido a su espalda la sacó de su ensoñación. Antes de poder volverse, sintió una fuerte embestida que hizo ceder la baranda. Su

cuerpo se precipitó al vacío, junto con el de su agresora, que no era otra que la mujer a la que había sacado el cuchillo. Esta, como si fuera ajena a la caída, la golpeaba y arañaba para hacerle todo el daño posible.

En un intento por frenar el descenso, Alicia se agarró a una barra que sobresalía de la fachada y osciló en el aire mientras la mujer se daba de bruces contra el suelo.

Consciente de que aquel saliente era bastante endeble, Alicia soltó una mano para intentar alcanzar la baranda de otro rellano, notando un dolor extremo en la que se mantenía cerrada sobre el metal oxidado.

La sangre comenzó a deslizarse en finos trazos desde la palma por el antebrazo y, antes de alcanzar la otra barandilla, el metal cedió haciéndola caer de espaldas sobre la luna delantera de la furgoneta. Rodó por el capó y por el suelo hasta que su cuerpo quedó tendido cerca de su agresora que, pese a la brutal caída, trataba de incorporarse.

Alicia la miró con horror. Su rostro había quedado completamente desfigurado, su brazo estaba roto, dejando a la vista el hueso en mitad del antebrazo, y las numerosas contusiones convertían sus movimientos en algo siniestro.

Atontada por el tremendo golpe y por el aspecto de la mujer, Alicia no pudo evitar que se le echara encima. En un momento, la tuvo a horcajadas, apresándola contra el suelo. La caída, los golpes o el lamentable estado de su cuerpo no repercutían lo más mínimo en su intención de asesinarla.

Con esfuerzo, Alicia interpuso los brazos para proteger su cabeza de los manotazos. Al girar el rostro consiguió localizar la daga que se había llevado. A su pesar, estaba demasiado lejos para alcanzarla.

Un estallido de dolor le recorrió todo el brazo. Tenía que sacársela de encima, no aguantaría mucho más con una defensa tan pobre. Aunando las pocas fuerzas que pudieran quedarle, tomó impulso y levantó la cadera. Logró desestabilizarla, y consiguió la holgura necesaria para interponer una de sus piernas, plantarle el pie en el pecho a la mujer, empujar, y alejarla de su cuerpo.

Así se vio liberada del peso, con todo dando vueltas e incapaz de levantarse, se arrastró para coger el arma. A un solo palmo de alcanzarlo, notó que la mujer se le echaba encima de nuevo. Esta vez,

sus dientes se hundieron en su hombro, provocándole un dolor agudo que le arrancó un grito.

Desesperada y furiosa, Alicia echó la cabeza hacia atrás golpeando a la mujer en su maltrecho rostro con la nuca. Con un desagradable alarido, su atacante puso fin al mordisco.

Mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, Alicia se estiró para aferrar el puñal arañando el suelo antes de conseguir hacerse con él. Giró sobre sí misma y, enfrentándose a un nuevo ataque, lo clavó en el vientre de la mujer. Con la visión borrosa, presenció cómo esta quedaba inerte al instante.

Entre sollozos, se quitó el maltrecho cuerpo de encima y se quedó tendida sobre la calzada, mirando el cielo que empezaba a cubrirse de nubes. El silencio la rodeaba por completo. La sutil brisa arrastró un par de papeles cerca de ella formando un curioso remolino. Cerró los ojos un segundo, respirando de forma pesada.

Sin despegar los labios, suplicó para que al volver a abrirlos se encontrase fuera de aquella pesadilla, con un techo sobre ella y una vida cargada de recuerdos en su cabeza.

El mismo cielo y el mismo silencio la recibieron al separar los párpados. El mismo olor a humo y a suciedad, mezclado con el rastro que dejaban los cuerpos al descomponerse. Su pesadilla aún no había terminado. Tenía que moverse, lo sabía, no podía volver a quedarse indefensa en mitad de un espacio abierto. Ya no eran solo los seres que se encontraría de noche, ahora también debía contar con atacantes violentos.

Entre calambres y temblores, se giró hasta quedar de costado. El movimiento le arrancó varios quejidos y consiguió empeorar el dolor que sentía por todo el cuerpo. La angustia estuvo a un paso de arrastrarla, pero se obligó a mantenerse centrada. Con dificultad, despacio, alzó las manos hasta las sucias mejillas para secarse las lágrimas que había derramado. No iría a ninguna parte por el momento. No tenía recursos para subirse a la furgoneta y alcanzar la escalera. Ni siquiera era capaz de sentarse. Mas le valía encontrar alguna idea brillante o todo habría terminado.

Le pareció que algo se movía cerca. Giró la cabeza hasta dar con lo que parecía un portalón de garaje en la fachada del edificio de los laboratorios. En él, un hombre armado con una navaja, vestido de gris y de expresión violenta, avanzó hacia ella con aquella extraña actitud felina.

Las lágrimas volvieron a surgir de pura impotencia, no quería rendirse y trató de ponerse en pie, sin conseguir nada más que quedarse arrodillada. Estaba demasiado exhausta y dolorida para presentar batalla. Carecía de fuerzas, de ánimo y, dada la situación de la ciudad, tal vez lo mejor fuera terminar con semejante sin sentido.

A un paso de Alicia, el hombre alzó el cuchillo sobre su cabeza dispuesto a bajarlo con fuerza.

Un silbido surcó el aire y una flecha de ballesta se clavó en el cráneo del agresor que soltó el cuchillo, se tambaleó, y terminó arrodillado ante ella.

Pese a todo, la determinación del hombre se mantuvo y su rostro siguió crispado, reflejando un odio irracional y unas ansias de agredirla, desorbitadas.

Sin pensar, ni razonar, ni tiempo que perder, Alicia se hizo con el cuchillo que yacía junto a la pierna del hombre. Con un grito de dolor, hundió el filo en su vientre, matándolo.

Con una lentitud que dejaba ver lo mal que se sentía, se volvió hacia el edificio que había frente a los laboratorios, al otro lado del callejón. Incrédula, parpadeó para enfocar la vista. Un chico que apenas tendría diecisiete años, corría hacia ella con una radiante sonrisa.

Su voz juvenil y llena de entusiasmo resonó en la calle.

—¡Tía! ¡Ha sido una pasada!

Alicia consiguió sentarse. Estaba demasiado agotada como para pensar con nitidez, pero ella no definiría así lo que acababa de pasar.

—¡Mi madre!... ¿Cómo no te has matado? —añadió el muchacho mirando hacia los pisos superiores por donde había caído. Con un exagerado silbido, devolvió su atención a la calle hasta los dos cadáveres—. ¿Y esos zumbados? —preguntó, y señaló las empuñaduras que sobresalían de sus vientres—. ¿Ese es el truco?

Alicia meneó la cabeza en un intento de espabilarse.

—¿De qué me estás hablando? —El dolor general era cada vez más fuerte. Incluso aquel molesto zumbido con el que había despertado volvía a aparecer y le estaba costando horrores mantener cualquier atención en el entorno.

El chico frunció el ceño.

—Que si el truco para matarlos es clavarles algo en la barriga.

Alicia dudó.

—Sí, creo que sí… y no quitárselo.

—¿Y eso? —insistió el chico, observándola con una mezcla de curiosidad y admiración.

—¿Y yo que sé? —masculló, tratando de incorporarse sin éxito, para caer de nuevo sobre su magullado trasero.

El joven se echó la ballesta al hombro.

—De nada.

Alicia lo miró confusa antes de entenderlo. No quería ser desagradable, el chico no tenía culpa, pero le era imposible mostrarse amistosa con lo que acababa de pasar. La situación le complicaba asimilar el optimismo que desprendía su nuevo amigo. Al fin se encontraba con alguien, sí, pero tenía la absoluta certeza de que este no iba a ser de gran ayuda. Su parte más lúcida le recordó que debería tener en cuenta que ese muchacho le había salvado la vida.

—Lo siento, he tenido un día duro.

Con un asentimiento de cabeza, el chico alzó la vista de nuevo hacia el edificio del que pendía la barandilla rota.

—El día no sé, es pronto, pero a la caída le ha llegado.

Alicia lo miró sorprendida. ¿Eso era una broma? Sin duda lo era pero no estaba para fiestas. El mareo iba en aumento por no hablar de los dolores. Intentó pensar solo en el chico. Tal vez tuviera un refugio mejor que el suyo, o algo similar. Eso explicaría que siguiera con vida. En cualquier caso, por mucho que él la ayudara a moverse, iba a doler horrores y la recuperación sería terrible. Necesitaba un médico.

—Perdona yo… no me encuentro bien. —Era todo un eufemismo, pero no se le ocurría otra cosa que decir—. Muchas gracias por salvarme… ¿Cómo te llamas?

—Elián.

—Muy bien, Elián. ¿Estás solo? —El edificio de cuatro plantas que el chico había dejado parecía tan desierto como todo lo demás.

—Sí. Llevo desde que empezó el lío aquí, del otro lado. Hay una tienda de armas y un súper en el bajo, vivo como quiero.

No se creyó que estuviera tan encantado con su alojamiento, pero tenía otras prioridades.

—¿No has visto a nadie más?

Elián esquivó su mirada, avergonzado, y empezó a balancearse pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Bueno, he oído mucho, lo bastante como para que se me quitaran las ganas de salir a buscar. Intenté colarme en uno de esos helicópteros que mandaron para sacar a la peña, pero no llegué a tiempo.

Leyendo entre líneas, Alicia supuso que, en realidad, le había dado miedo salir. Bien pensado, aquel chico tenía que haber sido testigo de algo espantoso para atravesarle la cabeza con una flecha a un hombre y mostrarse tan tranquilo. Sintió una especie de alivio ante la opción de que se hubiera dado un rescate. Era algo positivo. Quizá volvieran a por los rezagados como ellos dos. Quizá no, sentía que no… Había algo… Estaba demasiado afectada para pensar o rebuscar en su enmarañada mente.

Ajeno a su batalla con la inoportuna amnesia y con los dolores de la caída, Elián siguió hablando.

—Ayer me pareció oír un ruido, pero cuando eché un ojo solo vi la ventana rota y no me fie. Hoy me volvieron a llegar los ruidos y entonces te encontré allí colgando. Bajé por la escalera en cuanto vi que no la habías palmado…, y entonces la otra no estaba muerta y di media vuelta para ir a por la ballesta. Cuando regresé, vi al otro y apunté…, pero esperé a disparar hasta estar seguro de que no te levantarías ni harías alguna llave de esas.

Alicia apenas consiguió entender lo que decía. Hablaba muy rápido. Volvía el mareo, con fuerza, y sus ojos parecían reacios a enfocar algo concreto. Iba a desmayarse, en el mejor de los casos. Bien podría tener una hemorragia interna. Le parecía un milagro seguir consciente y respirando.

Con un gesto extraño, el joven volvió a fijar sus ojos en ella como si meditara algo. Más nervioso todavía, miró en todas direcciones antes de acercarse un poco más a Alicia para hablarle en voz baja.

—Igual esto te asusta, aunque igual no.

Alicia lo miró preocupada.

—¿Qué sabes?, ¿qué es lo que crees que puede asustarme?

—Yo —respondió el chico, con la atención puesta en sus gastadas zapatillas de deporte.

De sentirse mejor, Alicia se hubiera reído.

—No te ofendas, pero así te salgan cuernos en la cabeza creo que eres lo menos amenazante que he visto en dos días.

El muchacho se encogió de hombros.

—Ya, la competencia es fuerte —bromeó, antes de ponerse serio.

Alicia lo vio hacerse un corte en la palma de la mano con la punta de una de las flechas que llevaba enganchadas en las trabillas del vaquero.

El chico le tendió la mano herida.

—Confía en mí. La mano que te has cortado, dámela.

Alicia contemplaba a Elián como si se hubiera vuelto loco, pero su cuerpo ignoró sus inquietudes. Al parecer, sabía mucho mejor que ella lo que estaba pasando. Su mano herida se alzó dispuesta a unirla con la de su salvador quien, por si se arrepentía, se apresuró a estrecharla.

Una fuerte sacudida, como un calambre, recorrió el cuerpo de Alicia. Pensó que al fin se quedaría inconsciente, pero cuando terminó, no sentía dolor y había recobrado casi todas las fuerzas.

El silencio de la calle los envolvió. Ella necesitaba unos segundos para asimilar su recuperación milagrosa. Lo que acababa de hacer el chico, lo que ella acababa de sentir al contacto con su sangre, ni siquiera tenía una palabra para definirlo.

—¿Cómo lo has hecho? —susurró al fin. Como con los seres que se movían de noche, Alicia apostaba porque la mayoría de la gente no iba por ahí curando al resto. El chico era especial, en más de un sentido.

—Podría preguntarte lo mismo, tú también tienes algo.

El tono desconfiado la obligó a dejar su ensimismamiento y fijarse mejor en él, sobre todo en su rostro. La perspicacia estaba bien

definida, acompañada por lo que bien podría ser temor y cansancio.

Mientras movía sus extremidades poco a poco para comprobar que, en efecto, funcionaban correctamente, Alicia optó por ser franca.

—No sé lo que tengo. Ni siquiera sé quién soy. No recuerdo absolutamente nada que no sea esto.

El chico cogió un par de bocanadas de aire y también se sentó en el suelo.

—Oye… ¿Estás bien? —le preguntó Alicia.

Con dificultad, él meneó la cabeza.

—Estoy cansado. Y flipando. La descarga tendría que haberte dejado K.O. por lo menos unos segundos.

Alicia se revolvió incomoda.

—De verdad, yo…

Con un manotazo al aire, Elián la hizo callar para seguir hablando.

—Ni te has desmayado. Mi sangre cura, pero es tan fuerte que deja sin sentido, y a mí también me pilla. El que está herido por el calambre, yo porque también lo noto. A ti parece que te hizo cosquillas. A mí no, te lo aseguro.

El silencio volvió a tomar protagonismo y Alicia prefirió no romperlo. Elián tenía la mirada perdida, como si pelease consigo mismo. Cuando hubo pasado un tiempo prudencial se dispuso a romperlo, pero, antes de despegar los labios, Elián volvió a hablar.

—A ver, no es que vaya por ahí de salvador, curando y tal, no tengo mucho con qué compararlo. No soy idiota, ¿sabes? Soltar que curo me traería problemas, seguro, y más al ser así. A la peña le da muy mal rollo la sangre. Hasta hoy, solo lo sabían mis viejos. Ahora, solo tú.

Al margen del suceso inquietante, Alicia sintió lástima por él. Probablemente su familia había muerto cualquier noche de esas y Elián estaba solo desde entonces. Le hubiera gustado consolarlo, pero el chico no tenía la menor intención de consentirlo y siguió hablando. No estaba segura, pero parecía lo bastante afectado como para olvidar que no estaban seguros tan al descubierto.

—Justo fue mi viejo quien me lo dijo con una charla profunda de esas. De lo especial que era para la familia y lo raro que sería para los demás. A los diez años mola ser especial, pero prefieres la muerte a que cualquiera te llame raro. Guardar el secreto me pareció genial. El rollo era demasiado chungo para mí y apenas pillé lo básico. Nací en un pueblo aquí cerca, una empresa hacía experimentos con los vecinos y de ahí lo de poder curar. El proyecto se canceló, pero no por ello se fueron las cosas raras, sobre todo en los más enanos, como yo.

Alicia sintió un escalofrío recorrerla de pies a cabeza. ¿Estaba hablando en serio? Lo parecía, al menos la veracidad estaba en su tono, aunque no daba señas de pensar en absoluto. Solo vomitaba palabras. A saber cuánto tiempo llevaba solo y cuán pesada había sido la carga de su secreto.

—Entonces me la sopló. A ver, estaba bien eso de no ser el único *raro*, aunque nunca conocí a otros. Saber que estaban ahí, en alguna parte, era un consuelo y estaba seguro de que tenían una vida normal y corriente.

El chico se puso de pie. Estaba un tanto pálido, quizá por la impresión. La forma en la que la miró logró que esta vez fuera ella la que se revolviera incómoda.

—Tienes toda la pinta de ser una de estas personas especiales para algunos, raras para la mayoría.

Bajo la atenta mirada del chico, Alicia también se puso en pie. Lo que le estaba diciendo carecía de sentido. Ni siquiera tenía la cabeza como para abarcar algo racional o lógico que explicara aquello. Necesitaba datos, saber a ciencia cierta qué era normal y qué no. Y no le gustaba lo más mínimo como sonaba eso de que ella también tenía algo.

—¿Dónde…?—se dispuso a preguntar, hasta que el sonido de un motor zanjó toda charla y los obligó a atender a la entrada de la calle —. Genial —murmuró Alicia al reconocer al motorista.

—¿Quién es? —le preguntó Elián.

Alicia suspiró con impaciencia.

—Un capullo.

—¿Y eso?

Prefirió no responder. Recordó su visión, que fuera el lunático que casi la estrangula le ponía mucho más difícil intentar acercarse.

El motorista se detuvo ante ellos sin llegar a desmontar de su vehículo, el visor tintado reflejó el callejón y los restos de la pelea.

Aquella actitud triunfal obligó a Alicia a replicar.

—Si andabas por aquí cerca bien podrías haber echado una mano —le dijo. No era un buen comienzo, pero no pudo evitarlo. Quizá tuviera la posibilidad de confirmar su identidad, pero no estaba segura de que hacerlo fuera una buena idea.

La atención del motorista estaba puesta en el chico y su voz sonó amortiguada por el casco.

—Solo sería retrasar lo inevitable, yo no pierdo el tiempo —le dijo. Cambiando el tono por uno mucho más amable, le habló a Elián —. ¿Me reconoces?

Embelesado, el chico avanzó hacia él.

—Sí.

Porque no le pareció normal la reacción de Elián, Alicia lo agarró deteniendo su avance y se interpuso entre ellos.

—¿Quién me asegura que no le harás daño? —preguntó con dureza. Esta vez no iba a mantenerse al margen.

—Mal momento para redimirte. Irás al infierno de todas formas —aseguró el motorista, mientras dejaba la moto dispuesto a apartarla por la fuerza.

Elián se movió con rapidez para plantarse ante él y alzó las manos en actitud conciliadora.

—No, por favor. Iré contigo…, pero no le hagas daño.

El motorista señaló el hombro herido de Alicia.

—El daño ya se lo ha hecho ella, está infectada.

Elián pasó sus ojos de uno a otro.

—¿A qué te refieres?

Alicia habría preguntado lo mismo si un mal presentimiento no la hubiera dejado muda.

Una vez más, el motorista no mostró seña alguna de compasión.

—La han mordido. En unas horas será lo que tanto desprecia, pero sin nada bueno.

Movida por una nueva intuición, Alicia observó a Elián y este a ella. Su voz apenas fue audible.

—¿Cómo se transmite?, ¿solo por la saliva?

Preocupado, el motorista se acercó al chico y lo hizo volverse hacia él para tenerlo frente a frente.

—¿Qué has hecho?

Los ojos de Elián se llenaron de lágrimas.

—Estaba casi muerta, tuve que ayudarla, yo… —balbuceó, asustado.

—¡Maldita sea! —exclamó el motorista.

Alicia se pasó las manos por el rostro, sintiéndose terriblemente culpable. Ni ella ni Elián sabían en qué podrían convertirse, pero debía ser algo horrible.

—¿Qué va a pasarle?

Con ese empeño por dejarla al margen y en la ignorancia, el motorista le dio la espalda e instó al chico a que se subiera al vehículo.

—Tú lo sabrás antes —respondió con sequedad.

Elián los miró a ambos inquieto.

—¿Ella no… viene?

Con un gruñido, el motorista negó con la cabeza.

Elián siguió sin moverse.

—Aún tengo que resolver algo—le dijo Alicia. No tenía toda la confianza en el motorista, pero seguir a su lado resultaría mucho más peligroso para el chico. De eso estaba segura.

Al subirse a la moto, Elián observó el edificio en el que había estado viviendo.

—Mis cosas están ahí.

—Nos hace falta tiempo —zanjó el motorista sin el menor interés, antes de mirar a Alicia—. Y aun así te salvarás al no ser consciente de lo que sucederá al anochecer. Siempre has tenido una suerte que no te mereces —la acusó, arrancando bruscamente.

Elián le lanzó una última mirada apenada, antes de aferrarse a la cintura del piloto y cerrar los ojos.

Mientras veía como se alejaban, Alicia sintió las lágrimas deslizarse por sus mejillas. La idea de que algo le sucediera a Elián por salvarla era terrible.

Con la culpa y esa sensación de vacío al verse de nuevo sola, recordó las palabras del motorista. Una declaración abierta de que ella estaba metida de lleno en lo que fuera que pasase. Si solo la dejara hablar podría explicarle que no recordaba nada, aunque estaba segura de que, o bien le daba lo mismo, o no la creería.

Se masajeó las sienes, obligó a su mente a salvar aquella amnesia, trató de atar cabos, consciente de que los laboratorios Zeva eran la clave. Había un contagio, un virus, una información que portaba Diana…

Y también había un antídoto.

La idea surgió con fuerza. Podía tratarse de una falsa esperanza debida a que ella también estaba contagiada, pero no tenía mucho más a lo que aferrarse.

Tenía que darse prisa y, sobre todo, dejar de estar desprotegida.

Con renovadas fuerzas gracias a Elián, sin idea del tiempo que podía quedarle, dejó la calle a la carrera y rodeó el edificio por el que había aparecido el muchacho para valerse del acceso a la armería.

De no ser por los apaños del chico jamás habría entrado en la tienda. El lugar resultaba el paraíso de las armas y todas estaban a su entera disposición. Se le hizo extraño encontrar tanto orden con el caos que reinaba fuera. Tras un par de vueltas por los tres pasillos que formaban las estanterías en las que se exponían escopetas y pistolas descargadas, sin idea del arma que necesitaba o del manejo de las mismas, entró en la trastienda. Se quedó clavada en el suelo al ver su imagen en el reflejo de una de las vitrinas abarrotadas con las cajas de municiones.

Lo que la impresionó no fue la mugre que la cubría tras dos días sin lavarse, ni la sangre reseca en su piel o en su ropa. Eran sus rasgos,

desconocidos hasta ese momento, los que la devolvieron al pasado arrastrándola lejos de la tienda.

RECUERDO 6: ALICIA

En el lujoso baño, Alicia contemplaba su imagen ante el espejo hexagonal. El elaborado recogido sometía sus rizos negros dejando visible su escote. No parecía ella con aquel vestido largo de noche. Le quedaba muy bien, una pena que los malditos nervios la hicieran sentirse tan insegura.

—Ánimo, Ali, estás preciosa.

Alicia soltó un suspiro y sostuvo la mirada oscura que le devolvía su reflejo.

—No, estoy aterrada.

—Pues te sienta bien —bromeó su interlocutor, en un intento de alentarla y aligerar tensiones—. Venga, tienes que salir del baño o no dirán nada bueno.

Se hubiera reído si no tuviera cada músculo en tensión. Era incapaz de moverse.

—Maldita sea, creo que no puedo.

Otra voz masculina, mucho más autoritaria, intervino desde el escucha.

—Venga ya, estarán más pendientes de tu escote que de tus secretos.

—Que sutil —protestó la voz amistosa, antes de hablarle de nuevo a ella—. Venga, llevamos mucho tiempo preparando esto. Vas a hacerlo genial. Nada puede delatarte, eres una persona normal y corriente, sin más, sin rarezas. Mientras no te líes, todo irá bien. Tú no tienes ninguna habilidad, sabes que existen por tu padre, que se dio a la fuga por miedo. Es Eva la que las tiene, en su caso, su padre era lo opuesto al tuyo, un delincuente y un maltratador que se odiaba a sí mismo por lo que era. Ese odio es lo que la mueve a ella. Nada va a señalarte, no tienes pinta de mentirosa, ni de agente.

Por más que creyera en ellos, la inseguridad seguía ahí. No terminaba de controlar lo que podía hacer.

—Por mí bien, espero que estéis en lo cierto. —Le temblaban las rodillas—. No sé cómo me dejé convencer para esto.

La voz autoritaria se impuso.

—Ya vale, Alicia. Estás aquí porque crees que no es ético, porque debemos defender a los que no pueden revelarse y porque nadie más se atreve a hacerlo.

Alicia se masajeó las sienes.

—Lo sé, lo sé. A ver si no se me olvida.

Al notar que ella se recuperaba, su interlocutor suavizó el tono.

—No te preocupes, están todos en el salón de baile y el alcohol los hace confiarse. Eso sí, ojo con Sergio. Ese cabrón siempre está alerta y ya te fichó en cuanto entraste.

—Sergio —repitió Alicia con un hilo de voz—. ¿No se supone que Lucía se encarga de él?

—No es tan sencillo —replicó la aludida, conectada también a la frecuencia a través de la que hablaban—. Nuestro inestable colega monta guardia cuando el resto se relaja.

—Estupendo —murmuró Alicia.

No había mucho más que decir y el que daba las órdenes prefirió dejar de dar vueltas.

—Ánimo, pon esa cara de niña buena y ve a por ellos.

La voz amiga fue la última en despedirse.

—Venga, Ali. Sé que puedes hacerlo.

14— AGOTAMIENTO

Sergio aparcó la moto junto a la puerta del edificio. Al desmontar, tuvo que apoyarse en la pared por miedo a perder el equilibrio. Era como si los huesos de sus extremidades se estuvieran derritiendo.

Sus manos no se separaron en ningún momento de la sólida fachada. Avanzó tembloroso, alcanzó al fin el portal, y dirigió su mirada hacia las escaleras. No supo si la presión en el pecho era obra del cansancio, o angustia por tener que subir los numerosos escalones.

Con la mandíbula apretada, se adentró en el edificio y el pasamano se convirtió en su nuevo punto de apoyo. La cabeza parecía a punto de estallarle.

Al llegar a la primera planta, comenzó el mareo. Cerró los ojos en busca de fuerza, pero los abrió de inmediato al comprobar que, a oscuras, la sensación de malestar se agudizaba. Se agarró a la madera y tiró del resto de su cuerpo. No podía quedarse allí, era una muerte segura.

Un pensamiento más pesimista lo hizo estremecer. Cabía la posibilidad de que el agotamiento no fuera a resolverse con un par de horas en reposo. Quizá había llegado el momento y lo que su cuerpo manifestaba eran los síntomas de su final. El miedo, la rabia y la impotencia, consiguieron que sus piernas avanzaran por los escalones. Tampoco estaba dispuesto a morirse en mitad de aquel estercolero.

Se alentó en silencio, no quedaban más que dos plantas y, para no pensar en sí mismo, evocó a Elián.

Había dejado al chico en la puerta del centro comercial. Estaba bien, asustado, pero el contagio todavía no era perceptible. En cualquier caso, dejó de ser problema de Sergio en cuanto Juan acudió a recibirlos. En ese momento ya empezaba a encontrarse mal, así que lanzó al aire un resumen de la estupidez cometida por el chico y preguntó por su hermano. La respuesta no fue distinta a las anteriores.

Que arrancara y se fuera sin despedirse no sentó bien, pero le dio lo mismo. Después de recorrer un par de manzanas, con sumo cuidado para que no se la jugasen sus limitados reflejos, se arrepintió de no haber compartido los planes de Eva. Estuvo tentando a parar y comunicarse a través de la radio. No lo hizo. No habría sido capaz de reemprender el camino.

Solo le quedaba una planta. Cogió aire con dificultad. Lo primero

que haría al llegar al ático sería informarles de lo que ella estaba buscando.

Todo comenzó a nublarse. Parpadeó varias veces, pero el tramo final se difuminaba cuanto más ascendía, hasta desaparecer por completo. Ni siquiera eso lo detuvo.

Chocó contra la puerta del piso. Se hubiera sentido aliviado de poder ver algo que no fuera el gris luminoso que lo rodeaba. Palpó los bolsillos del pantalón hasta dar con la llave y buscó a tientas la cerradura. Su sentido del tacto parecía haber salido mejor parado que los otros. Aún así, le llevó bastante tiempo abrir la puerta y, en cuanto empujó, se fue de bruces contra el suelo.

El gris que invadía su campo de visión empezó a oscurecerse para dar paso a un fundido en negro.

Antes de desmayarse, Sergio se arrastró por el suelo y estiró el brazo para intentar cerrar la puerta.

Ni siquiera llegó a saber si lo había conseguido.

15— PREPÁRATE

Alicia fue expulsada de aquella especie de trance con tal violencia que terminó arrodillada sobre el suelo de la trastienda. Para su sorpresa, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas ante lo que aquellas voces le hicieron sentir. No podía ponerles cara, pero el aprecio y el cariño estaban ahí, junto con la angustia por lo que pudiera haberles pasado.

En un intento de esquivar unas emociones que no terminaba de encajar, intentó sacarse de la cabeza la visión y a aquellos que la protagonizaban. Sentía un dolor en el pecho, no algo físico, algo más intenso. Tenía que moverse.

Ignoró su aspecto y abrió una de las vitrinas. Dio gracias porque el dueño del establecimiento fuera ordenado. En cada estante había una etiqueta para señalar la munición que correspondía a cada arma. Cogió balas para una recortada y un revólver, volvió a la parte principal de la tienda, y se hizo con varias navajas, bengalas, un par de linternas y una bolsa de lona donde lo guardó todo salvo el revólver.

Pese a su empeño en olvidar, lo que había visto seguía en su cabeza y decidió observar la escena como una mera espectadora, distanciándose de sus sentimientos. Era poca información para arriesgarse a teorizar, pero por fin salía su nombre: Alicia. Gracias a la visión que había tenido sobre Diana, lo de las aptitudes, o cosas raras, no le resultaba nuevo. Por otra parte, confirmaba que ella estaba implicada de alguna forma. Parecía que sus intenciones eran buenas, pero no dejaba de ser una apreciación. Y ahí estaba también Sergio. Cada vez estaba más segura de que se trataba del motorista. «No tienes pinta de agente», resaltó entre lo demás e instaló una idea en su cabeza: existía un grupo cuya tarea era localizar a estas personas afectadas. Desgraciadamente, no tenía claro si las buscaban para protegerlas o para exterminarlas, ni en qué bando se encontraba ella.

Se masajeó las sienes, necesitaba algo nuevo que arrojara más luz a los detalles inconexos que tenía, y empezaba a molestarle que esas visiones fueran algo involuntario. Si pudiera enfocarlas, o ponerles un mínimo de orden, seguro que sacaba algo en claro.

Sin poder hacer otra cosa que asimilar su frustración e incapacidad, salió a la calle con el arma en la mano. No estaba nada segura de si sabría o sería capaz de usarla.

El aspecto apocalíptico de la ciudad ya no le impresionó tanto y recordó el edificio que le había llamado la atención desde la escalera de emergencias. Movida por el instinto, puso rumbo hacia él.

Recorrió un par de calles igual de desoladas, colapsadas por coches abandonados o estrellados y restos de cascotes. Al avanzar un poco más, vio que los escombros estaban amontonados en las aceras para dejar una vía de acceso y pensó en el tanque. Rememoró el primer día, el encuentro y los rostros del hombre y la mujer que habían salido del interior del aparatoso vehículo. Se preguntó quiénes serían, si también los conocería a ellos y, sobre todo, si la odiarían tanto como el motorista. No pudo responder a ninguna de las preguntas. Por su salud mental, dejó de darle vueltas.

Cuanto más se acercaba al edificio, más convencida estaba de ir en la dirección correcta. Con cada paso, su corazón latía más deprisa. Su atención empezaba a ser solo para la infraestructura de ocho plantas, lo que casi le cuesta un par de caídas al no fijarse en el suelo.

En cuanto se plantó ante el portal, el miedo volvió a acecharla. El interior estaba en penumbras, apenas pudo distinguir las escaleras que parecían ser el único acceso a los pisos.

Apuntó al frente con una de las linternas, se tragó sus temores y entró en el espacio. Diversos papeles y desperdicios amortiguaron sus pisadas. Cuando el haz luminoso rebotó en los buzones metálicos que ocupaban un pequeño espacio en la pared contraria a las escaleras, quedó momentáneamente cegada. Ni rastro del ascensor. En su lugar había una especie de cuartucho acristalado al que no le dedicó más que una mirada indiferente.

Tomó aire y empezó a subir con la intención de ir planta por planta, esperando encontrar algo que indicara en cuál debía pararse. El aspecto general era macabro. Por una huída apresurada, o a saber por qué otro motivo, muchas de las puertas que conducían a las distintas viviendas estaban entornadas y podían intuirse destrozos en el interior. Esperaba que fueran obra de saqueos y no la muestra de que se había dado algún ataque o, peor, que las criaturas que se escondían del sol hubieran decidido resguardarse allí. Lo dudaba. Precisamente, gracias a esas puertas abiertas la oscuridad no era absoluta, pero prefirió no entrar en ningún apartamento para comprobarlo.

En el cuarto piso, con un pie en el escalón que la llevaría al quinto, una puerta gimió tras ella y se volvió, apuntando con el revólver que temblaba descontrolado en su mano.

Tuvo que apoyarse en la pared unos segundos al comprobar que solo había sido una corriente de aire. Sería fantástico encontrar algún superviviente, pero dudaba que el edificio albergara alguno. Estaba convencida de que lo que podría aparecer no sería nada bueno.

Al llegar al séptimo piso, sintió una desilusión que crecía por momentos. Ya solo podría encontrar respuestas en el ático y, sin muchas esperanzas, ascendió el último tramo de escalones. La única puerta al terminar las escaleras se iluminó con aquella familiaridad que tanto esperaba.

Con manos sudorosas giró el pomo. Que la puerta se abriera con facilidad la obligó a ponerse de nuevo en guardia. Sin bajar el revólver, le dio un pequeño empujón a la madera para abrirla por completo.

El salón principal del que surgían varias puertas, un pasillo y una galería exterior, logró que se encogiera. Los muebles que pudo haber y las piezas de cerámica, cristal o barro, no eran más que añicos que salpicaban el suelo.

Alicia se detuvo unos segundos en el umbral. El lugar en sí no le decía absolutamente nada. La puerta sí, el interior no. Carecía por completo de sentido. Parecía que tampoco encontraría respuestas allí, pero decidió entrar. Tenía que ser práctica y aquel era un buen refugio para pasar las noches, si no estaba habitado.

Caminó con cautela entre el mar de obstáculos, sin poder evitar que los restos crujieran bajo sus pies, y logró llegar a un pasillo desierto. La sensación de familiaridad regresó con fuerza, y también la inquietud ante la oscuridad que era cada vez más profunda. En contraste con la primera sala, no había señales de lucha allí. Con el revólver y la linterna en alto, avanzó con todo el sigilo que le fue posible.

Poco tardó en descubrir que la falta de claridad se debía a que la mayoría de las habitaciones tenían las persianas bajadas. Lo único positivo fue que el piso olía demasiado bien para estar ocupado por las amenazas con las que se había topado.

Se detuvo ante las primeras puertas que correspondían a una biblioteca, una habitación de matrimonio y un baño enorme. Sus ojos fueron hasta la ducha, y fue consciente por primera vez de lo bien que le vendría asearse. Si el piso estaba tan desierto como aparentaba, sería lo primero que haría.

Un profundo gruñido sonó muy cerca.

Alicia no tuvo tiempo a defenderse, lo único que consiguió fue iluminar con la linterna a un imponente dogo que cerraba las mandíbulas sobre su pierna. Se le escapó un grito, pero, por suerte, el perro apenas hundió los dientes en su carne. Con un extraño quejido, el perro retrocedió.

Pese a la levedad del mordisco, el dolor se extendió por su cuerpo. Tuvo que dejar la bolsa con las armas en el suelo, pero no soltó el revólver por si tenía que usarlo. Se sentó con la espalda pegada a la pared y los ojos puestos en el animal, que ahora parecía inofensivo tumbado a unos pasos de ella. Su gimoteo y el brillo de su mirada parecían una disculpa.

Alicia se llevó la mano a la pierna herida para valorar los daños y se levantó el pantalón. No eran más que un par de incisiones sin importancia. La confundía la reacción del animal, pero también él tenía algo que le sonaba.

—¿Nos conocemos?

El perro se tomó la pregunta como una invitación y, arrastrándose por el suelo, se le acercó hasta posar su enorme cabeza sobre la pierna extendida.

El gesto y su contacto la reconfortaron.

—No ha sido nada —dijo Alicia. Con una sonrisa, extendió la mano para acariciar aquel pelo corto, cuyo tacto resultó más agradable de lo que esperaba.

El martilleo de un arma le cortó la respiración. El perro rompió el contacto, alzó la cabeza, y la ladeó confuso en dirección a la parte más oscura del pasillo.

—Para ti no, para él sí es algo —la corrigió el motorista.

Por alguna razón, a Alicia no le resultó extraño que él estuviera allí. Una suerte ir armada. La voz había sonado tan clara que supuso que no llevaba casco y sin él podría volarle la cabeza sin el menor problema. Alicia se estremeció ante este pensamiento. No tenía intención de dispararle a nadie, ni siquiera a él. Lo que necesitaba eran respuestas y mantener la calma, para no ser ella la que terminara con un agujero en la frente.

—Yo no le pedí que me mordiera.

—Tampoco al chico que te curara y ahora ambos están infectados.

Como muestra de apoyo, el perro volvió a apoyarse en su pierna, ignorando las diferencias de los dos humanos, más interesado en las caricias.

Prudente, Alicia soltó el revólver y mantuvo sus manos bien visibles sobre el dogo, lejos de la bolsa con las armas, por lo que su susceptible conocido pudiera imaginar. Sin la menor intención de tenerlo frente a frente, siguió con la mirada puesta en el animal, reconfortándose con el tacto de su pelaje, mientras buscaba el mejor modo de llegar a un entendimiento.

Sin muchas opciones, lo intentó con la infección.

—No noto nada.

Se hizo un breve silencio hasta que el motorista respondió.

—Esa es la clave, uno no se da cuenta hasta que ya es tarde.

Sin fuerzas para asustarse o agobiarse, sintiendo la mirada del motorista fija en ella, fue clara.

—No vas a matarme. Dejarás que sea algo lento y terrible.

—¿Acaso no es lo que mereces?

Alicia recorrió con las manos el ancho cuello del perro. Dio con el collar, grueso y metálico, cuya placa rezaba Zar.

—Ni siquiera sé quién soy. ¿Cómo pretendes que responda a eso?

—Es la lacra de aquellos que tienen cientos de identidades. Llega un momento que ni siquiera saben lo que esconden.

—¿Cómo puedo descubrirlo? —preguntó sin mucho afán. A esas alturas tenía asumido que el motorista no iba a deshacerse en detalles.

De nuevo se hizo el silencio y Alicia supuso que ni siquiera se molestaría en burlarse. Iba a levantarse cuando su voz la mantuvo en su sitio.

—Reconociéndolos. Están ahí pero tú misma los escondes.

—Eso no es cierto —corrigió Alicia, sintiendo un terrible nudo en la garganta. No entendía por qué la odiaba de aquella manera, ni porqué a ella le afectaba tanto que lo hiciese—. No recuerdo nada.

—Ya —dijo él con escepticismo—. Entonces… ¿Por qué sabes que no debes mirarme?

Como un resorte, una alarma se disparó en su cabeza. No debía mirarlo, tenía que escapar de sus ojos. La calma del momento se esfumó, él se le acercaba. No tenía sentido pero estaba aterrorizada. Tal vez se tratara de una de esas cualidades imposibles, lo que fuera lo sentía como muy peligroso. O hablaba pronto o descubriría del peor modo posible hasta qué punto. Él ya estaba a su lado, pudo apreciar su vestimenta. Unos vaqueros y una camiseta negra. Ni casco ni equipaje de moto. Vería su rostro y comprobaría si era el mismo hombre de su visión. Cerró los ojos, los nervios impregnaron su voz y las palabras surgieron de forma atropellada.

—Igual es mi subconsciente, o yo que sé. Lo único que importa es que si realmente tengo algo que ver en lo que sea que contagie, tal vez dé con la cura.

Notó como se agachaba a su lado y, asustada, abrió los ojos al tratar de escabullirse. No tuvo tiempo, en un segundo la mirada del motorista atrapó la suya.

Alicia sintió cómo se le aceleraba el pulso al encontrarse con los ojos claros, idénticos a los del superviviente del supermercado. En efecto, era el hombre de su visión, Sergio, pero estaba muy cambiado y no solo por el tiempo pasado desde el desafortunado encuentro en el callejón. De no ser por la extrema palidez, los ojos hundidos y las marcadas ojeras, podría considerarse un hombre atractivo. Con estas señales, solo podía decirse que era un hombre enfermo.

Una expresión de burla se extendió por las facciones masculinas.

—Sí, es amnesia. No hay ningún motivo por el que no puedas mirarme, salvo vergüenza. Ahora, vete —le ordenó, mientras él se incorporaba— y llévate al perro si quieres, ya es de los tuyos. —Sin más, le dio la espalda dispuesto a regresar a la zona más oscura.

A Alicia le pareció que su andar era irregular, como si estuviera agotado y lo achacó a la enfermedad que se manifestaba en su rostro. No lo compadeció, estaba harta de tanto misterio. Se puso en pie cargada de rabia. Ignoró el dolor de la pierna. No iba a dejar que siguiera machacándola. Se cruzó la bolsa de armas a la espalda y, sin saber muy bien de dónde salía el valor, se dirigió hacía el corpulento motorista a pesar de que, como ya sabía, podría tumbarla de un solo golpe.

—¿Te resulta divertido? ¿Te reirás horas a mi costa mientras tengo que enfrentarme a algo que no entiendo?

Sergio se volvió para enfrentarla.

—¡Tú te lo has buscado!

Alicia supo que estaba convencido de eso, que para él era una amenaza. No hizo caso a las señales de peligro que transmitía.

—¿Qué es eso tan terrible que he hecho para que ni siquiera merezca saber porqué voy a morirme? ¿Acaso yo cree a esas cosas?

—No, tú ni siquiera tienes cabeza para combinar datos, tú simplemente fuiste la chica de los recados. ¡Nos ibas señalando hasta que al fin nos cogieron prácticamente a todos! —Estaba a un paso de salvar la mínima distancia que los separaba para arremeter contra ella —. Eres peor que ellos, mucho peor, porque tú sí conocías las consecuencias, y aun así intentaste matar a mi hermano.

Alicia palideció ante semejantes acusaciones. No podía ser cierto. A su mente acudió de nuevo el chico del supermercado, en efecto, su hermano.

Sergio continuó atacando. De haber estado en mejores condiciones la habría sacado del ático a patadas, pero lo único con lo que podía golpear era con las palabras. Y al parecer le estaba haciendo daño. Recordó que al principio sus intenciones parecían buenas, tal vez lo fueran. Su amnesia podía deberse al dardo tranquilizante que la había detenido. Quizá lo que había olvidado era la parte de la traición por ser lo más reciente.

—¿Por qué crees que estabas allí? Ibas a matarlo, pero un dardo tranquilizante te detuvo.

—¡No! —exclamó Alicia. Lo poco que recordaba o sentía de sí misma no coincidía con sus afirmaciones.

—¡Sí! —le devolvió el motorista con un grito—. Debiste creer que anulándolo a él se arreglarían las cosas. Te empeñaste en conseguirlo y lo golpeaste con lo primero que se te puso a mano. Por eso te disparé el tranquilizante, y en ese momento te habría rematado, pero alguien me alejó mientras tú te quedabas inconsciente.

Alicia recordó el tablón que había junto al cuerpo del chico, la familiaridad que le había transmitido. No podía rebatir esa acusación y la incertidumbre por el bando que ocupaba la mantuvo en silencio.

Sergio percibió sus dudas y siguió su ataque.

—Te salvaron la vida, ¡pero a mí volvió a complicárseme todo! No pude regresar a por él hasta nuestro encuentro. ¿Tienes idea de lo que podría haberle pasado?

La tensión era tan palpable que el dogo retrocedió unos pasos tembloroso.

Alicia negó con la cabeza, incrédula, sintiendo las lágrimas en el rostro. Rechazaba el papel que quería imponerle.

—¿Y por qué no me mataste entonces? Si intenté acabar con tu hermano, ¿por qué no me mataste?

El joven la miró con dureza.

—Porque yo no soy un asesino, porque no mereces una muerte rápida y porque esa parte buena que hay en ti y ahora te domina es la mejor forma de vengarme. El remordimiento y la culpa están en tu contra, y aunque estás sobreviviendo más de lo que me gustaría, disfrutaré cuando mueras a manos de tus actos.

Alicia arrastró las lágrimas con las manos.

—Y mientras, observas para apartar de mí cualquier superviviente.

—Nadie está seguro a tu lado, ni antes ni ahora que estás contagiada. Ellos sí se merecen ser protegidos. Tú, búscate la vida sola. Tengo muchos que me necesitan, como te dije no perderé el tiempo, aunque me encantaría ser testigo de tu muerte.

Alicia entrecerró los ojos. Deseaba gritarle, explicarle lo que sentía. Sería inútil, todo sería inútil. Tenía sus reservas, pero una parte de su mente se posicionaba en contra de las acusaciones y le susurraba que él no tenía razón.

Se esforzó por mantener la cabeza fría y pensó en Elián.

—Quiero ayudar.

Sin relajar la agresividad lo más mínimo, Sergio asintió.

—De ser un estorbo ya estarías muerta, pero eso no cambia lo que hiciste.

Alicia meneó la cabeza. No quería volver a entrar en ese tema,

pero tampoco podía ignorarlo.

—Mis recuerdos son mínimos, pero creo que te estás equivocando. Da lo mismo —dijo, antes de volver a enzarzarse en la misma discusión—. Apareces siempre cuando encuentro a alguien…

Sergio no la dejó acabar la frase. Su amnesia explicaba el porqué de las extrañas reacciones al verlo, cuando era ella la que lo llamaba. Para no darle ninguna ventaja, ni argumentos con los que defenderse, mintió.

—Vigilamos cada punto, colocamos sensores de movimiento.

A modo de corazonada, Alicia supo que mentía. Su cabeza fue aún más lejos: era ella la que lo alertaba de alguna forma. Iba a decirlo en voz alta, pero se contuvo. No iba a creerla, y no tenía la menor intención de seguir cabreándolo o no saldría entera de aquel piso.

—¿En qué se supone que me convertiré?

El motorista dudó antes de responder.

—En una de esas cosas que salen por la noche. Tú y todos los agredidos, con lo que media ciudad es una amenaza.

—Y la otra media está muerta —añadió más para sí misma que para él. Al parecer solo obtendría respuestas si estas tenían connotaciones terribles para ella. Estaba haciendo un trabajo brillante mortificándola. Por las pocas palabras que habían cruzado, se conocían desde hacía años, tal vez se refería a la época en la que había intentando estrangularla, pero estaba claro que llevaba odiándola mucho tiempo.

Sergio negó con la cabeza y al hacerlo lo asaltó un mareo. Se esforzó porque no se notara.

—Los muertos son la media ciudad de la que hablo. La otra media está a salvo y oculta —concretó, sonriendo al ver la expresión asustada de Alicia—. Sí, esta noche esas criaturas triplicarán sus filas. El carácter progresivo del virus es impredecible en los cuerpos vivos. En los muertos, solo necesita tres días y a saber en qué los convierte.

Alicia solo pudo mirarlo. Al recordar a los terribles seres podía encontrar similitudes con el cuerpo humano… aunque jamás se le ocurrió pensar que su origen fuera tan directo.

—Solo te ven si te mueves —susurró, perdida en sus recuerdos.

Sergio asintió. Lo sabía.

—Y solo mueren al sol, o rompiéndoles el cuello.

Alicia no se veía siendo capaz de hacer algo semejante.

—¿Dónde deben dirigirse los supervivientes?. —Ella ya estaba condenada y debía buscar el presunto antídoto, pero si encontraba alguna persona no iba a dejarla a su suerte.

Sonriendo con malicia, el motorista se negó a concretar.

—Si encuentras alguno, yo haré de guía.

Alicia debería haber contado con esa desconfianza. No obtendría mucho más de su hermético colega y cada vez tenía menos tiempo.

—Gracias por nada —replicó dándole la espalda para salir del piso, con Zar tras ella.

La voz de Sergio la acompañó hasta el destartalado salón de la entrada.

—Tan pronto te conviertas, me encantará volver a verte.

—Cuento con ello —replicó, deteniéndose antes de alcanzar la salida—. ¿Y Elián?

—En peligro —se limitó a decir él, con frustración—. Estando vivo puede cambiar dentro de una hora como dentro de una semana. Cuestión de genética —compartió entre dientes.

—Me daré prisa —aseguró, cerrando la puerta tras ella.

Mientras bajaba escalones a la carrera, no dejaba de darle vueltas a la conversación. Las acusaciones le molestaban pero había otro detalle inquietante. Ella tenía algo. Sergio había confirmado las sospechas de Elián pero, salvo sobrevivir a caídas de edificios y esa destreza peleando, poco más veía.

No podía olvidarse de las conversiones, el problema más inmediato según lo compartido por el motorista. El suyo, el de los supervivientes, el de los muertos…

El trote del perro tras ella le recordó que su recién adquirido compañero de fatigas también dejaría de ser solo un animal corriente. No quería ni pensar en qué clase de amenaza podría tornarse. Con su

tamaño y la inmensa cantidad de dientes, casi prefería no estar cerca de él cuando lo hiciera.

Y a Sergio también le pasaba algo. La oscuridad en la que mantenía el piso era reveladora.

Salía por el portal cuando los recuerdos se agolparon con tanta fuerza que tuvo que apoyarse en un buzón de correos para no irse al suelo. La calle comenzó a difuminarse como si una densa niebla lo estuviera engullendo todo. El lloriqueo del dogo, cargado de preocupación, se fue haciendo cada vez menos audible.

RECUERDO 5: NATALIA

Al amparo de la noche, la pequeña casa familiar dormía. Natalia consiguió descolgarse de la ventada de su cuarto y caer al sencillo jardín sin hacerse daño. Estaba decidida a irse, pero sus dieciséis años suponían infinidad de trabas como para conseguirlo por las buenas. Y así tenía que ser, pensó, antes de echar un último vistazo a la casa sin ver más que su aspecto pobre y viejo.

Medio agazapada, recorrió el lateral de la casa hasta llegar al pequeño camino que dejaba el terreno contiguo, y que la conducirían a la calle principal del pueblo.

Un chico de su misma edad le cerró el paso.

—No dejaré que lo hagas —le advirtió el muchacho de aspecto desgarbado y ropa raída, con una expresión de temor en el rostro.

La chica negó con la cabeza.

—Mi hermano está vivo, puedo sentirlo y sé que puedo encontrarlo.

—¡Es una locura! —exclamó el joven.

Pese al aprecio que le tenía a su amigo, ignoró su mirada suplicante.

—Apártate, Marcos, es mi hermano. ¿No harías lo mismo por el tuyo?

Marcos negó con la cabeza, convencido de que su amiga había perdido el juicio.

—Venga ya, Nat, tienes que estar de coña. ¡No tienes poderes!

—¿Y cómo explicas lo que ha pasado hoy?

—¡Solo fue un sueño! —le gritó Marcos desesperado—. No has visto a tu hermano, es imposible. ¡La poli estuvo en tu casa! Joder, encontraron su cuerpo en el río, ¡mi hermano estaba con él y ahora está hecho una mierda! ¿Crees que Sergio está fingiendo?, ¿que miente? Está muerto y tienes que asumirlo por mucho que te duela.

Natalia lo apartó de un empujón y siguió su camino.

—Siento que te dejes engañar, Marcos —le dijo, antes de echar a correr para que nada, ni nadie, pudiera detenerla.

—¡¡Natalia!! —gritó Marcos, consiguiendo con su grito que varias luces de la casa se encendieran.

16— LA MENOS PACIENTE

En el ático, Sergio se puso la cazadora, los pantalones de cordura, los guantes, y cogió el casco para salir. El malestar se mantenía, a esas alturas del contagio, dudaba que fuera a desaparecer por mucho que descansase, pero tenía que seguir a Eva.

Verla en mitad de la sala lo confundió. Estaba seguro de que se había ido. Con un mal presentimiento, guardó las distancias. No había rastro ni de Zar ni de la bolsa que llevaba a la espalda, y la expresión de su rostro era muy distinta. Segura, confiada, violenta.

—¿No te ibas?

Eva sonrió con malicia y comenzó a avanzar hacia él con normalidad.

—¿Bromeas?, si acabo de llegar —respondió y, al llegar a su altura, alzó la pierna para golpearle en el pecho.

Sergio logró evitar la patada por poco, y su sorpresa aumentó al ver venir varios golpes más que lo hicieron retroceder de vuelta al pasillo. Los esquivó con relativa facilidad, mientras buscaba el mejor ataque. Su oponente sabía pelear y él estaba demasiado débil. Le pareció escuchar un ruido a sus espaldas, pero apenas le prestó atención al estar concentrado en defenderse, hasta que percibió la claridad y entendió la encerrona. Alguien había abierto las persianas de las habitaciones, encerrándolo a él en la mínima seguridad que le dejaba el pasillo, si no quería vérselas con una muerte horrible. La idea de que una tercera persona estuviera en su casa sin que él lo supiera era imposible, y la única explicación era que la propia Eva las estuviera alzando desde la distancia. Y eso, que él supiera, no podía hacerlo. Esta hipótesis consiguió desconcentrarlo lo suficiente como para que uno de los puños de la mujer se estrellara en su mandíbula. El dolor se extendió llenándolo de ira.

A solo un paso de la primera habitación iluminada, Sergio logró golpearla y alejarla de él.

—¿Qué coño pretendes? —le echó en cara, abalanzándose sobre ella y derribándola, forcejeando para intentar sujetarle las manos.

Sergio la superaba en fuerza, pero Eva no se dejó reducir con facilidad.

—¿Qué coño está pasando? —exigió saber.

La incomprensión casi consiguió que Sergio bajara la guardia.

—Esta conversación ya la hemos tenido, y ahora sí que no pienso decirte una mierda.

—Entonces te lo sacaré a la fuerza.

Eva logró quitárselo de encima y, en cuanto estuvo en pie, la boca del revolver apuntó a la rodilla de Sergio.

Antes de que abriera fuego, Sergio le golpeó la muñeca, obligándola a soltar el arma, y se la arrebató en el aire para pegar el cañón a la frente de la joven.

—¿Quién eres? —preguntó suspicaz. Tal vez fuera el mismo aspecto, pero no estaba ante la misma persona.

Eva esbozó una sonrisa malévola.

—La menos paciente —respondió con frialdad, volviendo al ataque.

La pelea se reanudó con brutalidad. Sergio estaba demasiado débil y su atacante ganaba terreno con cada golpe. Supo que no tendría inconveniente en matarlo. Sin pensar y sin más opciones, en cuanto tuvo oportunidad, volvió a pegar el cañón del arma a la frente de la mujer y apretó el gatillo.

La sangre le salpicó en el rostro y formó un macabro dibujo en la pared. El cuerpo sin vida se desplomó, desmadejado en mitad del pasillo, con los ojos abiertos.

Sergio se mantuvo inmóvil, sin poder apartar la vista del cadáver y sin saber cómo sentirse. Al malestar físico se le sumó una sensación de culpa y las manos comenzaron a temblarle. Tendría que deshacerse del cuerpo, limpiar la sangre de las paredes, pero en ese momento necesitaba aire.

Cayó de rodillas con la cabeza a un paso de estallarle por las ideas que se manifestaban en ella. No podía dejar el cadáver en mitad del pasillo, ni podía dejar de preguntarse qué había hecho. No era un asesino, había sido en defensa propia. Si hubiera podido reducirla, no habría sido necesario terminar con su vida. Agitó la cabeza. La mujer que yacía en el suelo no era Eva, se recordó. Y quizá a la que había estado vigilando, tampoco.

Se pasó las manos por el rostro, se concentró en el tacto rugoso de

los guantes, pero, al bajarlas, los vio oscurecidos por la sangre y las mismas ideas volvieron a asaltarlo.

Temió estar volviéndose loco, buscó en su memoria alguien capaz de cambiar de aspecto, sin éxito. Tal vez fuera uno de los monstruos de los laboratorios. Un monstruo como él, capaz de asesinar a sangre fría.

Sintió un nudo en el estómago. No es lo mismo desear hacer algo que hacerlo y él nunca había matado a nadie.

Los recuerdos se presentaron cargados de malicia para resaltar que no había podido salvar a Tomás en el río, y más de una vez sintió que lo había matado. Su respiración se agitó y empezó a marearse. No quería pensar en él, pero se vio en mitad del río sumergiéndose una y otra vez en busca de su amigo.

En un intento de escapar de sus propios pensamientos, quiso incorporarse. Apenas llegó a estirar una pierna. La pelea, las emociones, las dudas y los recuerdos volvían a dejarlo exhausto, o a convertirlo de forma definitiva.

Se dejó caer junto al cuerpo con la determinación de deshacerse de él en cuanto sus extremidades volvieran a responderle. Y si no se recuperaba, si al fin se daba el cambio, dudaba que el cadáver fuera a preocuparle.

17— INVESTIGA

Los ladridos del dogo la devolvieron al presente. El mareo persistía, pero consiguió retener en su cabeza las ideas principales: una chica que se fugaba durante la noche, y que no le transmitía absolutamente nada. No le pasaba lo mismo con el adolescente que había intentado impedir su huída, Marcos, el chico del supermercado, el hermano de Sergio.... Cada vez entendía menos. Un nuevo nombre se hacía suyo: Natalia. Recordó lo que el motorista le había dicho «la lacra de los que tienen cientos de identidades». No sabía a qué se refería pero era imposible que ella fuera Alicia, Diana, Eva y ahora Natalia.

Salvo Diana, el denominador común de las otras era Sergio, y se preguntó si su poder no estaría relacionado con visiones de otras personas afines a alguien en concreto. Si contaba a Diana, el punto en común eran las habilidades imposibles, ligadas a los laboratorios. Tuvo que masajearse las sienes. Un dolor de cabeza la asaltó de pronto, como si le hubieran dado un golpe, y agudizó su mareo durante unos segundos.

—Acabaré volviéndome loca —se lamentó, acariciando a Zar para que dejara de ladrar y se relajase un poco. Le hubiera gustado descansar un rato, pero el tiempo se le echaba encima. Parpadeó un par de veces y cogió aire.

Puso rumbo al edificio acristalado, con el animal olisqueando los alrededores. Recorrieron las calles, distraídos, cada uno en sus asuntos.

De nuevo ante el edificio de los laboratorios, Alicia descartó la escalera de emergencias y entró por la puerta principal. El aspecto del lugar era tremendamente sórdido, todo estaba revuelto y los cristales rotos con manchas de sangre cubrían el recibidor.

—Cuidado por donde pisas —le dijo al perro. Se había acercado a ella, con cada músculo en tensión.

La bolsa con las armas le pesaba cada vez más y la apoyó en el suelo para darle un respiro a su espalda. No tenía ni idea de cómo moverse por el edificio, así que se coló tras el mostrador de recepción. Había papeles desperdigados por todas partes y tuvo que rebuscar bastante hasta dar con el listado de plantas. Ninguna le llamó la atención, no vio nada que le indicara por dónde empezar a buscar las pistas que necesitaba. Todo parecía normal e inofensivo.

Planta -1 —Archivo y registro

Planta B —Recepción

Planta 1ª —Fundación benéfica / Obra social

Planta 2ª —Zamora, Turismo rural / Marketing

Planta 3ª —Espinosa, Promociones y reposiciones / Importación y exportación

Planta 4ª —Vidal, Externalización de servicios - Outsourcing / Financiera

Planta 5ª —Arias, I+D / Nuevas tecnologías BT / NM / TI

Planta 6ª —Administración / Recursos humanos

Planta 7ª —Salón de Actos

Planta 8ª —Dirección y gerencia

Tras releer las clasificaciones, algo le decía que solo eran una pantalla. Ni siquiera investigación y desarrollo le pareció un comienzo. Ubicándose, asumió que en su primera visita había acabado en la planta cuarta, descartándola por completo.

Su intuición le recomendó probar suerte en la planta subterránea, justo lo que la sensatez le gritaba que no hiciera. Era jugársela. Allí abajo no contaría con la luz solar tan favorable contra las peculiares amenazas, pero un sótano, en su opinión, era el mejor lugar en el que guardar secretos. Le pareció oír un ruido y echó la mano a la espalda para coger el revólver. No estaba. El ruido volvió a captar su atención y sonrió al ver que no era más que el aire agitando un cartel metálico contra la fachada. De vuelta al arma perdida, dio por sentado que se había quedado en el camino y cogió la recortada de la bolsa.

El perro la miró inquieto como si entendiera lo que pretendía y gimoteó a modo de protesta.

—Lo siento, Zar, no me queda otra —le dijo mientras observaba su alrededor en busca de un acceso al subsuelo. Las escaleras solo subían y no había ninguna otra puerta.

No le gustaba la idea de usar el ascensor, quizá ni funcionase, pero no tenía alternativa. Salió de detrás del mostrador, cogió una de las linternas y dejó la bolsa allí. Era demasiado aparatosa y si iba a meterse en un espacio tan reducido para bajar a una zona desconocida, más le valía ir ligera por si tenía que revolverse o

escapar.

Sin pensarlo demasiado para no echarse atrás, se plantó ante el ascensor y pulsó el botón de llamada. La luz parpadeó y le llegó el tenue sonido del motor. Funcionaba. Retrocedió un par de pasos y apuntó hacia las dos hojas metálicas por si algo la sorprendía cuando se abrieran.

Un pitido precedió la limpia apertura y Alicia suspiró al ver tan solo su reflejo en el espejo rectangular que había incrustado en la pared. Porque no podía ser tan fácil, descubrió que en el panel de control lateral solo había teclas de la planta B a la 8 y, bajo estas, la ranura de una llave para la -1.

—¡Maldita sea! —exclamó antes de regresar al mostrador de recepción en busca de la llave. Si estaba allí, no iba a ser nada fácil dar con ella.

Tuvo que revolver en los cajones y en los tres archivadores ocultos bajo el mostrador de mármol circular. Finalmente, dio con un pequeño armario metálico cerrado con llave. Estuvo tentada a disparar, pero eso podría atraer la atención de algo no deseado, o prevenir a lo que fuera que estuviera bajo ella. Una vez más se valió de la bolsa para coger algo que le sirviera para hacer palanca y reventar la puerta.

Tras unos minutos, logró abrir el cierre para dar con una lámina metálica que era todo enganches y llaves. Impaciente, tomó las que le parecieron que podrían encajar con la rendija y volvió al ascensor, con las puertas otra vez cerradas.

Sin bajar la guardia, volvió a adelantar la recortada al pulsar el botón, se tensó al oír el timbre antes de que se abriera, y suspiró al encontrarse solo con su reflejo.

En compañía de Zar, cada vez menos valiente, entró y comenzó con la selección de llaves tirando al suelo las inútiles, afanándose en mantener las puertas abiertas cada vez que hacían amago de cerrarse. A la novena, logró que entrara y la giró. Asustada, se colocó todo lo lejos de la puerta que le permitió el reducido espacio y, con la recortada bien sujeta, contuvo la respiración dispuesta a disparar a lo primero que se moviera.

—No te separes —le pidió al perro por romper el silencio. Agazapado, con el rabo entre las piernas, Zar no parecía tener la menor intención de irse a investigar en cuanto llegaran a su destino.

La angustia se fue haciendo cada vez más palpable. Estaba descendiendo más de una planta y la incertidumbre la invadió de nuevo. No necesitaba un instinto extremo para comprender que el lugar al que se dirigía estaba muy lejos de servir de archivador o de registro.

Cuando el ascensor se detuvo, el dogo dejó escapar un lloriqueo y retrocedió hasta quedarse encajado en una de las esquinas. Contagiándose de este pánico, Alicia cerró sus manos sobre el arma con más fuerza, aterrada ante lo que pudiera aparecer tras las puertas que empezaban a abrirse.

Lo primero que vio fue un amplio pasillo de lustrosas baldosas verde agua que cubrían el suelo y media pared. No había nada inquietante en aquella pasarela ordenada, con tres camillas, colocadas en fila, pegadas a un lado para no entorpecer el paso. Dos carros con utensilios médicos descansaban en la pared opuesta, igual de alineados. Parecía el acceso a una planta hospitalaria. El único indicio de que algo no iba bien era que la iluminación provenía de las luces de emergencias.

Alicia sintió la familiaridad. Estaba en el sitio correcto, o al menos en un lugar conocido y, sin bajar la guardia, se centró en las puertas metálicas del final, que tenían ojos de buey de cristal tintado.

—Tal vez no sea tan terrible —le dijo al perro en un susurro, cogiendo la preciada llave antes de dejar el ascensor.

Su ocasional compañero no parecía estar de acuerdo. Con otro lamento, Zar se apretujó más contra la esquina en la que se acurrucaba.

Alicia pulsó el botón de la planta baja.

—Está bien, espérame arriba, gallina —le regañó con cariño saliendo para dejar que las puertas se cerraran.

Mientras el elevador subía, Alicia metió la llave en la cerradura activando un piloto rojo que indicaba llamada, para asegurar que su única salida estuviera lista si debía huir. Pasado un momento, las puertas volvieron a abrirse y, aunque se cerraron al poco, el ascensor seguiría en la planta mientras no lo llamaran de otro lado. Confió en que el edificio estuviera tan desierto como parecía, o que los ocupantes que tuviera no fueran lo bastante listos como para llamarlo. Se guardó la llave en el bolsillo trasero del pantalón y avanzó en silencio hacia la puerta doble.

El lugar parecía haberse salvado de la desolación de la superficie. Todo estaba tranquilo y ordenado, incluso seguía oliendo a desinfectante. Aún así, la reacción del perro era un buen indicativo de que, allí abajo, las cosas no marchaban tan bien como parecía.

Sin soltar la recortada, Alicia extendió el brazo para abrir la puerta. En cuanto puso la mano sobre una de las hojas, la cabeza le dio un vuelco y los recuerdos la arrastraron.

RECUERDO 1: LA NIÑA

Estaba en una sala muy iluminada, una especie de quirófano, tendida en la camilla central.

Recobraba la consciencia de forma lenta y dolorosa, y era incapaz de mover su cuerpo. Trató de hablar, pero no hubo sonido y la angustia empezó a apoderarse de ella. Quería irse a su casa.

A lo lejos, una voz le llegó de forma amortiguada, como si solo estuviera en su cabeza.

—¡Por Dios, doctora Ramírez!, ¡no es más que una niña! —exclamó un hombre.

—Una niña, exacto, y ahí está lo fascinante. Tan joven y ya ha reaccionado al tratamiento, podemos hacer cosas…

—No —la interrumpió el hombre—. No la quiero en estas instalaciones, no con el revuelo que su desaparición y las redadas policiales están creando.

La doctora se negó a ceder.

—Doctor Suarez, si entran aquí, hacer experimentos a niños será el menor de sus problemas.

—Se lo advierto, Doctora —replicó el hombre con dureza—, devuelva a esa niña al espacio de pruebas y no vuelva a traerla hasta que cumpla los dieciocho.

Enojada, la Doctora trató de rebatirle.

—Eso es hipocresía y lo sabe, desde niños están expuestos en esa zona…

El hombre volvió a interrumpirla.

—Eso podemos taparlo. Un escape, vertidos, lo que sea. Desastres accidentales que no nos supondrán más que un par de millones entre multas e indemnización, pero esto es diferente. ¡El escándalo será imparable si se filtra a la prensa que atentamos contra los derechos de los menores! —le gritó fuera de sí—. No se lo estoy aconsejando, no quiero un argumento válido así sea de vital importancia para este proyecto. ¡Lo que quiero es a esa niña en su sitio y a usted en el suyo!

18— CORRE

Alicia se estremeció al dejar los recuerdos y necesitó unos segundos para recuperarse. Dejó atrás el eco de la acalorada discusión e intentó ordenar los nuevos datos.

Le era imposible reconocer a la niña o relacionarla con las otras visiones. Tenía que ver con las peculiaridades, pero seguía sin entender porqué podía verla. En este caso el denominador común eran los laboratorios y la doctora Ramírez que, por la voz, le pareció la misma mujer con la que se encontró Diana en la primera visión.

Alicia tomó aire, era más factible que Sergio lograra su deseo de verla muerta que ella supiera qué demonios estaba pasando.

Con la mano derecha cerrada sobre el arma, dio un empujón a la puerta y se adentró apuntando en todas direcciones. Al primer vistazo, se arrepintió de haber bajado a ese sótano.

Seguía pareciendo un hospital por las camillas, carros, y sillas de ruedas que llenaban la zona de recepción y los pasillos adyacentes. La diferencia era lo revuelto que estaba todo, y ni siquiera la luz de emergencias podía disimular la cantidad de sangre que se extendía ante sus ojos. No había un solo cuerpo y tal vez eso fuera lo más inquietante, ya que aquellas salpicaduras oscuras debían pertenecer a un centenar de víctimas.

El olor férreo, sumado al del desinfectante, la hizo vomitar sin tiempo a otra cosa que apoyarse en una de las camillas volcadas con la mano que no sostenía el arma.

Con la respiración entrecortada, los ojos lagrimeando y el ardor en la garganta, estuvo a punto de echar a correr. Por el contrario, se obligó a incorporarse y avanzó temblorosa por el grotesco escenario, hasta llegar al mostrador central en el que un cartel verde rezaba *Centralita*.

Tuvo que tragarse los escrúpulos para revolver entre las pilas de papales y expedientes ensangrentados. Allí debía encontrar algo útil. Estaba empecinada. En su frenética búsqueda, sus ojos dieron con un marco de fotos rectangular. Bajo el cristal roto, la instantánea la dejó sin aire. Inmortalizada entre aquel borde plateado, una mujer joven y menuda abrazaba al dogo.

Lo que la impresionó no fue que fuera el mismo perro, sino la familiaridad que le provocaba la chica de facciones dulces y expresivos ojos verdes. La conocía seguro, sentía algo hacia ella, algo

muy fuerte…

Un chasquido seco la obligó a apartar la mirada. Escudriñó el entorno y los accesos, sin percibir ninguna señal de movimiento. Confusa, volvió a mirar la foto y contuvo un grito ahogado cuando el cristal roto le devolvió el reflejo de su rostro, que había cambiado para ser idéntico al de la joven de la foto.

Otro chasquido más próximo la obligó a centrarse por completo en el lugar. Algo se acercaba y, teniendo en cuenta la sangre, no era nada bueno.

Alicia dudó. Estaba segura de que allí encontraría respuestas, detalles relevantes, pero también tenía la certeza de que, lo que fuera que se aproximara, la superaba.

No cuestionó su instinto, echó a correr sin mirar atrás mientras buscaba la llave en el bolsillo del pantalón. Al encajarla en la cerradura, la giró con tanta urgencia que bien podría haberla partido.

Mientras esperaba, se volvió. No había otra cosa que aquel pasillo impecable y en silencio.

Cuando el timbre anunció la apertura de las puertas, alzó la recortada. Seguía despejado y entró, al tiempo que pulsaba el botón de la planta baja. De soslayo, percibió en el espejo la melena rojiza y los rasgos de la mujer del marco de fotos. No había visto mal, ni era una paranoia. Era ella, pero con otro aspecto.

Temblorosa, pegó la espalda a la pared. La misma sensación de alarma que la hizo salir huyendo consiguió que mantuviera el arma en alto mientras las puertas empezaban a cerrarse.

Un fuerte gruñido antinatural la sobresaltó y su cambio de aspecto perdió toda importancia. A través del espacio que se iba empequeñeciendo, contempló como la puerta de dos hojas quedaba inservible tras un fuerte y violento enviste. Una criatura del tamaño de un oso, con pelaje negro y ojos igual de oscuros, trotaba en su dirección, con las zarpas arañando el suelo.

Incapaz de contenerse, Alicia gritó. Las puertas estaban a un paso de cerrarse pero le pareció imposible que lo hicieran a tiempo. A menos de un metro, la bestia abrió sus descomunales fauces y dejó ver los afilados dientes, oscurecidos por la sangre reseca.

El impacto de la bestia contra el ascensor hizo que el espacio retumbara, resquebrajó el espejo de la pared, y Alicia estaba segura de

que el aparato se había estropeado. Se mantuvo en pie a duras penas, y casi le ceden las piernas de puro alivio al notar que los engranajes la elevaban. Pero los golpes se sucedieron, ensordecedores, repercutiendo en la cabina que avanzaba a trompicones. La maquinaria no soportaría muchos envistes más.

El timbre sonó y apenas pudo oírlo entre el estruendo que creaba el animal desde la planta subterránea. Ante ella apareció la zona de recepción y se apuró en dejar el ascensor. Incapaz de pensar, echó a correr buscando con la mirada a Zar, segura de que la bestia no se quedaría sepultada en ese sótano mucho tiempo. Muerto de miedo, el perro se encontraba agazapado bajo el mostrador, asomando apenas el hocico.

—¡¡Vamos!! —gritó y su voz le resultó distinta, más melódica, recordándole que su aspecto era diferente.

Con una especie de ladrido de reconocimiento, Zar dejó su escondite para seguirla, mientras Alicia salía a la calle con la sola idea de alejarse del edificio.

Sin otro sitio conocido al que dirigirse, puso rumbo al piso de Sergio. Lo que la esperaba allí no sería peor que lo que dejaba atrás, y no tenía la cabeza como para buscar otro refugio. Saltó y bordeó obstáculos con la mente en blanco, consciente de que necesitaba toda su concentración para no ceder al temblor de su cuerpo, muy afectado por lo que dejaba atrás.

Con los pulmones ardiendo, se metió en el portal y subió los escalones de tres en tres. Poco importaba que Sergio hubiera cerrado con llave, no le extrañaría poder echar la puerta abajo con semejante aumento de adrenalina. No pensaba quedarse en la calle a comprobar si su atacante había escapado de su encierro y se tomaba la molestia de seguirla. Prácticamente envistió contra el acceso al ático. Como en la primera visita, la puerta se abrió sin resistencia.

Alicia entró, esperó a que el perro hiciera lo mismo y cerró tras ellos. Se dejó caer en aquel destartalado salón, sin molestarse en echar el pestillo. Si aquella cosa la seguía, la madera le resultaría tan infranqueable como una hoja de papel.

El dogo se abalanzó sobre ella cariñoso, como si hiciera siglos que no la veía. Recordó el cambio de aspecto. Mientras recuperaba el resuello, con dificultad, apartó al alegre Zar y buscó cualquier superficie reflectante. No muy lejos encontró un espejo tirado en el suelo y se puso en pie para alcanzarlo. El cristal estaba partido, igual

que con el de la fotografía, sin embargo no le impidió verse.

Ya no era ella y la incertidumbre alcanzaba niveles desorbitados.

Su cabeza intentó encontrarle sentido, pero lo único que consiguió fue que el salón empezara a dar vueltas. La aprensión, el recuerdo de los seres ciegos, sus agresores, o la bestia, eran ideas tan fantasiosas como su súbito cambio de imagen.

Llevándose las manos a la cabeza, trató de controlar la espiral de incongruencias que amenazaban con reventarle el cerebro. No le fue posible y cayó de rodillas junto al espejo. Sin remedio, se vio de nuevo arrastrada a la habitual inconsciencia.

19— ENGAÑA

Alicia sintió cómo alguien le palmeaba la mejilla, tratando de despertarla. Le pareció escuchar el nombre de Diana, y la voz le resultaba conocida.

Consiguió abrir los ojos y pudo situarse a pesar de la penumbra. Estaba en una de las habitaciones del ático, sobre una cama de matrimonio. Se le hizo un nudo en el estómago al ver a Sergio sentado en el borde, dedicándole una mirada afectuosa.

—Gracias a Dios, ¡creí que estabas muerta! —dijo el motorista antes de abrazarla.

El cuerpo de Alicia se tensó bajo los fuertes brazos y, notándolo, Sergio la soltó.

—Tranquila, no es tan fácil contagiarse—explicó, malinterpretando su rechazo.

Alicia estaba muy confusa. La forma en la que él la miraba era muy diferente a la habitual. Por otra parte, no le gustó confirmar lo que ya sospechaba.

—¿Estás contagiado?

Sergio asintió.

—Creo que es evidente —respondió con falsa entereza, y señaló la ventana con el pulgar—. Ya ni siquiera tolero la luz del sol.

Era evidente, explicaba el aspecto insano que lucía y era un buen motivo para que todas las persianas estuvieran cerradas. Lo que no tenía explicación era que la estuviera tratando con tanto cariño, como si no supiera quién era ella. El cambio de aspecto regresó a su mente. La estaba confundiendo con otra persona. ¿Cómo la había llamado? Diana. La única Diana que tenía en su cabeza era la mujer de su primera visión, la que fue engañada por la doctora de los laboratorios. Más lúcida, optó por seguir el engaño y preocuparse por sí misma. Tenía una oportunidad para enterarse de lo que sucedía y no pensaba desaprovecharla.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó sin concretar nada.

Sergio resopló, parecía muy cansado. Alicia tuvo que hacer un esfuerzo por no sobresaltarse cuando él extendió su mano para acariciarle el rostro.

—Peor de lo que esperábamos. Al final Eva lo consiguió. Marcos trató de detener esto, y ella lo dejó inconsciente. Está a salvo, pero no da salido de una especie de coma que le provocó el golpe.

—Eva —repitió, recordando la vivencia de la joven del pub que se había hecho con la caja. Eso mismo le había atribuido a ella durante la charla. Las veces que se habían encontrado, él creía que ella era Eva.

Sergio sonrió con una mezcla de pesar y alivio.

—Ya no tiene que preocuparnos más. Llegó hasta aquí… no sé bien cómo explicarlo —comenzó a decir, pensativo, rompiendo todo contacto y perdiendo la mirada—. Primero con ese aspecto con el que nos engañó al principio. Que sufría amnesia.

Hizo una pausa que para Alicia fue eterna. ¿Ella era Eva? Desde luego lo parecía. ¿Entonces quién era Alicia, a la que también había visto, y por qué llevaba su colgante? Ya no tenía claro cuál era su principal preocupación. Porque estaba peligrosamente cerca de formular las preguntas inadecuadas, apretó los labios y se centró en lo que Sergio iba a contarle. Por su actitud, algo malo había ocurrido.

—Vino a casa, quería respuestas, pero no se las di. Se largó y no tardó más que un par de minutos en regresar, dispuesta a matarme. Al final la que terminó muerta fue ella, y ya no tengo nada clara quién demonios era esa tía.

—¿Cómo? —dejó escapar Alicia con un hilo de voz.

Sergio la miró compasivo.

—Sí, yo tampoco lo entiendo. Le he dado mil vueltas. Si en realidad era Eva, quizá la infección derivó en una doble personalidad. Era el mismo cuerpo pero de distinto modo, no la misma persona… Zar la mordió y debió intuir algo porque la soltó al instante. Lo siento por él, a saber dónde y cómo se encuentra. Cuando llegasteis yo estaba inconsciente. Me desperté con sus ladridos, él quería salir a la calle, como cuando se muere por un paseo y, en cuanto abrí la puerta, salió corriendo. No lo seguí, me preocupaba más tu estado. De eso hará dos horas y aún no ha vuelto.

Alicia estaba demasiado perdida para pensar en el animal.

Dando muestras de su preocupación, Sergio meneó la cabeza.

—La infección se manifestó demasiado rápido en ella, espero que

no suceda lo mismo con el chico al que contagió.

El recuerdo de Elián le provocó una sensación de angustia. Si quería salvarlo, debía regresar al sótano. Quería preguntar más sobre él, también sobre el niño que había encontrado en la furgoneta, pero debía escoger bien las palabras para no delatarse.

—¿Y los demás? —preguntó. No tenía ni idea de quiénes eran los demás, pero entre ellos estaba el niño.

Sergio le cogió la mano y acarició su muñeca con el pulgar. Alicia era incapaz de asimilar el trato, cada vez se sentía más incómoda.

—No te preocupes, están a salvo. No es que hayan sobrevivido muchos, pero son bastantes. Tengo que llevarte con ellos, en unas horas esto será un infierno —le dijo, poniéndose en pie dispuesto a ayudarla a dejar la cama.

Alicia se levantó por sus propios medios, lo que pareció desconcertar a Sergio. Tenía que encontrar algún pretexto con el que escabullirse, aunque la idea de aferrarse a su nueva imagen y ponerse a salvo era tentadora. Además, seguro que entre los supervivientes encontraba a alguien más transigente que el motorista, capaz de ponerla al tanto. Estuvo a punto de ceder, pero no podía olvidar su contagio. Dudaba mucho que se hubiera ido con el cambio. Quizás fuera el responsable del mismo, aunque lo sentía de otra forma. Si seguía su instinto, debía estar en la calle, concretamente en el sótano al que no tenía ningunas ganas de volver.

—Yo… —No se le ocurría nada que justificase rechazar su propuesta y, por el modo de tratarla, Sergio no dejaría que corriera ningún riesgo. Su única salida parecía confesar. Seguro que eso no le sentaría nada bien a su conocido, pero a todas luces lograría que dejase de protegerla. Lo observó preocupada. Tenía la impresión de que entre él y Diana había algo más que una amistad. No, no iba a tomárselo nada bien—. No puedo…

Sin previo aviso, Sergio la abrazó con ternura.

—Sé que quieres ayudar, pero no dejaré que te pase nada. Debes irte con ellos. Para mí ya es tarde, y tengo que encontrar la forma de salir de aquí. Sé que Eva te preocupa, pero ella ya no dará más problemas. Está… muerta —le susurró al oído, mientras acariciaba su espalda con una intimidad que sobrecogió a Alicia.

Por un momento, su mente se desconectó dejando paso a las

sensaciones. Se estaba tan bien entre sus brazos, se sentía tan segura. La afirmación de que estaba muerta logró sacarla del trance. Agitó la cabeza para recuperarse y forcejeó hasta separarse de él.

—No.

Con las manos en alto, Sergio la miraba con preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Eva no está muerta —respondió Alicia. Ese era el nombre con el que él la conocía. No terminaba de entender en qué momento la dio por muerta, pero debía aclarar las cosas. Se sentía mal por el modo en el que la tocaba. Creía que era alguien a quien quería y tal vez Diana sí estuviera muerta, no podía engañarlo tanto. El dolor de cabeza regresó, los pensamientos se cruzaban de un modo muy extraño. Se repetía una y otra vez que no podía engañarlo tanto y ese *tanto* la preocupaba. Tenía la impresión de que sí había jugado con él, y una parte de su mente le prohibía repetirlo. Le llegó un susurro, dentro de su propia cabeza, con un deje autoritario que la mareó: *«se acabaron las mentiras»*.

Apenas fue consciente de que Sergio la agarraba de la mano para arrastrarla fuera del cuarto.

—Esto te sacará de dudas —masculló.

Alicia se dejó llevar por el pasillo, hasta que se metieron en una sala con varios ordenadores.

Al ver el cadáver, Alicia sintió como todo en su cabeza empezaba a dar vueltas y Sergio la sostuvo para que no cayera al suelo. Sí, era ella, o al menos la imagen que había visto en la tienda de armas. Su respiración se volvió un jadeo. Quería dejar de verse pero no podía. El rostro que recordaba de la única vez que se había mirado en un espejo tras despertarse, tenía la mirada perdida y un agujero en la frente.

Por el modo en el que Sergio dejó de sostenerla, como si su cuerpo le quemara, Alicia supo que había vuelto a cambiar de aspecto. Consiguió apartar los ojos del cadáver y se valió del reflejo de una de las pantallas apagadas. Ver que volvía a tener la misma apariencia la hizo suspirar con alivio, hasta que recordó al motorista. No era la mejor forma de explicarse. De hecho, dudaba mucho que Sergio fuera a dejar que lo hiciera. Seguro que se lo tomaba como algún tipo de estratagema por su parte. Sensata, echó a correr antes de que él reaccionara, saliendo del cuarto y parándose en el salón principal cerca de la puerta. La claridad lo mantendría alejado.

—Por favor, déjame aclararte las cosas —pidió, mientras buscaba las palabras adecuadas.

El miedo la atenazó al verlo en pie en el límite de la penumbra, con los puños apretados, y el gesto de odio más marcado que nunca.

Involuntariamente, dio un paso atrás y empezó a hablar con rapidez.

—¡No lo hago a propósito! Bajé al sótano del otro edificio, allí encontré la foto de esa chica con Zar y, como ahora, adquirí su aspecto. Sabes que no recuerdo, pero veo vivencias de otras personas, fragmentos inconexos, que me dan varios nombres. Yo creo que soy Alicia, también me he visto como Eva, como Diana y…

—¡NO! —gritó Sergio fuera de sí, callándola—. ¡Tú eres Eva, trabajas para Zeva! Tus cambios son obra del contagio y, por lo que veo, puedes duplicarte y cambiar de aspecto.

Eran muy pocas las cosas que tenía claras y esta era una de ellas.

—Creo que no. —Se enfrentó a él, pese a dar otro paso atrás que la pegó a la puerta de acceso. A su alcance estaba la recortada con la que había llegado y que seguía en el suelo—. Creo que algo raro me sucede y no tiene nada que ver con ese contagio.

Sergio se volvió y se perdió por el pasillo, dejándola con la palabra en la boca.

Desconcertada, Alicia aguardó hasta que lo vio de nuevo, con el revólver que había perdido en su última visita.

Sin titubeos, Sergio alzó el arma y apuntó a su cabeza.

—Te mataré las veces que haga falta —aseguró antes de abrir fuego.

Alicia se agachó, agarró como pudo la recortada, y logró salir del ático entre la lluvia de balas que, afortunadamente, se estrellaron contra la madera.

—¡Te equivocas! —gritó desesperada, mientras huía escaleras abajo.

Ya en la calle, su ánimo no mejoró al ver que empezaba a anochecer y el ambiente parecía espesarse, anticipando la tragedia. Ni siquiera tenía un refugio, y estaba segura de que Sergio la seguiría

para matarla.

Envuelta en lágrimas, con el cañón de la recortada hacia delante por lo que pudiera encontrarse, Alicia regresó al edificio acristalado. Se lo debía a Elián, pero también se había vuelto algo más personal. Quería saber quién demonios era y cuánto se equivocaba el motorista. Y las respuestas estaban en el sótano, junto con una bestia que dudaba poder abatir a tiros. Necesitaba un plan, o un milagro.

En las proximidades, se agazapó y avanzó con lentitud, atenta a cualquier indicio de peligro. No se escuchaba nada, lo que le puso la piel de gallina. Quizá la criatura del sótano hubiera vuelto a internarse en lo más profundo del subsuelo. Eso le daba unos segundos para volver a entrar, antes de que acudiera a despedazarla. La esperanza se esfumaba. No podría darle esquinazo, ni siquiera conocía la planta subterránea como para ponerse a jugar al escondite. Volver era un suicidio, pero quedarse, al parecer y según el motorista, sería lo mismo. Estaba contagiada, no llegaría mucho más lejos. La puerta de cristal rota estaba a un paso. La determinación que hasta ese momento dictaba sus pasos, se perdía. Las emociones que logró esquivar durante ese tiempo, parecían arañar su interior en busca del modo de manifestarse. La preocupación por las voces amigas de las visiones, por Elián, por el niño, mismo por Sergio, se intensificó. El atardecer avanzaba más deprisa que ella y se obligó a adentrarse en el edificio, con unas lágrimas que no entendía deslizándose por su rostro.

El corazón le dio un vuelco al ver las puertas del ascensor reventadas desde dentro. Aquel monstruo del sótano había logrado escapar y podía estar en cualquier parte.

Lejos de ceder al pánico, Alicia recuperó su autocontrol y consiguió pensar solo en lo que la llevaba al lugar. Se secó las lágrimas con las manos y se convenció de que, con la bestia fuera, el subsuelo ya no sería tan peligroso. Debía aprovecharlo.

Se acercó al hueco del ascensor y esquivó el metal doblado, en el que se intuían rastros de sangre y pelo de la bestia. Con cuidado de no herirse, se coló por él para valerse de la escalera de mantenimiento y descender con cuidado, mientras observaba los destrozos.

Aquella criatura había atravesado por completo la caja blindada del elevador, ahora caída y convertida en un amasijo de hierros. Por lo que veía, cortesía de las luces de emergencia, el socavón que daba al primer pasillo era lo bastante grande como para entrar sin dificultades.

Centrada en esquivar los afilados restos, asegurando cada pie en los finos escalones, algunos rotos, llegó hasta la amalgama que era ahora el ascensor y se encontró de nuevo en la pasarela que la llevaría hasta la centralita.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Con las dos camillas atravesadas y uno de los carros volcado, lo que menos le apetecía era pasar allí la noche.

Temblorosa, volvió a empujar la puerta de dos hojas. Las nauseas regresaron ante el escenario dantesco. No se atrevía a internarse en los pasillos, tal vez encontrase un plano o algo que le valiera para orientarse. Para ocupar su cabeza y sus manos, se dirigió a la mesa de información dispuesta a revolver entre los archivos y papeles. Lo primero que hizo fue darle la vuelta al marco para evitar cualquier cambio de aspecto.

Tenía que prestar atención a cada detalle, cualquier pista podía ser útil. Encontró una placa identificativa con el nombre de Diana García. Una prueba irrefutable de que Sergio se equivocaba. Aquella chica trabajaba para Zeva. Sobre la base de su visión, era muy probable que fuera por la fuerza, o que hubiera cambiado de bando. Rememoró la reunión con la doctora, Diana pensaba en alguien, estaba allí para impresionar o para demostrar algo, y tuvo la sensación de que esa persona era Sergio. El siguiente recuerdo, meras palabras que se interrumpieron cuando la atacaron, hacía alusión a algún tipo de espionaje. Números de cuenta con localizadores y Diana exigía un pago fraccionado, quizá para intervenir esa cuenta. Cuando sus ojos dieron con unos planos de lo que podía ser un pueblo, sintió algo familiar y se olvidó por completo de Diana. Adjunto, había una especie de informe en el que un nombre resaltó entre las demás palabras, instalándole una dolorosa presión en el pecho. Tomás Soto.

20— RABIA

Sergio se puso el equipamiento de la moto, dispuesto a ir a por ella. La rabia bullía en sus venas, quemaba y tensaba cada músculo. El agotamiento remitía, sustituido por la ira. Y lo que más le molestaba, era haberse sentido culpable por dispararle la primera vez. No aprendía.

No tenía ni idea de quién era esa mujer, pero ya le daba lo mismo. El simple hecho de nombrar a Alicia era un buen motivo para dejar atrás toda consideración.

Se sumió en sus propios pensamientos nada más dejar el ático, para recorrer una distancia que se sabía de memoria. El sol empezaba a descender pero seguía brillando con fuerza, no tenía mucho de qué preocuparse, y la verdad es que ya le daba lo mismo. Estaba cegado por el odio y la humillación que sentía al verse engañado. En verdad parecía Diana, y también Eva. Como se le ocurriera adoptar la forma de Alicia, la estrangularía con sus propias manos.

Su mente retrocedió en el tiempo, hasta una bonita mañana de marzo en la que los terrenos de Raúl los acogían a todos como si, en efecto, fuera una gran urbanización y no la casa del jefe. El coche de Alicia estaba listo y ella pasaría a recogerlo. Pensaba aprovecharlo. Recordaba haber dejado su cuarto y caminar por el pasillo del segundo piso con los nervios instalados en la boca del estómago.

Desde que la vio por primera vez le pareció impresionante. En los meses que llevaba allí lo pasaban bien juntos, solos o en compañía, pero no había nada sentimental entre ellos. Quería cambiar eso, ser algo más que conocidos o amigos. Disfrutaba cada segundo con ella, y las preocupaciones, el asunto de los laboratorios, parecían más llevaderos a su lado. Y lo mejor, Alicia sabía de sus rarezas y no le tenía miedo ni lo rechazaba, pese a que ella no tenía ninguna.

En las escaleras que llevaban a la planta de acceso, se había cruzado con Diana. La saludó y sintió una punzada de lástima al fijarse en las mejillas coloradas y su sonrisa. Cada vez que coincidían saltaba a la vista que él la atraía. Por aquel entonces, a Sergio le parecía un encanto de chica, dulce y simpática, pero no sentía nada por ella, y menos desde la aparición de Alicia. En su avance hasta los jardines que lo separaban del garaje, coincidió con otros vecinos, casi todos miembros activos del grupo, lo que ensombreció su ánimo. Todos sabían que quería ser uno más, no el simple mecánico, pero Raúl no parecía tener intención de aceptarlo. La idea de irse a vivir a

la ciudad fue cada vez más tentadora. Estaría a diez minutos en coche, y no tendría que encontrarse con ellos a cada momento. El único motivo por el que pospuso su marcha fue porque de irse, tampoco iba a encontrarse tanto con Alicia.

A un paso de alcanzar sus dominios, o sea el garaje, vio a Lucía enfundada en sus ropas deportivas. Todas las mañanas sin excepción, la segunda al mando recorría los terrenos un par de veces y pocos aguantaban su ritmo. La vio alejarse con el pelo rubio recogido en una coleta alta, marcando el paso. El trato que mantuvieron siempre fue distante. Era agradable con todos, pero Sergio estaba seguro de que a él lo evitaba, tal vez por temor a que fuera a suplicarle que lo aceptasen. Otro motivo por el que marcharse.

Cuando llegó al garaje, casi se le pasaran los nervios. El desanimo por no ser visto como un igual pesaba como una losa, incluso ahora. En aquellos tiempos, no entendía por qué lo dejaban al margen y estaba siempre dándole vueltas. No ese día, tenía una tarea mucho más interesante y se preparó para llevarla a cabo del modo más casual que le fuera posible, porque de un modo u otro tendría una cita de verdad con Alicia.

Quería que pareciera que estaba trabajando, así que se puso a supervisar el motor de uno de los coches. No pensaba ni tocarlo, para no mancharse, pero era mejor que quedarse estático.

Puntual como un reloj, Alicia se había presentado a las diez.

Sergio aún sentía la impresión de cuando la había visto. Llevaba un vestido verde y unos zapatos de tacón alto que la hacían mover las caderas de forma hipnótica. Con el pelo suelto estaba todavía más guapa. Rizos negros enmarcaban su rostro elegante, con unos ojos tan oscuros e inteligentes que eran capaces de dejar noqueado al más valiente. No dejar ver cuánto le afectaba fue un verdadero esfuerzo. La saludó con normalidad y volvió la vista al motor para reunir fuerzas.

—Tu coche está listo, pero había pensado en dar un paseo para asegurarme.

Ella había enarcado una ceja. Podía ser muchas cosas, pero no tonta. Sin embargo, se encogió de hombros.

—Supongo que si tiene que romperse otra vez, mejor que lo haga cuando el mecánico venga conmigo.

El comentario se le había atragantado. A veces ella y Raúl eran

muy parecidos, igual de estirados. Jamás encontró desprecio en sus palabras, pero no podía evitar sentirlo. En aquel momento se planteó las pocas posibilidades que tenía con ella. Era el prototipo de chica que va colgada del brazo de un empresario, o algún modelo famoso. Y, con todo, no se dio por vencido. Demasiado tiempo sin sentir algo tan claro por nadie. Quería intentarlo.

—Pues vamos —le dijo, tendiéndole las llaves.

Ese fue el primer indicio de que ella también estaba nerviosa, por como cogió las llaves. Durante un momento, la seguridad que solía envolverla se tambaleó.

Sergio le dio la espalda y se obligó a echar a andar hasta dónde estaba aparcado el vehículo. Cuando los tacones resonaron tras él, sonrió como un imbécil.

La aparición de Raúl podría haberlo estropeado todo. Se había presentado en el garaje y a él no le hubiera extrañado de no ser por la expresión seria que tenía. Primero pensó que el enfado era con Alicia, pero el empresario se centró en él.

Su jefe le preguntó si se marchaba, que necesitaba su coche. Alicia intervino señalando algo tan evidente como que Raúl tenía muchos coches. Por su parte, Raúl argumentó que solo había un mecánico y ella le dijo con tono divertido que no conducía tan mal y prometía devolverlo sano y salvo.

Fue demasiado para Sergio, siempre detestó esa costumbre de hablar por otros cuando esos otros pueden hablar por sí mismos, y se hizo oír.

—Sabéis que estoy aquí, ¿verdad?

Raúl se limitó a agitar la cabeza y les dio la espalda, mientras mascullaba ufano: «vosotros mismos».

Ni entonces, ni ahora supo que tipo de relación había entre ellos, eran cosas del grupo activo con lo que él siempre se quedaba fuera, pero tenían un trato demasiado personal para ser solo amigos. Las dudas lo habían asaltado. En parte por celos, sobre todo por sentirse ridículo, preguntó en cuanto Raúl salió del garaje.

—¿Hay algo entre vosotros dos?

Alicia lo había mirado sorprendida, como si no entendiera a qué venía la pregunta, y Sergio se obligó a relajar el tono.

—No tengo ganas de líos, Alicia.

Le costó interpretar su expresión. Pensó que se había enfadado u ofendido, pero pronto entendió que era decepción. La única respuesta que recibió fue un escueto «gracias por lo del coche». Nada de paseos. En cuanto pasó por su lado, la agarró por la cintura para detenerla. No sabía cómo se lo iba a tomar pero le preocupaba mucho más perder la oportunidad de pasar aquel momento con ella. Que se sobresaltara por tenerlo tan cerca renovó sus esperanzas.

—Ya me tienes como mecánico. Si necesitas un amigo, también.

De vuelta a esa pose confiada, ella le había sonreído con malicia.

—Sergio, tú no quieres ser mi amigo —le dijo, guiñándole un ojo —, pero me sigue apeteciendo ese paseo. No sabes cómo me gustaría irme de aquí.

Sergio no esperó a otra interrupción y se subieron al coche. La forma en la que dijo que quería irse consiguió variar la ruta que estableció al trazar su plan, y se preparó para darle las indicaciones, mientras ella recorría los caminos de la propiedad, directa a la ciudad.

La charla fue reveladora desde el primer minuto. Descubrió que tenían más en común de lo que ninguno imaginaba. Tal vez no los movieran los mismos motivos o circunstancias, pero lo que sentían era idéntico, y ambos darían lo que fuera por tener una vida normal.

Los nervios regresaron cuando tuvo que pedirle que se detuviera en una de las calles, ante un edificio sencillo.

Alicia se había preocupado. Estaban demasiado cerca de los laboratorios, y Sergio intentó explicarse. Fue lo primero que le atrajo del lugar, pero el piso en sí merecía la pena.

Solo al salir del coche y fijarse bien en el modo de mirarlo, entendió que ella podría estar malinterpretándolo.

—No es una encerrona, ni pretendo ir tan rápido… si no quieres, vaya.

Su carcajada lo relajó bastante. Por un segundo pensó que se marcharía, pero dejó el coche, resignada.

—Me asustas, un poco, y ya es difícil, eh.

Intentó mostrarse inofensivo y le prometió que no le pondría una

mano encima. Como no parecía creerle, cosa de la que no podía culparla, le tendió la mano y le pidió que confiara en él. Para su sorpresa, lo hizo. Cuando entraron en el edificio y comentó que tendrían que subir hasta el octavo y que no había ascensor, tuvo que tirar de ella y no le soltó la mano en todo el camino, como si temiese que retrocediera. La verdad, le gustaba su contacto.

Se cruzaron con un par de personas que les sonrieron y les saludaron. Para los dos fue extraño y reconfortante. Esa gente no tenía ni idea de quiénes eran, ni cuánto escondían. A sus ojos, solo eran una pareja normal en el mundo corriente.

Ni siquiera la soltó al meter la llave en la cerradura de la solitaria puerta, y, en cuanto abrió, la emoción lo asaltó de golpe. Quería vivir solo, pero sería mucho más feliz si podía compartir aquel piso con ella. Desterró la idea al segundo. Eso sí sería ir demasiado rápido. No eran pareja, y tuvo que repetírselo varias veces mientras la guiaba por el luminoso y ordenado salón que había nada más entrar.

Por romper el silencio, empezó a hablar de la escasa decoración. El equipamiento era de lo más básico, pensaba ir amueblándolo según sus necesidades, y no es que necesitase mucho más. Como ella seguía callada, se vio explicando que al llegar a la ciudad no tenía dinero y debía cuidar de Marcos, pero que ahora había ahorrado y su hermano se cuidaba solo. Cada vez se ponía más nervioso y temía encararla y enfrentarse a su juicio. Ella se dejaba guiar por las habitaciones, nada más.

Al llegar a la cocina tenía los nervios destrozados. Se había apoyado en la encimera y al fin se atrevió a mirarla.

—¿Puedes decir algo?

—Perdona, estoy alucinando. Me encanta la idea, y tu casa, claro.

Sergio no se serenó en absoluto y antes de darse cuenta estaba pidiéndole compartir piso. Entre balbuceos, intentó aclarar que no tenían que ser nada más que compañeros de piso, y se ganó una mirada descreída y un «¿solo?» de lo más escéptico.

—Sí, bueno, no… ¡Maldita sea!

Alicia se echó a reír y fue evidente que le estaba tomando el pelo. Casi tan evidente como que Sergio estaba loco por ella. Se lo estaba pasando en grande a su costa. Ni siquiera cuando se colocó a su lado contra la encimera y le pidió disculpas por reírse de él, la creyó.

Hoy en día aún se preguntaba de dónde había sacado el valor para colocarse ante ella y cercarla con sus brazos. Pero lo había hecho y no se arrepentía lo más mínimo. Recordaba bien cómo los ojos de Alicia observaron su boca, y como lo único que pudo hacer fue besarla. Sus manos se aferraron a él como si hubiera estado mucho tiempo esperando ese momento. La abrazó, estrechándola más contra él, y le maravilló lo bien que encajaban sus cuerpos.

—Quédate conmigo —le había pedido en cuanto sus labios rompieron el contacto. Y ella no necesitó pensarlo, su respuesta fue un sí rotundo.

Sergio volvió al presente al llegar a la puerta del edificio de los laboratorios, pero ella aún seguía en su cabeza. Todo había ido bien hasta que se terminó. A veces la culpaba a ella, a menudo a sí mismo. Si no hubiera estado tan metido en sus propios asuntos, quizá seguirían juntos. Pero las cosas empezaron a complicarse con los laboratorios. La actitud de Eva hizo saltar sus alarmas. La certeza de que tenían un topo lo tenía demasiado absorto como para ver más allá de sus narices. Y, a fin de cuentas, separarse de él, de ellos, era lo más sensato para Alicia.

Sergio apretó los párpados. Había sido feliz durante un tiempo, su relación fue el inicio de los problemas con Raúl, que no se tomó nada bien la mudanza, pero no lo cambiaría por nada del mundo.

Ahora ya no importaba. Raúl estaba muerto y Alicia muy lejos. Quiso pensar que Eva se refería a otra persona, Alicia era un nombre común, y tal vez se había alterado en vano. Aún así, debía ir a por ella y entró, alerta. El silencio era demasiado intenso. Al ver el aspecto del ascensor, apretó la culata del revólver y lamentó no haberse llevado más armas. Ni siquiera había cogido la radio, solo salió de casa tras la traidora.

Se acercó al hueco. Podía bajar, estaba seguro de que Eva lo había hecho, y no tenía demasiado que perder. Sería un camino difícil, estaba en baja forma, y le sorprendía aguantar tanto. El enfado se encargó de reactivarlo, en realidad se encontraba incluso bien, en comparación con el último achaque. Durante el descenso, volvió a pensar en Alicia, en la posibilidad de que no estuviera tan lejos, que la hubieran atrapado por su relación con el grupo, o que una de esas cosas la matara en la primera noche. La impresión casi lo hace perder pie en la inestable escalera. A unos metros, el armazón del ascensor era todo puntas afiladas. Tenía que concentrarse y olvidarla. Estaría a salvo, no estaba implicada en lo relacionado con los laboratorios. En

los últimos meses, ni siquiera fue de visita a la mansión. Rompió con él y, poco a poco, con el grupo.

En cuanto se vio en el pasillo, otro tipo de angustia atenazó sus músculos. Ya había estado allí abajo una vez, lo sacaron de milagro, y sufría los efectos. Su instinto le gritó que retrocediera, que esperase arriba a que Eva saliese, pero el anochecer se acercaba y podría no conseguir refugiarse a tiempo. Se recordó que pronto la ciudad sería tan peligrosa como aquella planta subterránea y, por lo visto, los horrores que ocultaba debían estar ya fuera.

Temeroso, asustado como nunca, empujó la puerta de dos hojas. En mitad del caos y las inquietantes manchas de sangre, localizó a Eva tendida en el suelo entre una camilla volcada y el mostrador central. Sus ojos estaban abiertos, con la mirada perdida. Pensó que estaba muerta, pero el subir y bajar de su pecho le aseguraron lo contrario.

No le haría daño. Esperaría a que estuviera despierta y le sacaría toda la información que fuera posible, estaría atento a desentrañar las mentiras que incluyese su relato. Tendría que ser más paciente, sobre todo por Alicia. Si estaba muerta, o si se había visto afectada, una parte de él prefería no saberlo, pero otra se lo debía.

Lo primero y más urgente era encontrar una radio, una línea para contactar con el grupo por lo que ellos pudieran aportar. Esta vez, informaría de todo.

Observó su alrededor. Prefería evitar los pasillos por el momento, pero no parecía haber nada útil a la vista. Con paso decidido, se metió tras el mostrador ignorando los papeles esparcidos, y sus dedos dieron con una placa identificativa junto a un marco de fotos dado la vuelta.

Volvieron los temblores, en absoluto relacionados con el contagio. Eva había mencionado una fotografía en su última visita al ático. Mientras alzaba la placa y giraba el marco, tuvo la sensación de que todo se movía a cámara lenta.

RECUERDO 4: NATALIA

Su hermano había muerto. Se había ahogado en el río. Eso decían, pero ella no podía creerlo. Era imposible.

Tras la visita de la policía, todo se había vuelto muy extraño. Sus padres lloraban desconsolados, abrazados en el salón del primer piso, y ella se había refugiado en su cuarto. Desde hacía quince años, siempre se sentía bien entre sus paredes, sus recuerdos y sus tesoros. Esta vez, no encontró nada a lo que aferrarse.

Tendida sobre su cama, también lloraba pero de rabia. Estaba enfadada, sobre todo con sus padres. No entendía cómo podían darle crédito a la palabra de unos extraños. Tomás jamás los abandonaría.

—Natalia.

Secándose las lágrimas que nublaban su visión, se volvió para encontrarse cara a cara con su hermano.

—Tomás —murmuró, antes de saltar de su cama para darle un fuerte y desesperado abrazo—. ¡Lo sabía!, ¡sabía que no era cierto! ¡Dijeron que habías muerto!, ¡que te ahogaste en el río!

Tomás asintió y se separó para enmarcar el menudo rostro entre sus manos.

—Y así fue, Nati. Tienes que escucharme, casi no hay tiempo. Es difícil… este pueblo es difícil y todo, una mentira. Nos utilizan, pero yo pienso desenmascararlos.

—¿Qué? —preguntó Natalia, aturdida.

—Sé que suena increíble pero puedo… como duplicarme… por eso me vieron morir y a la vez estoy vivo —aseguró—. Y creo que tú también eres especial.

—¿Yo…?... ¿Tú…? ¿Qué? —balbuceó confusa.

—No lo recuerdas ni nunca te has dado cuenta porque no lo controlas y, que yo sepa, solo te ocurrió una vez.

Soltándola, Tomás se fue hacía una de las estanterías para hacerse con un álbum de fotos, mientras Natalia lo seguía con la mirada, demasiado confundida para hablar.

Al regresar a su lado, Tomás abrió el álbum y señaló una imagen en la que varias adolescentes sonreían.

—Concéntrate en Marga. La conoces, es tu amiga. Piensa en su aspecto.

Natalia lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Pero qué…

Tomás chistó molesto.

—Lo sé, claro que lo sé. No es fácil, es de locos. Por favor, confía en mí y hazlo.

Natalia miró el álbum y de nuevo a su hermano. Separó los labios

para hablar, pero no tenía ni idea de qué decirle. Cogió aire, agitó la cabeza y las palabras salieron imparables.

—¿Esto es una broma? Porque es de muy mal gusto. Papá y mamá están fatal y ni me quiero imaginar cómo puede estar Sergio… Espera, ¿Está metido en esto? ¿Pero de qué vais?, ¿sabes lo chungo que es esto? En serio, es para matarte, pero de verdad porque…

Tomás se revolvió el pelo castaño, desesperado.

—No es una broma y Sergio no sabe nada.

Natalia lo miró perpleja.

—No lo entiendo.

—Mira, ya me siento bastante mal por él, ¿sí?, menuda putada. Pero tenía que hacerlo, de verdad, es importante.

—Sigo sin entenderlo.

Tomás se armó de paciencia.

—Tú solo hazlo, ¿sí? Mira la foto, piensa en Marga y en su aspecto.

Natalia se pasó las manos por la cara.

—Te quiero un montón pero se te va la olla. ¿Te estás metiendo algo?

—¿Qué?, no…, Nati… ¡Por favor!, venga, te necesito. A ver, ¿recuerdas cuando te perdiste de cría? Pues no te perdiste, se te llevaron.

—¿Qué?, ¿quién? —preguntó asustada. No recordaba nada en absoluto, pero le habían contado que de pequeña estuvo día y medio desaparecida, que se había perdido en el bosque tras un descuido de la vecina que solía cuidarla, al dejar la puerta abierta.

—Tienes un poder raro, te cogieron para estudiarlo.

Por más que lo intentara, Natalia era incapaz de darle crédito a lo que él decía. Lo idolatraba, haría cualquier cosa por él, pero esto era demasiado.

—Me estás asustando.

Tomás asintió.

—Deberías estar asustada. Yo estoy muerto de miedo, pero nosotros podemos devolverles la jugada. Este rollo tiene que terminarse. Y no somos los únicos, hay varios pueblos con gente como nosotros.

—Gente como nosotros —repitió Natalia. En realidad, ella no se sentía muy diferente al resto de las personas—. Tomás…

Tomás agitó el álbum.

—¿Por qué iba a fingir mi muerte?, ¿para qué iba a inventarme esto? Yo…, Nati, ¡por Dios!, solo mira la puñetera foto y concéntrate en Marga.

Lo intentó, pero estaba demasiado preocupada por su hermano para concentrarse en algo. Se obligó a no pensar. Observó el rostro redondeado de su amiga, los ojos verdes, y la boca de labios tan finos que se burlaban de ella diciéndole que algún día desaparecerían.

Tras unos minutos, se dio por vencida y levantó la vista. El brillo en los ojos de su hermano le dio a entender que algo sucedía. No tuvo que esperar mucho para saber qué era. Con la misma rapidez y el nerviosismo

que manifestaba desde que se había presentado en su habitación, Tomás la agarró por los hombros y la colocó ante el espejo de cuerpo entero que tenía en la puerta del armario.

Natalia contuvo un grito al comprobar que su reflejo era la viva imagen de Marga, tal y como se veía en la fotografía. No podía ser cierto.

—¿Qué significa…? —susurró asustada.

Tomás rió con nerviosismo.

—No lo sé bien, solo que puedes cambiar de aspecto. Sustituirlo por el de cualquiera que conoces.

A Natalia le daba demasiado miedo lo que acababa de hacer como para considerarlo una buena noticia.

—¿Y cómo recupero el mío?

Tomás dudó durante un instante y señaló el álbum.

—Imagínate como eras… o por la foto.

Natalia se centró en la instantánea pero sus ojos iban directos hacia cualquiera de las demás. Preocupada, los cerró, intentando recordarse a sí misma. El pánico la hizo apretar los puños y concentrarse el doble, mientras las preguntas se sucedían en su cabeza: ¿Y si se olvidaba de algún detalle? Se estaba imaginando su rostro pero no su cuerpo. ¿Mantendría el de Marga? Un sudor frío recorrió su espalda. ¿Y si se olvidaba de su nariz, de su boca… o de sus piernas?

Oyó cómo Tomás la llamaba, pero esto no la ayudó a superar la angustia, más bien al contrario. ¿Y si estaba desfigurada?

Sintió cómo la agarraba por los brazos, para zarandearla.

—Nati, ¿qué pasa?—lo escuchó decir–. Ya está, vuelves a ser tú.

La noticia consiguió que abriera los ojos de golpe. Aliviada, de nuevo llorando, se abrazó a su hermano con fuerza.

—No quiero esto, no pienso hacerlo nunca más. ¿Y si no consigo volver a ser yo misma?

—Cálmate —le susurró con cariño, envolviéndola con sus brazos—. No te agobies. ¿Cómo no ibas a volver a ser tú? Uno no se olvida de su aspecto.

Natalia negó con la cabeza.

—¿Y si me olvido algo importante?

En un primer momento, Tomás pareció no entenderla. Al caer, no pudo evitar soltar una carcajada.

—No vas a olvidarte nada importante. En tú cabeza está todo bien archivado aunque pienses que no. Es imposible que te saltes cualquier detalle, ni el más mínimo lunar, incluso si solo piensas vagamente en cómo eres.

Natalia se separó de él y se inspeccionó de arriba abajo frente al espejo, dando por cierta la teoría de Tomás. Volvía a ser ella pero, por si acaso, se levantó la camiseta para comprobar si el pequeño lunar que tenía sobre el ombligo estaba también presente. Lo encontró. Ni más grande ni

más pequeño.

—¿Por qué nos pasa esto?

El rostro de Tomás se ensombreció y borró su sonrisa.

—Somos conejillos de indias. En este pueblo, y en un par de ellos más, están investigando con nosotros sin que nos enteremos, dándonos estos poderes.

Natalia lo miró confundida.

—¿Quién haría algo así? No puede ser, Tomás, llevamos viviendo aquí desde siempre, como todos los demás… ¿Lo saben papá y mamá?

Tomás palideció y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, no lo sabe nadie. Casi nadie, de nuestros conocidos ninguno, y es importante que no lo sepan o estarán en peligro —le dijo asustado—. Se trata de la empresa para la que trabajan, aún no sé mucho, pero ahora que me han dado por muerto voy a infiltrarme usando tu don.

Natalia no era capaz de seguirlo.

—¿De qué hablas? ¿Y cómo te has enterado tú de esto?... ¿Mi don?

Tomás prefirió empezar a responder por la última pregunta.

—Como somos hermanos, podemos compartir habilidades y sé cómo desarrollar otras que compartiré contigo. No te preocupes, en cuanto lo sepa todo te lo contaré, pero de verdad que no tenemos tiempo… y te necesito.

Incapaz de mantenerse quieta, Natalia empezó a moverse de un lado a otro por la habitación.

—Si es peligroso para ti no pienso ayudarte. Que se encarguen otros. ¡Maldita sea, Tomás! que no eres mucho mayor que yo… ¿Estás seguro de lo que dices?

Con impaciencia, como siempre les sucedía cuando trataban de ponerse de acuerdo, Tomás ejerció de hermano mayor, echando mano al sarcasmo.

—Claro, te estoy tomando el pelo. Cambiar de aspecto es lo más normal del mundo, ¿qué no?

—No te pongas borde, no es momento para ponerse borde. ¿Y qué pasa con mamá y papá?, ¿no puedo decirles que estás vivo?

—No, Nati. Confía en mí. Es lo mejor para ellos.

—Eso no te lo crees ni tú.

—No, pero saberlo no les va a dejar más tranquilos y podría ponerlos en peligro, en el caso de que te crean. Porque también pueden encerrarte en un manicomio si sueltas lo que acabo de decirte. ¿Quieres eso?

Natalia se contuvo para no gritar de pura impotencia.

—Lo que quiero es despertarme. ¿Tú estás seguro de lo que estás haciendo?

Porque la preocupación era lo único que movía a su hermana, Tomás asintió con toda la convicción que pudo.

—Como dije, hay más como nosotros. Los pueblos como este los montaron lejos, supongo que para que no nos enterásemos y no nos uniéramos, pero con las redes se le ha ido el rollo abajo. Alguien de dentro les está haciendo la cama y se pone en contacto con nosotros. Ya somos unos cuantos, aunque estamos un poco perdidos, y tampoco es que sepamos organizarnos y tal. Pero creo que podemos conseguirlo. ¡Tenemos poderes! Y los hay muy chulos, pero el tuyo es la caña. O eso dicen. Yo también puedo ayudarlos, quiero hacerlo.

Natalia se tomó un momento para asimilar las palabras de su hermano. Lo más sencillo era actuar como lo hacía siempre. Era Tomás, si Tomás decía que la luna era cuadrada, le creía. Si decía que tenían poderes, le creía. Acababa de comprobarlo, pero el tema la superaba. Estaba asustada, sobre todo porque su hermano corriera riesgos. Por otra parte, si podía estar con él, igual juntos tenían más posibilidades en aquella locura, aunque fuera para echar a correr en dirección opuesta.

—¿Y cómo voy yo a ayudarte? —preguntó al fin.

Tomás sonrió agradecido.

—De entrada, tienes que tener un poco de paciencia. Esperar un tiempo, unos meses. Es mejor así y estoy seguro de que para nuestros padres será demasiado perder a dos hijos de golpe.

Natalia lo miró horrorizada.

—¿Tengo que fingir que me muero?

—No, no —se apresuró a aclarar Tomás—. Invéntate algo, o escápate de casa. Sí, eso es. Mientras tanto puedes prepararlos para que no los coja de sorpresa, pero ten cuidado y no les des muchos datos.

Abatida, Natalia se dejó caer en la cama.

—¿En serio? Van a matarnos cuando se enteren de lo que estamos haciendo. Y con razón.

—Mejor eso a que los maten a ellos —le dijo Tomás, sentándose a su lado, con toda la seriedad que pudo para que tuviera claro que no era un juego.

La sola idea hizo que Natalia se estremeciera. Quería a sus padres, no se merecían lo que iban a pasar. Tuvo una idea.

—Un momento… ¿Y si ellos también tienen algo? Si nosotros podemos…

Por la expresión de Tomás, supo que no era así.

—Lo pensé y pregunté, pero no. Al parecer lo que hacen afecta solo a los hijos de los que trabajan en la fábrica. Es algo como hereditario, o, mejor dicho, le hacen algo a nuestros padres, para que nosotros sirvamos. Todos los controles, las revisiones del doctor Suarez, son para eso. ¿Recuerdas la visita a la enfermería del mes pasado? No están haciendo ningún estudio para demostrar que la vida en el campo es mejor que en la ciudad. Todavía no lo tengo muy claro, pero hay muy pocos adultos. Cuanto más pequeños, más importantes son los cambios.

Tuvo que abrazarse a sí misma.

—Tomás… aquí hay un montón de niños.

—Me he explicado mal —le dijo—. No cambia todo el mundo. Es por lo que le hacen a nuestros padres y, al nacer, a nosotros. No tengo ni idea de cómo va, pero solo nos ha afectado a unos cuantos.

Natalia pensó en todos sus amigos y conocidos.

—¿Sabes quién más es… raro?

—No estoy seguro.

Natalia supo que le mentía pero, por una parte, prefería no saberlo o no dormiría tranquila en mucho tiempo.

—Entonces… ¿Yo qué hago? Espero un tiempo, me largo de casa ¿y? —Decirlo en voz alta aún lo hacía más loco.

Tomás terminó de contarle su plan, muy atento a cada gesto de su hermana para asegurarse de que lo estaba entendiendo.

—Entrarás en el grupo este del que te hablo —le dijo pensativo, reflejando por primera vez preocupación hacia ella—. Esto es muy peligroso. Los que están haciendo esto no te dejarán irte de aquí por las buenas. Tienes que cambiar de aspecto, y plantéate que será para mucho tiempo. Por lo poco que sé, la empresa tiene un montón de agentes y están por todas partes. Tendrás que tener muchísimo cuidado y no confesar jamás, a nadie, quién eres.

Natalia quería interrumpirlo. El tono que estaba tomando la conversación era demasiado serio, demasiado preocupante y, por la forma de hablar, daba la impresión de que él no iba a estar a su lado.

Estaba tan tensa que se sobresaltó cuando Tomás sacó un sobre grande que llevaba enrollado en el interior de su cazadora. Su contenido la confundió el doble: un par de documentos con la misma foto.

—En cuanto salgas de aquí, serás ella —le dijo Tomás, tendiéndole el carnet de identidad.

Con manos temblorosas, Natalia tomó el objeto rectangular y se fijó en la despreocupada adolescente de la fotografía, antes de leer su nombre.

—Alicia Vega —pronunció.

—Tu nuevo nombre.

El silencio se extendió por la habitación. El móvil de su hermano lo rompió con un pitido.

—Me quedo sin tiempo, Nati —se lamentó Tomás. Para que volviera a fijarse en él, cogió una de sus manos dándole un ligero apretón—. Cuando te marches, necesito que hables con algún vecino, con tu amigo Marcos si prefieres.

Pensar en Marcos, en Sergio, consiguió sacarla del trance.

—Pero… ¿no se supone que no debemos contárselo a nadie?

—No lo pondrás en peligro, dudo mucho que te crea, y tampoco le dirás la verdad. Tienen micros por todas partes. Lo que queremos es llamar la atención. Cuanto antes salgan en tu búsqueda, antes podrás dejarlos

atrás. Di que tienes que encontrarme, que me has visto en una visión o algo así. Irán a por ti, pero no te harán nada hasta que dejes el pueblo. Mantén estos papeles en un sitio seguro, no vaya a ser que se te pierdan. ¿Lo estás entendiendo?

A pesar de la rigidez general, Natalia asintió y formuló su pregunta más urgente.

—¿Cómo… los despisto?

Tomás se preparó para explicar lo que faltaba.

—Tendrás que montar una buena farsa con un doble y procurar que no te cojan a ti.

—Un doble —repitió, con un hilo de voz.

Tomás sonrió, intentando que su hermana no cediera al pánico que brillaba en sus ojos.

— Practicaremos, sé que puedes hacerlo.

En parte, se relajó.

—Volveré a verte.

—¿Cómo dices? —preguntó Tomás, sin entender a qué se refería.

Natalia se rió de puro alivio.

—Por un momento pensé que esto era una despedida. Hablabas como si no fuéramos a vernos nunca más o algo así.

Tomás también sonrió, sin demasiado ánimo.

—De verdad, Nati. Esto es peligroso. Si de mi depende, jamás me apartaré de tu lado, pero pueden matarme.

—No van a hacerlo —le dijo, rotunda. Volvió al plan haciéndose la fuerte—. ¿Y si me cogen?

Tomás no estaba muy seguro, así que se valió de la lógica.

—Si te cogen, como eres menor de edad y nadie va a creerte, probablemente te devuelvan. Lo conseguirás para la siguiente.

—No creo… —dudó Natalia.

Tomás le sonrió con cariño.

—No van a cogerte, eres mi hermana. Además, hay varios poderes que yo no puedo compartir y supongo que tú tendrás otros solo para ti… y, de verdad, dicen que eres la caña. Bueno, no con estas palabras, pero algo así.

El móvil volvió a sonar, arrancándole un suspiro a Tomás.

—Mierda, tengo que irme. Escucha, vendré cuando pueda. No puedo darte fechas ni muchos más datos.

—¿A dónde irás tu?

Tomás se acercó a ella para darle un abrazo y la beso en la frente.

—Lejos y es mejor que no lo sepas —se lamentó, envolviéndola con fuerza —. Volveré pronto, lo prometo.

21— CONFIESA

Como en el primer despertar, Alicia sintió el frío suelo bajo su cuerpo. En esta ocasión, sabía perfectamente dónde estaba. Se estremeció. Junto a su cabeza una enorme mancha de sangre reseca desprendía un desagradable olor. La visión dejó de parecerle tan relevante.

Todavía aturdida, se incorporó hasta sentarse. Necesitaba ponerse en pie. No podía estar más desprotegida y el estómago se le revolvía de solo pensar en aquellas salpicaduras de sangre, y en qué las había originado.

Había alguien junto a la centralita.

Darse cuenta de eso la sobresaltó, comprobar que su acompañante era Sergio consiguió que se pusiera en pie mucho más rápido. Al intentar alejarse, chocó contra una de las mesas volcadas y a punto estuvo de perder el equilibrio.

Parado ante la mesa central, con la recortada apuntando al suelo, Sergio ni siquiera se molestó en mirar para ella.

—Tranquila —le dijo, con el arma en una mano y la placa identificativa de Diana en la otra.

Alicia buscó algo con lo que defenderse, sin encontrar gran cosa a su alcance.

—¿Ya no quieres matarme?

Sergio la miró con frialdad.

—No hasta saber qué pasa realmente —respondió, alzando la placa de Diana, decepcionado—. Esto prueba que una parte de lo que dijiste era cierto.

Alicia menó la cabeza.

—No creo que esté tan claro.

Él no hizo ningún comentario. Siguió mirándola unos segundos antes de soltar la placa sobre la mesa y ponerse a rebuscar entre los papeles.

Alicia no tenía muchas opciones. Estaba desarmada y su conocido no parecía bajar la guardia nunca, cuanto menos tras el cambio de

aspecto. Mantuvo las distancias y señaló con la cabeza los planos del pueblo, el detonante de su última visión.

—¿Te resulta familiar ese nombre?

Sergio observó los papeles y Alicia tuvo la impresión de que solo lo hacía para ganar tiempo, como si estuviera pensando qué decirle y qué no. Estaba segura de que le llevaría un tiempo y que no iba a explayarse. Su cabeza regresó a la última visión.

De nuevo, Natalia. Una adolescente que se fugaba de casa dejando como testigo a Marcos, el hermano de Sergio. Por lo que Tomás había mencionado, también era la niña que la doctora había retenido en los laboratorios. La última vivencia aclaraba, en parte, esa primera visión de fuga. Lo del cambio de aspecto podía explicar su propia capacidad, lo que la convertiría en Natalia y en Alicia, esta última su identidad falsa.

Pero la chica del carnet no se correspondía con la imagen que tenía en ese momento. Ni en los rasgos ni en nada. Le faltaba saber qué relación había con Diana y con Eva, pero todo apuntaba a que Sergio tenía razón y su imagen era la de esta última. Si podía cambiar de aspecto, a saber quién era en realidad, o qué más podía hacer. Eso también estaba en la visión. Lo que sí tenía claro era que Natalia era la misma persona que Alicia, que ya era algo. Tras haber contemplado su propio cadáver, no dudaba poder desdoblarse y que ambas partes tuvieran autonomía plena. La idea de ser también Eva y Diana la mareó. Dudaba mucho que desdoblarse en cuatro personas distintas fuera posible. Aunque eso sí sería «la caña».

Al pensar en Tomás sintió un nudo en el estómago. No poseía el recuerdo, a fin de cuentas para ella era un desconocido, pero los sentimientos estaban ahí. Si sus conclusiones eran correctas, era su hermano, y lo quería. Por los resquicios emotivos que le llegaban, lo quería muchísimo. Se preguntó si seguiría con vida en ese momento, o si habría caído tiempo atrás.

Sergio respondió al fin y le sorprendió que fuera sincero.

—Es mi pueblo natal y Tomás un buen amigo.

Casi se le escapa que no era tan buen amigo. Al parecer Sergio estuvo implicado en la presunta muerte de Tomás de alguna forma, sin tener idea de que era una farsa. Tampoco le sorprendía que fuera su pueblo, gracias a la participación de Marcos en las visiones. Aún así, algo no encajaba. Si Sergio estaba metido en la ofensiva contra los

laboratorios, Tomás y él se conocerían. A menos que su hermano estuviera muerto de verdad. Intentó ordenar los datos que tenía, pero era imposible.

Sergio estaba esperando algún comentario y, pese al poco entendimiento que tenían, quería ser clara. Más le valía prevenirse, cada vez que decía algo lo cabreaba. Si tenía que defenderse, lo primero era anular el arma. Como si quisiera echar un vistazo a los papeles, se fue acercando a él.

—Marcos y tú vivíais allí, como Tomás. —Esperó a que Sergio asintiera, sin perder de vista la recortada—. Creo que él es mi hermano.

En efecto, no le gustó lo que le había dicho.

—Es imposible —gruñó.

Alicia buscó una forma de explicarse sin contar demasiado.

—Sé que suena raro pero…

—Tú no eres Natalia —le advirtió Sergio a la defensiva, apuntándola con el arma—. ¿Qué pretendes ahora? Tomás y ella murieron.

Alicia alzó las manos. No iba a poder razonar con él y no podía permitirse el lujo de que la arrinconara o terminaría muerta, de nuevo. Estaban tan cerca que el cañón casi la tocaba.

—Tampoco me creíste viva hace un rato, ni creíste lo de Diana —le recordó, mostrando un valor y una calma que no sentía.

Porque tenía razón, Sergio pareció enfadarse más y bajó la guardia para protestar.

No iba a tener un momento mejor y Alicia trató de arrebatarle el arma. Sus aptitudes no superaban a las de su oponente. Lo único que consiguió fue rozar el metal con los dedos. En menos de un segundo, se vio inmovilizada entre el rígido traje de motorista y la pared, con aquel rostro de facciones marcadas a un palmo del suyo. Podía ser obra de la iluminación, pero parecía menos pálido y ojeroso que en el primer encuentro. Al fijarse en sus ojos, no le gustó la expresión que vio en ellos.

—Esto no hará que te crea —siseó—. ¿Qué recuerdas de Natalia?

Incómoda por tenerlo tan cerca, Alicia se estremeció. No pensaba contarle lo más mínimo, pero, sin idea de cómo o por qué, su voz surgió sola.

—Recuerdo un par de cosas. Primero la vi huyendo de su pueblo, contándole a tu hermano una versión que solo era para alertar a los laboratorios. Después la vi con quince años, con Tomás… —La verdad surgía imparable, sin control, e intentó oponerse—. ¿Qué me estás haciendo?

Sergio sonrió engatusador.

—¿Solo recuerdas eso?

No podía dejar de hablar. Estaba siendo consciente de todo, luchaba, pero los datos salieron, ignorando su intento de guardar silencio.

—También estar en un quirófano, tenían que devolverme porque era menor de edad —confesó, con lágrimas en los ojos por la impotencia que sentía.

Sergio se deshizo de uno de sus guantes con una sonrisa. Alicia empezó a respirar con dificultad por el miedo. Sintió cómo le acariciaba el rostro, provocándole un leve cosquilleo que anuló el poco control que le quedaba.

—Seguro que puedes ser más concreta —murmuró junto a su oído, y su voz la envolvió por completo—. Dime todo lo que recuerdas.

Atrapada en una especie de somnolencia, relató cada fragmento, cada visión y cada recuerdo. Una pequeña parte de su consciencia resistía, pero era tan mínima que no podía imponerse.

Desconcertado con todo lo que oía, por momentos furioso, Sergio no parecía dispuesto a conformarse con tan pocos detalles.

—¿Qué más sabes? —exigió.

El cosquilleo que le hacía sentir aquel contacto pasó a ser un sutil calambre y empezó a perder la sensibilidad en el resto del cuerpo.

—No sé más —prometió Alicia. Las descargas se iban filtrando a su mente desde su mejilla, era una sensación cada vez más desagradable, como si cada parte de su cerebro palpitara—. Por favor…

Inamovible, sosteniéndola con su cuerpo contra la pared, Sergio desoyó las súplicas.

—¿Qué más?

Alicia notó como la abandonaban las fuerzas, como algo en su interior amenazaba con romperse.

—Me estás haciendo daño —sollozó casi sin voz, notando un calor abrasador en la cabeza. Las ideas comenzaron a formar una espiral. Cuanto más rápido giraban, más daño le hacían. No iba a aguantarlo mucho más.

22— MENTIRAS

Sergio ni siquiera la escuchó. En esa misma planta sus habilidades fueron anuladas. Recuperar su facilidad para arrancar verdades era una sensación abrumadora. Sabía que era cuestión de tiempo, pero pensó que el contagio no se lo permitiría, o no viviría tanto. En cualquier caso, poder usarlo contra una de las personas a la que más rencor le guardaba era justo lo que necesitaba. Y no pensaba conformarse con lo sonsacado, necesitaba una explicación completa. Algo que lo alejara de la idea que empezaba a tomar forma. Natalia, Alicia, Diana y Eva no estaban relacionadas.

Observó su rostro contraído por el dolor, pero el mismo a fin de cuentas. Era Eva y no la creía. Era imposible, pero una vocecilla maliciosa le susurró que lo único que podía salir de entre sus labios era la verdad.

La rabia pudo con él. Con Eva nunca se sabía, que tuviera que ver con Natalia o Alicia rayaba la locura. Por su propio bien, prefirió no centrarse en eso, aunque la implicación de Diana no mejoraba las cosas. Le parecía increíble que su novia hubiera podido jugársela de esa forma. En el tiempo que llevaban saliendo, ni siquiera sospechaba en qué momento fue a pactar con los laboratorios. El motivo le daba lo mismo, que trabajara para ellos, o en contra, solo demostraba lo poco que la conocía también a ella. Y no se olvidaba de Tomás, desde luego. ¿Por qué figuraba su nombre en ese informe? Él no guardaba relación con los acontecimientos. Solo era su mejor amigo desde niños, al que lloró como un imbécil al creerlo muerto. Una muerte de la que a menudo se sentía responsable, al igual que con Natalia.

Alguien tenía que pagar tantos engaños.

El rojo de la sangre detuvo la vorágine a la que se había visto arrastrado. El rencor disminuyó y entendió que estaba a un paso de matarla. Y en realidad no quería hacerlo. Sin duda se merecía todo lo que le estaba pasando.

Se separó, sosteniéndola por la cintura para que no cayera. No iba a disculparse, ni pensaba dejar que ese leve remordimiento creciera. Cuando vio que podía sostenerse valiéndose de una de las mesas próximas, dejó de tocarla.

—No…, no puedo respirar —dijo Alicia, casi sin voz. Una de sus manos se aferró a la mesa, la otra se la llevó al pecho, mientras la sangre que caía de la nariz formaba círculos en el espacio que había

entre ellos.

Porque vio que ella estaba a un paso de derrumbarse, Sergio la ayudó a tumbarse sobre las baldosas, pendiente de su respiración y su pulso, ladeándole el cuerpo para que le fuera más fácil respirar. Era como si algo la estuviera ahogando y eso no tenía nada que ver con sus habilidades.

—Esto no tiene sentido, lo que te he hecho no… —Sergio se interrumpió, asustado al recordar el contagio—…creo que te estás transformando —susurró, y cogió la recortada con la mano que no la sostenía de lado. Miró el reloj de su muñeca—. Joder, todos deben estar haciéndolo, incluso nosotros.

Sintió la rapidez de sus latidos, su corazón no aguantaría ese galope demasiado tiempo. Sergio se preparó para reanimarla por si servía de algo, como un acto reflejo. Él no era un asesino, por mucho que esa persona y las que estaba viendo merecieran la muerte. Sus labios apenas se rozaron. Ella simplemente se quedó inconsciente, y poco a poco su respiración volvió a ser acompasada.

No tenía ni idea de lo que sucedía. ¿Solo eso?, se preguntó. Esperaba algo más desagradable para la conversión, pero no parecía ir a convertirse en nada en absoluto, y lo cierto era que él tampoco. De hecho, se sentía más fuerte.

Otra idea imposible asomó a su mente y lo dejó sentado en el suelo, contemplando el rostro sencillo manchado de sangre. Ahora con más urgencia debía hablar con el grupo, sobre todo para preguntar cómo estaba Elián.

Se levantó sin quitarle los ojos de encima a Eva. Porque era Eva, su pelo corto, sus rasgos, correspondían. Esperaba algún cambio, pero seguía inconsciente, no a un paso de volverse una amenaza, ni una de esas cosas.

Se ordenó olvidarse de ella e ir a por una radio. Volvió al mostrador, lo que suponía enfrentarse a Diana. La pesadilla en la que llevaba inmerso días se encrudecía por momentos. Si en realidad Natalia era Alicia, y estaba relacionada con Eva y Diana, normal que le negaran el paso al grupo activo por imbécil. Él, sobre todo él, debería haberlo descubierto.

De un vistazo al desorden supo que no encontraría nada entre los papeles e informes. El plano del pueblo lo hizo apretar los puños. El nombre de Tomás saltó a su vista. Que él, su mejor amigo, estuviera

en primera línea no tenía nombre. ¿Qué clase de persona retorcida podía ponerlo en esa situación?, se preguntó. Era evidente cómo se sentiría él, culpable por no salvarlo, dolido por perderlo. Su vida se fue al traste en ese momento. Él cambió, el mundo cambió para él. También se preguntó si las cosas hubieran sido distintas de compartir con Tomás sus rarezas, pero no habría sabido qué decirle. Por aquel entonces ni siquiera Sergio lo entendía. La rabia consiguió que se desahogara con el mostrador, sus brazos barrieron la superficie y los papeles y objetos volaron hasta caer al suelo. No se sintió mejor, en absoluto. El marco de fotos quedó boca arriba, la sonrisa de Diana se le antojó burlona. Lo engañó, del todo, ni por un segundo dudó de ella. Ni de Alicia.

Dejó la centralita y se perdió por uno de los pasillos. Estaba lo bastante resentido como para no caer en la sugestión. El aspecto general era igual de nefasto, los signos de lucha eran menos evidentes, pero la sangre se extendía en todas direcciones. No prestó atención, se limitó a ir puerta por puerta en busca de una radio o lo que le permitiera contactar con el centro comercial.

Una sala con distintos aparatos le pareció un buen sitio. Nada más traspasar el umbral, casi vuelve a olvidar su objetivo al fijarse en una especie de ventana en la pared del fondo que permitía ver la sala contigua. Se acercó impresionado, incapaz de apartar la vista. El lugar estaba lleno de monitores, varios encendidos con unas imágenes que le pusieron la piel de gallina. Él no podía ver con nitidez a las criaturas que salían de noche, solo las intuía y las escuchaba, pero no sabía cómo eran en realidad. Y aún así, supo que la recreación por ordenador que tenía delante correspondía a una de ellas. Las otras imágenes no eran más reconfortantes, y ya se había encontrado al menos con una de ellas. Sus ojos buscaron la puerta. Estaba cerrada, tenía que verlo de cerca…

La radio, necesitaba la radio. Debía comentarle esto al grupo para que extremaran las precauciones. A todas luces estaba ante la muestra del armamento que los laboratorios utilizaban contra ellos, y contra todo aquel que se interpusiese en su camino.

Salió al pasillo y empujó la siguiente puerta. Estaba cerrada. Golpeó con el hombro. Sabía que no iba a abrirla de ese modo, pero fue un acto reflejo. Giró sobre sí mismo. Un extintor abollado colgaba de la pared. Lo descolgó y atacó la puerta. Tampoco parecía que fuera a abrirse. No podía seguir perdiendo el tiempo, primero debía contactar con el grupo. Regresó a la sala anterior, seguro de que echar aquella puerta abajo sería un modo terapéutico de encarar las

respuestas que fuera a darle Juan.

Tras una búsqueda desesperada, no encontró la radio, pero si un modo de improvisar una. Se puso a trabajar y cruzó los dedos para que funcionase.

El sonido de la estática parecía perpetuo. Trasteó hasta donde sus conocimientos le dejaron, y resopló aliviado cuando le pareció escuchar la voz de Raquel entre el molesto ruido.

—Raquel, soy Sergio. Tengo que hablar con Juan. —Lo repitió un par de veces. La voz de Raquel llegaba entrecortada, y asumió que ellos no lo escucharían mejor. A lo lejos, le pareció oír un chasquido eléctrico, las luces de emergencia parpadearon. No era una buena señal.

—…rgio… s… Jua…

Sergio soltó una maldición. Intuía que la frase completa sería algo como «Sergio, soy Juan», pero no estaba seguro. Con esos cortes iba a ser realmente difícil ponerlos al tanto y pedir explicaciones.

Fue directo al grano. Los sistemas empezaban a fallar por falta de mantenimiento, pronto sería imposible establecer contacto. Quiso golpear algo pero se contuvo. Debía sintetizar y repitió varias veces lo más relevante, lo que le podría servir al grupo, antes de compartir sus sospechas.

El silencio al otro lado puso en duda que lo escucharan, pero Juan seguía allí. Le dijo algo, Sergio no lo entendió. Podía estar dándole las gracias por la información, o criticándolo por seguir a Eva hasta allí. Le daba igual.

—¿Cómo está Elián?

Entender la respuesta fue un calvario. Como él, Juan repetía varias veces las frases, volviendo una conversación de segundos en algo eterno, hasta que el mensaje resultaba comprensible.

Elián estaba bien, ni un signo de conversión, ni contagio. Lo único, un pico de fiebre que lo tumbó durante una hora. No necesitaron hacer nada, ninguno sabía bien qué hacer, y, finalmente, el chico se recuperó sin más.

La idea que lo asaltó cuando Eva cayó inconsciente tomaba cada vez más forma. Su paso por los laboratorios, conocer más de lo que le gustaría sobre ellos, le facilitaba formular hipótesis. Elián se

encontraba bien, él se encontraba bien, y ella no daba señas de cambiar. Lo único que tenían en común, era que los tres habían estado en contacto con su sangre. Ella no era, en absoluto, normal. Su aptitud estaba muy lejos de limitarse a esa baliza que siempre le atribuyó. Podía desdoblarse, cambiar de aspecto… pensó en el encuentro en el supermercado, antes de que todo se descontrolase. Ella golpeó a su hermano, él le disparó, y entonces alguien lo apartó a él. Entender que había sido ella lo dejó aturdido. Y tenía sentido, mucho, al explicar porqué la decoración de su ático correspondía a la época en la que Alicia vivió allí. Se pasó las manos por el rostro. Era de locos.

La voz de Juan lo devolvió a la sala. Sergio iba a preguntar pero la comunicación se cortó. Lanzó un grito, movió cables y ruedas, desesperado. Cuando la voz de Juan regresó, ignoró lo que le decía.

—¿Alicia podía desdoblarse?

La pausa al otro lado podía ser porque Juan no lo había entendido o porque sí lo había hecho. Raúl conocería la verdad, y Sergio ponía la mano en el fuego porque Juan también. Repitió la pregunta un par de veces. Cada silaba le arañaba la garganta. Una parte de él conocía la respuesta, por muy dura que fuera.

—Sí —respondió Juan.

Esta vez el silencio lo provocó él. El rostro de Alicia se dibujó en su mente, con ese aire de perfección, de seguridad. Su traición dejaba a Eva a un nivel absurdo. Se hubiera jugado el cuello a que no tenía habilidades, y también a que estaba enamorada de él. Costaba encajar el golpe, demasiado, y en su interior se desató un debate sobre la verdad y lo que quería creer. No le gustaban los engaños, ni engañarse a sí mismo. Alicia le había mentido. Todo había sido una mentira.

Juan dijo algo. Tampoco lo entendió, no tenía la cabeza para entender nada. La comunicación volvió a cortarse. A desgana, Sergio intentó restablecerla. Tenía muchas más cosas que preguntar, pero se había quedado sin fuerzas. Fragmentos del pasado lo asaltaron. La forma en la que ella lo miraba, su forma de tocarlo, le parecían tan reales. Al mover un cable, la estática regresó.

—¿Por qué? —fue lo único que pudo decir y englobaba mucho. Por qué él, por qué ella, por qué todo.

La respuesta de Juan se perdió. Apenas le llegaron sílabas dispersas y no fue capaz de darle contexto.

—¿Cómo está Marcos?

Por lo que entendió de la respuesta seguía igual, y también que Juan le pedía que hablase con ella, que se equivocaba. Era imposible saber quién estaba equivocado, y también sería difícil hablar con ella inmersa en la amnesia. Además, después de tanto engaño, dudaba poder creerlos, a ninguno de los dos.

De forma premeditada, desconectó la radio. No tenía nada más que decir. Suficiente para él. Perdió la mirada, e intentó sacar sus propias conclusiones mientras lidiaba con unas lágrimas que no pensaba derramar.

RECUERDO 3: NATALIA

El cosquilleo en el estómago la hizo sonreír y sintió el calor en las mejillas cuando ambos se separaron. El valor que la había hecho besarlo era ahora vergüenza.

—Tu hermano va a matarme —susurró Sergio, observándola con devoción.

Natalia le sonrió y recuperó la confianza en sí misma por el modo en el que él la miraba.

—Es probable que me mate a mí antes —bromeó, disfrutando de la emoción que suponía el primer beso.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Sergio.

Natalia volvió a sonrojarse y sus ojos se clavaron en el suelo del parque que había de camino a su casa. Lo hizo porque tenía que hacerlo. Porque cada vez que él le hablaba o la miraba se sentía especial e importante. Siempre estaba cómoda a su lado por mucho que le llevara dos años. Al ser alto y muy delgado, tendía a parecer desvalido. Su carácter afable y conciliador le había acarreado más de una burla y, pese a todo, jamás alzaba la voz ni perdía los papeles. La escuchaba, daba lo mismo qué dijera. Cada martes, día en el que ambos salían a la misma hora por las distintas actividades extraescolares, volvían juntos. Era su momento, sin sus respectivos hermanos presentes, y lo aprovechaban caminando a paso lento para alargarlo todo lo posible, sustituyendo el silencio por cosas trascendentes o intrascendentes, tanto daba. Podía decirle la verdad o inventarse cualquier cosa pero tenía que responder. Estaban en un lugar al que nadie iba por la tarde, no habría ninguna interrupción.

—Porque me gustas, Sergio. Siempre me has gustado —confesó Natalia, levantando la cabeza para ver cómo reaccionaba.

La sonrisa del muchacho se amplió antes de desaparecer.

—No sé…

Natalia posó los dedos sobre sus labios. Porque dolía enfrentarse a la realidad, prefirió hablar ella. Dos años no eran nada al llegar a cierta edad, pero entre los trece y los quince había un abismo.

—Déjalo Sergio. Sé que para ti soy una niña y todo eso… pero si me esperas…

—Te esperaré —se comprometió Sergio—. Tú también me gustas desde siempre, Nati. Pase lo que pase, te esperaré.

23— DESCUBRE

Alicia parpadeó. El silencio lo envolvía todo. La ternura que le provocó la visión desapareció ante el macabro escenario. Sobresaltada, se sentó. Todavía sentía el hormigueo en el cuerpo y la sensación angustiosa que la había dejado inconsciente. Revisó su cuerpo sin encontrar ninguna transformación que la aproximara a las criaturas en las que, supuestamente, iba a convertirse por el contagio. Visto esto, se fijó en su entorno. Seguía en la recepción y no había rastro de Sergio.

Estaba cansada, pero se encontraba bien, lo bastante como para plantearse que lo del contagio nunca había sido real. Tal vez formase parte del empeño del motorista por atormentarla.

Al recordar a Elián y cómo había reaccionado Sergio, descartó que fuera una broma de mal gusto. Había un contagio, o eso creía él. No era como para fiarse, el motorista no parecía la persona más equilibrada del mundo, pero sabía que la preocupación hacia el chico, o hacia los otros supervivientes, era sincera. Distraída, se pasó el dorso de la mano por el labio, encontrando sangre seca. Sí, su preocupación por los demás era tan real como la manía que le tenía a ella.

Se levantó sin hacer ruido. Con su buena suerte, era impensable que no hubiera ninguna amenaza cerca como, por ejemplo, Sergio. Los datos compartidos contra su voluntad seguían sin decirle nada a ella, pero estaba segura de que para él fueron reveladores.

El último recuerdo la asaltó. Dado su trato con el motorista, le sorprendía que alguna vez hubiera sido un chico dulce e inofensivo. Por otra parte, no era de extrañar su rechazo a que ella se presentara como Natalia. Echando cuentas, ella había desaparecido tres años después de que le confesara amor eterno. Tal vez intentó vengarla al creerla muerta, y de ahí su implicación con el grupo que iba tras los laboratorios. Muy bonito, pero tampoco le parecía que el motorista fuera un romántico.

Sacando ideas inútiles de su cabeza, pensó en qué hacer. No creía que Sergio hubiera vuelto a su casa, debía estar husmeando por alguna parte allí abajo. Podía ir a su encuentro, pero no quería recibir un balazo. Tal vez la confundiera con algo hostil, o la reconocía perfectamente y disparase de igual modo. Todo dependía del significado que le diera a sus visiones, así que prefirió quedarse allí y que no la cogiera en un lugar desconocido.

—¿Sergio? —lo llamó, buscando a su alrededor lo que pudiera ampararla o defenderla.

En una de las camillas volcadas, en el reflejo borroso que permitía el metal, vio el rostro de una mujer y se volvió para encarar a la intrusa, cuyos rasgos le eran muy familiares.

Al observar la centralita no encontró ni rastro.

Antes de que el pánico se apoderase de ella entendió el por qué de esa sensación familiar. No había encontrado a ninguna mujer porque lo que había visto era su reflejo o, mejor dicho, el de Natalia. Impresionada, volvió a verse en la camilla.

Allí estaba, era Natalia. Ni una niña, ni una adolescente. Así era Natalia tras el paso de los años, con su misma edad.

Cuando logró asumirlo, no le pareció buena idea conservar aquella imagen y volvió a adquirir la de Eva, por si aparecía Sergio.

—¿Sergio? —lo volvió a llamar, notando como le fallaba la voz.

Que ella se hubiera salvado del contagio no implicaba que él también. Si había cambiado el problema era grave. No tenía la menor idea de cómo funcionaba, pero si convertía a las personas en las criaturas que salían de noche, más le valía armarse. Volvió a mirar a su alrededor. Diseminadas por el suelo, y en las estanterías, había un montón de cosas a cada cual más inútiles, hasta que sus ojos dieron con una vitrina anti incendios. En su interior, descansaba un hacha.

Dudaba ser capaz de emplearla, pero era mejor que seguir con las manos vacías. Se dirigió hacia ella con todo el sigilo que pudo, algo complicado entre tanto obstáculo metálico y cristal roto.

La voz a su espalda hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Igual es más útil una automática.

Se volvió enojada, segura de que encontraría a Sergio sin el menor signo de cambio o contagio. En efecto, estaba perfectamente, ni rastro de la palidez y, aunque su ropa se viera un poco sucia, daba la impresión de estar en plena forma. La media sonrisa burlona en referencia a sus intenciones de coger el arma le dio cien patadas.

—¿No se suponía que nos transformaríamos en cosas horribles e iríamos por ahí matando a todo el mundo?

Él asintió, sin intención de decir absolutamente nada.

—Tienes muy buen aspecto para ser un monstruo —refunfuñó nerviosa. Su actitud reflexiva empezaba a ser insoportable. Y la estaba mirando de una forma inquietante. Parecía relajado, como si todo marchase bien, pero había fuego en sus ojos. Apostaba a que la odiaba un poquito más, si cabe.

—Creo que he encontrado el antídoto —dijo el motorista.

Alicia se temió lo peor en cuanto la señaló con el cañón de su arma.

—Tu sangre.

No tenía ni la más remota idea de lo que le estaba hablando.

Por primera vez, Sergio la hizo partícipe de sus conjeturas.

—Me contagié hace tiempo. De hecho, probaron en mí el virus cuando me vendiste… tú, Diana o quién fuera.

Como no tenía mucho que decir, Alicia se mantuvo atenta. Que hablara tanto le parecía tan peligroso como que se mantuviera en silencio.

—Me escapé hará un par de días. Los otros supervivientes de los que te hablé lograron sacarme, pero no tenían nada contra el contagio. De ahí la fotosensibilidad. Tendría que estar muerto, o haberme convertido, no sentirme mejor ni haber recuperado mis habilidades. Debería haberlo supuesto, no hubiera podido sonsacarte de esa forma estando contagiado.

Alicia no pudo evitar entrecerrar los ojos ante el recuerdo de aquella violación de su intimidad. A Sergio le dio igual su expresión.

—Al disparate en el piso tu sangre me salpicó. Mi piel ya estaba deteriorada, es probable que se mezclara con la mía por alguna herida. He hablado con los otros y Elián está bien. Ni siquiera evolucionó como los demás contagiados, lo que solo me deja un denominador común: tú.

Alicia no tenía claro si lo que le achacaba era algo bueno o malo. La verdad es que era increíble y muy, muy molesto, lo bien que se le daba poner cara de póquer.

Sergio se encogió de hombros, despreocupado.

—No sé quién eres, pero sí que tienes que mantenerte con vida.

Alicia carraspeó al ver que no salían las palabras. Le ocultaba algo, estaba segura. Y ese aire de resignación chocaba con el modo de mirarla. Tenía la palabra resentimiento escrita en la frente. Sin embargo, que no quisiera matarla era un alivio, aunque no pensaba darle la espalda. Intentó no agobiarse. Podría haber mil motivos que lo hicieran actuar así, y esperaba que nuevos recuerdos lo descifraran. Seguro que él no iba a darle pistas. Tampoco había pasado por alto el fatalismo en su tono.

—Parece que va a ser algo complicado.

Sergio esbozó una sonrisa triste.

—Estamos en el centro de una ciudad atestada de mutaciones. No, no va a ser fácil salir enteros. —Le hizo un gesto para que lo siguiera por uno de los pasillos—. Ven, los seres ciegos son la menor de nuestras preocupaciones —aseguro, dándole la espalda.

Alicia lanzó una última mirada al hacha y se dispuso a seguirlo, manteniendo las distancias. El pasillo largo, repleto de puertas a ambos lados, no era más acogedor que la recepción. Las luces de emergencia apenas lo iluminaban. Por lo que podía intuirse, la sangre también manchaba paredes, techo y suelo. Sin embargo, el suelo estaba bastante despejado, a excepción de algún que otro objeto que asomaba de las salas abiertas.

Sergio la esperaba en una de las primeras habitaciones y lo que llamó su atención fue la puerta. Las abolladuras o el pomo destrozado hacían muy probable que esa puerta hubiera estado cerrada. Primero pensó en la bestia que la sorprendió en su primera visita. Quizá alguien intentó refugiarse allí, pero el animal derribó la entrada. Lo descartó. Visto el boquete del ascensor, era más probable que hubiera derribado hasta la pared para alcanzar a una presa. Si fue cosa del motorista, era un dato a tener en cuenta. No tuvo que ser fácil abrirse paso y ella debió pasar bastante tiempo inconsciente.

Al entrar, fue recibida por numerosas pantallas acopladas a las paredes. Casi todas estaban apagadas, salvo las cinco centrales. No supo qué pensar, las figuras dibujadas a ordenador, como escaneadas, eran demasiado desconcertantes y necesitó un tiempo para entender lo que veía.

Cualquier desconfianza o preocupación hacia el motorista pasó a un segundo plano. Tres de los cinco monitores reflejaban algo que no

le era desconocido. En el primero, un hombre ataviado con ropas grisáceas como los atacantes del edificio. En el segundo, los seres ciegos y, en el tercero, el inmenso oso artífice de aquel acceso libre desde la planta principal al sótano. Armándose de valor, observó los dos que le quedaban dándose con una especie de cadáver y un quinto que ni siquiera podía definirlo.

Casi no escuchó la voz de Sergio, aun teniéndolo al lado.

—Esto es lo que hay en la ciudad a estas horas, y mucho me temo que solo los ciegos necesitan ocultarse —expuso señalando el monitor en el que se veía la silueta de uno de ellos. En un recuadro sobre la imagen, un sol tachado lo catalogaba como fotosensible.

Más nerviosa que nunca, restregándose las palmas sudorosas en los pantalones sucios, Alicia se obligó a no ceder al pánico.

—¿Algún plan brillante?

—No —respondió Sergio, acomodando la cadera en el borde de la mesa metálica que había contra una de las paredes.

Alicia era incapaz de dejar de mirar las pantallas. Si la ciudad estaba repleta de esas cosas, no iban a conseguir salir por sus propios medios.

—Nadie vendrá a rescatarnos, ¿verdad?

Sergio chasqueó la lengua.

—Se sabe que aquí hay algo lo bastante peligroso como para sellar la ciudad y cruzar los dedos a la espera de que no se extienda.

Alicia no quiso creerlo, por más que una corazonada corroborase las palabras de Sergio.

—No pueden hacer algo así. Cerrar y dejar a los supervivientes a su suerte. ¿Nadie va a extrañarse? —reprochó Alicia—. Si una ciudad se sitia, tiene que haber repercusiones. La gente de aquí tendría familia fuera o alguien a quien le resulte rara su desaparición.

—Espero que no —respondió Sergio, desconcertándola—. Si alguien insiste, lo más probable es que nos vuelen en pedazos. Ahora es responsabilidad del estado y esto les viene grande. Si solo hubiera que reducir a esas cosas podrían plantease mandar efectivos para liquidarlas. Con la posibilidad de un contagio de por medio, no correrán riesgos.

Entenderlo no lo hacía menos angustioso. Estaban solos. No parecía haber demasiadas soluciones. Otra corazonada se impuso.

—Hay alternativas —le echó en cara por no hablar claro—. No te tomarías tantas molestias con los supervivientes si no creyeras que hay un modo de salir de esta.

Sergio le sostuvo la mirada. Reticente, asintió.

—Antes de que cayeran las comunicaciones se contactó con las autoridades. Puede que manden efectivos para recoger supervivientes, pero no los pondrán a salvo sin la certeza de que no están contagiados. Las pruebas que hacen localizan cualquier rasgo de mutación con lo que, gente como tú o como yo, como Elián y muchos más, nos quedamos en tierra. Dudo que podamos explicar de dónde nos vienen sin que nos tachen de lunáticos o de desesperados.

Alicia lo observó confusa.

—¿Por qué? Es evidente que a los laboratorios se les ha ido la mano. Si han hecho a estas cosas, a nadie le puede extrañar lo del pueblo.

Sergio se encogió de hombros.

—Igual te creen, no lo sé, pero da lo mismo. Hay unas pruebas especificas. Si las pasas te rescatan, si no, te quedas.

—Con lo que, de una forma u otra, estamos muertos.

Sergio no mejoró el tono, echando mano al cinismo.

—Si tienes otra información, es un buen momento para que la recuerdes.

Consciente de que discutir no llevaría a ningún lado, Alicia ignoró cualquier confrontación y trató de buscar algo en su cabeza.

—¿Cómo se descontroló esto? Solo recuerdo unas explosiones —preguntó. Tenía que empezar desde el principio.

Sergio no puso reparos en responder, dedicándole una mirada tan fría como intensa, como si aún siguiera comprobando cuánto de verdad había en su amnesia.

—Se consiguieron documentos comprometedores, cosa que a los laboratorios no les hizo la menor gracia. Simplificando, decidieron que si ellos caían, la ciudad se hundiría con ellos. En uno de esos

documentos estaba la clave para frenarlos. Marcos tiene una capacidad psíquica que le permitía sellar el laboratorio para que no lograran escapar, ni que esas cosas salieran…

Alicia se revolvió incómoda bajo aquella mirada y, por cómo empeoraba el tono, dio por sentado que ella entraba en escena.

—…entonces lo golpeaste y se abrió la caja de pandora.

No tenía ni idea de qué había pasado, pero estaba segura de que no había sido así.

—¿Cómo sabes que fui yo? Cuando desperté estaba lejos de tu hermano.

—Estaba allí, te lo dije —insistió, enojado— y yo aparecí mucho más lejos que tú así que eso no cuenta.

Seguía sin cuadrarle, pero lo dejó hablar.

—La explosión la empezó un helicóptero que se estrelló al intentar dejar el ático del edificio —le explicó, señalando con el pulgar el techo—. Poco después esas cosas ciegas salieron de diferentes puntos de la ciudad y se lo pasaron en grande. Solo nosotros los detectamos.

El estómago se le revolvió al rememorar su noche en el puerto y el ataque a los dos hombres que no llegaron a ver la amenaza. Se centró en lo que había dicho Sergio, interrumpiéndolo.

—Espera…

Sergio resopló con impaciencia, sin intención de hacerle el menor caso.

—Sí, lo sé, si salieron de distintos puntos y en su inicio estaban en estas instalaciones, igual hay forma de atravesar la ciudad bajo tierra.

A Alicia le molestó que le sacara las palabras de la boca. Él pareció darse cuenta, y su tono se volvió aún más paternalista.

—Llevo días buscando esos *accesos* sin éxito. A menos que tengas un plano y un arsenal, no me parece muy sensato pasear por esta ratonera. Quizá no todo haya salido.

No podía rebatir aquello, pero tampoco quedarse callada.

—Lo que está claro es que no podemos quedarnos aquí.

—No deberíamos —replicó Sergio.

Alicia se mordió la lengua y suspiró derrotista. Sergio no le caía en gracia, no iba a ser del todo sincero, pero era la única ayuda frente a su amnesia.

—Está bien. Con lo que te he… bueno, con lo que me has sonsacado. ¿Puedes darme una idea general de quién soy o qué tengo que ver con esto?

Sergio soltó una carcajada.

—Créeme, eso me ha confundido el doble.

No parecía estar mintiendo. Era imposible saberlo. Una vez más se encontró con su mirada. Vio la rabia y casi deja el tema. No lo hizo, no parecía que tuviera mucho que perder.

—Oye, tienes que ayudarme. Estás seguro de mi implicación en todo esto. Yo no lo creo. —Como Sergio iba a acusarla una vez más, lo señaló a modo de advertencia—. Primero, déjame hablar, después, los reproches.

De mala gana, él aceptó las condiciones.

—No creo que mi implicación haya sido a favor de los laboratorios, pero tampoco puedo jurarlo. No entiendo lo que veo y no recuerdo nada útil. Me conocías, reconociste a las mujeres de mis visiones. Es evidente que tienes una idea en la cabeza y no quieres compartirla. Me da lo mismo tu versión, lo más seguro es que te equivoques como te has equivocado hasta ahora, pero necesito que, por lo menos, me guíes.

Sergio puso los ojos en blanco.

—Que melodramática. La que tiene que guiar eres tú, guapa, justo hacia la salida. La última vez que estuve aquí, me trajeron drogado y me sacaron de milagro.

Las ganas de gritar eran comparables a las de golpearlo.

—No me estás entendiendo, o sí me estás entendiendo y pierdes el tiempo tomándome el pelo. ¿Vas a ayudarme o no?

Sergio no respondió al momento. Seguía atento a ella, incomodándola.

—Está bien, podemos intentarlo.

No iba a ser claro, Alicia lo sabía. Debía prestar atención para intentar descifrar palabras y silencios.

—Natalia… —nombró Sergio, inexpresivo.

Alicia prefirió cortarlo.

—Creo que eso lo tengo bastante claro. —Lo mejor sería que ella pusiera las pautas y cambiar el orden de los recuerdos. A fin de cuentas, no parecían seguir ninguno.

—Alicia —nombró—. Una fiesta muy lujosa… o por lo menos lo eran los baños en los que estaba.

—En esa fiesta conocí a Alicia, y a Eva—dijo con aspereza—. Una no tenía aptitudes raras, la otra sí. De Eva, de ti, desconfié más que de ella.

Alicia refunfuñó.

—Me da que para que desconfíes no hace falta mucho.

—Al parecer algo raro sí tenían —evidenció Sergio—. Las investigué. Alicia era la chica del padre afectado que huye por la presión social. Ella no estuvo mucho con nosotros, no encajó el tema mejor que su progenitor, y eso que, hasta donde supe, no contaba con ninguna anomalía. Estaba al tanto de lo que pasaba, pero no quiso tener nada que ver en nuestras acciones contra los laboratorios. O por trauma o por comodidad, nos dio la patada y se buscó unos amigos más simples.

A Alicia no le decía nada esta versión. Si Natalia y ella eran la misma persona, la presentación de Sergio iba muy desencaminada. No tenía nada con lo que rebatirlo. Pasó a la siguiente.

—Eva —pronunció, armándose de paciencia para no molestarse por nada de lo que dijera.

Sin la menor intención de ser benévolo, Sergio se explicó.

—Metiste las narices de lleno en la compañía Zeva, pero también en mi grupo de amistades, formado por un par de afectados como yo. Personas con diferentes cualidades no naturales, que intuíamos la vinculación de los laboratorios en experimentos, pero carecíamos de pruebas. Tu historia fue bastante enrevesada. La chica con un padre delincuente, algo que te marcó muchísimo, pero, como eras tan encantadora y comprensiva, entendiste que no todos éramos iguales y

querías ayudar. Al principio, a todos les caíste bien.

El recuerdo del encontronazo en el callejón la hizo llevarse una mano al cuello.

—Por cómo me asfixiabas apuesto a que a ti no... Espera… apareciste y desapareciste sin más… —señaló, consciente de que esa sería una buena forma de dejar aquel sitio.

—Ese era mi mejor recurso, teletransportarme, y lo primero que los buenos doctores me arrebataron al ponerme las manos encima.

Alicia se insultó mentalmente por no caer en el detalle. Si Sergio pudiera teletransportarse no estaría allí plantado, ni hubiera necesitado una radio para hablar con los supervivientes.

—Ah, claro —se disculpó, dejándolo seguir.

—El caso es que, cuando nos señalaron a todos, fue evidente quién se había chivado. Con el tiempo enseñaste tu verdadero carácter. Te pasó algo, ni idea de lo qué, pero cambiaste. Empezaste a ser desagradable con todo el mundo. Di por sentado que te habías cansado de fingir que estabas con nosotros —finalizó, ya no tan seguro de quién los había traicionado.

Solo quedaba una y creía saber qué relación tenía con Sergio, tal y como la había tratado cuando pensó que era ella.

—¿Y Diana?

—Mi novia —respondió entre dientes—. Me la jugó, así que los datos que pueda tener no son más creíbles que los tuyos. Las tres os conocíais a través del grupo y estuvisteis bajo el mismo techo en más de una ocasión. Por lo demás, ni siquiera erais amigas.

Si se duplicaba, coincidir o no en un mismo lugar no era indicativo de nada y le pareció lógico que no se hicieran amigas. Tenía que ser complicado mantener tres personalidades, cuanto más ponerlas a tomar café juntas. Incómoda, intentó centrarse en los recuerdos por más que Sergio ya los conociera.

—Diana trabajaba para el grupo en el que yo estaba. Se presentó ante la doctora para venderle información, pero con la transferencia tendrían acceso a los datos del Zeva. No iba a delataros, aunque tampoco entiendo por qué demonios trabajaba aquí últimamente. Igual seguía infiltrada.

—No hagas eso —protestó Sergio, enfadado.

—¿Qué? —se sorprendió Alicia. Por cómo la miraba, supo que había cambiado de aspecto. En una de las pantallas vio que su imagen era la de Diana. Se apresuró en recuperar la de Eva.

Molesto, Sergio dejó su posición para fijarse de nuevo en los monitores, inmerso en un incómodo silencio.

Al margen de las diferencias que tuvieran, a Alicia le dio lástima Sergio. Sus cambios de aspecto lo tenían desconcertado, casi tanto como a ella, y comprendía que no supiera qué pensar. Todo era demasiado confuso, y tendría que estar muy preocupado por el paradero de su novia y de sus demás conocidos. La amnesia tenía de positivo que no echaba a nadie en falta, aunque también que sintiera unas emociones que no sabía a qué atribuirlas. En cualquier caso, de contar con sus recuerdos sería un momento muy duro. Tenía que hacer algo por animarlo.

—Oye, que igual la chivata fui yo, la suplanté para la ocasión y por eso la recuerdo… o la suplanté para trabajar aquí… —Cabía esa posibilidad y debía hacerle frente. Lo único, era casi imposible situar en esta versión a la adolescente de sus recuerdos.

La expresión de Sergio cambió de pronto, dando a entender que estaba más perplejo que enojado.

—¿Qué?

Preocupada, observó su reflejo encontrando aquel rostro más adulto de Natalia.

—Mierda —murmuró, antes de concentrarse para recuperar el de Eva.

Sergio se pasó las manos por el rostro.

—Será mejor que salgamos de aquí o terminarás volviéndome loco —dijo entre dientes.

Alicia asintió.

—¿Cómo?

—Me da lo mismo —respondió, pasándole la recortada, quedándose él con el revólver—. Al menos la ciudad la conocemos.

—Habla por ti.

Sergio meneó la cabeza, dispuesto a dejar la sala.

—La conoces. ¿Cómo si no llegaste a mi jodido piso?

Alicia recordó la sensación familiar y agradable que la asaltó en el ático, cómo reaccionó Zar, reconociéndola pese al cambio de aspecto. Tal vez Sergio no quisiera ver las evidencias, pero cada vez parecía más factible que ella fuera Diana en todo momento.

De nuevo, con la impresión de que no era del todo sincero, dejó de lado las visiones para indagar en la versión que Sergio tenía. Alguien los había delatado. El mal ya estaba hecho y lo importante era dejar la ciudad, pero sentía que eso era una pieza fundamental del puzle.

—Para ti soy Eva, eso está claro. Bien, ¿por qué iba a delataros? —preguntó. No pensaba dejar el laboratorio hasta tener las cosas medianamente claras. Eva era amiga de esa gente, nada justificaba la traición.

Sergio no respondió al momento.

—Eso es cosa tuya, yo solo puedo decirte lo que pareció.

Alicia estaba cada vez más segura de que le ocultaba una parte importante.

—¿Y Alicia? Si estaba al tanto de lo vuestro y os dio la patada, ¿por qué no desconfiaste de ella?

La expresión de Sergio volvió a convertirse en amenazadora y ella no pudo evitar dar un paso atrás.

—Sé por dónde vas y tienes que estar de broma. Una cosa es duplicarse, otra ser cuatro personas distintas. Que las hayas suplantado en algún momento, puede ser, pero las tres han estado juntas en el mismo sitio así que vete aclarándote.

Alicia tuvo que moverse para que no la arrollara de camino a la puerta. No se iba a dejar intimidar. Eso era justo lo que él quería y no pensaba darle el gusto. Frustrada, sacó el colgante.

—¿Cómo quieres que me aclare? Dices que tengo el aspecto de Eva, pero aquí pone que soy Alicia. Veo cosas relacionadas con Natalia y con Diana. ¡Y tú no estás siendo claro! Te lo repito. ¿Qué pasó con Alicia, Sergio? ¿Sigues creyendo que no tenía habilidad alguna?

Sergio la miró por encima del hombro mientras salía.

—Jamás hubo indicios de que las tuviera y en los últimos encuentros parecía reacia a las nuestras.

Alicia le dio alcance dispuesta a adelantarlo y abrir camino.

—Apuesto a que las usabas contra ella —murmuró al pasar a su lado.

Agarrándola del brazo, Sergio la detuvo y la obligó a mirarle.

—Jamás las utilicé contigo hasta hoy.

Le sorprendió cuánto lo había ofendido, pero se rió, soltándose de un manotazo.

—¿Y tengo que creerte?

Una corazonada la asaltó, como si algo la llamara a gritos. Se olvidó de Sergio y miró en ambas direcciones en el extenso pasillo, dispuesta a localizar lo que fuera. En lugar de volver a la recepción, caminó en dirección opuesta.

—¿A dónde diablos vas? —preguntó Sergio.

—No lo sé —respondió sincera, antes de detenerse frente a una especie de ventana. Gracias a la puerta bien cerrada, la amplia sala quirúrgica tenía un aspecto impecable. Ante sus ojos, el espacio desierto cobró vida arrastrándola por completo.

RECUERDO 2: EL CLON

En el quirófano, una mujer y un hombre, ambos con la ropa cubierta por batas blancas, se situaban a cada lado de la camilla sobre la que descansaba una adolescente.

—¿Qué significa esto? —preguntó el Doctor, contrariado—. ¿No es esa la niña que devolvió a la zona de pruebas?... ¿la que murió? —añadió muy nervioso, pasando sus ojos de la mujer a la adolescente dormida.

Con una amplia sonrisa, la Doctora asintió.

—Más o menos.

—Explíquese, doctora Ramírez.

La mujer, muy calmada, lo hizo.

—Como usted indicó devolví a la niña, pero no podía dejar pasar algo semejante sin investigarlo a fondo. No me dejó muchas alternativas, tuve que copiar su código genético. Puede relajarse Doctor, nadie echará en falta a esta menor o, en este caso y tras su muerte, su cuerpo. Esta muchacha que tiene delante no existe.

Perplejo, el Doctor reparó detenidamente en la joven.

—¿La ha clonado?

—En efecto —corroboró la mujer—. No es idéntica, o al menos no lo serán todas sus habilidades, pero sí gran parte, y lo mejor es que creo que esta copia admitirá variaciones externas.

El médico la miró suspicaz.

—¿Qué está tramando?

—No sea ingenuo, sabe que existe una organización que quiere nuestra cabeza. Con ella pretendo encontrarlos.

El hombre no terminó de entenderla.

—Por el amor de Dios, Doctora, concrete. Sabe que no soporto que me suelte la información a cuentagotas.

Mientras observaba un par de monitores, la mujer fue clara.

—El original está relacionado con esa organización y hasta me aventuro a decir que, como su hermano, no está muerta.

—¿De dónde ha sacado esa hipótesis?

La mujer puso su mano sobre la cabeza de la adolescente.

—Tal vez no comparta todas las habilidades de la original, pero si sus recuerdos. Están conectadas. Junto con la clonación, otro de los proyectos de nuestro gabinete estudia el modo de rebuscar en las mentes de sujetos que no están interesados en revelar información. Ella me pareció un buen candidato en pruebas y de ahí lo que le he dicho. No hay forma de comprobar si es cierto, es más, nos será difícil dar con la original. Al parecer puede adquirir cualquier aspecto. Lo único que tengo es un nombre que, si somos pacientes, podrá conducirnos hasta nuestros enemigos.

El doctor no las tenía todas consigo.

—Es muy buena en su trabajo y también efectiva. Eso lo valoro. Lo que no me gusta es correr riesgos y usted suele hacerlo.

Confiada, la doctora se volvió hacia una de las mesas para hacerse con un extenso dosier. Aquel hombre era su jefe y, sobre todo, un colega de profesión. Con los datos que tenía, hasta el más precavido aceptaría su procedimiento.

—La cambiaremos por completo, nadie imaginará siquiera que es una copia, ni ella misma. Con los detalles recabados no podemos señalar a los miembros de esa organización de forma individual, pero sí sabemos cómo encontrarlos, y haremos que ella acabe entre sus filas. Estarán ligadas original y copia, formará parte de su entrono y, cuando llegue el momento, la recuperaremos, la instruiremos y la convenceremos, para que pueda controlarlos a todos y ponérnoslos en bandeja.

24— ACTÚA

La voz de Sergio sonó como un gruñido, sacándola del trance.
—Esa pinta aún me gusta menos.

De regreso al presente, el quirófano volvió a aparecer desierto y se sobresaltó al ver que su reflejo era el de la doctora Ramírez.

Sergio volvió a hablar.

—La recuerdo. Es la jefa del proyecto.

Alicia asintió y recuperó su aspecto. Su voz sonó tan débil como lo estaban sus piernas.

—Lo sabían —murmuró—. Lo sabían desde el principio.

—¿De qué hablas?

Alicia se sostuvo la cabeza para ordenar sus datos. Había dos Natalia y aunque se afanaba por creer que era la que había huido, cabía la posibilidad de que fuera la clonada.

—Era un maldito cebo —reconoció, frustrada. A cada detalle su existencia se volvía menos útil.

Un ruido metálico contra el suelo, como algo rodando, los puso en tensión. Para Alicia fue una buena forma de salir de sus cavilaciones. El sonido procedía del final del pasillo. La curva que hacía les impidió ver qué lo había originado.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Sergio, agarrándola del brazo y tirando de ella.

Sin oponer resistencia, Alicia lo siguió todo lo deprisa que pudo, recordando lo que les faltaba.

—Si vamos a salir ahí fuera, creo que necesitaremos más armas. —Tras lo descubierto en la sala de monitores, en su cabeza veía las calles y el acceso al edificio plagado de todo tipo de criaturas.

—No tenemos armas —le recordó Sergio impaciente. En cuanto llegaron a la centralita, la soltó.

Alicia se clavó en el suelo.

—Yo tenía una bolsa… lo dejé en el mostrador de información,

arriba —recordó. En la primera incursión al edificio la llevaba con ella. Aquella bestia la hizo salir demasiado deprisa para echar algo en falta.

—Si te refieres a la bolsa con la que te presentaste en mi piso la primera vez, no está arriba. Ya estuve allí y la habría visto. Para la segunda visita, la menos cordial, regresaste sin la bolsa, solo tenías el revólver —le explicó, adentrándose en el pasillo de acceso al ascensor y deteniéndose ante el socavón para dejarla subir primero.

Dándole vueltas a eso, Alicia sorteó los restos retorcidos del elevador y alcanzó la escalera lateral por la que había bajado. Estaba segura de que apoyó la bolsa junto al mostrador, le pesaba demasiado. Si no estaba era porque alguien se la había llevado.

—Aquí llegué con la bolsa y sin el revólver —aseguró, nerviosa.

Sergio no pareció sorprendido.

—¿Te desdoblaste?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —protestó Alicia, poniendo especial cuidado en una zona en la que los escalones estaban torcidos —. Cuidado aquí. Ni siquiera sabía que podía hacer algo semejante, ni noté nada.

—No lo entiendo. Todos nosotros podemos reconocernos, intuimos a los que son peculiares, pero tú no transmites nada, nunca lo has hecho.

Sin resentirse demasiado por el esfuerzo, Alicia bajó un poco el ritmo con el que estaba trepando por los escalones para aprovechar que su colega estaba receptivo. No pasó por alto que le estaba hablando como si de verdad fuera Alicia, no como Eva. Estuvo a punto de resaltar que si Alicia era Natalia, sus poderes eran tremendos, pero prefirió seguir indagando.

—¿A eso te referías? Cuando viniste a por Elián y el niño, les dijiste algo como «me reconoces». —Un par de cables chisporrotearon a la altura de su brazo. Iba a avisarle de esto, cuando lo vio esquivarlos. Apenas lo contempló un segundo, pero era evidente que le estaba costando seguirla. Ella también estaba cansada, un poco, pero al parecer era más ágil.

—Sí —respondió Sergio

—Me dijiste algo como personalidad múltiple. Que tenía tantas

identidades que era normal que no supiera quién era.

Para su sorpresa, Sergio rio.

—Ni de lejos me refería a que te desdoblaras. No encontramos otra forma de explicar tus cambios de humor o tu traición, creímos que te habías infiltrado entre nosotros, que no eras quien decías ser. Al principio resultaste un encanto y luego una autentica zorra —explicó, sin diplomacia alguna—. No tiene sentido que seas de los nuestros.

Para él volvía a ser Eva y notó cómo sus fuerzas empezaban a fallar ante la idea que empezaba a formarse en su cabeza. ¿Y si ella era la copia? Quizá la verdadera Natalia hubiera vuelto a cambiar de aspecto, a adquirir otra identidad, como Eva o Diana. De hecho, tenía sentido que fuera Diana, mucho más que la versión de Alicia que Sergio le daba, ya que Diana estaba relacionada sentimentalmente con él, como lo estuvieron de niños.

Tal vez por eso Alicia estuvo poco tiempo con ellos. No los abandonó, solo descartó una copia. Le dio un par de vueltas a ese pensamiento. Si podía duplicarse, no sería de forma permanente, tal vez tuviera un tiempo limitado para ser dos personas. Y si ahora Natalia era Diana, Sergio tenía razón y Eva era la traidora.

De ser cierto, tenía sentido que las viera a todas. Natalia el original, Alicia la primera imagen que adquirió, Diana la siguiente, y Eva, la copia.

Antes de ser asaltada por el absoluto fatalismo, recordó el encuentro con Sergio en el callejón. En esa visión ya era Eva para él, pero lo que le susurraban al oído no indicaba que estuvieran en bandos distintos. La esperanza volvió, tal vez Diana sí fuera la traidora, desde luego tenía sentido si trabajaba allí, aunque el encuentro con la doctora echaba por tierra que colaborase con los laboratorios, al menos voluntariamente. Ni se le pasó por la cabeza compartir sus quebraderos de cabeza con Sergio. Mientras albergase alguna duda sobre su inocencia conservaría su colaboración. No podía permitirse el lujo de no contar con él o, peor, de volver a tenerlo en contra.

El final del trayecto estaba a solo un metro.

Temblorosa, Alicia se movió con cautela. El profundo silencio y la incipiente claridad no la relajaron lo más mínimo ahora que sabía todo lo que podría haber fuera. Quería asomarse pero se mantuvo

inmóvil, incapaz de salvar el escalón que le permitiría echar un vistazo. Estaba asustada por todo.

Sergio la agarró del tobillo y se sobresaltó. Al mirarlo, entendió por sus gestos que él se asomaría primero. No iba a discutir eso.

En equilibrio, con solo un pie apoyado en el escalón y una mano cerrada en el lateral metálico, Alicia le dejó todo el espacio posible que aun así resultó escaso. Tenerlo tan cerca la hacía sentir incómoda y violenta. La posibilidad de que Natalia fuera Diana implicaba culpa, como si hubiera estado jugando con sus sentimientos. Desvió el rostro en cuanto tuvo el de Sergio a un palmo.

Sergio pasó de largo y se asomó con extremo cuidado.

—Parece despejado —murmuró, antes de empezar a salir.

Alicia lo siguió. Las esquirlas y las puntas afiladas parecían deseosas de arañarla. Tal vez por impaciencia, Sergio la agarró por los brazos, izándola.

Hubiera protestado, pero le sorprendió demasiado encontrar la recepción en las mismas condiciones que en su última visita. Ni una sola amenaza, ni parecía que nada se hubiera movido por allí en las últimas horas.

—Dudo que esto sea algo bueno —dijo Alicia a media voz. Mientras sus ojos barrían el espacio, adelantó la recortada por si algo trataba de sorprenderlos.

Un ligero mareo la previno. Estaba a un paso de tener una visión. Quería avisar a Sergio pero no tuvo tiempo y, al parecer, no iba a hacer falta.

La sensación era diferente. Estaba consciente, en aquella recepción, pero también empezaba a adentrarse en ese recuerdo de forma gradual. Era como si las imágenes se solaparan, hasta que todo el protagonismo fue para la visión.

RECUERDO 18: EVA

No podía asegurarlo, pero sentía que el lugar pertenecía al laboratorio subterráneo.

Se encontraba en un pasillo estrecho con una única puerta de acceso. Una especie de corredor para presidiarios en el que las paredes eran tan grises como los barrotes, e igual de deslucidas. A cada lado, numerosas celdas equipadas con una cama y un retrete estaban abiertas de par en par. En ellas podían verse manchas oscuras, posibles restos de sangre.

La habían vestido con una especie de pijama negro de dos piezas que se ceñía a su cuerpo. La parte de arriba dejaba al descubierto sus brazos, en los que varias marcas indicaban pinchazos constantes.

Avanzó por el pasillo hasta alcanzar la puerta metálica. No contaba con ningún tipo de cierre. Con sumo cuidado, la empujó un poco para ver qué había tras ella. Lo que encontró fue un espacio inmenso lleno de desniveles, en el que un sinfín de científicos con sus batas blancas daban uso a ordenadores, mesas, monitores y demás aparatos. Estratégicamente colocados en las zonas más altas, un par de guardias uniformados y bien armados custodiaban el acceso a otra puerta, que supuso era la de salida.

Con una maldición, Eva retrocedió. Sin intención de rendirse, entró en una de las celdas. Sus ojos fueron al conducto de ventilación, no parecía fácil de abrir y tampoco tenía razones para creer que le serviría como salida. No podía perder tanto tiempo. Volvió al pasillo y reparó en el falso techo, bastante bajo y ennegrecido por la humedad. Colarse en él le pareció más prudente que seguir expuesta.

Fue de una celda a otra, en busca de algo con lo que valerse para hacer un agujero, hasta llegar a una de aspecto abandonado. En esa, el lavabo se sostenía sobre un canalón grueso cubierto de oxido. Lo agarró con ambas manos y tiró con todas sus fuerzas hasta arrancarlo. Había hecho demasiado ruido, debía moverse más rápido.

Usó la tubería, golpeó la zona del techo con más humedades. Logró agrietarlo. La arenilla que le caía encima se le metía en los ojos y en la nariz, pero no se detuvo y consiguió abrir un agujero lo bastante amplio para colarse.

Dejó la barra en el suelo y tomó impulso. Al saltar, sus manos se cerraron sobre la escayola, pero el falso techo cedió deshaciéndose en pequeños trozos. Volvía a estar en el suelo bajo un agujero más grande que le permitió ver unas cuantas tuberías entrelazadas.

Sin prestar atención a los restos que dañaban sus pies descalzos, tomó carrerilla e impulso, y logró agarrarse con las manos a una de las cañerías más gruesas. El metal se resintió, vibró, y Eva estaba segura de que iba a ceder, pero, al final, aguantó su peso.

Con los brazos en tensión al tener que izarse, coló la cabeza por el

agujero. La distancia entre los conductos metálicos y el hormigón de los cimientos era muy justa, pero serviría. Levantó las piernas hasta introducir todo su cuerpo en el hueco que dejaba el falso techo. Sudorosa y agotada, cruzó los pies como pudo sobre el grueso de cañerías, para repartir su peso y que le fuera más fácil desplazarse. Debía poner especial cuidado en que su espalda no tocara la pieza de escayola, y en sortear las fijaciones al forjado. Iba a dejarse la piel, literalmente, pero no tenía alternativas. Algunos de los tubos ardían. Apretó los labios para no dejar salir el menor quejido. La sensación de claustrofobia quiso paralizarla, contuvo las lágrimas. Se obligó a no ceder, y avanzó casi abrazada a las tuberías.

Le costó situarse al mirarlo todo del revés. Tras los primeros metros, se animó un poco al ver que podía acceder a la gran sala contigua. Iba a tener que dar un rodeo considerable si pretendía salvar el enorme laboratorio al amparo de las paredes. No podía demorarse tanto, necesitaba un atajo.

Al llegar a la altura de la puerta que separaba celdas y laboratorio, buscó alternativas que hicieran más rápido su camino. Encontró una a pocos metros. Uno de los paneles que formaban la pared divisoria quedaba sobre una viga de hormigón que atravesaba la sala, varios metros por encima. Ascendió con dificultad dispuesta a alcanzarla, como si trepase por un esquelético árbol. Las cañerías más viejas crujían bajo su peso y el metal, el cemento, las fijaciones y las juntas arañaban su piel, pero no se detuvo. Una vez alcanzó la viga, se fijó en su cuerpo. Estaba cubierta de heridas, y también de polvo. Si este caía encima de algo o alguien llamaría la atención. Sobre el firme cemento, se sacudió el pelo, la piel y la ropa como pudo, antes de desencajar el panel con toda la delicadeza que le fue posible. Tenía que ir despacio pero el tiempo apremiaba. Un ataque de tos la hizo ocultarse del todo, amortiguar los sonidos con ambas manos, y los espasmos casi la hacen perder el equilibrio. Tenía la garganta tan reseca que no le quedaba saliva. Volvería a toser, y solo esperaba que todos estuvieran tan concentrados como aparentaban. Tenía que seguir. Se coló en la sala con lentitud, para evitar que el movimiento alertara a los de abajo.

De vuelta a un espacio amplio, se sintió expuesta. Controlando el temblor de sus dañadas manos, volvió a encajar el panel, se tumbó boca abajo, y se concedió unos segundos para recuperar el aliento y amortiguar la tos. El miedo a ser descubierta intentó paralizarla del mismo modo que la claustrofobia. Sacándose ese pensamiento de la cabeza, miró al frente. Era un atajo y aún así le llevaría horas arrastrarse hasta la otra punta.

Reptó durante una eternidad sin atreverse a mirar hacia abajo, deteniéndose cada vez que tosía. Cuando llegó al otro extremo, para salir usó uno de los conductos de ventilación, no tan bien apuntalado como los de las celdas. Procedió con la misma lentitud y el mismo cuidado, hasta colarse en las estrechas galerías metálicas comunes a todo el edificio,

dando gracias al aire fresco.

Gateó rápido y sin hacer ruido. Necesitaba salir de aquella ratonera, alcanzar el pasillo que llevaba directamente al ascensor, pero su curiosidad le impedía ignorar lo que había en las distintas salas por las que pasaba, hasta que una en concreto la obligó a pagar.

Se trataba de un quirófano en el que parecían haber dejado una operación a medias. Estaba desocupado, con una camilla en su centro cubierta por una sábana sucia, las mesas con el instrumental, y una mesa metálica en el lateral que sostenía diversos aparatos y donde los pinchos para contar sostenían un par de vendas y tres gasas. Sus ojos fueron directos a la pequeña nevera que había cerca del acceso, y cuya puerta de cristal dejaba ver unos viales llenos de un líquido verde.

Esperanzada, desmontó el correspondiente respiradero. Saltó al interior como un gato, agazapada para no ser vista a través de la amplia ventana que daba al pasillo. No se veía movimiento, pero dudaba que fuera a estar sola mucho rato. Se hizo con una jeringa que encontró en un carro para instrumental, reventó el cierre de la nevera y tomó uno de los viales. Con una sensación de euforia, cargó la jeringuilla con el líquido verde y se lo inyectó en el brazo.

Supo con total certeza que la sustancia se estaba mezclando con su sangre por los intensos pinchazos y calambres que agitaron cada músculo y cada órgano. Era lo más doloroso que había soportado nunca, su cuerpo parecía arder. Se mordió la mano para no gritar, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Se hizo un ovillo en el suelo. La aguja y el vial resbalaron entre sus dedos y fueron a parar debajo del carro de yesos que estaba colocado junto a la pared.

Cuando la sensación empezó a remitir, intentó incorporarse para volver a la seguridad del conducto de ventilación, pero todo parecía dar vueltas.

La familiar voz del doctor le llegó con claridad desde el pasillo. Por si no pasaba de largo y decidía entrar en la sala, se desplazó como pudo situándose de forma que, al abrir la puerta, esta ocultara su posición.

Tenía la visión borrosa, necesitaba algo con lo que defenderse, pero apenas reconocía su entorno. La mesa de instrumentar le parecía a kilómetros. La mesa de Mayo estaba a su lado, estiró una mano aferrando lo primero que encontró entre el instrumental que descansaba sobre el paño verde.

El pomo comenzó a girar. Eva no supo si la angustia provenía de lo que acababa de inyectarse o de encontrarse con aquel hombre.

—No hay tiempo, él helicóptero saldrá en unos minutos —dijo el doctor al entrar en la sala.

Para suerte de Eva, cerró la puerta tras él y fue directo a unos archivadores blindados. No fue hasta volverse para salir que la vio. La sorpresa, el miedo y la incomprensión se adueñaron de sus facciones.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó casi sin voz.

Eva no respondió, apenas le quedaban fuerzas, estaba muy atontada y sabía bien en qué emplearía la poca coordinación que tenía.

El Doctor se relajó al verla temblorosa, encogida en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho, la vista desenfocada y sudando profusamente.

Sin rastro de sorpresa o preocupación, se acuclilló ante ella.

—Veo que te has inyectado el suero. No te recuperarás a tiempo —aseguró con regocijo—. Eres imbécil. Viniste a salvarlos, pero no pudiste hacer lo mismo por ti. Tengo una mala noticia: en un par de días, todos habréis muerto. Nosotros, nos largamos.

Eva se obligó a sonreír.

—Tú no irás a ninguna parte —aseguró, devolviendo la preocupación a los ojos del hombre.

Sin darle tiempo a separarse, sujetó con fuerza el escalpelo que había cogido de la mesa y, en un solo movimiento, le cortó la garganta.

25— REACCIONA

Alicia salió de la visión con el recuerdo del dolor en el cuerpo, y la sensación de la sangre salpicándole el rostro. Impresionada, gritó y dio un paso atrás.

A tiempo, Sergio la agarró, evitando que se clavara o tropezara con los salientes metálicos del ascensor, que la harían trastabillar y caer por el agujero. Atrayéndola contra él, le tapó la boca por si volvía a gritar. Observó cada recoveco, como si hubiera escuchado algo.

—¿Y ahora qué? —susurró.

Alicia apartó la mano que le impedía hablar. Agradecía que la tuviera agarrada, aún temblaba de pies a cabeza y tenía el estómago revuelto.

—Yo maté al Doctor —confesó, sin la menor idea de cómo sentirse.

Sergio la miró con incomprensión.

—¿Y? —preguntó molesto—. Era un cabrón. ¿Por qué demonios tiemblas? —se impacientó, soltándola.

Alicia tuvo que extender los brazos para guardar el equilibrio. Era como si el efecto de aquel líquido verde persistiera.

—Estaba abajo, encerrada… antes de todo esto —compartió, aturdida—. No trabajaba para ellos. —Eso era lo único que le había quedado claro.

Era evidente que Sergio esperaba algo más.

—¿Cuál de todas no trabajaba para ellos?

Iba a responder, pero no supo qué decir. Ella no trabajaba para los laboratorios. El problema: no tenía ni idea de quién era ella. Intentó rememorar qué aspecto tenía. Solo recordaba la ropa, también había visto sus manos, pero estaban demasiado sucias, y ella demasiado alterada, como para deducir si eran tan pequeñas como las de Diana, o de tamaño normal como las de Eva. Tendría que haber prestado atención a los detalles.

—No lo sé —reconoció, bajando la mirada para no tener que hacer frente a la decepción del motorista. Por no saber, ni siquiera tenía idea de qué se había inyectado, ni por qué lo había hecho. Las

palabras del doctor eran confusas. Para recuperarse, eso era lo único que estaba claro, pero el suero le había provocado una sensación horrible, no una mejora.

Una especie de gruñido los obligó a olvidar lo que no formara parte de ese momento. Alicia lo reconoció al instante y entendió por qué no encontraban ninguna amenaza. La bestia de pelaje negro debía guardar bien su territorio de otros depredadores.

Sergio le dio un empujón para que se moviera y señaló la recepción. Con todo el sigilo que permitían los cristales esparcidos por el suelo, alcanzaron el mostrador y se ocultaron tras él.

En vista de lo que aquella cosa había hecho con el ascensor o el acceso al sótano, la mesita circular era una solución muy poco auguradora. Su recortada o el revólver de Sergio tampoco iban a servir de mucho. Lo único que podría salvarlos era que el animal no se acercara a ellos. Si no los localizaba, no sería una amenaza. El gruñido se había escuchado cerca, pero Alicia esperaba que su territorio fuera equiparable a su tamaño, y también debían contar con que el silencio de la ciudad volvía engañosos los sonidos. No tenía que estar en las inmediaciones. No tenía porqué fijar su atención en el edificio.

El andar pesado de un animal grande les llegó con claridad. El replicar de sus garras contra el vidrio les permitió situarlo en el recibidor.

—Tal vez… —murmuró Sergio, dejando el revólver a un lado.

Confundida, Alicia lo miró contemplarse las palmas de las manos con expresión concentrada. Por si su colega se había vuelto loco, cogió también su arma.

Una especie de chispazo formó un pequeño rayo azulado que destelló entre las manos de Sergio, pintándole una sonrisa entusiasta en el rostro.

Alicia no compartió su ánimo. Si quería pelear contra esa cosa necesitaría alto voltaje, pero el motorista parecía demasiado obstinado para pensarlo. Porque alguien debía mantener la sensatez, siguió atenta a los sonidos. Podría jurar que el animal estaba cada vez más cerca. El ruido logró que lo ubicara al otro lado del mostrador. Probablemente se guiaba por el olfato. Estaban perdidos.

Un profundo resoplido le heló la sangre. Los papeles que estaban sobre el mármol volaron sobre su cabeza.

En un parpadeo, las armas desaparecieron de sus manos.

—¡Eh! —se oyó gritar a sí misma desde la otra punta de la entrada.

Tenía que haberse duplicado. Alicia se volvió hacia Sergio, pero este ni se molestó en mirarla. Quería asomarse, comprobarlo con sus propios ojos. El gruñido del animal la obligó a mantenerse a cubierto. El suelo retumbó con su galope, al compás de las ráfagas de disparos.

Sin perder de vista sus manos, Sergio se puso en pie y Alicia lo imitó.

La escena la afectó. El animal se arrojó contra una réplica suya, idéntica, que cedió bajo el voluminoso cuerpo. Las armas se estrellaron contra el suelo y su duplicado empezó a gritar de dolor en cuanto las garras y los dientes se hundieron en su carne.

Las nauseas doblaron el cuerpo de Alicia y se apoyó en el mostrador para no caerse. Tuvo que apartar la vista, y encontró el rostro de Sergio con expresión decidida.

Con un sonido eléctrico, varios rayos salieron desde las manos del motorista. Al impacto contra el cuerpo del animal, este soltó un alarido terrible, antes de derrumbarse mientras el recibidor se impregnaba de un olor asfixiante.

—Increíble —se felicitó Sergio, con la respiración entrecortada.

Mortalmente pálida, Alicia tenía mucho que objetar al respecto.

Ensimismado con su logro, Sergio le sonrió.

—Es bueno que puedas hacer eso.

Alicia respiró profundamente. Una mala idea. El olor a carne y pelo quemado lo anegaba todo. Cogiendo aire por la boca, se soltó del mueble y se enderezó.

—Sería mejor si fuera algo voluntario.

Sergio se encogió de hombros y salió de detrás del mostrador.

—Mientras lo hagas, el cómo es lo de menos. Aprovechemos la calma, no creo que dure.

Siguiéndolo, Alicia se encogió al ver su cadáver mutilado y con diversas quemaduras. Fue incapaz de acercarse. Por el contrario,

Sergio fue directo para coger las armas. Tras comprobar los cargadores, las soltó a desgana.

—Vacíos.

Sonó como una protesta, pero Alicia no iba a replicarle. Intentó seguirle el ritmo de camino a la salida. Avanzaba rápido, agitado. Abría y cerraba las manos. No sabía qué le pasaba por la cabeza, pero juraría que volvía a estar demasiado pálido.

—Apura —protestó Sergio.

Aligeró el paso. También ella quería dejar el lugar lo antes posible. Le pareció que él trastabillaba, como si le fallase una pierna, pero se recuperó tan rápido que no le dio importancia.

—Es la segunda vez que me veo muerta, no es agradable —susurró.

No supo si la había escuchado. En la puerta principal, Sergio observaba los restos de una moto destrozada, esparcidos por el jardín delantero. Aunque era difícil reconocerla, Alicia dio por sentado que era la suya.

Diversos ruidos y graznidos sonaron próximos. Tenían que irse. Los nuevos habitantes de la ciudad no tardarían en disputarse el territorio que acababa de quedar libre.

Alicia se preocupó por esas amenazas, pero también por cómo iba a tomarse Sergio la pérdida de su vehículo. Por su expresión, no parecía afectarle demasiado. Al fijarse bien, tuvo la impresión de que en lo último que él pensaba era en la moto.

26— TANTEA

Sergio tenía los ojos puestos en los trozos de chatarra. Sin embargo, el vehículo le traía sin cuidado. Estaba cansado, la carga de energía empleada le estaba pasando factura. No quería que ella lo viera débil, podría aprovecharlo. Forzar el buen trato cuando lo que quería era descuartizarla él mismo se volvía aún más difícil. No la quería cerca, fuera quien fuese, pero no podía alejarse demasiado o corría el riesgo de que volviera a jugársela. Además, ni siquiera sabía bien a qué atenerse, no quería creer la respuesta más evidente. Todo era inverosímil, confuso. Empezó a dolerle la cabeza, quizá del esfuerzo por usar su habilidad eléctrica, o de pensar demasiado. Moverse a pie era justo lo que no necesitaba, pero la moto estaba inservible. Podía haber sido arrollada por el animal o por cualquier otra cosa.

Pensar en animales lo llevaba a preguntarse qué había sido de Zar. No había sido el mejor dueño del mundo, pero eso no implicaba que no le preocupase su bienestar. Cada vez se veían menos animales comunes por las calles, eso le había llamado la atención, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza como para ahondar en ello. Después de lo visto en la sala de los ordenadores, eran varias las amenazas que podrían estar relacionadas con la ausencia de vida. No solo los seres ciegos. Ni los que vendrían.

Ni de broma saldrían con vida de esa. Y él perdía el tiempo pensando en el perro. Se lo repitió un par de veces y consiguió quitárselo de la cabeza.

Necesitaban un plan y mucha suerte. Lo primero lo tenía, al menos lo más inmediato. La suerte, era cosa de ella. Ser testigo de la forma en que se desdoblaba lo hizo replantearse su teoría. No se había duplicado exactamente, no cuando ambas partes tenían autonomía. Su amnesia hacía difícil estudiar su comportamiento, pero no resultaba tan insólito que pudiera ser dos personas diferentes. En tan poco tiempo, si dejaba de lado su aspecto, la reconocía perfectamente. Y, una vez más, se recriminó que había sido un completo imbécil por no darse cuenta.

—Pasaremos por el ático, allí tengo más armas. La próxima vez procura no derrochar tanta munición —le dijo, sin dejar de escudriñar la calle que se abría ante ellos.

—Que te jodan —farfulló Alicia.

Sergio le dedicó una mirada que para él sería bastante significativa, aunque a ella le fuera imposible descifrarla.

—Una suerte que viva tan cerca —se limitó a decir. No sabía de qué modo enfrentar la realidad. Era Alicia, estaba seguro. Algunos detalles lo habían asaltado, pertenecían a la época en la que vivieron juntos y si añadía los nuevos datos, las conclusiones podían señalar la evidencia de que no era tan ajena a la causa, ni le importaba poco estar engañándolo. No quiso pensar en eso, en los sentimientos que ella pudiera tener. En si estaba con él porque lo quería, o con otro fin. Lo importante era que Eva y Diana seguían sin encajar con ella. Y era imposible que fuera todas. Sin duda se volvería loco antes que entender la relación entre ellas. Para no caer en ello antes de tiempo, se repitió que ahora era su turno de jugar y despachar mentiras, hasta entender bien lo sucedido. No le resultaba fácil mentir ni tergiversar, siempre prefería ir de frente, pero era necesario tanto para no volver a ser engañado, como para no interferir frente a la amnesia. Quería que recordase todo, pero no quería influenciarla, ni confundirla. Esperaba no ceder a su impaciencia y poder seguir dándole datos puntuales, mientras se guardaba los relevantes.

Todo eso, si conseguían cruzar la calle sin que los matasen, claro. Era imposible saber si las cosas habían empeorado o no viendo las calles. Seguían igual de vacías y revueltas pero tenía la sensación de que faltaba algo. Al avanzar un poco más, supo el qué: la mayoría de los cuerpos no estaban.

Sin dejar de avanzar, Sergio observó carriles y aceras. Nada, ni un solo cadáver a la vista. Trató de buscarle sentido y solo pudo deducir que si los cuerpos estaban afectados por el contagio, si se aproximaban a las características de los seres ciegos, compararían la sensibilidad a la luz solar. Intentó visualizarlo, coger uno de los miles de cadáveres que vio esos días y devolverlo a la vida, quería estar preparado cuando apareciera alguno, pero era incapaz de imaginar cómo se moverían, o cómo serían. Recordó el dibujo de las criaturas que él solo presentía. Extremadamente delgadas, extrañas piernas arqueadas, brazos finos rematados en garras, cabeza pelada. Se estremeció. La similitud con el cuerpo humano estaba ahí, era indudable, pero tampoco podía imaginarlos en movimiento. Las preguntas se sucedieron. ¿Caminarían erguidos?, ¿se impulsarían con las manos como los simios? Con tan pocos datos, difícilmente podría pensar en el mejor modo de enfrentar a los miles de cadáveres perdidos. La incertidumbre logró que avanzara más rápido, sin importarle si lo seguía la silenciosa joven que caminaba a su lado igual de absorta. En el ático se armarían, cotejarían sus datos y podrían pensar con

claridad. Ella llevaba días por ahí fuera y también se encontró con ellos. Y lo hizo sin idea de lo que sucedía, por lo que, o bien tenía unos reflejos extraordinarios, o no eran tan difíciles de burlar como él pensaba.

Su único encuentro había sido de pasada y él estaba bien protegido. Recordaba ver unas ondulaciones en el aire y, como sabía a qué correspondían, no se movió lo más mínimo hasta que las perdió de vista. Habían asolado la ciudad en minutos, pero tal vez su mejor baza fuera solo su invisibilidad. De pronto, se sintió ridículo ante el pavor que manifestaba cada noche al pensar en las criaturas. Dio por sentado que serían letales, pero la base no dejaba de ser humana, por muy terrible que fuera su aspecto. En realidad, desconocía si eran rápidos o lentos. Al perderse los primeros ataques, no llegó a verlos en acción, solo los escuchaba desde el ático. Pensó en las extremidades inferiores, esas rarezas donde deberían estar las rodillas. Sería difícil que pudieran correr con las piernas tan torcidas. Pero la invisibilidad era una carta ganadora. Sergio se preguntó si los cadáveres también la poseerían. Era difícil saberlo, pero un detalle importante. Porque fueron muchos los muertos, y quizás por eso no pudieran verlos. Se pasó las manos por el rostro, aterido. La cabeza iba a estallarle. Trató de hacer memoria. Mientras estuvo encerrado en los laboratorios captó conversaciones que lo pusieron en sobre aviso de algunas cosas. Nada en relación con eso.

Se dispuso a preguntarle a ella sobre el encuentro que tuvo con los seres ciegos. No quería alzar la voz mientras estaban expuestos, pero la incertidumbre lo estaba matando. Una sensación extraña lo hizo tragarse cualquier palabra. Cada músculo de su cuerpo se tensó, sin la menor idea de por qué. Lo único claro era el inminente peligro.

27— OBSERVA

Alicia aminoró el paso en cuanto se aproximaron al edificio. Una desagradable sensación empezó a apoderarse de ella.

Sergio no tardó en tomar ejemplo.

—¿Notas… eso? —preguntó el motorista, como si no fuera capaz de ser más concreto.

—Sí —respondió Alicia. Tampoco ella entendía la alarma. Lo único que tenía era la corazonada de que iban a necesitar de todas sus fuerzas para llegar al ático.

Ante la puerta del edificio, Sergio se detuvo.

—Mucho me temo que vuelvo a tener vecinos.

Alicia no consiguió coordinar las palabras. Las señales venían de todas partes, cargadas de esa mala sensación. El olor a descomposición impregnaba el ambiente.

Con Sergio a la cabeza, empezaron a subir por la escalera con la espalda pegada a la pared y los ojos atentos a su alrededor. Ir desarmados los ponía más nerviosos.

No se escuchaba un solo sonido, pero Alicia podría jurar que en cualquier momento lo que ocupaba el edificio se les echaría encima.

—Espero que te luzcas, chispitas —le dijo Alicia, tragándose la angustia.

Sergio meneó la cabeza.

—No es fácil, necesito tiempo para recargarme.

Sin mucho más que decir, pasaron el primer piso sin incidentes. En cada paso ponían especial cuidado. Ganaban terreno sin más compañía que los sonidos que ellos mismos creaban, un escalón que crujía, algo olvidado en el suelo, el eco de sus respiraciones, y el temor que transpiraban.

A la altura del segundo rellano, sin saber por qué, Alicia cayó en un detalle: ella no podía ser el clon. Podía desdoblarse, cambiar de aspecto, y la Doctora había comentado que la copia no tenía las mismas habilidades que la original.

—¡Alicia! ¡Reacciona! —le gritó Sergio, devolviéndola a las escaleras.

Por puro instinto, ante el movimiento de algo que se le venía encima desde una de las puertas, Alicia lanzó una patada. Un hombre cayó rodando por los sucios peldaños, partiéndose el cuello con un desagradable chasquido.

Al volverse, encontró a Sergio agarrando a otro por la cabeza con un brazo. Con una llave, le giró el rostro hasta que el crujido del cuello, al romperse, lo hizo soltarlo. A sus pies había dos cuerpos más, otro hombre y una mujer, inertes y a medio descomponer.

Enojado, Sergio se encaró con ella.

—¿Qué coño te pasa? Sería un detalle que no te ensimismaras en estos momentos —la acusó, agitado por el susto y la pelea.

Alicia asintió con los ojos abiertos como platos. No sabía qué le había pasado, ni era consciente de haber estado tanto tiempo inmersa en sus cavilaciones.

—Yo…, lo siento.

Frustrado, Sergio le dio la espalda para seguir adelante.

Alicia lo siguió y aprovechó para echar un vistazo a los cuerpos. El olor provenía del estado de descomposición en el que se encontraban, y el de la mujer presentaba heridas de desgarro, quizás de los seres ciegos.

Ahora entendía lo del contagio. Sus atacantes no eran como las desagradables criaturas, pero el estado en el que estaban, sobre todo por la notable falta de pelo, los acercaba en aspecto. No tenía ni idea de cuánto tiempo podrían subsistir teniendo en cuenta que eran cadáveres. Si duraban bastante, podría ser que la propia putrefacción los deformara hasta convertirlos en los monstruos casi por completo.

En el tercer piso, volvieron a tener compañía. Si iban así, planta por planta, perderían las fuerzas. Sus atacantes no eran una amenaza hasta que los tenían encima. Entonces, se volvían muy violentos y contaban con una fortaleza inesperada, como si la proximidad les insuflara vida.

Alicia recordó lo vivido en el supermercado. La criatura que había ido tras ella pasó de estar desangrándose en el suelo a funcionar a pleno rendimiento.

El paso lento no les favorecería. Echaron a correr a la desesperada. Estaban desarmados y las peleas cuerpo a cuerpo solo los exponía a un peligro mayor. Como sospechaban, en cada planta había un par de cadáveres, descompuestos pero vivos.

Mientras no cayeran en su agarre conseguirían alcanzar el ático sin muchos problemas. Entre los dos, en equipo, abrieron camino. Atrás dejaban figuras torpes que se tambaleaban, tropezando en los escalones sin dejar de intentar darles alcance.

Sin resuello por la carrera, consiguieron entrar en el piso y cerraron la puerta con llave. Sin necesidad de hablarlo, usaron todo lo que el destartalado mobiliario pudiera ofrecer para formar una barricada, a la espera de que impidiera entrar a los del otro lado.

Incapaz de sostenerse en pie por más tiempo, Alicia se sentó en el suelo.

—Espero que tengas armas suficientes para salir de este edificio.

Sergio se perdió por el pasillo.

—Nos conviene ahorrar munición, saldremos por el tejado.

—Estupendo —lamentó Alicia. Agotada, se dejó caer de espaldas envuelta por los golpeteos contra la puerta de los vecinos que los habían seguido. No eran envistes, por ahora tampoco eran muchos, pero si todos los que habían dejado atrás empujaban para traspasar la madera, esta cedería de un modo u otro.

Sergio regresó cargado con una bolsa de deportes. Pensativo, la dejó sobre unas tablas que en otro tiempo habían compuesto una mesilla.

—Al menos no son invisibles.

Alicia lo miró desconcertada. Parecía un comentario hecho para sí mismo, pero intervino igual.

—¿Los… vecinos? —Todavía le costaba asimilar que eran cadáveres. Le pareció que hablaba de ellos, en relación a la infección que provocaban los seres ciegos, a los que no todo el mundo veía.

Sergio asintió mientras revolvía el contenido de la bolsa.

—Sí. Por lo menos podremos burlarlos. Oye… ¿Cómo sobreviviste al ataque cuando estabas sola?

Se encogió de hombros y volvió a cerrar los ojos, convencida de que le vendría de maravilla una siesta.

—Supongo que tuve suerte. Me había despertado, me moví despacio, no recuerdo bien porqué, y de pronto vi a una de esas cosas. Como para no quedarse paralizado. No sabría decirte qué me da más miedo, si que parezcan humanos o los ojos esos que tienen. Mucho fue por la corazonada, claro, nada de salir corriendo…, pero a medida que aparecían las otras, anda que no se hizo difícil…

Bajo la atenta mirada de Sergio, en la que le pareció ver una sorpresa que se esfumó al segundo, Alicia le contó todo el encuentro. Al terminar, el silencio los envolvió por completo, interrumpido solo por las llamadas a la puerta.

Otro dato que Sergio le estaba ocultando, ponía la mano en el fuego, porque dudaba que de pronto el contenido de la bolsa fuera tan interesante, y por lo menos lo había revuelto diez veces.

Lo dejó por imposible. Que meditara lo necesario, mientras ella descansaba. Cuando los párpados volvieron a cerrarse, el motorista habló.

—No entiendo lo de Zar.

Concentrada en recuperar las fuerzas, Alicia ni se molestó en abrir los ojos.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—El perro —aclaró Sergio.

Dio por sentado que iba a culparla a ella. Siguió con los ojos cerrados, no tenía ganas de aguantar reproches. El silencio la obligó a abrirlos. Sergio la miraba de forma extraña y no entendió el motivo. Estaba segura de que no había vuelto a cambiar de aspecto.

—¿De quién era?

—Mío —respondió Sergio.

Alicia lo vio sopesar opciones. No había terminado de hablar. Esperaba que lo siguiente que dijera fuera más importante. Zar le gustaba, ojalá estuviera a salvo, pero creía que ambos tenían asuntos un poco más urgentes.

—Tú me lo regalaste.

El tono que empleó le sonó raro, pero el motorista lo era bastante.

—Tengo buen gusto —se felicitó, resignada. El dato no era muy útil, hasta que entendió su significado—. Así que en realidad fuimos amigos.

—Algo así —rezongó Sergio, perdiéndose de nuevo por el pasillo.

Alicia le dio vueltas a la cabeza. Era agotador tener que descifrar cada palabra que salía por su boca. Algo le decía que no se estaba refiriendo a Eva. Si Natalia había estado muerta para él, hablaba de Diana o de Alicia.

Su cabeza se llenó de imágenes. Estaba con Sergio en la cama de matrimonio. Podía sentir con nitidez el peso de su cuerpo atrapándola contra el colchón. Sus manos acariciaban su piel desnuda y sus labios dejaban un reguero de besos desde su boca hasta su cuello. Ella se aferraba a su cuerpo con fuerza, encendida por el deseo que ambos manifestaban.

Con la respiración agitada, se incorporó hasta sentarse en el suelo, sin perder ni un ápice de aquel calor que había sentido. No le duraría mucho si tenía en cuenta que estaba desnuda. La melena negra que caía sobre sus hombros no era la de Eva, ni la de Diana. No necesitaba ningún espejo para comprobar que era Alicia.

Sergio volvió a aparecer con dos cascos de moto. El nuevo cambio aspecto logró clavarlo en el suelo.

—¡Me acosté contigo!

Pasada la sorpresa, Sergio se acercó a ella como si nada.

—Sí, varias veces. ¿Pretendes repetirlo? ¿Ahora? No me parece el mejor momento.

Alicia entrecerró los ojos. No tenía gracia. El enfado consiguió desterrar las emociones de la visión y le permitió recuperar su ropa, aunque no a Eva.

—Déjame adivinar: me dejaste por Diana y por eso crees que os traicioné.

Sergio chasqueó la lengua y le tendió el casco.

—No desconfié de ti como Alicia, desconfiaba de Eva. Además, me dejaste tú y sin muchas explicaciones. Llegué un día y habías

hecho las maletas. Terminaste viviendo con Carlos. Diana fue después.

Alicia se lamentó.

—¿Quién demonios es Carlos?

Sergio soltó una carcajada.

—Deberías recordarlo, a estas alturas lleváis juntos unos años. Al menos cuando me encerraron seguíais siendo pareja.

—¡Maldita sea!… No tengo ni idea… ¿Estás seguro?

Sergio le habló con aspereza. Su buen humor había desaparecido.

—Créeme que sí.

La tensión ya no tenía nada que ver con los vecinos que golpeaban la puerta y Alicia trato de bromear.

—Al menos te dejé el perro.

Sergio la miró receloso.

—Oh, sí, todo un detalle. La verdad es que fue Diana quien lo trató como se merecía.

Alicia se levantó, cogió el casco y esquivó su mirada.

—Cabe la posibilidad de que yo también sea Diana. —No tenía muy claro por qué le ofrecía la protección si la moto había quedado inservible.

—Lo dudo.

Desconfiada, Alicia lo miró y no le gustó lo más mínimo la sonrisa mordaz.

—Conviví con ambas, me acosté con ambas —puntualizó—. Aunque puedas cambiar de aspecto, créeme, no podíais ser más diferentes.

Sintiéndose como una idiota, con las mejillas encendidas, Alicia alzó el mentón orgullosa. Lo único que consiguió fue que Sergio ampliara su sonrisa.

—Salimos por el tejado, ¿no? —le dijo para cambiar de tema. Cada vez estaba menos segura de quién era. Se sentía incómoda por lo que pudiera haber compartido con él, y por esa presunta pareja a la

que ni siquiera podía ponerle un rostro.

Sergio rió socarrón.

—Eso parece —respondió, guiándola hasta una de las habitaciones.

28— ATIENDE

Entraron en un despacho aboardillado. Sergio fue directo hacia una ventana abatible y la abrió todo lo que pudo.

Alicia observó la habitación, ordenada y limpia.

—¿Por qué no me lo dijiste? Viví aquí, por eso me es todo tan familiar.

—Alicia fue la que vivió aquí —puntualizó Sergio, mientras colaba su cuerpo con agilidad hasta estar completamente fuera—. Aún no sé quién eres y este no es el mejor momento para debatirlo.

Lo único en lo que estaba de acuerdo era en el último punto.

—Me ocultas cosas.

Sergio le lanzó una mirada de advertencia.

—No eres quién para dar lecciones sobre sinceridad. Muévete.

A regañadientes, Alicia avanzó y sacó la cabeza. El aire le revolvió el pelo. Sergio estaba sentado sobre las tejas. Por muy seguro que pareciera, dudó poder sostenerse igual.

—¿Estás loco? —chilló, asomándose un poco más para comprobar la considerable caída hasta la calle.

Sergio señaló uno de los laterales.

—El edificio contiguo tiene una terraza que está casi pegada a este. Desde allí podemos acceder al garaje. Es compartido.

Una enorme chimenea le impedía ver el lugar del que hablaba. Tanto daba, ni en un millón de años reuniría el valor suficiente para darse un paseo por la cornisa.

—¿No se suponía que tu moto estaba destrozada? —preguntó Alicia para ganar tiempo y encontrar otra alternativa menos suicida.

—Esa no era mi moto —respondió Sergio, poniéndose en pie—. La robé. La mía esta a buen recaudo en el garaje, o debería estarlo —añadió, sin tenerlas todas consigo—. Da lo mismo. Sal, no hay otra opción.

Alicia lanzó un juramento y asomó medio cuerpo. Con las palmas

sudorosas, se sentó en el marco.

—¿Seguro? —insistió nerviosa. Tenía muy presente la caída desde el edificio de los laboratorios. Ahora, la altura era mayor y faltaba Elián para paliar los golpes.

Impaciente, Sergio fue hacia ella y la agarró del brazo.

—O te mueves o te muevo yo.

Alicia lo miró molesta y se soltó con un aspaviento.

—Eres todo amabilidad —replicó, sacando las piernas sin soltarse del marco de la ventana. Notó el tejado quebradizo bajo sus pies, o esa fue la sensación inicial. En cuanto consiguió mantenerse sin apoyo, agradeció su buen equilibrio. No parecía tan difícil.

Con Sergio cerca por si cualquiera de los dos resbalaba y había que sujetarse a algo, Alicia alcanzó a ver la terraza de la que le había hablado y le dieron ganas de golpearlo. La terraza *casi pegada al edificio* estaba a más de un metro.

—Hijo de…—masculló entre dientes.

Sergio se adelantó un poco más.

—Si lograste escapar de los laboratorios, seguro que has saltado distancias mayores.

Alicia suspiró abatida.

—Seguro y no sabes lo que me gustaría recordarlo todo para no agobiarme con esto —dijo, señalando el espacio. Si al menos hubiera margen para coger carrerilla no estaría tan intimidada. No confiaba tanto en sus piernas.

Sergio saltó primero. Lo hizo con gracia, como si la gravedad no le afectara y cayó de pie sobre las baldosas.

Alicia lo insultó en silencio. Que abriera los brazos como para recibirla la hizo enseñarle el dedo corazón. Para no seguir allí plantada en el saliente, tragó saliva y se impulsó, con intención de caer a su lado.

Con facilidad, Sergio rodeó su cintura con un brazo para que no se fuera de bruces.

—Te veo un poco torpe.

Alicia lo separó de un empujón. Notaba algo extraño a su alrededor.

—Que te cachondees de mí no ayuda. Me caías mejor cuando no me hablabas —le echó en cara, incómoda y enfadada, separándose todavía más.

Sergio la observó suspicaz.

—¿Qué te pasa?

Alicia se volvió en todas direcciones. Estaba muy molesta. No sabría decir si en realidad era con Sergio.

—Nos observan —aseguró entre dientes.

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Maldita sea!, ¡no lo sé! —le gritó Alicia. La rabia comenzaba a apoderarse de ella. —. Vámonos, solo sé que no es algo bueno.

A Sergio no le hizo gracia la orden, pero no dijo nada. Antes de seguir, abrió la bolsa que llevaba al hombro. Le tendió un revólver a ella y cogió para él una automática. De nuevo a la cabeza, puso rumbo a la caseta metálica que protegía las escaleras y el ascensor.

Algo pequeño se abalanzó sobre su cara y se lo quitó de encima de un manotazo. El dolor en el pómulo derecho lo hizo soltar una protesta. Al apuntar con el arma hacia su atacante, se encontró que no era más que un gato pardo. No tenía buen aspecto. Con el lomo erizado le bufó a Alicia sin intención de atacar. Lo primero que pensó era que lo había asustado y por eso se había echado contra él. Descartó la teoría cuando el animal volvió a localizarlo. Iba a por él. Al fijarse en su mirada encontró una similitud poco auguradora. Era la misma que había visto en los cadáveres del edificio. Estaba contagiado.

El gato no llegó a tomar impulso, Alicia se le adelantó y le disparó en la cabeza.

Con un gruñido, Sergio se llevó la mano a la herida. Bajo sus dedos notó tres cortes que sangraban.

—¿Por qué a ti no te ha atacado?

Alicia sonrió.

—Porque los animales presienten a los capullos —respondió

jocosa, tirando de la puerta para abrir—. Mejor voy yo delante no vaya a ser que tenga que defenderte de más mininos.

Sergio entró tras ella y cerró la puerta sumiéndolos en la penumbra. En el reducido espacio apenas se intuían los escalones que llevaban a las plantas inferiores y el ascensor. Las luces parecían funcionar, por lo menos no habían saltado las de emergencia.

—Te estás comportando como Eva —le dijo con todo su desprecio, hablando a media voz.

A Alicia, el tono le afectó, pero lo que la clavó en el suelo fueron los diversos flashes que colapsaron su cabeza. Eran tres panorámicas de la ciudad desde distintos ángulos y que tenían en común el edificio que acababan de dejar. Parecía una búsqueda frenética, y supo que se debían a la sensación de ser observada que la había asaltado.

—Creo que me he… triplicado, ahora mismo, buscando algo en los alrededores —susurró temblorosa. La rabia o el mal cuerpo que había notado en los últimos minutos se extinguió por completo.

Sergio la miró incrédulo.

—¿Triplicado? —repitió, sin ocultar su impresión. Recordó el cambio de actitud—. ¿Eso es lo que te vuelve tan… borde?

Alicia se pasó las manos por el rostro. Ni siquiera había caído en eso.

—No parece agradable tener ocho ojos y un solo cerebro. Creo que es un buen motivo para no derrochar encanto —respondió, masajeándose las sienes.

Sergio guardó silencio mientras pulsaba el botón del ascensor.

—Funciona. Corremos el riesgo de quedarnos encerrados, pero no creo que sea buena idea usar las escaleras. ¿Te suena de algo el nombre de Lucía? —preguntó como si nada.

Alicia dejó caer las manos y lo miró frustrada. Ahí estaba otra vez ese secretismo.

—¿Podrías compartir tus sospechas? Igual así terminamos antes —le pidió, ofendida.

Sergio negó con la cabeza.

—No quiero influenciarte. Tienes que recordar por ti misma, yo

solo puedo darte mi versión y eso lo condicionaría todo. Hasta ahora solo reaccionas al verte al límite. Dudo que te ayude facilitarte las cosas.

A Alicia le entraron ganas de gritar. Su argumento podría tener lógica, pero le parecía más importante avanzar al menos un poco y sola no iba a conseguirlo. Ni se molestó en replicar, él no iba a escucharla.

—No, no me suena Lucía. ¿También vivía con ella?

Sergio se rió.

—No lo creo. Digamos que ella era tu némesis.

Alicia prestó especial atención, aquello le sonaba de algo. Notó el chispazo de esperanza.

—Sigue.

—Ella estaba metida hasta el cuello en contra de los laboratorios y no lo ocultaba. Nos previno de lo que sucedería. Ayudó a Marcos a sacarme de los laboratorios y puso a salvo a la mayoría de los de la organización.

Alicia podía sentir la mirada de Sergio fija en su rostro, a la espera de cualquier tipo de reacción. A su pesar, no sabía de quién le estaba hablando. La sensación de familiaridad carecía de sentido, no estaba relacionada con esa chica. Fuera quien fuera, lo único que ella intuía era que Sergio le tenía respeto, de una forma casi reverencial. Si era una activista manifiesta podía entenderlo. Cayó en el detalle de que no hablaba de supervivientes, sino de una organización. No recordaba si lo había mencionado antes, podría ser. Ella pertenecía a una organización y, por algún motivo que se le escapaba, juraría que él no.

La llegada del ascensor los interrumpió. Por lo que pudiera haber dentro, ambos se pusieron en guardia y adelantaron sus armas. Un modesto espacio metálico sin adornos los hizo relajarse. Sergio sacó una llave del bolsillo y al entrar la insertó en la ranura situada bajo el panel con los botones de las plantas. Cuando Alicia estuvo a su lado, la giró.

—¿Te suena?

—Algo —murmuró pensativa y sincera. Le sonaba algo pero tampoco podía concretar qué, y aquella palabra, némesis, parecía la

clave.

—Tal vez solo recuerdes cosas importantes. Recuperarlo todo de golpe te freiría el cerebro.

Alicia asintió. Tenía la impresión de que la creía, no parecía poner en duda haberse triplicado, lo que volvía su certeza de no ser Diana, Alicia y Eva difícil de sostener. Quizá pensase que también era Lucía, pero ella lo descartó. Ni un solo recuerdo al respecto la dejaban de lado como posible identidad. De soslayo lo observó, por si conseguía adivinar algo en sus facciones. Lo único que encontró fue que los arañazos del gato estaban casi curados. Simples líneas en su perfil, que hacían pensar que la herida no era reciente. Iba a mencionar algo, no sabía muy bien qué, pero estaba segura de que la rápida cicatrización era digna de tener en cuenta. El ascensor se detuvo en ese momento y toda su atención fue para lo que hubiera tras las puertas metálicas. En cuanto se abrieron, dejaron la cabina como soldados bien entrenados, cubriéndose las espaldas y dirigiendo sus armas allá donde iban sus ojos.

El olor a humedad era fuerte y la poca iluminación convertía el garaje en un lugar inhóspito. La claridad que se filtraba por los ventanales rectangulares pegados al techo era insuficiente. Aún así, a ninguno se le ocurrió encender las luces por si llamaban demasiado la atención. La normalidad que habían encontrado durante el descenso se esfumaba. No había rastros de cadáveres, pero sí de violencia. Varios coches atravesados daban a entender huidas o llegadas frustradas.

Los únicos sonidos eran un goteo lejano, el efecto del viento al colarse por los ventanucos y las distantes carreras de las ratas. A excepción de los desagradables roedores, no parecía haber nada más en movimiento. Con todo, no bajaron la guardia, les había quedado claro que la ausencia de amenazas visibles podía implicar un peligro mucho menos manejable.

Una rata trotó por las gruesas cañerías del techo en su dirección y el ruido de sus uñas les hizo alzar las armas.

Las bajaron sonriendo por el susto, y el gesto quedó congelado en sus rostros cuando de uno de los travesaños del techo, con medio cuerpo resguardado, una criatura pelada de cabeza plana, extendió una viscosa lengua usándola como un látigo y enrolló al roedor, que, en un parpadeo, terminó entre sus fauces de dientes romos.

Sergio y Alicia se ocultaron tras la cabina que protegía el

ascensor, fuera de la vista de la nueva criatura. Su cuerpo musculoso recordaba a un perro grande, deformado. Era una de las cinco amenazas que esperaban encontrarse, y Alicia dudó que se alimentara solo de pequeños animales.

Una voz femenina se le metió en la cabeza:

«Siempre a la zaga, siempre siguiendo su rastro y quedándote con sus migajas…»

Alicia agitó la cabeza para despejarse. No estaba segura pero parecía la voz de la Doctora Ramírez.

Sergio la miró preocupado.

—¿Estás bien? —susurró, a la espera del posible efecto de sus palabras en las criaturas.

Alicia asintió, lo que era mentira. La voz volvió a adueñarse de su mente.

«…Ya es hora de que vayas un paso por delante…»

Un sudor frío empezó a cubrirle la espalda y la obligó a revolverse.

Sergio tampoco pasó esto por alto.

—¿Cuánto hace que no duermes? —murmuró Sergio.

Parecía que el malestar comenzaba a remitir. Más tranquila, Alicia no supo a qué venía la pregunta, pero respondió igualmente.

—Me he quedado inconsciente un par de veces, no sé si eso cuenta.

—No, no cuenta.

Quizás el simple agotamiento era el responsable de esa voz. El mensaje estaba tan sacado de contexto que podría suponer cualquier cosa o no ser relevante.

—La primera noche, unas horas. — Había sido en el supermercado del puerto. Sentía como si hiciera años de aquello.

—Normal que estés cansada.

—No estoy cansada, estoy oyendo voces…

«…su némesis»

El aire abandonó sus pulmones, el aparcamiento y Sergio desaparecieron, sustituidos por una sensación de asfixia que precedió a una visión vívida, en la que conservaba la consciencia.

RECUERDO 11: NÉMESIS

Estaba tumbada sobre una superficie mullida, probablemente un colchón, en lo que le pareció una celda. Las paredes laterales carecían de ventanas, eran sobrias y grises, como el techo, en el que reconoció un par de focos incrustados. La pared frontal estaba acristalada y le permitía ver un luminoso pasillo.

A su lado, sentada junto a ella en el borde de la cama, la Doctora Ramírez le apartó el pelo de la frente.

—Nos has sido de gran ayuda —dijo la mujer con una afabilidad desconocida, casi maternal.

Alicia quiso apartarse, pero no tenía control sobre aquel cuerpo. Que fuera Diana, Natalia, ella misma o alguien diferente le era imposible saberlo. Lo único que hizo la persona que ocupaba fue negar con la cabeza.

—¿Por qué no?, ¿acaso les debes algo? —protestó la doctora—. No eres normal y lo sabes. Recuerda.

Alicia prestó atención sin sacar nada en claro. La persona de la visión estaba demasiado mareada para conciliarse con sus cuerdas vocales. Lo único que pudo hacer fue parpadear aturdida.

—Colocaste el listón demasiado alto, o eso te empeñas en creer, porque se trata de una figura que no alcanzas. ¿No te das cuenta? Ni siquiera ella es lo que parece.

Pudo sentir las lágrimas nublando su vista, nada más.

—Te han menospreciado. ¿No es así como te sientes? Te lo contaré todo y, si quieres, te daré la oportunidad de vengarte.

Volvió a agitar la cabeza, como habría hecho la propia Alicia, que no pasó por alto un sentimiento de rabia que empezaba a apoderarse de aquel cuerpo.

—Te creyeron prescindible, nadie evitó que te cogieran. Así te ven, así te veían. Siempre a la zaga, siempre siguiendo su rastro y quedándote con sus migajas. Ya es hora de que vayas un paso por delante, ya es hora de que seas su Némesis —dijo la Doctora, influyendo en su frágil mente.

29— DEFIENDE

Sergio vio como ella ponía los ojos en blanco. Que mantuviera el aspecto de Alicia no le ponía las cosas fáciles y le era imposible tratarla como la desconocida que era. Por otra parte, las malditas visiones, los recuerdos, no podían aparecer en peor momento. Tenía que sacarla del trance.

—¡Alicia! —la llamó, dándole palmaditas en el rostro para que reaccionara.

Una especie de bufido animal sonó muy cerca. Había hablado demasiado alto.

—Por favor, Alicia, te necesito conmigo —dijo Sergio. Un golpe sordo parecía indicar que aquella cosa había aterrizado en el suelo. Una especie de succión le hizo recordar la inmensa lengua del ser.

Alicia abrió los ojos y tomó una gran bocanada de aire. Intentó fijar la atención en su rostro.

Sergio meneó la cabeza. Ella tenía la mirada desenfocada, seguía muy aturdida y en tales circunstancias sería más un estorbo que una ayuda.

—Quédate aquí e intenta recuperarte, lo entretendré —dijo dispuesto a dejar su escondite.

—No. —Alicia agarró su brazo para impedir que se enfrentara solo a la criatura, pero no logró retenerlo.

Sergio salió al descubierto, encontrándose a un paso de aquella cosa. Sin titubear, apuntó a la cabeza y disparó cuando la criatura recogía la lengua. El ser quedó inmóvil y un líquido rosado empezó a fluir del agujero que había dejado la bala.

Le pareció demasiado sencillo y observó su alrededor. Apenas tuvo tiempo de agacharse para esquivar otra lengua que chasqueó sobre su cabeza. La mala iluminación y lo rápido que había sucedido todo le impidió situar al animal correctamente. Disparó en la dirección de la que viniera el ataque, errando en el blanco y sintiendo como otra lengua más le cruzaba la espalda.

Con la cazadora y el suéter rasgados, cayó de rodillas bajo un intenso dolor que se extendió por todo su cuerpo. La vista empezó a nublársele. Tenía que recuperarse, había dos amenazas, pero no podía

localizar ninguna.

Disparó al aire para mantenerlas a distancia. Le pareció que aquellas cosas eran lo bastante listas como para usar de escudo los pilares y columnas del garaje. No les hacía falta atacar desde cerca, su larga lengua les confería una gran ventaja. El dolor de la espalda y el aturdimiento le sirvieron para suponer que portaban alguna clase de veneno.

Alicia salió a su encuentro con un arma en cada mano. Seguía aturdida, no se daba sacado esa sensación agobiante de verse encerrada en otro cuerpo, y ni siquiera logró herir a los seres. Entre su mala visión y lo bien que ellos resguardaban sus cuerpos le iba a ser imposible liquidarlas.

Lejos de ir a por ella, las criaturas se revolvieron en sus sitios haciendo serpentear sus lenguas al recogerlas. Parecían no tener la menor intención de buscarse problemas con ella.

Alicia lo encontró extraño, aunque lo agradecía. Si no iban a por ella, tenía la posibilidad de acercarse lo suficiente para hacer blanco, pero debía recuperarse. Su intuición le decía que en cuanto las atacara de forma directa no habría tregua.

Sin perderlas de vista, se acercó a Sergio para ver cómo estaba y trató de no mostrar su horror ante el corte que le cruzaba la espalda. Era una herida considerable, a juzgar por la cantidad de sangre derramada. Desprendía un olor fuerte y él parecía estar acusando la gravedad…

De forma súbita, cualquier malestar fue desterrado y se quedó clavada en el suelo, completamente alerta, presintiendo una amenaza mayor. Como si una especie de radar interno la guiara, ignoró a las dos criaturas y se centró en la rampa de acceso al garaje, iluminada por el sol de la tarde.

Siete personas, armadas con varios objetos punzantes y contundentes, descendían al mismo tiempo.

Sabía que estaban allí por ella y, también, que en cuanto se alejara de Sergio, las criaturas retomarían el ataque a su objetivo.

Con el pulso más firme que nunca, dirigió los cañones hacia las cabezas de los recién llegados y apretó los gatillos sin que le temblara el pulso.

Los disparos retumbaron en el espacio como cañonazos, dos

hombres cayeron al suelo, pero pronto volvieron a levantarse.

—¡Soy yo la que te necesita ahora! —maldijo Alicia. Los siete atacantes estaban cada vez más cerca, con aquellos ojos rabiosos puestos en ella.

Disparó a dos de ellos, que apenas se inmutaron, y una tercera bala fue para el estómago de la mujer que iba en cabeza. Su objetivo se tambaleó, pero el impacto no llegó a detenerla.

Las armas eran inútiles. Los tenía encima y solo había una forma de defenderse. Tenía que pelear, cuerpo a cuerpo como en el primer encuentro. Alicia rezó por volver a contar con la misma destreza.

Avanzó para dejarle cierto margen a Sergio. Él seguía de rodillas en el suelo y no parecía preparado para ningún asalto. Lo que menos necesitaba era verse en mitad de la refriega. Quizá él no fuera un objetivo, pero no podía correr el riesgo. Ya bastante tenía preocupándose por las dos criaturas que siseaban tras las columnas del garaje, ansiosas de que ella se alejara lo suficiente.

Confuso y mareado por la herida, Sergio se esforzó por enfocar la vista. Era incapaz de distinguir con claridad lo que sucedía a solo un metro, ni tampoco le encontraba demasiado sentido. Creía haberla escuchado pedir ayuda. Muy a su pesar, ahora, él era el estorbo.

Le pareció distinguir unas figuras grises que se iban abriendo en abanico cercando a Alicia. Era imposible que se enfrentara sola a ellos.

Sergio luchó por incorporarse, pero una y otra vez perdía el equilibrio. Estaba convencido de que todo se movía a cámara lenta, hasta que de pronto las cosas sucedieron demasiado rápido.

Lo poco que pudo percibir fue a Alicia demostrando una fortaleza y una destreza que minutos antes no tenía. Ella redujo a los cuatro primeros con una facilidad increíble. No podría asegurarlo, pero parecía estar llevando a cabo una puesta en práctica de llaves, patadas y puñetazos. En todos, el golpe de gracia era dado en el estómago. Los que siguieron en pie terminaron reducidos del mismo modo.

En cuanto la calma volvió a reinar en el garaje, la vio sentarse en el suelo con la respiración entrecortada. Iba a hablar, pero las fuerzas lo abandonaron antes de poder emitir una sola palabra.

Alicia notaba los latidos de su corazón retumbando en su cabeza. Estaba agotada y no terminaba de creer lo que veían sus ojos. Los siete cuerpos eran ahora carne muerta que no volvería a levantarse.

Las ideas y sucesos se mezclaron en su cabeza y, entre ellos, recordó a Elián. El chico había hablado de un pueblo próximo a la ciudad en la que estaban. Experimentos, eso había dicho. Ella, o más bien Natalia, se vio afectada. Como Sergio, Marcos y su propio hermano. Le resultaba evidente. ¿Acababa de darse cuenta o había caído antes? Empezaba a marearse. Debía centrarse solo en una cosa, cada idea parecía haberse enzarzado en una batalla por tomar protagonismo. Iba a estallarle la cabeza. Casi no podía respirar, la visión se le nublaba. Demasiado esfuerzo y poco descanso. Sergio le había preguntado cuánto hacía que no dormía. Siglos.

Apretó los párpados con fuerza al intuir otra visión a punto de asaltarla. Tenía que salir de esa espiral que amenazaba con volver a dejarla inservible. Se preguntó dónde estaba. Hacía mucho frío, parecía una celda y las paredes amenazaban con aplastarla…

No, era un aparcamiento. Vio luces, movimiento y muchos coches aparcados de forma adecuada. La música lo anegaba todo, una campanilla la interrumpía para emitir un anuncio: «grandes descuentos en la tercera planta».

Tuvo que apoyar las manos para no irse de bruces cuando una arcada casi la parte por la mitad. No llegó a vomitar, pero el desagradable sabor de la bilis le llegó igualmente.

Aire. Del acceso al garaje venía aire, y arrastró la imagen superpuesta de una calma imposible para reflejar el paisaje que sí conocía. El desorden absoluto le pareció fantástico. Por un segundo había perdido por completo la noción de lo que era real y lo que no.

Sergio.

Centrarse en él, algo concreto e inmediato, enfrió un poco su cabeza. Torpe y lenta, se giró para ver cómo estaba y lo encontró retorcido en el suelo e inconsciente.

Alicia dejó escapar un lamento. No sería un peso fácil de manejar, pero no podían quedarse en aquel lugar para cuando anocheciera. Lo último que necesitaban era vérselas con los seres ciegos.

Se sentó en el suelo, se masajeó las sienes y se obligó a buscar alternativas. El cambio de planes era necesario y la moto quedaba descartada. Otras imágenes, ideas o sensaciones llamaban a la puerta. Las ignoró con los puños apretados.

Forzó la vista para que no se le volviera a nublar. Un vehículo

atravesado le pareció la mejor opción. Al menos cabía la posibilidad de que tuviera las llaves en el contacto.

Las piernas amenazaron con no sostenerla cuando intentó levantarse. A la tercera, fue la vencida. Las dos criaturas se movieron ansiosas, expectantes. Sabían, como ella, que iba a tener que separarse de Sergio.

Alicia pensó en dispararles, pero no estaba mucho mejor que cuando lo había intentado la primera vez. Fallaría, gastaría munición, haría ruido y, lo peor de todo, podía cabrearlas y que pusieran fin a esa especie de tregua hacia ella.

Con un gruñido, se dispuso a lanzar la bolsa lo más cerca posible del coche. Por suerte, la sensatez la detuvo. No sabía qué arsenal contenía, pero no sería extraño que incluyera material explosivo. Con un juramento, se vio obligada a deslizar el petate por el suelo, mientras cogía a Sergio por las muñecas para arrastrarlo también a él, boca abajo.

No llegó a avanzar ni un paso. Con la cabeza colgando le destrozaría la cara contra el suelo de cemento. Sin la menor delicadeza, harta de todo en general, agotada y en plena batalla por mantener a distancia cualquier alusión a otro asunto que no fuera el que tenía entre manos, Alicia le dio la vuelta. Ya tenía la espalda mal, lo que quedaba de su ropa lo protegería de la fricción y, por el olor, la herida ya estaba infectada.

La maniobra le arrancó un sudor pegajoso y un par de calambres. Era un milagro que no le hiciera compañía al motorista. Su destino estaba cada vez más cerca y sus fuerzas cada vez más lejos.

El vehículo parecía en buen estado en comparación con los otros. No tenía señales de violencia ni parecía haberse visto envuelto en ningún accidente, así que lo más probable era que lo hubieran dejado por falta de batería o combustible.

Las criaturas dejaron sus escondites para no perder terreno, sin acercarse por completo. Confiadas, avanzaban por el suelo sobre sus cuatro patas con un andar pausado, las uñas repicando, y los ojos puestos en el cuerpo de Sergio.

Alicia se fijó en sus lenguas, que empezaban a colgar, se escapaban de sus bocas, pero, al tocar el suelo, eran recogidas para volver a iniciar ese estúpido descenso.

Durante un segundo estuvo segura de que lo que les interesaba era ver si arrancaba o no el coche para así reírse en su cara. Se detuvo, ellas también se detuvieron. Continuó, ellas también continuaron.

Estaba a punto de volverse loca.

Su trasero dio contra el lateral del coche y se volvió sobresaltada. Volvió a fijarse en las criaturas, no fueran a aprovechar su bajada de guardia para arrebatarle a Sergio.

No había rastro de ellas.

Sintió una angustia en el pecho. No habían desaparecido, era imposible. Se obligó a guardar la calma y a que su mente no le jugara malas pasadas.

No, no habían desaparecido, solo eran muy rápidas. Ambas habían vuelto a las sombras, cerca, alerta, pero con sus cuerpos bien protegidos y la lengua preparada.

Se estaban impacientando. Querían a Sergio. Querían quitárselo, robarle su presa. Se le volvió a revolver el estómago tan pronto lo pensó. Necesitaba dejar aquel garaje.

Sin perder de vista el cuerpo del motorista, se fijó en el contacto. Como había sospechado, las llaves estaban puestas y abrió la puerta para colarse dentro y comprobar que funcionaba.

Giró la llave y un sonido ahogado reverberó en el espacio antes de extinguirse. No podía tener tanta mala suerte. Al tiempo que giraba la llave una segunda vez, buscó otro coche que pudiera servirle.

El motor gimió y protestó, emitiendo una especie de ronquido y una tos seca. Después cobró vida, con un rugido lastimero que no parecía ir a mejorar con el uso. O buscaba otro medio de transporte, o más le valía encontrar alojamiento cerca. El coche no duraría mucho.

Cuando cogió la bolsa y la dejó en el asiento del copiloto, las criaturas se revolvieron, la lengua de una de ellas salió disparada y quedó a escasos centímetros de la pierna de Sergio. Tenía que ser ese coche, no le concederían otra oportunidad ni ella estaba como para hacerles frente.

Abrió una de las puertas traseras y arrastró a Sergio, agarrándolo por las axilas entre exclamaciones y gruñidos, hasta conseguir atravesarlo en los asientos. Cerró de un portazo y se sentó al volante. Tendría que avanzar despacio por los obstáculos, pero no podía perder

tiempo. Había una posibilidad muy grande de que ella tampoco llegara muy lejos.

Nada más salir a la calle, la claridad la cegó obligándola a reducir más la velocidad. Era como si todos los objetos estuvieran puestos a propósito para interferir en su avance.

Estar sentada no relajó su cuerpo en absoluto, tampoco podía arriesgarse a tanto. Se obligó a mantener la calma, parpadeaba constantemente para mantener la vista en la carretera. Había gente en las calles y presentaban el mismo aspecto que los vecinos de Sergio. No estaban vivos, ni muertos.

Que las ventanillas estaban subidas y los cierres echados no la hicieron sentirse más segura. Los viandantes que se acercaban al coche de vez en cuando, solo conseguían bambolearse por el roce contra la carrocería. No atacaban directamente, parecían movidos por una especie de curiosidad o corazonada. Sabían que dentro había algo, el qué, les resultaba un misterio.

Sin rumbo fijo ni emplazamiento seguro, Alicia se vio obligada a ir por las calles que podía transitar. El sonido del motor era cada vez más ronco, más lastimoso, un avisto de que pronto desfallecería.

En una de las calles encontró un camino despejado, una especie de pasillo, entre los despojos y la chatarra que le recordó al tanque que conducían los amigos del motorista. No dudó en seguirlo, esperanzada. Encontrarlos era lo mejor que podía pasarles.

Al dar una curva, se internó en una nueva calle demasiado rápido para tomar otro camino. Tuvo que detenerse al ver el tapón que cerraba el paso a unos metros. Solo coches atravesados, ni rastro del aparatoso vehículo.

Conocía esa calle.

Encontrarse a escasos metros de la tienda 24 horas en la que había despertado le arrancó una carcajada y unas cuantas lágrimas. Ni siquiera pensó en dar marcha atrás y buscar otra vía, retroceder por ese camino e intentar dar con alguien. Podían estar a la vuelta de la esquina o a kilómetros.

El lugar la había protegido noches atrás, volvería a hacerlo, pero tenía que darse prisa. Varias personas empezaban a acercarse con ese paso lento tan engañoso.

Sin pensar, dejó el coche y redujo a los hombres y mujeres más

próximos. Ignoró a la decena restante, estaban bastante lejos y los obstáculos los ralentizaban mucho.

Dejó a Sergio para más tarde y avanzó directa hacia la tienda con el arma en alto, sujetándola con las dos manos, en un absurdo intento porque no le temblara el pulso.

No tenía tiempo para ser cauta, atravesó el umbral casi a la carrera e hizo un barrido general para ver si aún podía servir a su propósito. Seguía medio destruida e inestable pero no había un solo cuerpo. En comparación con lo que les esperaba fuera, era el paraíso.

Tenía que volver al coche y meter el equipaje. No iba a ser nada fácil. Por suerte la adrenalina se encargaba de paliar bastante sus achaques. No era diferente a los cadáveres que plagaban las calles, parecía activarse por el mismo sistema. Debía aprovechar el arranque y no profundizar en estas similitudes. Al menos no hasta que pudiera pensar con calma y asumir el posible significado.

Empezó a disparar mientras caminaba hacia el vehículo, escogió a los más próximos y los más preocupantes, los que tenían un acceso a ellos menos complicado, y siguió disparando hasta que se quedó sin balas. Falló menos de lo que esperaba.

Con ese tiempo en el bolsillo, se echó la bolsa a la espalda y volvió a arrastrar a Sergio sin la menor delicadeza. Empeorar su estado era lo que menos le importaba en ese momento. Los sonidos, o el instinto, habían llamado a mas cadáveres andantes, a cada cual en peor estado. Los vio al principio y al final de la calle, y también saliendo de edificios. Casi tropieza con uno ya caído y al mirarlo se fijó en las quemaduras que se extendían por su piel. Se quemaban, la luz del sol los dañaba como a los seres ciegos, pero no parecían sentirlo en absoluto. Rodeó el cuerpo y se metió en la tienda. Era un dato que no iba a salvarlos, al menos no de forma inmediata.

La única consideración que tuvo con el motorista fue dejarlo en el suelo lejos de cualquier placa o viga que pudiera desprenderse del techo. La bolsa de armas recibió mejor trato, por si acaso.

Cerró la puerta antes de que las primeras manos pudieran alcanzarla. No tenía mucho margen. Necesitaba improvisar una barricada. Tenía material de sobra pero lo importante era afianzar la propia puerta y a saber dónde estaba la llave. Una barra metálica le pareció igual de válida. Tras deslizarla por los tiradores, prefirió ser precavida. Formó una primera barrera y se dio una vuelta por el local valiéndose de palos de fregona, escobas y demás, para usar el mismo

sistema en la puerta doble de lo que debía ser el almacén.

Con unos cuantos estantes cubrió por completo las ventanas, y volvió a revisar las puertas, hasta que el lugar se sumió en una oscuridad inquietante.

En cuanto su vista se acostumbró, dio gracias por las familiares luces de emergencia. Volvió a revisarlo todo y se dedicó a recorrer los tres pasillos para confirmar que estaban a salvo.

De la estantería de productos médicos, tomó unas gasas y desinfectantes para hacer algo con la herida de la espalda de Sergio, si el cansancio, que volvía a asaltarla, no le cerraba los ojos allí mismo.

Llegó junto al motorista, pero todo lo que había recopilado se le escurrió entre los brazos, dejando las vendas y botes entre ellos. Sacudió la cabeza para mantenerse despierta. No podía dejarlo así, recordaba el olor fuerte del corte, su poco cuidado al moverlo, podría estar grave.

Con manos temblorosas y movimientos descoordinados, consiguió tomarle el pulso. Sintió los latidos bajo las yemas de sus dedos. Un latido fuerte, aguantaba.

Ella no, estaba exhausta, ni siquiera fue consciente de haberse tumbado hasta que notó el frío que transmitía el suelo, igual que el día en el que despertó.

Antes de que sus párpados se cerraran, estaba en un nuevo recuerdo.

RECUERDO 22: EVA

Apareció en la sección de limpieza de la tienda 24 horas. Se masajeó el costado. El dolor era intenso y se revisó el resto del cuerpo, en el que solo encontró un par de rasguños que curarían sin necesidad de atenciones. Le resultó difícil no pensar en lo que había dejado atrás, intentar que no le afectara. Por suerte, lo que se traía entre manos era mucho más urgente y atrapó su atención.

Sabía que Sergio y Marcos estarían en aquella tienda. En sus pasillos, apenas encontró clientes, contó dos personas y el dueño. Era el lugar más próximo al edificio Zeva, y allí no levantarían sospechas, ni serían localizables. Ambos estaban fichados. En aquel establecimiento llevarían a cabo una acción desesperada, bajo la creencia de ser los únicos capaces de hacer frente a un problema que a todos les iba muy grande.

No podía culparlos, no del todo. Trataban de hacer lo correcto, pero no tenían paciencia, ni estaban al tanto de cómo iban realmente las cosas. Ya era tarde para advertirles, no iban a creerla. La confianza era nula y, sobre todo, a nadie le resulta fácil asumir que lo han engañado, y en eso ella era la más culpable de todos.

Se centró en Marcos. Lo tenía a unos pasos. Notó la tabla de madera en la mano, pero prefirió intentarlo por las buenas. Quizá pudiera hacerle entrar en razón. Al conocerse, Marcos y ella habían sido amigos, antes de los insultos y los desprecios a dos bandas, hubo una comprensión idéntica a la que tuvieron de niños y tuvo que alejarlo. Su carácter había empeorado, pero ese fue el modo más sencillo de distanciarse, no la causa.

No podía acercarse a él, el reflejo del suelo desvelaba que Sergio no andaba lejos. Llevaba el casco puesto, ni un resquicio de piel sería visible. Sintió como le hervía la sangre. Las cosas se habían torcido demasiado, sus intentos por mantenerlo al margen habían sido inútiles. A fin de cuentas, a ella también la habían engañado.

Se vio obligada a centrarse en el hermano pequeño. Tampoco había querido meterle en todo aquel asunto, pero una vez se empieza, no hay vuelta posible y se suponía que él no daría problemas. No, no los había dado, pero haría cualquier cosa por su hermano.

Lo tenía delante, absorto, con los párpados cerrados y la determinación esculpida en el rostro. Su cabeza estaría repleta de cierres y puertas, bestias y monstruos, ávidos por echar abajo el encierro que pensaba imponerles.

Uno de los clientes avanzó por el pasillo contiguo, tuvo que retroceder de regreso al amparo del que exponía los artículos de limpieza. Desde allí esperaría a que nadie pudiera verla acercarse a Marcos. Su aspecto llamaba demasiado la atención. Bohemian Rhapsody, de Queen, empezó a sonar en ese momento....

30— COMPARTE

Un gruñido furioso y un par de gritos inhumanos hicieron que Alicia abriera los ojos y se incorporara. La visión le dejó un sabor amargo, el corte había sido demasiado brusco, no estaba completa.

Encontró a Sergio sentado a su lado.

—Están fuera. Llevan así toda la noche, creo que se están matando entre ellos.

—Eso tiene que ser bueno.

Sergio obvió el comentario.

—¿Con qué soñabas? —preguntó.

Sin mucho que ocultar y sin ganas de que le sacara la verdad a la fuerza, Alicia respondió.

—Con la noche en que empezó esto, con este lugar.

Sergio asintió. Parecía tranquilo, pero a Alicia le costaba creer que lo estuviera.

—Me pareció entender mi nombre y el de mi hermano.

Los sonidos del exterior eran espeluznantes. Sí que parecía que se estuvieran matando entre ellos. Los seres ciegos, los que tenían la lengua como un látigo y los habitantes de la ciudad, competían por ser la monstruosidad dominante. Saber que hablaba mientras tenía las visiones no le causó ningún efecto, ni le pareció un dato a tener en cuenta. Otro punto inútil si no podía expresar lo que sentía. Tenía que explicarle a Sergio por qué había atacado a Marcos. Tal vez él supiera dónde había estado ella antes. Sin duda en alguna pelea por los dolores que sintió en el cuerpo. Compartiría cada detalle, cuando supiera cómo, y a poder ser sin los infernales sonidos de fuera. Se preguntó cómo estaban las cosas entre ellos. ¿Seguía desconfiando? Después del último percance debería haber ascendido en su escala de valor, pero esa expresión indescifrable volvía a estar presente en el motorista.

Tal vez solo estuviera preocupado por su hermano. No era para menos.

—Espero que esté bien —dijo Alicia. Le hubiera gustado preocuparse también por el suyo. Si es que seguía con vida, claro.

Alicia suspiró.

—Iría a verlo, pero creo que solo puedo aparecer en lugares que conozco.

Sergio dudó, mucho, antes de volver a hablar.

—Intenté comunicarme con ellos cuando volvimos a mi casa. La radio ya no funciona. Están en el centro comercial.

Alicia rió a desgana.

—¿Y? Todavía no recuerdo haber ido de compras —puntualizó, reflejando que el problema no era saber el emplazamiento. Sintió un ligero mareo, algo relacionado con unas rebajas, pero todo estaba borroso.

Envueltos por los sonidos de lucha, ambos guardaron silencio unos minutos.

—¿Qué esperabas, que te diera esquinazo para ir a por ellos? —preguntó Alicia sin acritud. Por lo que sacaba en claro de la visión, ella misma se ganó la desconfianza.

—Sí.

Parecía un buen momento para revelar el último recuerdo.

—En este acogedor sitio, la noche que se fue todo al traste… —puso en antecedentes.

Sergio la miró desconfiado.

—Tú esperabas agazapada y, cuando te dejaste ver, fue para cruzarle la cara a mi hermano con un palo —resaltó, para que ni se le ocurriera bromear.

Alicia negó con la cabeza.

—Me escondía de ti, cierto, pero también me preocupaba por vosotros.

Negándose a aceptar aquello, Sergio arrugó la frente.

—A mí ni siquiera me viste o no te hubieras acercado a Marcos, sabías cómo reaccionaría.

Alicia se mantuvo inamovible.

—Sí, lo sabía. ¿Me dejas terminar? —pidió impaciente, al ver que Sergio despegaba los labios para interrumpirla.

A regañadientes, Sergio le concedió la palabra.

—Lo vi a él y te vi a ti, con la ropa de la moto, infectado, y puedo asegurarte que no me hizo ninguna gracia. —La mirada descreída de Sergio la hizo resoplar. Pasó a lo que sintió con respecto a Marcos—. Intenté hacerlo por las buenas, sé que tenía el palo en la mano, pero quería intentarlo…, porque habíamos sido amigos. Y ahí se cortó, las visiones anteriores no se cortaban de forma tan, no sé.

Sergio se mantuvo en silencio, logrando que Alicia se revolviera incómoda.

—¿No vas a poner el grito en el cielo o a llamarme mentirosa? —dudó, esquivando una mirada que parecía traspasarla.

—Solo puedo contarte mi versión y es que apareciste, lo llamaste, es verdad, pero como no te hizo caso, lo golpeaste. Te disparé el tranquilizante, y la siguiente bala era real, pero fallé. Entonces, antes de poder acabar contigo o ver cómo estaba Marcos, algo me sacó de la tienda y me encerró en mi casa hasta el día siguiente.

Alicia resopló.

—Ni idea, no tengo un solo dato de eso. Ni de lo demás, vaya. Quizá fue tu hermano. Es una buena forma de protegerte, ¿no? —echando la vista atrás, recordando su presente, se centró en el despertar—. De verdad que lo siento, solo quería protegerlo y él también debió darse cuenta si al verme me pidió ayuda. Por lo que me has contado, me odiaba tanto como tú.

Aquello descolocó a Sergio.

—¿Cuándo te pidió ayuda?

Alicia no entendió su reacción.

—Aquí, hace unos días, antes de quedarse inconsciente y obligarme a arrastrarlo como te arrastré a ti hoy.

—Eso no es posible, tu golpe le provocó un coma, no pudo despertarse entre medias —protestó Sergio.

Alicia se encontró de nuevo con esa mirada rabiosa. Creía que mentía, creía haberla cogido en un renuncio. Iba a atacar.

—Oye, cálmate, solo te estoy contando lo que pasó.

La mirada de Sergio se endureció.

—Lo que recuerdas no tiene ni pies ni cabeza, Eva, así que me toca suponer que mientes.

Alicia se sintió acorralada. Que volviera a tratarla como Eva significaba un retroceso considerable en la tregua. Aguantó el tipo, pero estaba muerta de miedo.

—¿Por qué demonios iba a mentirte? —preguntó, todo lo serena que pudo.

—Buena pregunta —resaltó Sergio, con una sonrisa maliciosa.

Antes de que pudiera esquivarlo, Alicia sintió como le agarraba el rostro.

—Muy bien… ¿Qué recuerdas ahora? Cuéntamelo todo.

Alicia despegó los labios y las palabras fluyeron sin control alguno.

La primera novedad era aquel beso que ambos se dieron con ella como Natalia. Con todo lujo de detalles, relató su visión del quirófano, en el que la doctora presentaba a su clon. La siguió su huída del laboratorio y el asesinato del doctor. Su visión de ambos en la cama. Los flashes de las panorámicas en el tejado cuando se había triplicado. La celda en la que su mente afectada se veía a merced de las envenenadas palabras de la Doctora. Y su última visión, en la que aparecía en el 24 horas antes de que todo se complicara.

Esta vez, Sergio la soltó sin presionarla, afectado y un tanto incrédulo.

Mareada, demasiado atontada para estar furiosa, Alicia optó por tumbarse, mientras Sergio se mantenía sentado a su lado.

—Eres un maldito paranoico —le reprochó con frialdad, dolida por su empeño en no creerla.

Sergio se llevó las manos a la cabeza, las pasó por el rostro como si quisiera arrastrar la impresión que manifestaban sus facciones, y la miró como si fuera la primera vez que la tuviera delante.

—No lo entiendo, no entiendo nada —lamentó. Por primera vez, parecía vulnerable.

Igualmente afectada, sin mucha idea de dónde salía el impulso, Alicia lo abrazó. Le sorprendió hacerlo, pero encontró reconfortante el gesto para ambos. Pensó que él iba a empujarla para que no se acercase tanto, pero no lo hizo. Se dejó abrazar, aunque sus brazos no la rodearon.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir ella.

—Yo también —susurró Sergio, antes de apartarla con delicadeza.

Alicia lo vio levantarse y perderse por los pasillos. Era evidente que necesitaba espacio y no tenerla delante. Abatida, pegó la espalda a la pared y abrazó sus piernas. Ella también necesitaba pensar en todo lo que estaba sucediendo.

31— IDENTIDADES

Sergio caminó distraído. Sorteó un par de obstáculos hasta que llegó al final del establecimiento. La parte más práctica de su cabeza le decía que deberían comer algo. El resto, era una maraña de ideas y conclusiones imposible de organizar.

Natalia era Alicia, y Alicia era Eva. Increíble, todavía le costaba asimilarlo, pero no podía darle la espalda a la verdad. Según la última visión, nunca quiso meterlos a ellos. Raúl no tuvo reparos, a menos que él también estuviera en su plan y de ahí su negación a que formasen parte del grupo activo.

Recordó la oferta que Raúl le había hecho años atrás, en el modesto taller mecánico. Lo metía bajo su ala, lo tenía controlado para que nada le salpicase, pero le impedía ser útil a la causa, o decidir por sí mismo. Y la relación entre él y Alicia no podía ser más fehaciente. Si ella era Natalia, Raúl era Tomás.

Sergio apretó los puños. Sus conclusiones eran certeras y los hermanos les habían tomado el pelo a él y a Marcos. Como si fueran inútiles, como si necesitasen esa protección que solo ellos podían brindar. Como si hubiera pedido que acudieran a su rescate. Sin ellos, no conocerían la verdad, ni sospecharían de los laboratorios. El rencor no consiguió que su conciencia susurrase otra cosa. Los laboratorios sí los conocían a ellos. Era muy probable que no los dejasen campar a sus anchas por el mundo eternamente, y menos sin controlar las habilidades que les habían impuesto. Supo que antes o después hubiera acabado igual en sus garras. El motivo sería diferente, y sin el grupo no habría nadie para rescatarlo.

Su trasero dio contra el suelo. Ni siquiera fue consciente de que se había deslizado por la pared hasta terminar sentado. Se agarró la cabeza, como si eso sirviera para poner orden dentro.

Por primera vez entendió que, si no hubieran ido a por ellos, los laboratorios no hubieran desatado toda su fuerza en su contra. Nada de eso hubiera pasado y se preguntó si los documentos recopilados en ese rescate no serían obra del oportunismo, en lugar del fin. Nunca se habían arriesgado tanto, ni parecían tener intención de hacerlo.

Soltó una carcajada y le dio igual que ella lo escuchase reír como un loco. En verdad lo estaba si pensaba que tanta molestia era por rescatarlo a él.

De pronto se sintió como si tuviera quince años de nuevo. El

eterno enamorado, bebiendo los vientos por Natalia. Años después, Alicia. Se preguntó si de ser personas diferentes sentiría lo mismo. Fue incapaz de dar con la respuesta. Lo único evidente era que había estado tan enamorado de ambas que no vio más allá de sus narices.

Las maneras exageradas de Raúl volvieron a darle a él protagonismo. Demasiado estirado, extravagante. Era una pose, algo para desviar la atención. Compartía cualidades con su hermana. En realidad era él quien podía desdoblarse. ¿Quién más podría ser?, se preguntó. ¿Juan? Él o cualquiera de los demás miembros activos y no activos.

En teoría Raúl estaba muerto. Le dieron ganas de reírse de nuevo, pero no tenía fuerzas. Tomás también había estado muerto, y Natalia. No pensaba mencionarlo a menos que ella lo hiciera.

La verdadera pregunta era qué iba a hacer él ahora. Entender las cosas no mejoraba sus sentimientos. Lo habían utilizado, le mintieron y lo menospreciaron. Estaba seguro de que quedaban muchas más cosas por recordar, nuevos golpes, y todavía no era capaz de encajar a Diana en la ecuación. Podría ser ella, o no. Ya esperaba cualquier cosa.

Se recostó contra la pared y cerró los ojos. No tenía ninguna prisa por volver a su lado. El frío se filtró por el siete que tenía en la ropa. Sus facultades volvían y eso era agradable. Para cuando despertó, el corte no era más que un rasguño y el veneno un recuerdo. Le hubiera gustado que todo lo demás fuera tan fácil de solucionar.

23.

32— ESPERA

Alicia seguía sentada contra la pared. Ahora contemplaba sus manos. Estaban sucias, las uñas astilladas. Se acercó el brazo a la cara. El olor que desprendía su ropa no era agradable. Lástima que allí hubiera de todo menos una ducha.

Sus pensamientos volvieron a Sergio. Llevaba mucho sin verlo, pero el paso del tiempo era confuso y no tenía forma de comprobar la hora. Los sonidos provenientes del exterior también afectaban a su percepción. Podía ir en busca de unos tapones para los oídos, pensó. Justo cuando iba a levantarse para estirar las piernas oyó los pasos de Sergio acercándose. Lo esperó en el suelo, con el corazón en un puño, temerosa de cómo fuera a encajar los datos.

Apareció por uno de los pasillos. En los brazos cargaba varias bolsas y latas. Sus miradas se encontraron. Esta vez no ocultaba su resentimiento, y Alicia no pudo sostenerla.

—Deberíamos comer algo —dijo Sergio, mientras se sentaba a su lado.

Alicia no se atrevió a tocar el tema, prefirió desviarse.

—Comida embolsada, una dieta sana. —Su estómago parecía reticente a probar bocado.

—Al parecer a ti lo único que te hace falta para estar en plena forma es que te planteen una buena pelea.

Alicia salvó el nudo que tenía en la garganta. Recordó la sensación de alerta que la había asaltado, y también que Sergio no fue de ayuda porque lo habían herido.

—¿Y tu espalda? —dudó al verlo tan bien.

Sergio sonrió con suficiencia.

—Yo también soy bueno. Me curo rápido.

Alicia meneó la cabeza. Volvía a actuar como si nada, pero ella era incapaz de seguirle el juego.

—Es curioso que los bichos del garaje no te matasen. Al parecer los únicos que carecen de preferencias son los cadáveres y esos osos hormonados.

Alicia lo miró con recelo.

—Y los seres ciegos —le recordó.

—Aún no me las he visto con ninguno —le dijo mientras repartía la comida.

—A mí me llega con los grises —suspiró preocupada. Al fijarse en lo que Sergio dejó entre ellos, encontró también un par de mantas bien plegadas y enfundadas para la venta—. Creo que conocía a los que me atacaron en el edificio… a estos últimos no, aunque tampoco me fijé en sus caras.

—Son los empleados del laboratorio, bueno, lo eran —explicó, mientras deshacía los paquetes para colocar las mantas en el suelo y que a su vez sirvieran de cama.

Mientras le ayudaba a extender las coloridas piezas de tela, Alicia recordó el extenso edificio y los miles de cubiles. El personal debía ser numeroso, un autentico ejército, y palideció al instante, siendo transparente para su colega.

—Sí, yo también estaría acojonado, parece que solo tienen ojos para ti.

—Me consta —susurró, con un esfuerzo descomunal por no agobiarse antes de tiempo, prefiriendo dejarle a él el protagonismo—. Aunque a ti te llega con esos… lo que sean sin pelo, por no mencionar a los gatos.

Un golpe sordo contra el lateral de la tienda los sobresaltó y un par de gruñidos nuevos surcaron el aire.

—Buena elección —felicitó Sergio tendiéndole el botellín de agua y acercando el suyo para brindar—. Una tienda 24 horas tiene siempre un acceso y unas paredes a prueba de atracos, o mutaciones genéticas.

Alicia torció el gesto. El fortín también tenía sus inconvenientes.

—¿Cómo sabremos si ha amanecido? —dudó. Las luces de la calle reflectaban en los pocos vidrios desprotegidos una confusa claridad, y ni loca asomaba la cabeza para comprobarlo.

Sergio señaló el vano de la puerta principal, ahora oscuro.

—Es de esperar que de día se ilumine, y apuesto a que coincidirá con el momento en el que cesen los gritos.

Alicia reconoció el acierto.

—Una suerte tener un guía tan listo.

Sergio rió a desgana, antes de seguir las cavilaciones.

—Mucho me temo que los de Zeva también jugaron contigo en sus creaciones. Solo eso explica que te salves de ciertos seres.

—Creo que me preocupa más saber porqué los grises me tienen tanto afecto —reconoció antes de recordar algo—. Que estemos relacionados de algún modo explica que podamos ver a los seres ciegos.

Sergio negó con la cabeza.

—Yo no puedo verlos. Los presiento y los oigo, pero la única vez que los vi fue en la pantalla del ordenador.

Alicia dejó atrás cualquier indicio de humor.

—Ser la única no me hace ninguna gracia.

El silencio los acompañó unos segundos. El estómago se le cerró por completo, al recuerdo del olor de su sangre.

—Creo que he perdido el apetito —añadió, dando por finalizada la cena.

Sergio suspiró abatido.

—Ahora no me siento especialmente orgulloso de…, bueno, haberte dejado sola —se disculpó a regañadientes aunque parecía sincero.

—No deberías —murmuró Alicia—; pero, al parecer, fui un tanto críptica sobre el bando que ocupaba —añadió de forma conciliadora al ver aparecer aquella mirada asesina.

—¿Críptica? —repitió Sergio bastante resentido—. No Ali, fuiste bastante clara. Que fuera una farsa es aparte.

—Me resulta curioso —expuso Alicia en un desesperado intento por cambiar de tema al ver el jardín en el que se metía—. A veces me llamas Alicia y otras Eva.

—Suerte que use nombres y no adjetivos —apuntilló picajoso antes de concederle una tregua—. Descansa un rato si quieres. Creo

que aún falta para que amanezca.

—¿Y tú?

—A mí, quedarme inconsciente, sí me cuenta como descanso.

Porque estaba agotada y porque la tensión estaba acabando con ella, Alicia le tomó la palabra y se acomodó entre las mantas que se vendían en la tienda, dejando descansar la cabeza en la improvisada almohada en la que se había convertido su cazadora.

RECUERDO 12: EVA

En ese instante, retrocedió en el tiempo. Para la ocasión, parecía observarlo todo desde una esquina. Reconoció, a su alrededor, un cuarto de estudio, donde una mesa amplia sostenía un montón de documentos con el sello de los laboratorios Zeva.

Eva se inclinaba sobre la mesa con las manos apoyadas en la superficie. No tenía muy buen aspecto y no solo por la delgadez que parecía apoderarse de su cuerpo. El pelo corto resaltaba su rostro marcado por la tensión. Los ojos marrones de Eva eran tan fríos que asustaban. Podía verla, no ocupaba su cuerpo y, sin embargo, sentía lo mismo que sentía ella en ese instante.

No estaba sola. En silencio, con la mirada fija en un papel que sostenía entre las manos, Tomás se apoyaba en el lateral de la mesa. Sus marcadas facciones de adulto no compartían similitudes con su hermana, pero sí la tensión.

Alguien irrumpió en la habitación abriendo la puerta sin llamar. En absoluto sorprendida, Eva dejó los papeles para mirar al recién llegado.

—¿Y ahora qué? —protestó impertinente.

Llevaba horas repasando las hojas, a la caza de alguna brecha en la seguridad o de algún dato relevante que les concediera una mínima ventaja contra los laboratorios. Las interrupciones no hacían más que complicar su tarea.

El hombre que acababa de entrar, quien no llegaría a los treinta años, de pelo corto castaño y ojos verdes, respondió alarmado.

—Han pillado a siete.

Para la Alicia que observaba, aquella voz resultó familiar. Sin duda pertenecía a quien le hablaba a través de la escucha en las otras visiones.

Detrás de la mesa que la empequeñecía, Eva se olvidó de los informes y de un solo vistazo supo que su hermano estaba tan perdido como ella.

—¿Qué? ¿Cómo que los han cogido?

El informador se revolvió nervioso.

—Fueron a por ellos.

Los ojos de Tomás y los de Eva se estrecharon con fiereza.

—¿Quién es el soplón?

—Eso es lo peor de todo —pronunció el informador centrándose en Eva—. Tú eres la soplona.

Tampoco pareció sorprenderse por esto y, resignada, meneó la cabeza.

—Por supuesto.

Tomás no estaba tan tranquilo.

—¿Pero quién fue?

El informador se puso aún más nervioso y su mirada no se desvió ni un milímetro de ella.

—Diana, la novia de Sergio —respondió, sumiendo el lugar en el pertinente silencio y borrando todo rastro de calma en Eva.

—¿Está él entre esos siete?

Apabullado, el informador se limitó a asentir.

Tomás estalló colérico.

—¡Te lo dije! Sabía que algo en ella…

—Cállate, Tomás —protestó Eva, tratando de ordenar su cabeza—. Diana es inofensiva y jamás traicionaría a Sergio, la compañía tiene medios para sonsacarle nombres. Lo que no entiendo es cómo llegó ella a sus manos.

El informador no había terminado con las malas noticas.

—Al parecer, la organización contactó con ella para que se infiltrara.

Eva lo miró confusa y después a Tomás, que negó con la cabeza rotundo. Ellos eran la organización, así que el asunto tenía muy mala pinta.

—¿Es una broma? —le reprochó alzando la voz.

Tomás intervino para que su hermana no las pagara con el mensajero.

—No, tampoco es cierto. Lo único que nos da a entender esto es que conocen nuestra existencia. Debieron reclutar a Diana haciéndose pasar por nosotros. El problema es que a un poco que jueguen con las cabezas de los siete, también conocerán nuestras identidades.

Mucho más tranquilo, el informador lo corrigió.

—Esos siete, o la propia Diana, no pueden señalarnos.

—Si es que no nos tienen ya señalados —resaltó Eva molesta. Aquello era, con diferencia, lo peor que podía pasarles—. Tenemos que sacarlos de allí.

Tras meditarlo unos segundos, Tomás le habló con suma cautela.

—Eso es lo que quieren. Por eso los han cogido y lo sabes. Me temo que no son más que presas… que los conducirán a nosotros.

Eva miró a su hermano incrédula.

—Ah, claro, entonces les dejamos y que los maten.

—No van a matarlos, les son valiosos, siempre lo han sido porque ellos los crearon. Lo único que digo es que hay que organizarse —planteó Tomás, alzando las manos conciliador.

—No dejaré a Sergio allí dentro ni un solo día —se negó Eva arrastrando las palabras.

Tomás encaró a su hermana.

—Sergio ya lleva un día allí, sacarlo ahora también podría matarlo porque solo necesitan un minuto para crear una dependencia.

Eva apretó los puños furiosa. Era cierto, por mucho que le molestara, y se obligó a mantener la cabeza lo más fría posible, mientras la sangre le burbujeaba en las venas.

—¿A quién tenemos dentro? Que me aseguren que ya no estamos a tiempo o en una hora movilizo al equipo.

El informador asintió y se apresuró en escabullirse.

—Lo siento —murmuró antes de cerrar la puerta tras él.

El drama se desencadenó en cuanto los hermanos se quedaron a solas. Tomás rodeó la mesa para abrazarla con fuerza. En aquel refugio y con aquel cariño, Eva adoptó la imagen de Natalia, cambiando aquella expresión fiera por un rostro completamente abatido.

Tomás trató de consolarla.

—Sergio es uno de sus mejores trabajos, Nat, jamás lo perderán ni lo estropearan.

—Estoy muy cansada…, no sé cuánto podré con esto —sollozó casi sin fuerzas—. Prométeme que lo sacaremos de allí.

—Te lo prometo —concedió Tomás—, pero necesitaremos a Lucía más que nunca.

33— APRECIA

Alicia parpadeó aliviando un par de lágrimas, pero no el pesar del recuerdo. Su hermano estaba vivo, o al menos lo había estado hasta hacía poco. Solo necesitó reparar en la forma de mirarla de Sergio para entender que había cambiado de aspecto semejando a Natalia.

Obstinada, se concentró en Alicia, para borrar aquel matiz nostálgico en los ojos del motorista.

—Jamás cambiaste cuando estábamos juntos —dijo Sergio intrigado.

—Ya, bueno, estoy un poco inestable —justificó, incorporándose. Se sintió entumecida—. ¿Cuánto he dormido? —quiso saber, suponiendo que habían sido horas.

Sergio la escudriñó desconfiado.

—Como mucho un cuarto de hora, pero me parece que lo has aprovechado mejor que durmiendo —dijo, concediéndole la oportunidad de hablar sin sonsacarle.

Incómoda, Alicia repitió lo que había visto, suavizando las partes más dramáticas.

—¿Contento?

Sergio se mantuvo indiferente.

Ella necesitó unos minutos para desconectarse de lo que había visto, y sentido. La Eva de su visión, Natalia, estaba destrozada. En efecto, no podía más. Y lo que le supuso la noticia de que Sergio corría peligro, era tan intenso que le resultaba imposible desprenderse ahora que estaba despierta.

—¿Cómo no sabías que os vigilaban? —preguntó Sergio.

—Bueno… —balbuceó incapaz de encontrar respuesta, aunque sabía que algo había.

Sergio la animó a seguir con un gesto.

Enojada, Alicia estuvo a un paso de insultarlo. Él parecía tener las respuestas.

—Maldita sea, si tan claro lo tienes, restriégamelo de una vez.

Sergio se rió de ella.

—Cálmate, pues sí que estás inestable.

Con los ojos entrecerrados, Alicia se encaró con él.

—Yo también se sumar dos más dos. Sé que lo que sea que me hicieron en mi última visita me ha unido a mi clon, que debe ser mi némesis, y por eso cuento con retazos que antes desconocía. Juntando esto y los recuerdos propios, imagino que llevan detrás de mí desde el principio.

—Muy bien, el siguiente paso es saber quién es tu némesis y entonces encontraremos a quien nos ha jodido a todos, aunque eso no vaya a sacarnos de esta —finalizó Sergio, acomodándose para echar una cabezada, divertido por algo que a su colega se le escapaba—. Voy a ver si yo también recuerdo algo. No te duermas.

Alicia no entendía a qué venía aquel buen humor que de algún modo también la arrastró a ella.

—Puedo dormirme, si se acerca alguna amenaza que me afecte me despertaré al segundo…, claro que no me enteraré si las que aparecen son las tuyas —comentó con falso pesar.

Sergio se rió despreocupado.

—Apuesto a que precisamente por eso no cerrarás los ojos ni un segundo.

Alicia no se molestó en negarlo ni en asumir que era cierto. El motorista era un personaje de extremos. O la quería muerta o le ponía su vida en bandeja. Con todo, tumbada boca arriba, clavó los ojos en el techo consciente de que no iba a pegar ojo.

La risa de Sergio le llegó sutil y su voz surgió afectuosa y somnolienta, como si estuviera más dormido que despierto

—Por favor, Nat, te estaba tomando el pelo. Sabes que si hay una amenaza yo también me despertaré.

Alicia estaba demasiado perpleja para responder.

La había llamado Nat y ni se imaginaba lo bien que la hizo sentir.

Bajo el amparo de aquella tienda, con el silencio roto de vez en cuando por las peleas que se daban en la calle, Alicia se sintió increíblemente reconfortada, muy consciente de que aquel era su

nombre real, aunque llevara, desde niña, encubriéndolo.

RECUERDO 8: ALICIA

Inmersa en una duermevela, encontró su almohada diferente. El calor la envolvía y sentía el bombeo rítmico de un corazón y una respiración cadente. Más consciente de su entorno, Alicia entendió que se abrazaba a Sergio, entrelazando las piernas con las suyas, mientras sus brazos la envolvían.

No se movió, no quería hacerlo.

Esta vez el recuerdo le permitió estar en dos lugares a la vez. Allí y tiempo atrás, en aquel familiar ático, sentada al borde de la cama de matrimonio junto a un par de maletas, acariciando al dogo.

—Por favor, cuida de él —le pidió a Zar, que la miró con la confusión pintada en sus ojos.

El sonido de las llaves, de la puerta al abrirse, borraron cualquier gesto de pesar en Alicia y, mientras Zar acudía a recibir al recién llegado, ella se puso en pie para interpretar su papel.

De espaldas a la puerta, supo perfectamente cuando Sergio alcanzaba el umbral de la habitación y el silencio se mantuvo unos segundos. Probablemente el tiempo que necesitó para reparar en las maletas y atar cabos.

—¿Alicia? —la llamó con seriedad.

No lo cogía desprevenido, podía sentirlo porque llevaba un mes distante para ponerlo en sobre aviso. Ambos habían estado muy ocupados, él buscando un modo de acabar con los laboratorios con sus mínimos recursos, ella en ser lo más seca posible el poco tiempo que estaban juntos. Ahora que había llegado el momento era una suerte que su orgullo le impidiera retenerla. Alicia ya flaqueaba, si insistiera se quedaría con él.

—Sergio —respondió mientras cerraba la última bolsa.

—Parece que te vas —planteó él indiferente.

—Muy observador —replicó Alicia. Cogió las asas sin que los nervios la delatasen, y arrastró las aparatosas maletas.

Sergio se echó a un lado, cruzado de brazos, sin la menor intención de ayudarla.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó y aquello era lo único que pensaba decir.

Alicia mantuvo el paso firme y recorrió el pasillo sin echar la vista atrás o se delataría.

—Porque estoy cansada de ti y de tu cruzada. Porque quiero tener una vida normal y una pareja normal —simplificó, antes de llegar a la entrada.

Sergio la siguió hasta la sala.

—¿No te llevas a Zar?

Alicia rebuscó en su bolso tragándose el dolor. ¿Eso era todo lo que iba a decir?, se preguntó. Era lo mejor, pero no por ello dolía menos. Costaba asimilar que no la quería lo bastante como para retenerla.

—No, Sergio—resopló, dejando su copia de las llaves sobre el mueble junto a la puerta—. Para quien las quiera.

—Sabes que no tendré problemas —fanfarroneó orgulloso.

Alicia se mordió la lengua y abrió la puerta obligándose a mantenerse serena. La sola idea de que estuviera con otra le revolvía el estómago.

—Sabes que yo tampoco —apostilló antes de salir.

Tan pronto cerró la puerta tras ella, necesitó tomarse un segundo. Apretó los párpados, maldiciéndose porque al volver a abrirlos las primeras lágrimas emborronaron su visión.

Antes de alcanzar el primer escalón, le pareció oír un ruido en el ático, como de algo al romperse, y un lastimero ladrido de Zar que acababa de entender que no volvería. Apuró el paso consciente de que en breve se pondría a llorar de verdad, lamentando como nunca el que sería su papel desde ese momento.

34— VUELVE

—¿Algo interesante? —preguntó Sergio. Su voz clara indicaba que llevaba tiempo despierto.

Incómoda por la postura, Alicia hizo ademán de separarse, pero los brazos que la rodeaban se lo impidieron.

Se obligó a relajarse y respondió.

—Acabo de recordar nuestra ruptura —dijo, pendiente del menor cambio sin dar con nada. Mientras su corazón iba a trompicones y la respiración se le alteraba, los signos vitales de Sergio no sufrían la menor variación. Así se estuviera dando cuerda para terminar ahogándose, Alicia satisfizo su curiosidad.

—No hiciste nada porque me quedara.

Pese a tratar de mantenerse en calma, la voz de Sergio exteriorizó algo parecido a los nervios.

—Querías irte. ¿Creíste que te iba a suplicar?

—Sabía que no lo harías —respondió Alicia—. Fue más fácil así, pero me dolió no importarte.

—Nunca dije que no me importaras —puntualizó.

Ambos se sumieron en un largo silencio. Alicia se estremeció al sentir como le acariciaba el brazo.

Sin un ápice de dramatismo, Sergio también fue directo.

—¿Me querías?

Alicia suspiró abatida.

—¿Cuál de ellas? —rezongó, suponiendo que se refería a Alicia, pues con Natalia eran niños y con Eva la relación era obvia.

—Tú.

—Sí —respondió abarcando a las tres. Tal vez fuera de distinta forma o en distintas circunstancias, pero sentía algo hacia él demasiado fuerte como para dudar.

—Yo también —compartió sincero, antes de darle un suave beso en la frente.

Sin saber en qué lugar los dejaba eso, sin la cabeza como para pensar en ello y consciente de que hablaba en pasado, Alicia dio por finalizado el receso y esta vez al separarse no encontró resistencia.

Sus ojos dieron con el vano de la puerta, iluminado por la claridad.

—Ya ha amanecido —informó, aunque algo le decía que él también lo sabía.

Con normalidad, Sergio se incorporó e improvisó un desayuno con lo sobrante de la cena anterior. La conversación se centró en idear un plan para salir de allí y regresar a los laboratorios. Al ser un tema impersonal, las palabras fluyeron con soltura mientras comían de forma mecánica, más por necesidad que por hambre. Una vez terminado, sin molestarse en recoger demasiado el lugar, se dispusieron a dejar su refugio.

Con la bolsa a la espalda, Sergio fue el primero en asomarse a la calle y su gesto de desagrado inquietó a Alicia.

—No es una escena agradable —avisó, con la automática en alto.

No lo era en absoluto, ni siquiera ante la quietud, y Alicia dio por válida la sospecha de que durante la noche las criaturas se habían enfrentado entre ellas, por los trozos de cuerpos tanto humanos como de los seres pelados, y por los montoncitos de ceniza que debieron ser los ciegos antes de que el sol los redujera.

—El coche es ese… —señaló Alicia, que también se movía con su arma lista para abrir fuego. No quedaba un solo cadáver, nada se movía, parecían estar solos.

Sergio meneó la cabeza.

—Necesitamos una moto, la mayoría de las calles no tiene sitio para que pase un coche.

Alicia chistó intranquila.

—No me parece sensato retroceder hasta el garaje.

Sergio asentó mejor la carga en su espalda y avanzó atento al menor recoveco.

—Malo será que no encontremos alguna de camino.

—No nos vendrían mal tus amigos, los del tanque —resaltó sin

mucho entusiasmo por recorrer aquellas calles a pie. Pisó un montoncito de ceniza. La sensación fue desagradable, aunque mucho más llevadera que la que uno sentía ante lo que habían sido.

—Están a cubierto, no dejarán el centro comercial —dijo Sergio. Se notaba el alivio que suponía para él que ellos estuvieran a salvo—. Por lo que me has contado, también son tus amigos. Los dos que viste son miembros de la organización.

Alicia trató de hacer memoria, de recordar en aquel breve y desagradable encuentro a aquellos que esquivaron su mirada cuando fueron a recoger a Marcos. En efecto, ahora sí reconoció al menos a uno, al hombre, como el mensajero que le había dado la noticia de que Diana los había traicionado y Sergio estaba entre los siete secuestrados.

El pasado la arrastró una vez más de forma completa.

RECUERDO 19: EVA

El asesinato del Doctor provocó un considerable revuelo y que una monótona alarma empezara a sonar, pero Eva ya estaba en el hueco del ascensor, sobre el techo del mismo.

No tuvo que esperar mucho, alguien lo empleó para subir al primer piso, y desde allí trepó por la escalinata lateral hasta alcanzar las puertas de la tercera planta. Fue un ascenso duro, los efectos de lo que se había inyectado seguían limitándola y más de una vez estuvo a punto de caer. Con el escalpelo, destapó un pequeño panel y manipuló los circuitos hasta desbloquear las puertas. Con sumo esfuerzo, logró separar las dos hojas metálicas, para colarse en la inmaculada planta de oficinas ya desierta.

Una voz en off, un mensaje grabado, se repetía una y otra vez.

«Que todo el personal se dirija al nivel inferior»

Atontada por el efecto de la inyección, recorrió varios pasillos hasta llegar a un vestuario dónde las taquillas rectangulares se adueñaban de las paredes.

Se detuvo ante la veintitrés, hizo girar la rueda con la clave, y, al abrirla, encontró ropa limpia y un teléfono móvil, que fue lo primero que cogió.

Tras marcar un par de teclas, su interlocutor respondió.

—¿Has salido? —preguntó con un tono esperanzado.

—Sí, he salido —respondió Eva, tratando de sonar aliviada y ocultando su malestar—. Tenéis que darme un par de minutos para poneros a salvo y tres días para reunir supervivientes —se apresuró a decir.

—Lucía ya está en ello —trató de calmarla su interlocutor—. ¿Dónde te recogemos?

—Olvidaos de mí —se negó Eva—. Yo también tengo trabajo, si puedo llegaré por mis medios al centro comercial.

—¿Qué? ¿Estás loca? —le chilló—. No vamos a dejarte tirada.

Eva no tenía ni tiempo, ni ganas de razonar.

—Sí, sí lo haréis. No veremos estos días, recuerda que soy Eva, y también que no me moveré de aquí sin Tomás.

—Pero…

—Pero nada. Cuida de ellos, sabes que no tienes que preocuparte por mí. Lo que sí, el arma de Sergio, que lleve un tranquilizante, es muy probable que me dispare antes de hablar.

—Descuida, ya tenía pensado eso —murmuró el mensajero en absoluto conforme con el plan—. ¿Y si tienes problemas?... Oye, Eva, ten cuidado con Sergio. Ha vuelto…, diferente.

Eva apretó el teléfono con fuerza.

—Me las arreglaré y lo sabes. Voy a intentar hablar con él, pero dudo que funcione. Sigue el plan, a mí me han hecho algo y también me tienen

una sorpresa. Esto es lo más seguro para todos.

28.

35— DESCONFÍA

Alicia dejó el recuerdo con un escalofrío y una nueva hipótesis en relación con su némesis que no le gustó lo más mínimo.

Sin intención de seguir avanzando, Sergio la observaba expectante.

Para no levantar sospechas, relató lo justo sin hacer mención a la advertencia de su mensajero hacia él. Mientras, observaba el cielo. Las nubes se agrupaban de forma extraña. Esperaba que lloviera, eso mitigaría el intenso olor a muerte y desperdicios que saturaba el ambiente. Y en un entorno menos asfixiante, podría pensar con calma.

Con un asentimiento, Sergio siguió atravesando la calle sin parecer demasiado sorprendido.

—Qué estoica —se burló entre dientes.

Alicia se obligó a seguirlo pese al temor por la nueva sospecha. Si alguien iba un paso por delante tras años a la zaga, era él.

Con todo, se negó a aceptar aquello y desterró la idea, aunque no por completo, pues la desconfianza estaría presente por mucho empeño que pusiera. Recordaba la visión en la que la Doctora hablaba acerca de su clon. Según sus propias palabras: «la cambiarían por completo». No podía descartar que afectase también al género. ¿Y si era él? ¿O si el hombre que la acompañaba no era el verdadero Sergio? Entendió que estaría con ellos como uno más, pero no sabía ni cuándo ni dónde. Lo visto pudo suceder diez años atrás, o diez días. Decía que algo o alguien lo habían arrastrado, que la primera noche la pasó dormido. ¿Podía ser falso? Él estuvo con los supervivientes y con ella. Y sus apariciones habían sido de lo más oportunas. De ser él, no habría un engaño mejor.

Alicia casi tropieza con un resto sanguinolento que no pudo definir. La idea de que Sergio fuera su némesis era absurda. No quería caer en la paranoia.

Sergio rompió el silencio.

—A saber qué aspecto tiene —comentó más bien para sí mismo.

—¿Quién? —dudó Alicia.

—Tomás —respondió pensativo—. Creo que en eso no voy a poder ayudarte.

Alicia guardó silencio y no se molestó en puntualizar que, aunque en ocasiones sí le brindó respuestas, en conjunto solo planteaba más incógnitas. Estaban a punto de dejar una de las calles y no se veía nada, ni siquiera cadáveres en pie. A pesar de los reparos, se fijó en el suelo con mayor atención. Las cenizas estaban también entre los restos de ropa. Quizá los seres ciegos no fueran los únicos que se habían quemado. Otro recuerdo breve la asaltó sin llegar a arrastrarla por completo de aquella incursión.

RECUERDO 9: EVA

Reconoció una lujosa mansión, una especie de sala de estar que, aunque en ese momento no lo parecía, en un futuro sería el despacho en el que Alicia recibió las malas noticas. Una de las vitrinas reveló que su aspecto era el de Eva.

Un hombre la esperaba, ojeando las estanterías repletas de libros que adornaban las paredes.

—Aquí hay verdaderas joyas, los grandes literatos —murmuró él, con las manos en los bolsillos del pantalón del traje, cómodo y confiado con su aspecto.

Ella se cruzó de brazos y lo miró enarcando una ceja.

—Te estás metiendo demasiado en el papel, Tomás. Ya casi eres tan pomposo y pedante como Raúl.

—Y tú casi tan perra como Eva, es nuestro sino hermanita —compartió con falso dramatismo.

—Sí, pero tú eres el rico —protestó ante la injusticia.

Tomás, con la imagen del estrambótico Raúl puesta, la miró divertido.

—Necesitas un cuartel general. ¿Te gusta esta habitación?

Lo miró impresionada.

—Menudo nivel.

—Te vendrá bien un sitio en la casa para ocultarte de Marcos —bromeó—. Cada vez que os cruzáis es todo un espectáculo.

Puso los ojos en blanco.

—Mira que tiene veneno, y desde que está con Raquel, se ha envalentonado que no veas. —Hizo un mohín—. Ah, me encanta. Cómo lo echo de menos.

—Te lo dije. ¿Ya te lo había restregado? Creo que no. Nunca me escuchas —protestó—. No eres tan perra, no vales para seguir la farsa hasta esos extremos.

Tuvo que darle la razón, a regañadientes.

—Creí que podría, pero no hacía más que sentirme culpable. Qué asco. Pero ahora toca mirar hacia el futuro. Y en el futuro ni Marcos ni Sergio forman parte del grupo activo.

Su hermano asintió.

—Marcos no me importaría, quizá nos fuese útil. Sobre Sergio, te doy la razón. Tal vez por llevar mal la ruptura con Alicia o por la paranoia que le ha entrado con Eva, lo veo cada vez más impulsivo y dudo que sepa trabajar en equipo.

—Y si mete las narices igual te descubre, y seguro que te parte la cara, si tiene un buen día —apuntilló burlona.

Tomás devolvió la atención a los libros de las estanterías.

—Va a matarme, y con razón. Casi casi como a ti. Es imposible que

nos perdone y ninguno podrá echárselo en cara.

Ella se cruzó de brazos a la defensiva.

—Él hubiera hecho exactamente lo mismo.

—Sí, pero no lo hizo él, sino nosotros. Ponte en su lugar, tú también le guardarías un poquito de rencor.

No podía negarlo. Todo se había vuelto tan complicado que a veces era difícil encontrar algo positivo o ser optimista.

—Esto está siendo eterno.

Tomás la miró con lástima.

—Aún queda mucho, no se acaba con una empresa semejante de la noche a la mañana. Necesitamos un buen equipo y un golpe de suerte. Lo primero lo tenemos, aunque hay que mejorarlo. Ahora, lo segundo llegará y espero que sepamos verlo —compartió girando los hombros para descargar tensiones.

—Pues que sea rápido —pidió incómoda.

Su hermano la miró malicioso.

—¿Qué pasa, Carlos no te da caña? —se burló, conteniendo la risa.

Entrecerró los ojos.

—No me cabrees, no te haces ni la menor idea de lo complicado que se me hace.

—Oh, en absoluto. —Raúl agitó las manos con un ademan exagerado —. No me veo, ni de broma, fingiendo un romance conmigo mismo. Has llevado nuestras capacidades a límites increíbles. A mí me es imposible repartirme en tantas partes.

—Todos tenemos nuestro lado femenino y masculino. Apuesto a que serías una chica encantadora —se burló.

—Creo que puedo vivir sin saberlo —aseguró él rotundo—. Pero cada vez me sorprendes con algo. Tu habilidad parece crecer por momentos. La que me usurpas, la de desdoblarte…, no solo te desdoblas, sino que lo haces con el aspecto que te da la gana, increíble.

—Increíblemente agobiante. Mi carácter también se desdobla —le recordó con un bufido—. O anulo copias o terminaré siendo realmente una tarada, y te aseguro que anularlos así, sin más, no es algo fácil.

—Lo que quieras pero es admirable. Como sigas así hasta me darás miedo —dijo con cariño.

Cogiendo carrerilla, siguió despotricando.

—No me importaría contar con algo más mediocre. Teletransportarme sin más estaría bien. Me revienta dejar atrás una parte de mí cada vez que cambio de sitio, y volvemos a lo complicado y agotador que resulta anular esa parte. Me pone de un humor de perros, estar dividida y dejar de estarlo. Todo me pone de un humor de perros.

Comprensivo con su estado, su hermano la envolvió en un cálido abrazo mientras reía.

—Terminarás anulando también los efectos secundarios, eres buena

—aseguró, dándole un beso en la cabeza, mientras ella apoyaba su mejilla contra su pecho—. Y como Eva los tienes enfadadísimos, que es lo más fascinante.

—También me cabrea que ni siquiera Sergio lo notase. O yo soy muy buena o ellos rematadamente imbéciles.

Tomás rió con ganas.

—Sergio tiene mis respetos, pero sí, debería haberlo intuido después de la estupidez de vivir juntos. Su paranoia lo hace muy suspicaz, o su suspicacia muy paranoico, no sabría decirlo. Sabe que alguien tiene algo, pero, por suerte, lo que siente hacia ti lo ciega.

Sergio abrió la puerta en ese mismo momento. Sin grandes aspavientos, ambos hermanos se separaron.

Tomás fingió incomodidad ante el gesto serio y frío del recién llegado, que solo tenía ojos para ella mientras se adentraba en la sala.

—Será mejor que vuelva a la fiesta —dijo Raúl.

Una vez a solas, Eva le sostuvo la mirada.

—¿No tienes nada mejor que hacer que espiarme? —le reprochó insolente.

Inquieta por la falta de réplica, optó por marcharse, pero, al pasar por su lado, Sergio la agarró del brazo con fuerza.

—Ten mucho cuidado, Eva, llegará un momento en el que no tendrás quien te escuche.

Movida por el escalofrío que la atravesó de pies a cabeza, se soltó de forma brusca, fulminándolo con la mirada.

—No te atrevas a amenazarme —siseó furiosa antes de seguir su camino.

En cuanto alcanzó el umbral, la voz de Sergio volvió a llegarle fría y violenta.

—No es una amenaza, es una promesa.

36— PRESIENTE

En un cruce, amparados por el último edificio de la calle, Sergio la observó expectante, consciente de que había recordado algo más.

Una corazonada se sumó a las sospechas de Alicia, instaurándose con fuerza. De la visión podía sacar en claro que el verdadero Sergio jamás los perdonaría. Sin embargo, el que la acompañaba parecía resignado, resentido solo a medias. La forma de encarar el embuste era demasiado comprensiva.

Si a ella le tenía ojeriza, cuanto más a su hermano. Tomás era el artífice indiscutible del plan y el más fervoroso detractor de Zeva. Al parecer la identidad de su hermano era desconocida. A ella ya la tenía, podría estar utilizándola para dar con él. También le había preguntado por una tal Lucía, y su hermano había hablado de ella como alguien muy importante. ¿Y si lo que estaba buscando era a los que faltaban del grupo para exterminarlos de una vez? Quizá Lucía fuera la líder, la persona que había reclutado a su hermano.

—¿Qué estás esperando que recuerde? —preguntó Alicia. Se previno y dio un paso atrás.

Sergio la miró confuso un instante, pero pronto recobró su seguridad y trató de acercarse a ella.

Antes de tenerlo encima, Alicia alzó el brazo y dirigió el cañón de la automática a su cabeza, clavándolo en el suelo.

—¿Qué coño haces? —exclamó Sergio, perplejo.

—Me mentiste —siseó Alicia—, me dijiste que la infección anulaba tus habilidades, que me localizabas por las cámaras de video cuando llevabas rastreándome desde el principio.

—¿Qué? —exclamó Sergio—. Te dije que limitaba mis habilidades. No te rastreaba a ti, no puedo sentir a nadie a menos que esté cerca. Las veces que nos hemos encontrado, eras tú la que me llamaba —respondió enfadado.

—¿En serio? —cuestionó—. ¿Cómo iba a ser yo la que te llamaba?

Sergio entrecerró los ojos.

—Créeme que a mí también me sorprendió, sobre todo por tus reacciones cuando acudía, pero eso es lo que podía hacer Eva.

Alicia ni se molestó en meditarlo.

—Y una mierda. Lo que estás intentando es dar con Tomás.

Lejos de justificarse, Sergio apretó los puños.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó arrastrando las palabras.

—¿Quién más que tú tiene motivos para odiarme? ¿Quién mejor que tú para ser mi némesis? —sentenció Alicia.

Fue muy rápido, demasiado, y en un segundo se vio desarmada y aprisionada contra la pared.

—Diana —pronunció Sergio, escupiéndole el nombre a la cara antes de soltarla con brusquedad.

Alicia fue incapaz de decir palabra.

—Aunque me joda, por supuesto que tengo motivos y no puedo negar que siempre he estado detrás de ti como un imbécil, pero jamás te he odiado como te merecías, o te hubiera matado en el 24 horas, antes de que estallara todo esto.

Pasándose las manos por el rostro, aturdida y sin ver nada claro, Alicia trató de ordenar sus pensamientos sin mucho éxito.

—Llevabas munición tranquilizante, yo les pedí que te la pusieran —susurró, resbalándose por la pared hasta sentarse en el suelo, notando como le temblaban las piernas.

Sergio la miró incrédulo.

—¿Acaso crees que no sabía el tipo de munición que llevaba? No protesté porque te repito que no soy un asesino, aunque tampoco entendí ese detalle de la organización. Cuando resultó que esa bala llevaba tu nombre, lo achaqué a tu relación con Raúl. Las siguientes sí eran fuego real y disparé, sí, pero no apunté a la cabeza. Cuando te tuve a tiro, dudé y entonces me vi arrastrado hasta mi casa. Si apreté el gatillo en el ático fue porque no eras tú, solo eso me dejó hacerlo, y aun así no fue un buen momento. Y eras Eva, ¡maldita sea! ¿Crees que te traicionaría sabiendo que eres Natalia? Da igual lo que haya hecho, lo que haya dicho todo este tiempo, porque nada hace que cambie lo que siento por ti —argumentó, tremendamente molesto por ello—. Soy tan culpable como tú de qué Diana cambiara de bando, porque no me impliqué con ella ni la mitad de lo que me impliqué contigo.

Alicia sintió las lágrimas deslizándose por sus mejillas, aunque no tenía muy claro qué era lo que realmente le dolía. Sin duda se trataba del conjunto, lo que le hizo a él y lo que sentía al respecto.

Sergio mantuvo su gesto crispado, pero bajó el tono reflejando que tampoco él estaba en su mejor momento.

—¿Quieres saber qué es lo que espero cada vez que ves algo? Que recuerdes a Carlos, saber qué había realmente entre vosotros, y ni te imaginas lo bien que me sienta el simple hecho de que a mí sí me recuerdes.

Alicia iba a hablar, pero el gesto de Sergio la obligó a seguir en silencio. No había terminado de echarle cosas en cara.

—Te diré qué es lo que creo —dijo retomando su autocontrol así su mirada estuviera brillante—: Creo que cubriste bien todos los frentes. Que Alicia y Eva eran comodines, que tenías a Lucía entre los míos, y supongo que también tenías a alguien dentro de los laboratorios, aunque eso fuera demasiado arriesgado. Por qué te viniste a vivir conmigo o por qué me dejaste, no lo sé porque me es imposible ser objetivo y diferenciar lo real de lo que me gustaría.

Alicia se puso en pie un tanto temblorosa. Tras guardar el arma, lo miró consciente de que se merecía que fuera honesta.

—Me fui a vivir contigo porque quise, porque te quería, y no fue una buena idea. Supongo que algo me hizo advertir el peligro, que Zeva me conocía a mí y a la organización, y te dejé por si llegaba a afectarte, porque en todo momento quise mantenerte al margen de mis problemas. A ti y a Marcos.

Sergio la miró dolido.

—No necesitaba tanta protección —replicó—, y sé de sobra que Raúl es tu hermano. Y me juego el cuello a que también eras Lucía.

Alicia no lo tenía tan claro.

—No lo sé, de ella no tengo ningún recuerdo. Quizá es la persona que contactó con mi hermano, la que empezó todo esto.

Sergio se mantuvo en sus trece.

—No, eras tú. La forma en la que me tratabas…, no sabría explicarlo. Me esquivabas, y no estoy siendo egocéntrico.

—¿No desconfiaste de ella? —preguntó Alicia. No quiso que sonase a reproche, pero le fue imposible evitarlo.

—No, sabía que sus intenciones eran buenas. Tú sola, como Eva, ocupabas toda mi desconfianza y de ahí que no encontrase en Diana nada extraño.

Alicia solo podía asumir su parte de culpa.

—Diste en el clavo, te ocultaba muchas cosas.

Sergio asintió conforme, ahora de poco servía.

—¿Qué has recordado?

—Un encuentro con Raúl, una fiesta en una mansión en la misma sala en la que me vi con Tomás y el mensajero del que aún no recuerdo el nombre. Creo que era una biblioteca —compartió con cierto nerviosismo—. Tú entraste cuando estábamos abrazados, en ese momento yo era Eva.

Sergio necesitó un par de minutos para situarse.

—El mensajero se llama Juan, seguro, tiene que ser él. Ahora es su segundo y conducía el tanque la primera vez que nos encontramos. El lugar que recuerdas es la mansión de Raúl, ahí vivíamos todos, los miembros activos y los que no. Yo fui uno de los primeros en irme, pero seguí yendo cada día, era el mecánico. En esa fiesta en concreto aparecí porque te había perdido de vista demasiado tiempo, a ti y a Alicia, y Carlos parecía preocupado.

—Creí que habías aparecido porque te pitaban los oídos y dudo que Carlos estuviera preocupado por dónde me había metido —aseguró.

La voz de Sergio se tornó molesta.

—Entonces a él ya lo recuerdas.

—No —puntualizó Alicia, ganándose una mirada cargada de confusión—. Ni siquiera sé qué aspecto tenía, como tampoco puedo ponerle cara a Lucía. Antes de que aparecieras, hablaba con Raúl de lo que podía o no hacer, y señalaba que no me resultaba nada fácil mantener a mis duplicados mucho tiempo seguido. De ahí la preocupación de Carlos, supongo. Imagino, que no quería desaparecer en mitad de tanta gente. Yo también era Carlos, y creo que eso es lo más difícil que hice jamás.

Sergio estaba demasiado perplejo para decir palabra.

—Al parecer era buena —bromeó, deseosa de que reaccionara de algún modo. La preocupación la asaltó de pronto, como si alguien la vigilara.

Aturdido, contrayendo el rostro, Sergio suspiró frustrado.

—No tengo ni idea de cómo tomarme lo que me estás diciendo.

Alicia sintió agudizarse la sensación de ser observaba y su cuerpo se puso en tensión.

—Ya lo decidirás más tarde. ¿Dónde podría estar Tomás? —lo apremió y vio como Sergio también se ponía alerta. Dejó de apoyarse en la pared y observó la solitaria calle, inquieto.

—No tengo ni idea, se supone que Raúl cayó, pero apuesto a que es tan falso como que murió en el río. Como tú, debería estar buscando respuestas y solo se me ocurre el laboratorio.

De refilón, Alicia vio un punto rojo bailando sobre el pecho de Sergio. Lo estaban apuntando con un arma.

—¡No! —exclamó, dejando que sus reflejos actuaran por ella con dos cosas en mente: salvarle la vida a Sergio y reunirse con su hermano.

37— REENCUENTRO

Sobresaltado por el grito, Sergio vio como Alicia se desdoblaba. Una apareció ante él, amparando un disparo con su cabeza, mientras la Alicia que estaba a su lado lo agarraba por el brazo.

No tuvo tiempo a reaccionar, ni hubiera sabido cómo hacerlo. Tras un desagradable cosquilleo en la piel, la calle desapareció y regresaron a la desordenada recepción del piso subterráneo del edificio de los laboratorios.

Todo sucedía demasiado rápido, pero el estado de Alicia lo sacó del aturdimiento. Tenía los ojos en blanco y el rostro pálido. La sujetó con fuerza antes de que se estrellara contra el suelo. La tumbó y le tomó el pulso, era débil pero continuo. No encontró ninguna herida visible, a lo que supuso que su inconsciencia se debía al esfuerzo de haberlos trasladado a ambos.

Sintió la presencia de alguien más tras ellos y se volvió para protegerla. Raúl apareció por uno de los pasillos. La expresión del motorista lo detuvo y alzó las manos, sus ojos fueron de él a ella, cargados de preocupación.

—Sergio, soy yo —dijo.

Sergio se separó de Alicia y se levantó. Como si no supiera de sobra quién era. Se lanzó contra él, derribándolo de un puñetazo. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que ese fuera el único golpe.

—Hijo de puta.

Por el ataque sorpresa o porque era evidente cuánto sabía, el aspecto de Raúl cambió. Su pelo creció y se volvió más oscuro. Un par de canas prematuras señalaban, junto con las sombras bajo sus ojos marrones, los efectos de la vida que decidió llevar.

Sin pensarlo siquiera, Sergio se vio preguntado a voz en grito algo que estuvo en su cabeza desde que supo la verdad.

—¡¿Por qué?! ¿De entre todas las formas y maneras en las que pudiste fingir tu muerte, por qué escogiste meterme a mí?

Tomás esquivó su mirada.

—Yo…, lo siento.

Sergio lo agarró por el pecho y lo levantó. Estampó la espalda del que había sido su amigo contra la pared y pegó ambos rostros.

—¿Lo sientes? ¿Es lo único que vas a decirme?

Tomás agarró sus muñecas, como si con eso fuera a impedir que el motorista le diera una paliza, como era obvio que deseaba hacer.

—No… ¿Qué quieres que te diga? De verdad que lo siento, Sergio. Tenía que dejar testigos, ¿en quién iba a pensar? ¡Estábamos siempre juntos! Yo… ¡Era un crío, joder! No pensé en lo que te supondría.

Sergio lo soltó y el cuerpo de Tomás se derrumbó hasta que terminó sentado en el suelo, con las manos sosteniendo la cabeza. Regresó con Alicia, tenía que poner distancia, y dejó de mirarlo. Le había dado muchas vueltas al asunto. Seguía resentido, desde el primer momento, pero él hubiera actuado igual si se tratase de protegerla a ella, o a su hermano. No se lo diría a Tomás, no lo merecía, y, una vez más, llegó a la conclusión de que entender las cosas no implicaba que dolieran menos.

—Y vas y le pides a Natalia que haga lo mismo con mi hermano. Me da lo mismo que fueras un crío. En este tiempo has tenido mil ocasiones para decírmelo. ¿Sabes la de veces que pensé que tu muerte y la suya eran culpa mía?

Tomás reflejó el pesar que sentía. Su voz sonó cansada.

—No podía decírtelo. Supongo que ahora estarás al tanto de todo. Era peligroso, sobre todo para ella.

Sergio le lanzó una mirada de crispación.

—Porque yo no iba a protegerla, claro.

Tomás negó con la cabeza.

—No mejor que yo, no con todo lo que ella significa. Cada vez estabas más impaciente. Nos engañaron a todos, no lo niego, pero tu caza de brujas era un sin sentido. Te lo dije en su momento, Sergio, y no me retracto. Eres demasiado impulsivo, y no sabes trabajar en equipo.

Antes de que volviera a ir a por él, Tomás lo interrumpió con un nuevo argumento.

—¿Cómo te hubieras tomado que ella, y solo ella, fuera la clave

para resolver esto? ¿La habrías dejado correr tantos riesgos? Sabes que no, me apuesto lo que quieras a que la encerrarías si hiciera falta. O peor, intentarías ayudarla, te matarían, y ella no lo superaría. Tú no podías estar por el medio, ella no me lo perdonaría y yo tampoco. Piensa lo que quieras, pero era tu amigo y siempre me has importado.

Sergio soltó una carcajada sin el menor rastro de humor.

—Y una mierda. —No quería seguir con el tema, la prioridad era otra—. Ahora ya da lo mismo. ¿Qué plan tenéis? Supongo que contaríais con algo de esto.

Tomás asintió, mientras se llevaba la mano al pómulo que recibió el golpe.

—Estaba previsto…, más o menos. Hay un plan.

—Y no vas a decírmelo —entendió Sergio, dolido. Ni siquiera tras las confesiones merecía su confianza, o su respeto. Y aún ahora le importaba.

Con expresión grave, Tomás se levantó para acercarse a su hermana. Los ojos de Sergio lo siguieron, amenazantes.

—No, no voy a decírtelo ni a ti, ni a ella.

Sus palabras consiguieron que Sergio lo mirara con confusión, pero Tomás no dio más explicaciones.

—Lo que voy a pedirte es que me sigas el juego. No confías en mí, pero ella te importa. Eso es lo que tenemos en común y lo prioritario.

Sergio asintió con la cabeza. Le seguiría el juego, pero no dejaría que ella se pusiera en peligro, dijera él lo que dijera.

RECUERDO 20: EVA

Una vez se puso la ropa que había encontrado en la taquilla, Eva cogió aire, se concentró y, tras un par de intentos, logró aparecer en el salón principal del ático.

A pesar del mareo, se sentía bastante bien y le fue relativamente fácil duplicarse. Se recuperaba rápido y sabía lo que aquello significaba. La única copia de ella que quedaba era la que estaba en el vestuario del edificio y pronto estaría muerta. Se estremeció. Ese era el único modo de librarse de sus dobles no deseados, ahora no podía hacerlo por ella misma. Estaba segura de que su muerte le llegaría como recuerdo, y que no sería agradable. Desterró este pensamiento, le haría frente cuando sucediera.

El actual aspecto del piso, demasiado lujoso y recargado, le pintó una mueca de disgusto al entender lo bien que había estado viviendo Diana. La niña buena de sonrisa perpetua, manejable y dócil, resultaba ser toda una farsante. Le costaba asimilar que ella intentara jugársela, que pusiera en peligro a Sergio, pero las pruebas eran indiscutibles. Iba a demostrarle el error de escogerla a ella como enemiga. Le pediría explicaciones y después la mataría.

Cerró los ojos y rememoró el aspecto del piso de Sergio cuando ella también vivía allí, dejando intacta solo aquella entrada, mientras todo lo demás cambiaba. Al recordar las palabras de Tomás, el cambio en Sergio, dio por sentado que se refería a que estaba contagiado y uno de los primeros síntomas sería la fotosensibilidad. Al momento, todas las persianas se cerraron de golpe, las únicas que quedaron abiertas fueron las más próximas a la entrada para que, en cuanto lo devolviera a allí, tardara un tiempo en dejar el piso. Porque de un modo u otro Sergio iba a pasarse la noche a cubierto. En cuanto se encargara de Diana, iría a por él.

La voz suave y tranquila le llegó sin vestigio alguno de intimidación, y abrió los ojos para fijarlos en la mujer menuda y risueña.

Diana estaba en el otro extremo. Transpiraba seguridad, pero pudo sentir su incomodidad al vérselas frente a frente con ella. Sus palabras la desconcertaron.

—Siempre a la zaga, siempre siguiendo tu rastro y quedándome con tus migajas. Veo que ya sabes que soy tu némesis, pero ahora voy un paso por delante y pienso aprovecharlo —sentenció orgullosa.

Eva se mantuvo inexpresiva. No tenía ni idea de lo que le estaba diciendo.

—Esto es algo entre nostras, hermana —prosiguió su clon—, el resto no son más que peones y el primero en caer será tu buen amigo Marcos. El muy imbécil cree que puede controlar toda la fuerza de Zeva con su mente. ¿Sabes que va a pasar? Su empeño solo logrará reventarle la cabeza.

Eva permaneció sin reflejar el menor indicio de preocupación o temor.

Sabía que intentaba dañarla, obligarla a reaccionar y mantener la ventaja. No lo consiguió. No daría el primer paso cuando desconocía de qué era capaz su adversaria. Ya la subestimó una vez, no caería en el mismo error.

Su falta de acción desestabilizó a Diana, la rabia crispó sus facciones. El mobiliario del salón comenzó a temblar y se elevó del suelo. Eva supo que el siguiente movimiento sería arrojarlos contra ella. Observó las mesillas, los dos sofás o la estantería, con los libros y adornos pesados. Podía duplicarse, estar en varios sitios de la estancia para asegurar su vida, pero se mantuvo indivisible. Tenía la sospecha de que eso era justo lo que ella esperaba que hiciera, para cansarla, porque dividida su capacidad de reacción era menor, y apostaba a que las cargas más letales no irían hacia donde ella estaba en ese momento. Solo podía permitirse un duplicado y este iría en busca de Marcos.

Los objetos volaron en todas direcciones, chocaron entre sí y contra las paredes, hasta verse reducidos en astillas y despojos, que no dejaban de girar como si el salón retuviera a un tornado. El impacto de una de las mesillas derribó a Eva y supo que debía haberse duplicado. Se cubrió como pudo, para protegerse de los cristales y los restos de madera. Su cabeza estaba allí y, a la vez, pensaba dónde podría encontrar a su amigo.

Por suerte para ella, verla en el suelo satisfizo a Diana, quien puso fin al baile de metralla. Eva supo que en eso consistió el despliegue, en una muestra de su talento, y empezó a preocuparse. Notaba un dolor agudo en su costado, podría aguantar otro asalto, dependiendo de en qué consistiera. Necesitaba saber a qué atenerse, tragarse la vanidad, el rencor o la soberbia, porque Diana era una verdadera amenaza para todos, y los de Zeva le habían hecho mucho más que un lavado de cerebro.

Diana soltó una carcajada.

—Sabía que este sería el primer sitio al que vendrías tanto por mí, como por Sergio. Él jamás te perdonará.

Eva se levantó sin reflejar el dolor de su cuerpo. Debía provocarla, pero con cuidado. Buscó una respuesta capaz de molestarla, mientras se sacudía el polvillo y los restos de la ropa. Sabía que el tono tranquilo era un buen comienzo y se esforzó por contener la rabia y la inquietud.

—Valdrá la pena intentarlo. Ya sabes que es una cuestión personal.

Diana apretó los puños y le dedicó una mirada venenosa. Iba por buen camino.

—Verás, Diana. Sabía que la doctora Ramírez me prepararía algo así como un némesis —aseguró, desprestigiando el nombre—, pero he de reconocer que me sentí un tanto insultada cuando me entenderé de que eras tú. Que la dulce y delicada Diana estuviera en esto… —añadió con una amplia sonrisa al verla roja de furia.

Los trozos que descansaban sobre el suelo empezaron a vibrar, amenazando con volver a ponerse en movimiento. Eva fingió ignorarlos, mientras la angustia le cerraba la garganta. No estaba preparada para otro

ataque, ni podía desdoblarse antes de tiempo. Se preguntó dónde podría estar Marcos. Debía encontrarse cerca del edificio de los laboratorios, su radio de acción se vería limitado si pensaba contener lo que iban a soltar.

—Enhorabuena, ni lo sospeché.

Los objetos dejaron de temblar y Diana recuperó su sonrisa. Mientras, Eva seguía dándole vueltas al paradero de Marcos. Un lugar próximo, en el que no se viera demasiado expuesto. Conocían su identidad, la de todos, si se acercaba o se ponía a la vista, lo reducirían…

—Soy buena. Me engañaron, me engañasteis, hasta que abrí los ojos. Ahora, todos lo pagaréis.

Eva se rió. Ya sabía dónde podría encontrarlo. Con aire despreocupado se agachó, y tomó del suelo lo que minutos antes había sido un trozo de estantería. Al incorporarse, volvió a fijarse en Diana y agitó el palo que, al instante, desapareció.

—Supongo sabrás que puedo desdoblarme. Me encargaré de que a Marcos no le pase nada y, como siempre he hecho, cuidaré de los demás.

Para su sorpresa, Diana ni se preocupó.

—No confían en ti, te odian. Tú sola te hiciste odiar. ¿Pretendes valerte de Lucía? —preguntó jocosa.— Lamento decirte que ella y Carlos fueron los primeros con los que acabé.

Eva fingió horror antes de sonreír.

—Carlos y Lucía, también era yo —replicó.

El gesto confiado de Diana se esfumó y Eva se permitió disfrutarlo. Se sentía un poco más cansada y el costado le dolía el doble, pero ahora tenía la supervivencia asegurada y se encargaría de que Marcos no sufriera daño alguno. Si él estaba allí, Sergio también. Ojalá Juan no hubiera olvidado el dardo tranquilizante, y ojalá no disparase antes de tiempo…

Debía mantener su atención allí. Mientras mantuviera ocupada a Diana en aquel cara a cara, no estaría por ahí intentando acabar con las personas a las que quería.

—Como iba diciendo, puedo desdoblarme, aunque al hacerlo se divide también el carácter y las habilidades. Tranquila, todas se unen de nuevo así las hago, o las hacen, desaparecer. Por eso era tan hostil. Eva se quedó con toda la mala sangre. Lucía necesitaba sus encantos para hacer que confiaran en ella, para que le hicieran caso, y Carlos…, bueno, es agotador ejercer de chico.

—¡No! —gritó Diana, furiosa, reventando con la mente los pocos pedazos grandes que quedaban en el recibidor.

Eva silbó.

—Menudo estropicio —dijo, antes de recuperar su suficiencia—. Sí, Diana, matándolos me has devuelto todas las habilidades y, aunque seas tú mi némesis, cosa que seguro me hace las cosas mucho más fáciles, me da que necesitaré toda mi fuerza para sobrevivir y asegurarme de que sobrevivan los demás.

—¡No los encontrarás, no a tiempo! —grito Diana.

—Los conozco Diana, sé perfectamente dónde estarán. —Sintió un escalofrío, un mal presentimiento hacia su oponente. Sus instintos le gritaban que fuera cauta.

—Los mataré a todos y empezaré por Sergio —siseó Diana—. ¿Sabes lo que fui para él? Alguien que no le daría rompederos de cabeza, alguien por el que jamás sufriría si había que romper.

Eva intentó sonar decidida, pero el miedo irracional que la envolvía consiguió que su voz flaqueara.

—No dejaré que lo hagas y ten por seguro que te arrepentirás de pensarlo siquiera.

La risa de Diana la sobrecogió. No entendía por qué la asustaba tanto. Se fijó en su rostro, algo en él le arrancó un jadeo.

—Haces bien en no subestimar a los de Zeva. Te esperan muchas sorpresas, y yo estaré ahí para verte la cara… y créeme que sabré perfectamente todo lo que pasa por tu cabeza —prometió, atrapando la mirada de Eva.

Eva notó una presión en la cabeza y un dolor atroz sacudió su cuerpo, arrancándole un grito. Perdió la sensibilidad en las piernas, ni siquiera sintió que caía, hasta que estuvo de rodillas. Los tímpanos le estallaron y los ojos crearon una telilla que la hacía verlo todo enrojecido, mientras notaba el sabor metálico de la sangre en la boca y en la nariz.

Logró liberarse de la dura mirada de Diana y, a través de un trozo de vidrio, se encontró con su reflejo.

De sus ojos, de sus oídos, de su nariz y de su boca, surgían finas líneas de sangre. En cuestión de segundos, entre las risas triunfales de Diana, todo desapareció.

38— TEME

Alicia se incorporó de golpe. De no ser por el asfixiante abrazo de Tomás, se hubiera precipitado contra el suelo del quirófano, desde la camilla sobre la que estaba. No sabía cómo había llegado hasta allí, era lo de menos.

—Gracias a Dios, Nat —sollozaba Tomás, incapaz de soltarla.

Alicia se separó de él entre jadeos. No tenía tiempo de reencuentros emotivos. Sus ojos buscaron a Sergio que, del otro lado de la camilla, les dejaba espacio.

—En tu piso, lo que dijiste, que no te mirara a la cara —expresó Alicia de forma atropellada. Sentía el corazón desbocado, a un paso de salírsele del pecho.

Sergio la miró sorprendido y Alicia supo que debía ser más concreta. Impaciente, lo hubiera zarandeado de tenerlo más cerca.

—¿Dónde lo oíste?, ¿a qué te referías con mirarte? —insistió, incapaz de calmarse y explicarse mejor.

Sergio pareció entenderla.

—Te tomaba el pelo, no había ningún motivo por el que no pudieras…

—¡De dónde lo sacaste! —exigió Alicia, notando como el sudor conseguía que la ropa se pegara a su piel, mientras la cabeza zumbaba descontrolada.

—¡Cálmate, Nat! —exigió Tomás.

—Joder, no lo sé… —murmuró Sergio, antes de abrir los ojos y mirarla asustado—… aquí. Alguien capaz de licuarte el cerebro con solo mirarle a los ojos —recordó casi sin voz.

Alicia apretó los párpados y se concentró en reunir las palabras que tropezaban con su respiración.

—Es Diana —pronunció con dificultad—. Mi némesis y de quien hablaban.

—¿Estás segura? —preguntó Sergio.

Alicia lo miró con seriedad.

—Ya lo creo que sí.

39— RECABA

Los ojos de Sergio estaban fijos en ella, Tomás había sido relegado a un segundo plano por ambos.

—Pero no… —articuló Sergio casi sin voz.

—¡Acaba de hacerlo! —exclamó Alicia a voz en grito—. No ahora —se corrigió, incapaz de controlar sus nervios. Quería dejar la camilla, lo haría cuando dejase de temblar—. En tú ático, ella destrozó la entrada y la sangre que viste era la mía. Sigo aquí porque me dupliqué para detener a Marcos, contener esto era imposible, lo hubiera matado. Como suponías, es mi némesis y apuesto a que fue la que acaba de dispararnos.

Tomás gruñó molesto.

—Lo sabía, sabía que había algo en ella que no me gustaba.

La voz de su hermano le recordó que estaba allí. Logró calmarse un poco y se centró en él. Esperaba que al tenerlo cara a cara los recuerdos volvieran de golpe. No fue así, solo sentimientos. Cariño, aprecio, y preocupación. Nuevos datos, ninguno. Observó su aspecto. Sus pantalones vaqueros y su polo verde estaban sucios y parecía tan cansado como ellos. Tenía un moratón en la cara, el pómulo hinchado, y dio por sentado que se trataba del saludo de Sergio.

—¿Dónde demonios has estado todo este tiempo? —le echó en cara.

Tomás pasó de la sorpresa al enojo en cuestión de segundos.

—¡Buscándote! No te podía encontrar, no te sentía.

Sergio intervino al ver que Alicia no tenía una explicación para eso.

—No te recordaba, no sabía cómo dejar que la encontrases.

Alicia se golpeó la frente con el puño. Tenía un molesto zumbido, que debía ser el eco de lo que Diana le había hecho a su cerebro. Se sentó en el borde de la camilla y balanceó las piernas. Aún no estaba preparada para ir al suelo.

—Sigo sin recordar una mierda —protestó, consciente de que ahora más que nunca era importante solucionar ese detalle.

En la misma línea, Tomás suspiró.

—Es un milagro que sigas viva. Gracias Sergio y…, lo siento —añadió a regañadientes.

Era de esperar que durante su convalecencia se hubieran puesto al tanto, aunque a Alicia le pareció que Sergio omitió detalles.

—¡Venga ya! No fue de ayuda los primeros días —protestó Alicia.

Tomás rió divertido.

—Lo sé, me lo contó. Lo que le agradezco es que no te matara en cuanto os encontrasteis —puntualizó, abrazándola de nuevo.

Se sentía extraña, incómoda, no se daba quitado el malestar de encima y no se mordió la lengua.

—Lo intentó, de hecho lo hizo en una ocasión —cuchicheó, aferrándose a su hermano, dejando salir las palabras de forma amortiguada al tener la cabeza enterrada en la curva de su cuello. Se dejó envolver por la seguridad que transmitía su contacto. Se obligó a separarse o se pasaría en aquel refugio un tiempo que no tenían. Observó el quirófano y a sus acompañantes.

—No, eso no me lo contó —dijo Tomás con un guiño cómplice a Sergio, quien se limitó a menear la cabeza—. Lo importante es que estás bien, que tus habilidades te salvan el trasero en el momento justo y que han vuelto a aumentar.

—¿A sí? —preguntaron a la vez Alicia y Sergio.

Tomás asintió. Le acarició los brazos como si necesitase comprobar que en verdad estaba allí, y señaló a Sergio con la cabeza.

—Tú no deberías haberte trasladado. Ella no se teletransporta, se duplica en un lugar que visualiza. Se ve allí pero no debería poder arrastrar consigo a nadie.

Alicia dudó.

—Igual también lo dupliqué.

Tomás negó y volvió a mirar a Sergio.

—¿Notas algo?

Incomodo, con un encogimiento de hombros, Sergio evitó

responder.

Alicia tenía una respuesta posible.

—Si se quedó allí, Diana lo mató seguro.

—Entonces también moriría aquí —explicó Tomás—. Él no puede separarse como tú. En el caso de que pudieras copiarlo, lo que le pasa a uno, le afectaría al otro.

Como Sergio, Alicia lo miró confundida. En cualquier caso, era imposible rebatirle o darle la razón.

Tomás puso los ojos en blanco.

—Conozco cada habilidad, cómo funcionan. Soy un profesional.

Sergio meneó la cabeza.

—Eres un cabrón y tú también —protestó.

—Lo siento —repitió Tomás—, pero no se me ocurrió una idea mejor sin arriesgar tu vida o la de Marcos, sin señalaros a todos.

Alicia supo que Sergio iba a cambiar de tema.

—Deberíamos buscar alguna solución milagrosa aquí abajo y reunirnos con los demás.

Tomás chasqueó la lengua.

—Lo de reunirnos con el resto va a ser complicado. Yo ni de broma os puedo trasladar, y a ella hacerlo no parece sentarle especialmente bien.

—Por no mencionar que no tengo ni idea de a dónde tengo que llevaros.

—Pues habrá que volver a salir en algún momento —le dijo Sergio a Tomás—, a menos que conozcas los accesos subterráneos y estos sean seguros.

El aludido meneó la cabeza.

—No, no son seguros. El personal de Zeva ronda por aquí, por no hablar de los restantes experimentos.

Alicia comenzó a sentirse algo más fuerte y, con ayuda de su hermano, se bajó de la camilla. No se alejó mucho, por si acaso.

—Si como creemos hay algo importante aquí abajo, habrán desplegado todas sus fuerzas para que no nos lo llevemos —razonó Alicia.

Sergio se revolvió inquieto.

—Y si no encontramos nada, terminaremos muertos. Si tenemos que preocuparnos también de Diana, o salimos de aquí o conseguirán borrarnos del mapa.

Alicia le dio vueltas a lo que sabía. Si durante tanto tiempo consiguió que ellos no detectaran sus rarezas, quizá podría burlar la prueba. Podría ser lo que los laboratorios pretendieran evitar, que se escabullera y fuera a por refuerzos, o alertase a las autoridades.

—¿Yo pasaría la prueba?

Sergio y Tomás negaron con la cabeza. Su hermano respondió.

—Es una prueba muy concreta, ni siquiera tú la podrías eludir.

El silencio se apoderó del quirófano unos segundos mientras intentaban dar con alguna salida.

Sergio volvió a cambiar de tema.

—El personal de Zeva —nombró Sergio, observando a Tomás—. ¿También van a por ti?

Tomás pareció incómodo y, de soslayo, miró a su hermana, tratando de no transmitir en sus palabras el temor que sentía.

—No tengo ni idea, no me he cruzado con ninguno de los que trabajaban aquí, pero es probable que de ir a por mí, me localizarían ellos. Creo que les han hecho algo, como si estuvieran programados para eliminar una amenaza concreta, véase ella.

Alicia caminó por el quirófano para estirar sus entumecidas piernas, sin dejar de observarlo todo. Los pantalones le rozaban la piel como si estuvieran confeccionados con papel de lija. Y la cabeza le picaba horrores entre el sudor y la suciedad acumulada. Tuvo que detener su paseo. Su entorno le trajo algo familiar. Estaba segura de que no era la sala que le había arrancado el recuerdo de ella cuando era niña, la que vio la última vez que estuvo allí abajo, pero conocía la habitación. Sin romper el hilo de la conversación, intervino.

—¿Cómo puede ser que su único punto débil esté en el estómago?

A uno le atravesaron la cabeza con una flecha pero no murió…, aunque sí lo detuvo.

Tanto ella como Sergio miraron a su hermano, expectantes. En respuesta, Tomás se cruzó de brazos a la defensiva.

—¿Y yo que sé? No soy científico —protestó nervioso—. Supongo que las reuniones de empresa o las revisiones médicas no eran muy normales, les hicieron algo, los prepararon poco a poco para que ni ellos se dieran cuenta o lo sabríamos. Sí puedo deciros que manipularon una toxina que hace que los cuerpos agredidos no se den muerto.

Sergio se colocó en el extremo opuesto a los hermanos, con la espalda pegada a la fría pared.

—Los seres ciegos, extienden el contagio. A mí me trataron con esa toxina y era lo que me provocaba fotosensibilidad. Tu hermana, su sangre, anula el efecto.

Tomás meditó antes de hablar.

—Podría funcionar si el cuerpo infectado está vivo. Dudo que tenga efecto en los que ya están medio podridos o los que tienen heridas graves. Esos morirán igualmente.

Alicia seguía preocupada por sus peculiares atacantes, no terminaba de verlo.

—A ver, si es la misma toxina, debería incluir la fotosensibilidad… ¿Por qué el personal de Zeva se pasea a plena luz? He visto que los otros, la gente que cayó por los seres ciegos, sí sufren quemaduras. Está claro que no sienten dolor, ni les preocupa, pero les afecta el sol…

Sergio la interrumpió.

—Tiene que haber algo que asuste a los cadáveres o los hubiéramos visto al venir hacia aquí. Dudo que estén todos definitivamente muertos. Tal vez su instinto, o lo que tengan ahora, los hace refugiarse, y salir cuando notan o ven algo. —Agitó la cabeza confundido—. Esto es absurdo, no tiene ningún sentido.

Tomás parecía tenerlo un poco más claro.

—Están muertos. Desde el momento en el que se mueven y están muertos, es algo absurdo, pero creo que lo de la sensibilidad a la luz

solar está relacionado con el momento del contagio y la forma. También por eso no se transmite la invisibilidad. Digamos que, para que esta se manifieste, debe venir de serie. Esas criaturas ciegas fueron creadas de una determinada forma, y con unas determinadas características. Ante el contagio, las características se…, diluyen. Los cadáveres ni son invisibles, ni tan sensibles a la luz como los portadores de la toxina. El personal de los laboratorios es otro caso distinto y, dada su finalidad, verse afectados por el sol los limitaría. Como la gente que cayó, al no sentir dolor, tampoco sentirían las quemaduras y se quedarían sin cuerpo antes de alcanzar su objetivo. Los documentos están incompletos, nos faltan papeles importantes, pero el grueso parece ser ese.

A Alicia le estaba costando seguir el razonamiento de su hermano, que se movía de un lado a otro, gesticulaba con las manos, como un profesor ante sus alumnos. Se fijó en Sergio, por su expresión tampoco él lo veía tan claro. Sus miradas coincidieron y le hizo un gesto cargado de paciencia. Tuvo que morderse la lengua para no reírse. Devolvió la atención a Tomás y lo comparó con los recuerdos que tenía. A veces mostraba esos ademanes exagerados, tan característicos de su imagen como Raúl, a menudo empleaba el lenguaje sencillo. Se preguntó cómo habría sido ella, cómo sería mantener personalidades diferentes y no equivocarse. Dejó de escucharlo y se regañó a sí misma. Si quería entender las cosas, más le valía interesarse por lo que contaba su hermano, aunque le entraron ganas de comentar que el cómo era lo de menos. Lo importante era esquivarlos y conseguir lo que necesitaban para dejar la ciudad.

En un primer momento había creído que se trataba de una cura, pero si la cura era ella, si ya tenían eso, buscaban otra cosa. Le vino a la mente el líquido verde que se había inyectado, lo que le devolvió sus habilidades. Parecía justo lo opuesto a lo que necesitaban, pero sintió que estaba más cerca de descubrir su objetivo. De sus charlas con Sergio asumía que cuando los capturaban, inutilizaban lo que fuera que podían hacer para escapar. Otra corazonada le dijo que eso no les valía, pero preguntó de todas formas. Interrumpió a su hermano, que todavía seguía hablando, y señaló a Sergio.

—Dijiste que lo primero que te quitaron fue lo de teletransportarte. ¿Cómo te lo quitaron? Si hay algo que puede anular las cualidades, habilidades o cómo demonios queráis llamarlas, eso podría servir para superar la prueba esa, ¿no?

Sergio asintió.

—Suponía que eso era justo lo que buscabas.

Alicia entrecerró los ojos.

—Y claro, decírmelo era un esfuerzo enorme por tu parte.

Sergio ni se molestó en justificarse. Habló Tomás, que no parecía muy contento con la interrupción.

—No sirve. Lo que os inyectaron solo impide que se manifieste la cualidad, no la hace desaparecer, y es necesario repetir la exposición porque los efectos desaparecen con relativa facilidad. Aún en el caso de que escondiera lo que podemos hacer, podrían regresar en el momento menos oportuno y pensarían que somos una amenaza. Ahí fuera, lejos de esto, tienen que estar muy, muy preocupados. No creo que se muestren comprensivos ni tolerantes.

Alicia no lo entendía. El líquido verde que se había inyectado le devolvió lo que podía hacer. Era de suponer que sus cualidades no regresarían solas o se hubiera ahorrado el mal trago. O quizá su efecto era agilizar el proceso y restaurar sus capacidades con mayor rapidez. Podría ser, no tenía ni idea. Iba a preguntar, pero Sergio se adelantó.

—Tiene que haber algo, ella estaba buscando algo. Estoy seguro. Y sería bueno saber a qué nos enfrentamos si vamos a seguir por aquí. Buscamos a ciegas, es un riesgo, solo conocemos las cuatro amenazas que hay en las pantallas de la sala que pasamos.

Tomás lo miró descreído.

—¿Y te parecen pocas? Es lo que hay, lo que podría asaltarnos en cualquier momento.

Alicia se estremeció ante el recuerdo de la bestia que intentó darle caza la primera vez que bajó. Estaba segura de que si aparecía otra, esta vez no lograría escapar a tiempo.

—La primera vez que bajé me encontré con una especie de oso enorme, ¿Puede haber más? y a todo esto…, ¿qué demonios es?

—Un oso —respondió Tomás—; o lo fue antes de que le pusieran las manos encima. Las otras dos variantes también en su origen fueron algo normal. Los seres ciegos, como los llamáis, fueron humanos, y los de la lengua, perros.

Alicia asintió y miró a Sergio.

—En el segundo encuentro, con Elián. Cuando ese trabajador me mordió, me dijiste que me convertiría en uno de ellos.

Pasando su peso de un pie a otro, Sergio se explicó.

—Me refería a convertirte en lo que desprecias, en algo antinatural. Di por sentado que lo que sea que tengan también se transmitiría con la saliva.

—Pues tú ibas camino de ser uno de ellos —resaltó Tomás.

Sergio torció la sonrisa.

—Una suerte que le volara la cabeza.

Alicia no conseguía recordar nada sobre ese supuesto encuentro en el que le había disparado. En su cabeza, dejó el piso de Sergio, salió a la calle y volvió al edificio de los laboratorios. Sí rememoró a Zar. Le preocupaba su paradero y se preguntó si lo habrían atacado, si lo encontrarían convertido en una de esas cosas con lenguas extensibles. Apartó la imagen que quería formarse y volvió al tema principal. En ningún momento recordaba desdoblarse e ir a increpar a Sergio.

—Igual por eso volví dispuesta a cabrearte.

Sergio la miró escéptico.

—Sí, quedémonos con eso.

Tomás chistó sin muchas esperanzas.

—Tenemos que movernos, encontrar algo que nos permita superar el control. Después habrá que cruzar la ciudad y rezar porque Diana no nos salga al encuentro.

Las amenazas que escuchó en el último encuentro, consiguieron que Alicia se mostrara reticente a salir.

—Me preocupa que ella pueda rastrearme.

Tomás dudó.

—Debería poder hacerlo, pero me cuesta creer que no se haya valido antes de ese recurso.

Sergio se separó de la pared y se acercó a la camilla, nervioso, como si se sintiera observado.

—Igual está tanteando el terreno. Ahora somos tres, no sería muy sensato aparecerse aquí. Sabe que, o es muy rápida, o uno de nosotros la eliminará, aunque sin saber hasta dónde llegan sus habilidades es difícil hacer conjeturas.

—Aunque pueda localizarte —dijo Tomás, hablándole a Alicia, y sin preocuparse demasiado—, dudo que tenga forma de saber si estás sola o acompañada. Sí, tal vez por eso no te asalte a la ligera y me da que no puede desdoblarse o ya habría intentado algo.

Alicia frunció el ceño.

—Entonces yo también podría encontrarla a ella.

—Ni se te ocurra —descartaron Tomás y Sergio al tiempo.

Alicia alzó las manos con falsa inocencia.

—Solo era un comentario —se apresuró a decir al observar sendos rostros crispados. Alicia optó por devolverle el protagonismo a su hermano—. ¿Cómo funciona tu habilidad?

Cómodo ante la nueva pregunta, Tomás respondió mientras se apoyaba en la mesa metálica que había contra la pared.

—Yo puedo desdoblarme, aunque solo una vez y mi copia no se sostiene más que unas horas. Tampoco puedo presentar un abanico de aspectos. Normalmente el original era Raúl y la copia que movía tenía mi aspecto. Si me aparecía con otro, esa copia aún duraba menos. A mayores puedo formar remolinos de aire…, en espacios donde haya aire, claro, y también manipular en menor medida el fuego.

—¿Y ella? —preguntó Sergio mirando a Alicia.

Por el suspiró de Tomás, esa pregunta era más complicada. Se pasó las manos por el pelo y aprovechó para sentarse sobre la mesa, en la que descansaban un microscopio, un par de aparatos más, un pincho para contaje de vendas y gasas, un dispensador de mascarillas y, al final, tras el grifo que ponía fin a la mesa, una nevera.

—No es fácil explicar cómo funcionan las habilidades de Nat porque se modifican constantemente; sé mejoran o se adaptan dependiendo de lo que necesite. Por eso era tan valiosa para Zeva. Podría decirse que la habilidad de Natalia es asimilar como propias, reproducir a su modo, otras habilidades —dijo apartando el microscopio y observando con curiosidad los pinchos para contar gasas—. De algún modo esto, sumado a su capacidad de hacer

realidad aquello que visualiza, se acerca a la capacidad mental de tu hermano Marcos. Logra desdoblarse como hago yo y, según acabamos de ver, teletransportarse como tú. De hecho, me parece que su capacidad para ocultar su condición a sus congéneres está ligado a la habilidad de rastreo que todos tenemos, pero a la inversa. De ahí que pueda emitir señales a alguien concreto como hacía conmigo e hizo contigo en los encuentros con los supervivientes.

Sergio parpadeó asombrado.

—Si puede adquirir funciones de aquellos que le rodean, puede hacer cualquier cosa. Como Natalia, como Eva, como Alicia, como Lucía o como Carlos ha estado rodeada de personas con peculiaridades.

Alicia sintió un nudo en el estómago de pura impresión. No le gustaba que la evaluaran como si no estuviera allí, pero tampoco se veía capaz de hacer algún comentario.

Tomás asintió con un perspicaz brillo en los ojos.

—Sí, eso es lo que he creído siempre y por lo que la considero tan fascinante, a parte del orgullo fraterno —bromeó al ver los gestos de ambos—. No descarto que en cualquier momento le salgan cuernos y eche fuego por los ojos.

—Que simpático —cuchicheó Alicia cada vez más incómoda.

—Muy gracioso —se le sumó Sergio.

Alicia alzó las manos, derrotista.

—Es estupendo saber que puedo hacer todo eso, pero dudo que lo lleve a la práctica si malamente recuerdo mi nombre.

—Vas progresando, ¿no? —la animó Tomás—. Ya recuerdas más que hace una hora.

Alicia rió sin una pizca de entusiasmo.

—Sería mejor que fuera más rápido. En una hora, con lo que hay ahí fuera, pueden hacernos pedazos de cien formas.

En absoluto preocupado, Tomás se giró para seguir inspeccionando el material sobre la mesa.

—No seas tan negativa, creo que reaccionarás a tiempo.

Sergio y Alicia intercambiaron una mirada no tan optimista.

—Preferiría que fuera algo más seguro —reconoció Sergio, hablando por ambos.

Alicia imitó a su hermano y curioseó. Recorrió el lugar y reparó en una tenue mancha que oscurecía el suelo, justo al lado de la puerta. La comprensión la golpeó y supo perfectamente dónde estaba. Era el quirófano en el que había matado al Doctor y aquella mancha, aquellos restos, bien podrían ser de sangre.

No tardó en encontrar la nevera. No le había llamado la atención antes porque estaba vacía. El cristal de la puerta permitía ver que no había rastro ni de los viales verdes.

—Estuve aquí —comenzó a decir distraída, girando sobre sí misma para situar la mesa de Mayo, sin instrumental ni paño, y el carro de yesos—. Me inyecté un líquido verde.

Bajo las atentas miradas, se arrodilló en el suelo, junto al carro. Lo apartó y encontró el frasco y la jeringa.

—Esto —señaló sin atreverse a tocarlo.

Tomás se acuclilló y tomó el frasco vacio, cuya etiqueta tan solo contaba con el símbolo de los laboratorios. Se la tendió a Sergio que también se había acercado.

—¿Te suena?

—Sí —respondió Sergio. Sostenía el frasco pensativo, pero negó con la cabeza—. Lo vi, pero supongo que aquí habrá un centenar de estos por todas partes.

Tomás se giró hacia su hermana.

—¿Por qué te lo inyectaste?

—Creo que para recuperar mis habilidades —respondió, sin mucha convicción.

Sergio compartió su suposición.

—Si te cogieron, tuvieron que inhibir tus aptitudes de algún modo, como nos hicieron a nosotros. Tal vez, lo que había aquí dentro, sirve para recuperarlas todas al momento, o para hacerte más fuerte, vete a saber. Lo único seguro es que no hubieran podido atraparte, ni retenerte, con todo lo que puedes hacer.

Alicia titubeó.

—¿Cómo me cogieron?

Ambos miraron a Tomás. Parecía aturdido, como si no entendiera nada y miraba el vial de forma extraña.

—En teoría te escapaste en un descuido de la vecina que nos cuidaba. Dijeron que se dejó la puerta abierta. Te soltaron al ser una menor... no entiendo...

—No, no. Me refiero a ahora —dijo Alicia—. Salí de aquí el mismo día que empezó todo —explicó, segura de que aquello encerraba algo.

La dura mirada de su hermano interrumpió sus pensamientos. La amabilidad en su rostro se esfumó, sobrecogiéndola. Apretó los puños y encaró a su hermana con una actitud tan agresiva que Sergio se interpuso entre ambos.

—¿Tomás? —lo nombró Sergio con una advertencia, consciente de que nada bueno pasaba por su cabeza.

Tomás lo miró ofendido.

—Apártate Sergio, no voy a saltarle encima aunque se lo merezca por tarada.

Sergio se colocó junto a Alicia sin alejarse demasiado. Ella hubiera preferido que siguiera delante.

—¿Y eso viene a…? —preguntó con un hilo de voz.

Tomás entrecerró los ojos y la señaló con el índice.

—Quedamos en no arriesgarnos, en no jugarnos el cuello más de la cuenta. Tú misma me rogaste que no viniera, que si nos cogían lo echaríamos todo a perder —empezó a decir arrastrando las palabras.

Sergio tomó la palabra.

—No sé ella, pero yo, como no empieces por el principio, no voy a entender una mierda.

Tomás no respondió inmediatamente. Les dio la espalda, murmuró un par de insultos que consiguieron que Sergio y Alicia se mirasen preocupados, y los encaró con expresión malhumorada.

—Sabíamos que el rescate de Sergio y el robo de documentos, los haría atacar a la desesperada, que sacarían el armamento pesado. Ya estábamos prevenidos de la toxina y sus prototipos genéticos, teníamos una idea general de lo que podría pasar, y por ello nos movilizamos antes y a tiempo de resguardarnos en un lugar amplio, con recursos, para atrincherarnos y con una estructura solida que aguantara la que se nos venía encima —expuso de carrerilla, antes de dirigirse solo a Sergio—. Con Lucía, yo ultimaba detalles para protegeros a vosotros. Mi hermana se suponía que iría por la ciudad asegurándose de que el número de víctimas fuera el menor posible. Cuando todo estallara, Lucía controlaría los servicios de rescate durante los primeros días para los rezagados que ella hubiera puesto a buen recaudo. Como Eva era persona no grata, y como a mí se me daría por muerto, nosotros recorreríamos la ciudad tratando de buscar supervivientes, soluciones y demás.

Sergio frunció el ceño.

—Por lo que me contaron, perdimos a Lucía un poco antes de las explosiones. Del operativo de rescate nos encargamos Juan y yo en cuanto desperté.

Alicia salió de su aturdimiento para apuntar lo que sabía.

—A Carlos y a Lucía se los cargó Diana.

Como los tres conocían quiénes eran en realidad, a ninguno le importó la perdida, ni le dieron especial relevancia.

—Ese no era mi plan —aseguró Tomás, antes de señalar a Alicia —. Era el tuyo y del que me dejaste fuera, como si pudieras hacerlo todo tú sola.

Alicia se mordió la lengua antes de resaltar que no había estado sola. Si su hermano desconocía que a ella la habían cogido, tampoco sabría que Juan estaba lo bastante metido como para ser él al primero que llamara. De nuevo sintió una corazonada. Tuvo que tener mucha más ayuda.

Tomás siguió hablando, sin calmarse lo más mínimo, pero Alicia se consoló con que, al menos, volvía a dirigirse a ella.

—Prescindí de Raúl el día del ataque, por eso Sergio no volvió a verlo. Tú y yo nos dividimos la ciudad en dos. Sur para mí, norte para ti. Te quedaste con la zona del edificio, quisiste mantenerme a mí lejos del laboratorio, porque ya estabas en él —le echó en cara.

Alicia se mantuvo en silencio y aguantó la bronca. Era muy probable que se la mereciera y carecía de argumentos. No tenía ni idea de cuantas copias había tenido paseando por ahí. Parecía que cada vez que se centraba en una sola, se veía obligada a dividirse. Por no saber, ni siquiera tenía claro qué demonios pasaba con su cuerpo dividido. Según la última visión, solo estaba ella y la que dejó en los vestuarios. Por lo que pensó en ese momento, sabía que la única forma de acabar con la copia era matarla. Durante el encuentro con Diana, solo había dos. Después, Diana acabó con su vida, pero una nueva copia se había trasladado a la tienda 24 horas. Suponía que la de los vestuarios seguiría viva, seguía habiendo dos, pero no descartaba haber dado más saltos.

Se frotó el rostro, notó la garganta seca. Daría cualquier cosa por un poco de agua. No entendía nada. Según Sergio, al despertar en su piso no había ningún cadáver. Quizás Diana, tras matarla, se deshizo de su cuerpo, tanto para fingir un ataque contra ella, como para que cuando él se encontrara con la desorientada Eva siguiera considerándola culpable. Eran muchas las incógnitas, le hubiera gustado trasladarlas y que su hermano las resolviera, pero, si se la había jugado, tampoco él tendría respuestas. Vio que aún no había terminado de hablar y se centró. No le fue fácil, otra duda le rondaba la cabeza y era a dónde había ido a parar el duplicado que se quedó en los vestuarios.

—No tengo ni idea de cuándo te cogieron. Estuve contigo el día anterior a que se desatase todo, pero a saber cuánto tiempo llevabas en sus manos, podrías ser un duplicado.

Inconscientemente, Alicia se abrazó a si misma movida por el sentimiento de culpa. Tomás no dio señas de compadecerse.

—La noche de las explosiones me la pasé en la calle para poner a salvo al mayor número posible de gente, creyendo que tú hacías lo mismo y, al amanecer, nos encontramos a dos manzanas de aquí y me aseguraste que todo estaba en orden. Regresé a lo mío, pero por la tarde ya no pude encontrarte. Llevo jugando al escondite contigo desde entonces. He vuelto a aquí, no bajé, desde luego, monté guardia, pero ni rastro.

Alicia malamente llegó a oírse. Si echaba cuentas, con lo poco que sabía, quizá en el momento en el que él la buscó en los laboratorios, ella estaba en el puerto. El resto del tiempo había estado allí, le costaba creer que no la hubiera visto si montaba guardia, y le costaba creer que no hubiera ido a casa de Sergio si tan bien la conocía. El

último punto lo resolvió ella sola. No podía presentarse ante Sergio ni como Tomás, ni como Raúl, y un superviviente surgido de la nada no sería creíble para el paranoico motorista. Además, en vista de las tensiones y la relación que presuntamente tenía, preguntar por Eva era ganarse algo más peligroso que un puñetazo.

—No sé qué decirte. No recuerdo mi plan de engañarte.

Sergio la miró molesto al ver que no estaba siendo sincera.

—Juan estaba aliado contigo —desveló.

—Bocazas —cuchicheó Alicia—. Iba a decírselo —añadió, mirando a su hermano a la espera de una nueva regañina.

—No me sorprende. Te tiene pánico —protestó Tomás—. Acataría hasta tu plan más suicida.

Sergio perdió la paciencia.

—¿Por qué no te duplicas y le preguntas de qué va esto?

—Porque, con todo, somos humanos —dijo Tomás a modo de reproche—. Ya ni recuerdo la última vez que dormí o comí y mis energías se han basado en sacarme de encima monstruos mientras la buscaba. Duplicarme me supone un esfuerzo considerable y estoy agotado.

—Lo siento —susurró Alicia—. Creo que la del día antes y la última eran la misma. Llevaba más de un día retenida cuando huí, que fue la noche que empezó todo, y en ese último encuentro del que hablas, después de los problemas, creo que yo seguía en la tienda.

Tomás volvió a enfadarse.

—En cuanto liberamos a Sergio y cogimos pruebas para incriminarlos, quedamos en no volver, tuviste que ver algo en los documentos que te hizo cambiar de idea. Algo fundamental, vital, o no hubieras sido tan imbécil. Desde el rescate hasta que estalló todo esto no pasaron más de dos días. No sé, podrías haber estado aquí dentro durante meses. Es imposible saberlo cuando tus copias son independientes.

Sergio le dio unas palmaditas en la espalda a su colega.

—¿A que jode? —se burló y antes de que Tomás se defendiera, le habló a Alicia—. Lo que fuera que te hicieran aquí, lo que tú te

inyectaste y el somnífero que yo te disparé te han dejado en este estado.

Alicia dudó, una nueva sospecha se abría paso entre sus escasos recuerdos.

—¿Contaba con esto?

Sergio le sonrió sarcástico.

—¿Con una amnesia de caballo que te desconecta y te hace inestable e imprevisible? No, no creo.

—O sí —corrigió ella. La idea que se formaba en su cabeza estaba relacionada con lo que Diana le dijo en el último encuentro—. Yo veo algo de Diana…, tal vez siendo inestable e imprevisible, sin control sobre lo que hago, ella no pueda verme ni localizarme.

Tomás perdió parte de su resentimiento.

—Puede. Yo no puedo rastrearte y soy tu hermano.

Sergio dudó.

—Y si tan buena eres podrías haber esquivado el tranquilizante.

Alicia no lo vio tan claro.

—Eres demasiado rápido.

—Entonces me hubieras alejado, devuelto a mi piso, antes de ocuparte de Marcos.

—Puede —dijo Alicia con un encogimiento de hombros—, aunque también puede que me tengáis en muy alta estima.

—Estamos desesperados —le recordó Sergio con cinismo.

—Veo que os seguís llevando de maravilla —murmuró Tomás—. Entonces… ¿Nos vamos?

Sergio puso los ojos en blanco.

—¿Adónde? ¿A recorrer pasillos sin idea de qué buscamos? Esto no está despejado, ni de coña y ya hemos tentado a la suerte muchas veces. Insisto en que aquí hay algo, ella busca algo aquí y fijo que donde esté eso, están todas las amenazas que no estamos viendo. Sin saber qué es, ni qué puede montar guardia para evitar que se lo lleve,

no podemos dedicarnos a pasear. Este lugar es enorme. Creo que lo más sensato es ir con los supervivientes. Si todo esto forma parte de un plan y ella no recuerda nada, habrá que sacarle la información a Juan.

Tomás estuvo de acuerdo, a regañadientes.

—¿Y Diana? Ella seguro que monta guardia ahí fuera. En cuanto salgamos vendrá a por nosotros, o nos dejará llegar al centro comercial para librarse también del resto.

—Pues habrá que engañarla —resolvió Sergio—. Tu hermana y yo la distraemos, tú te reúnes con el resto y hablas con Juan.

Para Alicia fue evidente que a su hermano no le hacía la menor gracia volver a separarse de ella, pero se limitó a asentir. Por la expresión de Sergio, no daría pie a negociar las condiciones. Y ella se sentía inútil, no tenía la menor idea de cómo posicionarse. El plan de engañar a Diana no le decía nada, ni bueno ni malo. Ni siquiera estaba asustada, ni preocupada por volver a separarse de Tomás. Era como si no creyera que fuera a pasar, o como si no le importase. Los siguió en silencio mientras atravesaban el pasillo para regresar una vez más a la centralita y dirigirse hacia la puerta que llevaba al pasillo de salida.

Un mal presentimiento, una certeza rotunda, la obligó a clavarse en el suelo.

—Quietos —susurró con tono de orden, logrando que Tomás detuviera su mano a escasos centímetro del acceso.

40— PRUEBA

Había algo tras la puerta, Alicia podía sentirlo y ni Sergio ni Tomás lo pusieron en duda. Los ojos de buey con el cristal tintado no les permitieron ver, y tampoco hablaron entre ellos por temor a llamar la atención.

Alicia fijó su mirada en las hojas metálicas e ignoró a sus acompañantes mientras meditaba y descartaba posibles amenazas. Los ciegos no podían llegar hasta allí cuando el único acceso era el iluminado recibidor. No podía ser Diana, su némesis no bajaría a buscarla, la esperaría fuera, dónde podría ver si estaba sola o con refuerzos. Descartó también al oso. No se oía el menor ruido y, del mismo modo, supo que no se trataba de lo que, tiempo atrás, habían sido perros. Por el silencio, y porque estaba segura de que solo una amenaza conseguía alterarla tanto, descartó también a los cadáveres.

Todas las cartas señalaban a los trabajadores de los laboratorios y, muy a su pesar, le hizo un gesto a Sergio. De los tres, era el único al que seguro no atacarían.

«Asómate» le dijo Alicia por gestos, sin que ningún sonido escapara de entre sus labios.

Como si compartieran las mismas sospechas, Tomás se colocó junto a Alicia para no ser visible y Sergio apenas movió una de las hojas para ver el pasillo. Dando un paso atrás, volvió a dejar la puerta bien cerrada y se puso del otro lado de ella, asintió para corroborar que se trataban del personal de Zeva, y empezó a contar con los dedos hasta sumar quince.

Tanto Tomás como Sergio dieron por sentado que aquella ya no era una salida posible e hicieron ademán de retroceder. Colocada entre ambos, Alicia los agarró a cada uno del brazo para frenarlos. Un plan se ideaba en su cabeza y agradeció poder aportar al menos eso. Recordaba cómo estaba el pasillo en el que esperaban sus atacantes. Si podía modificar el entorno, alterarlo a su antojo, cabía la posibilidad de librarse de los empleados sin correr riesgos.

Soltó los brazos y miró a Sergio. Juntó las manos e intentó reproducir el gesto con el que creaba los relámpagos azulados. Lo único que consiguió fue que tanto Tomás como él la miraran como si se hubiera vuelto loca.

Frustrada, consciente de que una sola nota de su voz demasiado alta podía activar a los empleados del laboratorio, prefirió no hablar.

Repitió el gesto y supo que Sergio entendía qué le estaba diciendo. El problema era que no terminaba de saber en qué iba a ayudarlos cuando la carga eléctrica podría librarlos solo de un par de ellos, y aún así seguirían siendo numerosos. Alicia le lanzó una mirada suplicante para que confiara en ella.

No muy optimista, tras dudar mucho, Sergio alzó las manos en señal de que aceptaba. Alicia miró hacia Tomás que también alzó las manos, para señalar que no tenía ni idea de lo que pretendía.

Alicia resopló y cerró los ojos para concentrarse. Rememoró el pasillo cuyo final era el boquete con los restos del ascensor. Incluyó las camillas atravesadas o volcadas y la silla de ruedas. Recreó cada detalle y añadió uno. Casi al tiempo, pudo oír el chasquido eléctrico que indicaba que Sergio estaba listo, sin la menor idea de para qué, pero listo.

Sin demora y sin pensar en otra cosa que la fina capa de agua con la que cubrió las baldosas del pasillo, señaló el suelo para que Sergio entendiera al fin su plan. La comprensión asomó a las miradas de sus acompañantes en cuanto el agua se deslizó con lentitud bajo la puerta.

Sin dejar que ninguno de los dos avanzara, Sergio se adelantó y abrió las puertas de una patada, antes de que aquel charco los alcanzase. Las palmas de sus manos apuntaron hacia abajo y sus rayos cayeron en el agua.

En cuanto se abrieron las puertas, los quince empleados vestidos con sus ropas grises fijaron sus enloquecidos ojos en Alicia. Con el sonido eléctrico zumbando en los oídos, ella se quedó de piedra ante la rabia manifiesta del grupo.

Los antiguos empleados del laboratorio no tuvieron tiempo de dar un solo paso. En un segundo, todos se convulsionaban emitiendo un desagradable gruñido inhumano que no era dolor, sino impotencia por tener su objetivo tan cerca y no poder alcanzarlo.

Solo Sergio mantuvo sus ojos fijos en ellos, aunque compartiera con Alicia y Tomás la lástima por un final tan grotesco. Enloquecidos, manipulados, programados o lo que fuera, aquellas figuras habían sido personas, muchas de ellas ajenas a lo que de verdad tramaban sus jefes.

En un par de segundos, cada uno de los componentes del batallón se desplomó inerte y humeante.

Sergio dejó salir el aire que había estado conteniendo.

—Buena jugada —la felicitó entre jadeos.

Alicia suspiró de puro alivio.

—Recordé lo de la carga eléctrica, merecía la pena probar si también caían al electrocutarlos —comentó con voz temblorosa. Los quince rostros, el modo en el que la habían mirado, ocuparía sus pesadillas de por vida.

Tomás acarició la espalda de su hermana.

—Empiezo a creer que tienes memoria selectiva —se burló con cariño, antes de envolverla en un fuerte abrazo.

—Sí, yo también —les llegó la voz de Sergio, débil.

—¿Estás bien? —preguntó Alicia.

41— SATURADO

Sergio se limitó a asentir. Era una mentira tremenda, pero si seguía encerrado más tiempo se volvería loco. Necesitaba aire. Estaba agotado, pero se recuperaría pronto. Seguro que para cuando dejaran el edificio se encontraría mejor. No esperaba darse de bruces con otras amenazas antes. Una vez en la calle, la cosa cambiaría.

Tal vez se hubieran librado de quince atacantes, pero aun tenían que atravesar ese pasillo y salir al exterior, en una ciudad en la que quince era un número ridículo. Podría con ello, estaba seguro. Necesitaba reunirse con Juan, saber cuál era el plan de Alicia. La incertidumbre lo carcomía. Detestaba sentirse al margen, no controlar nada, sobre todo si su vida y la de ella dependían de esto. Hasta temía por Tomás. La amistad que tuvieron estaba tan muerta como fingió estarlo él, pero eso no implicaba que le desease mal alguno. A él también podía entenderlo, era muy probable que de verse en su caso hubiera actuado igual. Podría tener razón en todo lo que hizo, en el modo de hacerlo, asumía la posibilidad, aunque no iba a reconocerlo. Y nunca le perdonaría lo del río, era imposible que lo olvidase.

También albergaba rencor hacia Alicia, pero era distinto. En cualquier caso no estaba dispuesto a perderla de nuevo. Y probablemente fuera quien más daño le había hecho. Desearía ser capaz de no sentir nada por ella, no después de todo lo que hizo, pero era imposible. Cuanta más indiferencia intentaba mostrar, más lo asaltaban los sentimientos. Y ella no estaba ayudando. No con el modo de mirarlo, con los gestos y expresiones que tan bien conocía. Tal vez ella no lo recordase, pero su cuerpo y su corazón sí.

Retrocedió en el tiempo, hasta la fuga de Natalia. Recordaba a Marcos agitado, gritando que ella se había marchado, que no pudo detenerla, que se había vuelto loca. La desaparición fue lo único que lo hizo dejar el refugio de su cuarto en el que llevaba recluido desde la muerte de su amigo. Por aquel entonces no le importó otra cosa que su paradero hasta que les llegó la noticia de que ella también estaba muerta. Si no volvió a su encierro fue por falta de fuerzas. En ese momento lo dio todo por perdido, incluso a sí mismo. También en ese momento, cuando la rabia sustituyó a la impresión y la pena, descubrió las cargas eléctricas que surgían de sus manos. Una suerte que estuviera solo y lejos de cualquier lugar frecuentado la primera vez que aparecieron.

No volvió a sentir nada realmente fuerte por nadie hasta que apareció Alicia. Debería haber supuesto quién era. Ahora, necesitaba

saber que lo que vivieron juntos no entraba dentro de sus planes, que fue sincero. Ella parecía creerlo así, pero él no podía fiarse de sus recuerdos. Al mismo tiempo, la respuesta le provocaba un miedo atroz. Si había sido una farsa, si fue otro movimiento en pos de su protección o para tenerlo vigilado y que no se arriesgara, no sabría encajarlo, ni lograría creérselo.

Se ordenó devolver toda su atención al presente. Sus reflejos estaban bajo mínimos. Le temblaban las rodillas y se temió que le fallaran las piernas cuando tuvieran que subir por el hueco del ascensor. Exigiría ir el último, para no arrastrar a ninguno si caía. Todo menos seguir allí, envuelto por el olor a quemado, el rastro del desinfectante y los malos recuerdos, que se aliaban con la humillación y el dolor provocado por ambos hermanos. También pensaba en su hermano, por más que intentase no evocar su rostro que no dejaba de aparecer con esa expresión mortecina que esculpe la inconsciencia. Tampoco tenía la menor idea de qué iba a hacer si no despertaba.

Sintió una mano en su espalda. Un apoyo suave, cauto.

—Sergio —dijo Alicia—, ¿seguro que estás bien?

Giró el cuerpo más brusco de lo que pretendía para romper el contacto. El gesto pareció afectarle a ella, que retiró la mano y esquivó su mirada. No quiso mostrar rechazo, solo estaba demasiado tenso, agobiado y muy cansado.

—Seguro —respondió y hasta su voz sonó seca. Sintió la mirada de Tomás puesta en él. La sostuvo, no era quien para amonestarlo por su rudeza, pero no fue eso lo que encontró. Parecía apenado, mucho, y no supo diferenciar si era por la relación que perdieron, o por la expresión igual de triste de Alicia. Dejó de mirarlos y dio un paso al frente—. Necesito aire.

Que no hubiera ningún comentario jocoso, relacionado con ese aire que él necesitaba, era una muestra de cómo se habían tomado su actitud. Los hermanos lo siguieron sin decir una palabra.

El hedor en el pasillo los obligó a respirar por la boca y tragarse las arcadas. Los ojos les escocían tanto como a él y ni parpadear aliviaba las molestias. Sortearon los cuerpos, Sergio no les prestó atención, sus ojos estaban fijos en el amasijo de hierros que en otro tiempo era el ascensor. Apenas se filtraba luz y eso solo podía significar que era de noche. No quiso creerlo, siguió avanzando hasta que sus manos tocaron el frío y retorcido metal. Había anochecido, seguro, y recordó a los seres ciegos. Solo eso desterró su empeño por

abandonar el piso subterráneo.

—Mierda —pronunció dejando ver cuánto lo lamentaba. Retrocedió un paso y siguió dándoles la espalda a los hermanos. No era un buen momento para tenerlos frente a frente. Cualquier cosa que surgiera de su boca sería puro veneno. Intentó controlar el deseo de ignorar su sentido común y ponerse a trepar.

—¿Y ahora? —dudó Alicia en un susurro.

—Creo que tendremos que esperar —planteó Tomás sin tenerlas todas consigo.

—Así descansáis… todos —murmuró Alicia.

A Sergio le entraron ganas de reír, y no de alegría, al notar como ahora él parecía el malo. No, era peor que eso. Consideraban que se merecían la manera brusca de tratarlos. Y lo merecían, para él sin duda, pero lo que menos le interesaba era que se dejaran apalear como mártires. Ni él pretendía cobrarse nada, ni ellos se arrepentían de lo que tramaron.

Se volvió, pasó entre ellos inexpresivo y se metió en la centralita. Le pareció el mejor lugar para aclarar las cosas, al menos allí sería más difícil atraer la atención de lo que hubiera en las proximidades. Frente al mostrador de Diana, se cruzó de brazos con los ojos puestos en la puerta. Las dos hojas se balancearon cuando ellos se reunieron con él. Estudió sus caras. Tomás parecía contenerse con sumo esfuerzo, Alicia seguía sin mirarlo de forma directa.

—Vamos a aclarar las cosas —dijo y le dio lo mismo sonar brusco. Solo encontró los ojos de Tomás y abrió las manos abarcando el espacio en el que se encontraban—. Esto es más importante que cualquiera de nosotros, lo entiendo. No quiero ni vuestra lástima, ni vuestras disculpas. Está hecho. Tuvimos un pasado común y me da lo mismo que para vosotros siga siendo igual, porque en lo que a mí respecta fue a base de mentiras. No puedo olvidar eso, pero si queremos seguir con vida vamos a tener que dejarlo atrás y yo estoy dispuesto, mientras no volváis a intentar dejarme al margen.

Tomás asintió.

—Te dije lo que había.

A Sergio le costó morderse la lengua. No parecía entender que lo estaba dejando al margen del mismo modo. Tomás conocía el plan, sabía perfectamente lo que sucedería, lo que buscaban y no iba a

compartirlo con él. Estar ocultándole las cosas también a Alicia para él no suponía una mejora.

Se centró en ella. Por un momento pensó que indagaría sobre lo que Tomás y él hablaron al reencontrarse, pero no dijo nada. Sus ojos estaban puestos en el suelo, le pareció que temblaba.

—Estás temblando —dijo Tomás, envolviéndola con su cuerpo—. ¿Tienes frío?

—No —respondió Alicia, antes de separarse de su hermano—. Olvídalo, se me pasará.

Sergio se revolvió incómodo. Le pareció ver sus ojos brillantes, como si fuera a llorar. Dudaba que sus palabras le hubieran afectado tanto. Se centró en sí mismo, la sensación de encierro no había desaparecido por más que fuera imposible salir. No hacían nada allí plantados.

—Buscaré un sitio para pasar la noche —dijo, a desgana—, y hay otro problema, no tenemos ni comida ni agua.

Varias lágrimas se deslizaron por el rostro de Alicia que se apresuró en secarlas con las palmas de las manos. Su voz sonó ronca.

—¿No habías cogido nada en la tienda?

—Esa se quedó fuera, no la duplicaste.

Alicia miró a su hermano, parecía enfadada.

—¿No se te ocurrió traer comida? ¿Bajaste sin nada?

Tomás se pellizcó el puente de la nariz con un gesto de infinita paciencia.

—Mira, ya bastante he tenido…

Sergio lo interrumpió y le habló a Alicia.

—¿Por qué no intentas recuperar la bolsa, visualizarla o lo que sea que hagas?

Alicia lo miró sorprendida, no parecía muy convencida, pero terminó encogiéndose de hombros.

—Lo intentaré.

Los segundos pasaron y no hubo ninguna aparición milagrosa. Sergio meneó la cabeza.

—Habrá que buscar comida aquí. Tiene que haber una máquina expendedora o algo similar. Los empleados podían pasarse días encerrados entre pruebas y turnos. Recuerdo ver a alguno con el típico vaso de café de máquina.

Como ninguno objetó nada, Sergio les dio la espalda a los hermanos con el rostro de Alicia grabado en la cabeza. La suciedad cubría su piel dorada y las lágrimas derramadas formaban un borrón sobre sus mejillas. No sabía cómo tomárselo. Los tres necesitaban descansar y no se le ocurría peor lugar para intentarlo que allí abajo.

Echó a andar por uno de los pasillos, otro diferente con los mismos signos de desolación y violencia, a la espera de dar con algo más que quirófanos, despachos y salas de ordenadores. Si ya le resultaba sobrecogedor estar allí, no quería ni imaginarse qué encontrarían si se adentraban. Como mínimo, las celdas en los que retenían a las personas que secuestraban, en las que alojaron a las creaciones propias, o la celda en la que estuvo él. El pasillo se perdía tras una curva y cogió aire. No quería recordar su cautiverio, pero estar allí le suponía una desagradable sensación de *déjà vu*.

Las puertas que dejaba atrás estaban cerradas, no tenían ninguna ventana como en el otro pasillo, y no consideró prudente curiosear. Pero, cuando sus ojos abarcaron el siguiente tramo de pasillo, interrumpido por otro giro, asumió que tendría que arriesgarse.

Escuchó los pasos de Tomás y Alicia tras él. Apretó los puños y se limitó a observar los distintivos grabados o las placas que señalizaban los accesos. Volver a encerrarse con ellos en una sala era tan insoportable como la claustrofobia que sentía.

Tampoco quiso detenerse en eso. Si seguía esa línea de pensamientos, cedería a la angustia, y a saber que estupidez cometería. Por el contrario, memorizó números y letras. Esa era toda marca que encontraría en las paredes y puertas metálicas. No parecía dar resultado, un sudor frío se instaló en su espalda y juraría que las paredes del pasillo se combaban.

Tomás se detuvo a medio camino entre el paso desde la centralita y la curva, puso las manos sobre una de las puertas y dio un par de golpes. Sergio lo miró sin saber qué estaba haciendo. Ajeno a la mirada confusa y turbia de Sergio, Tomás volvió a golpear, esta vez un poco más fuerte y pegó el oído a la puerta.

Tal vez en otras circunstancias Sergio le hubiera encontrado sentido. En ese momento, solo le pareció que perdía el tiempo. La angustia le recorrió el cuerpo al ver que giraba la manilla y empujaba, para entrar con cautela. Estaba seguro de que algo saldría del interior. Algo terrible y mortal que intentaría matarlos. Caminó hacia ellos, para proteger a Alicia. No daba llegado, caminaba demasiado despacio. Alicia siguió a su hermano y desapareció de su vista.

Ordenó a sus piernas a que corrieran, se lo exigió, pero, tras la primera zancada, todo empezó a dar vueltas. Sin saber bien cómo, se vio sentado en el suelo, respirando por la boca de forma desacompasada. Así, exactamente así, se sentía cuando fueron a liberarlo. Incapaz de coordinar su cuerpo y su mente.

Le pareció escuchar a Alicia, como si el sonido se arremolinara en el aire. Su voz salió desde la sala en la que entró con su hermano y se deslizó hasta envolverlo. Le dio la impresión de que las luces temblaban, aunque también era probable que lo que temblaran fueran sus párpados. Pensó que debería sentarse, y recordó que ya estaba en el suelo. Agitó la cabeza, por si con eso lograba deshacerse del sopor que crecía por momentos. El movimiento solo consiguió que las paredes del pasillo vibrasen de nuevo listas para estrechar el espacio.

La voz alarmada de Alicia sonaba cerca. Intentó encontrarla a ella, pero todo estaba tan borroso que apenas la percibió hasta que la tuvo al lado. No tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. El mundo sufrió un estallido de colores y no escuchó, ni vio, absolutamente nada. Alguien lo sujetó por los hombros y empezó a zarandearlo. Demasiado brusco y con demasiada fuerza. La voz que lo rodeaba era ahora la de Tomás. Se deshizo de su agarre con cuatro manotazos.

Estaba tumbado en el suelo y se incorporó de golpe hasta sentarse. Con la cabeza mucho más despejada, volvió a percibir el pasillo y a sus acompañantes. Arrodillado junto a él estaba Alicia. Sus ojos negros brillaban de miedo, sus facciones tensas delataban su preocupación.

—Estoy bien —dijo, aunque ninguno le había preguntado nada.

Alicia asintió y, como Tomás, se prestaron a ayudarle a levantarse. Ofendido, Sergio rechazó cualquier sustento y se puso en pie por sus propios medios. Seguía cansado, le hormigueaban los dedos de los pies y de las manos, pero podía sostenerse y la sensación de angustia parecía disiparse. Vio la puerta abierta y encaró a su antiguo amigo.

—¿Y bien? ¿Qué hay ahí dentro?

Tomás pareció más preocupado y respondió como si fuera obvio.

—El comedor.

Por puro orgullo, Sergio los dejó atrás y se acercó al acceso como si nada. Sintió una punzada de angustia al ver el letrero rectangular junto al marco. Lo que para él no habían sido más que letras y números, señalaban en un negro brillante: *Comedor 21*.

42— REFUGIO

La vista desde la puerta era, en sí, reveladora. Doce mesas alargadas puestas en hilera, paralelas al mostrador del fondo que podría ser un autoservicio. Más allá, una última puerta abatible, que debía corresponder a la cocina. Sergio irrumpió en la sala directo hacia esa última puerta. En su cabeza se echaba en cara no haber leído el cartel. Las piernas seguían hormigueándole y se sentía extraño. No estaba recuperado, pero avanzó de igual modo.

A dos pasos del mostrador, supo que no encontrarían mucho allí. El paso de los días y la falta de electricidad habían echado a perder cualquier alimento perecedero. El olor nauseabundo de la comida podrida lo repelió. También sirvió para despejarle la cabeza un poco más y, respirando por la boca, empujó la puerta abatible sin prestarle atención a las vitrinas del mostrador por lo que el contenido pudiera ocasionarle.

En la cocina, el desorden reinaba sobre las encimeras, la mesa central y el fregadero. No olía mucho mejor que fuera, pero era más soportable. Una solitaria taza había caído al suelo. Estaba desportillada, pero aún podía leerse que su dueño era el mejor padre del mundo.

Por suerte el cocinero, o cocineros, que hubieran estado de turno cuando todo se descontroló, fueron lo bastante sensatos como para apagar los fogones de la cocina industrial. Allí seguían las tarteras. Ni se le pasó por la cabeza destaparlas, seguro de que el contenido lo tumbaría. Estuvo a punto de abrir la nevera pero se detuvo a tiempo. Si la comida de las vitrinas estaba en mal estado, en el interior de la cámara sucedería igual. Vio un arcón, pensó lo mismo. Su estómago empezaba a acusar los efectos del hedor, y los desperdicios sobre la encimera se veían mohosos y con movimiento. Su mente dio por sentado que se trataba de gusanos. No quiso confirmarlo. Lo mejor era buscar algo en las alacenas y salir lo antes posible.

En cuanto empezó a abrir puertas superiores e inferiores, los hermanos se sumaron a la búsqueda. Ninguno de los tres dijo palabra, salvo Tomás, que soltaba alguna que otra maldición cuando lo que encontraba eran sartenes o loza.

Lo único que consiguieron reunir fueron un par de latas de conserva, algo de bollería industrial, café instantáneo, leche en polvo y agua. Como no podrían comer allí si querían conservar los alimentos en el estómago hasta el día siguiente, cargaron todo lo posible y

volvieron al pasillo, cerrando la puerta tras ellos.

Sergio los dejó ir delante. Volvía a leer bien, pero no quería arriesgarse, y aún sentía un ligero sopor que no lograba quitarse de encima.

En otra puerta, Tomás repitió lo que, a él, le pareció tan extraño. Ahora, le encontraba mucho sentido. Golpeaba la puerta, si había algo en el interior de la sala, el ruido crearía otros sonidos delatores.

No hubo replica. No parecía haber absolutamente nada vivo allí abajo. Sergio se preguntó si los pasillos formarían parte de algún tipo de galería o laberinto, o si, por el contrario, se trataba de secciones aisladas cuyo único punto común era la centralita. Deseaba que fuera esta última opción, y lo parecía.

La exclamación de Tomás, optimista, lo devolvió al pasillo. La puerta ya estaba abierta, Alicia y él habían entrado, pero Sergio siguió allí en pie, perplejo, al no haber sido consciente de nada.

Tomás asomó la cabeza con una media sonrisa.

—¿Te apetece una ducha? Acabamos de encontrar los baños.

Sergio sintió la tensión en sus facciones. Era incapaz de quitarse la impresión de encima. Hasta su forma de andar se le antojó extraña, como si levitase, y su alrededor parecía cada vez más intangible.

La sonrisa de Tomás se esfumó.

—Sergio…

Sergio aceptó la derrota. Si seguía anteponiendo el orgullo a la sensatez y los atacaba algo, él no sería otra cosa que un estorbo.

—Necesito descansar.

La voz de Alicia les llegó desde el interior. Un murmullo ajeno a la tensión entre ambos.

—Dame ropa limpia y acepto esto como el cielo.

Los ojos de Tomás seguían puestos en Sergio. Asintió con la cabeza y regresó con su hermana.

—Solo necesitamos encontrar los vestuarios.

Sergio giró sobre sí mismo. Su alrededor pareció moverse con él,

pero pudo reconocer los distintos letreros. Quería ser de alguna utilidad. También necesitaba descansar, pero fue incapaz de establecer prioridades con lógica. Para evitar pensar demasiado en esto, se dijo que lo hacía por él. Una ducha conseguiría que la siesta fuera reparadora, ropa limpia implicaba deshacerse de sus acartonados pantalones y las prendas rotas.

Avanzó atento a los carteles y se preocupó cuando las letras comenzaron a bailar. Era de esperar que si estaban en una zona destinada al personal, una que incluía duchas, estos tuvieran un lugar en el que cambiarse o en el que guardar alguna muda.

Un par de pasos más y sintió como se le abrían los ojos de forma desmesurada ante el cartel de la última puerta antes de la curva. Pestañeó un par de veces, no fuera a ser que ahora en vez de no ver las letras, las inventara. No hubo cambio en el letrero. En efecto había un vestuario, concretamente el del personal de seguridad y, si tenían suerte, puede que este contuviera uniformes reforzados y, sobre todo, armas.

Se llamó al orden, debía golpear el acceso metálico por lo que pudiera haber dentro, pero al tiempo que el consejo se manifestó, su mano giraba el tirador para abrir la puerta. En ese momento, Tomás y Alicia dejaban el baño.

De haber alguna amenaza, esta lo hubiera liquidado en medio segundo. Con la puerta abierta por completo, Sergio se apoyó contra la pared y meneó la cabeza, molesto consigo mismo.

Tomás volvió a exclamar animado y entró en los vestuarios como una exhalación. Vio que Alicia no parecía tan contenta o, al menos, no en lo que a él se refería. Sus ojos negros seguían a su hermano como si no hubiera nadie más con ellos.

Cuando salieron de nuevo al pasillo, la voz de Sergio sonó seca, sus palabras a modo de orden, pero o le daba ese tono o sería evidente lo mal que estaba.

—Haremos turnos, esto no puede estar tan tranquilo. Poneos vosotros de acuerdo sobre quién vigila. Yo descansaré primero.

Sergio vio que ambos estuvieron a un paso de protestar. Las formas no les habían sentado nada bien, y le sorprendió que consiguieran morderse la lengua. O su aspecto era equiparable a cómo se sentía, o seguían dispuestos a ser permisivos por lo que le habían hecho. Tendría que volver a tener una charla con ellos. Una vez

recuperado, si no los mataban antes, intentaría que entendieran su punto de vista. Ahora, solo le importaban dos cosas: armas y descanso, aunque la ducha y la ropa también le vendrían de perlas. De la comida, daría cuenta más tarde. No tenía tanta hambre para que esto encabezara su lista de prioridades.

29.

43— LIMPIA

Alicia se moría por una ducha. Si tuviera opción, hasta quemaría la ropa que llevaba puesta. Ni siquiera se puso a buscar armas como su hermano o Sergio. Los uniformes que colgaban de un extraño perchero anclado en una de las paredes le parecieron más interesantes. Junto a este, sobre una estantería alargada, estaban dispuestos los cascos protectores. Había huecos vacíos y supuso que faltarían algunos. En otra, inferior, botas negras de aspecto consistente. De un solo vistazo, supo que le iba a ser difícil dar con un par de su talla. Se planteó cambiar de aspecto y adaptarse a los uniformes, pero le pareció más sensato no experimentar. No controlaba sus cualidades, podía perder la identidad escogida en un momento de riesgo, y que le bailaran los zapatos complicaría bastante sus movimientos.

—No han dejado mucho —lamentó Tomás junto a un armario con suficientes enganches como para componer un arsenal bien surtido. Ahora solo se veían dos fusiles, cuatro pistolas y un par de porras metálicas.

—Ya es más de lo que teníamos —dijo Sergio antes de coger un fusil, una caja que a Alicia le pareció de munición, y retirarse a un rincón de los vestuarios para cargar el arma.

Alicia evitó mirarlo de frente, pero no pasó por alto el caminar pesado, ni que parecía carecer de fuerza en los brazos, por como sostenía el arma. Sin más palabras, Sergio se tumbó en un banco metálico sin respaldo, se colocó el fusil sobre el pecho y cerró los ojos. Una de sus piernas estaba extendida, la otra siguió en contacto con el suelo, probablemente como punto de apoyo mientras dormía.

Miró a su hermano. Tomás seguía ante el armario como si no supiera que arma escoger. No es que hubiera muchas posibilidades. Se acercó, optó por una de las pistolas y se la tendió a su hermano.

—¿Está cargada?

Tomás la miró sorprendido pero tomó el arma.

—No —respondió, al tiempo que sacaba un cargador de una de las cajas pequeñas y lo incrustaba en la culata—. Ahora sí. Este es el seguro…

Alicia recuperó el arma, quitó el seguro y le sonrió.

—El resto sé cómo va. Quiero darme una ducha. Ya.

Tomás se rió y señaló una parte que no veían por las taquillas del centro.

—Vale, ven, aquí también tiene que haber duchas.

Los dos pasaron junto a Sergio, quien parecía haberse quedado dormido. Su respiración era fuerte y sus párpados se agitaban.

—O mucho confía en nosotros o está realmente mal —comentó Alicia preocupada.

Tomás se encogió de hombros y siguió avanzando.

—Yo diría que lo segundo. Tranquila, se recuperará pronto. Imagino que lo de la electricidad necesita una energía considerable y, con todo lo que ha pasado, no está en su mejor momento.

Alicia asintió, creía recordar que él había comentado algo al respecto. Su hermano abrió una puerta con cristal moteado. En efecto, varias duchas de plato redondo se intuían en la penumbra.

—Ahí lo tienes. Toda tuya, yo haré la primera guardia. Y espero que no nos ataque nada. En este momento nos harían picadillo.

—Apuesto a que sí —asumió Alicia, girando sobre sí misma para regresar a por algún uniforme—. Supongo que será mucho pedir ropa interior, pero ¿toallas?

Tomás meditó un momento y se acercó a las taquillas.

—Igual cada uno tenía su toalla.

No le hacía gracia usar la toalla de un desconocido, pero estaba dispuesta a ignorarlo. Entre los dos sabotearon un par de cierres sin encontrar mucho. Los agentes del laboratorio ni siquiera adornaban las taquillas con alguna foto y el contenido de las mismas era austero, por no decir inexistente.

Tras un par de vueltas infructuosas, mientras Alicia escogía talla de pantalón y una camiseta de punto de manga larga, todo en negro y con el logotipo de la empresa, Tomás soltó una carcajada al encontrar un mueble disimulado en una de las paredes, en el que además de toallas, había jabón.

Con todo lo necesario, Alicia se internó en la zona de duchas, colocó la ropa y la toalla lo más lejos que pudo para evitar salpicarlas,

abrió los dos grifos con la esperanza de contar con agua caliente y empezó a quitarse las prendas sucias.

Una vez se hubo desnudado, metió las manos bajo el chorro. Sintió el agua helada, sin trazas de ir a calentar. Ya solo fuera para quitarse de encima el olor corporal, se armó de valor y se fue mojando poco a poco, con la respiración contenida. Su piel se enrojeció mientras el agua que corría por el plato se tornaba casi marrón.

Apretó los dientes y se colocó por completo bajo el chorro. Sintió las gotas acribillar su cabeza como si fueran alfileres, los rizos negros se desenroscaron hasta que el pelo le quedó pegado a la piel, frío e incómodo, y las puntas alcanzaron la cintura. Medio congelada, pensó en retomar el aspecto de Eva, el pelo corto le vendría mucho mejor que aquella melena salvaje, pero, por más que se concentró, los mechones que se pegaban a su piel seguían siendo largos y negros.

Notó un calor inesperado y un nuevo recuerdo la asaltó, no en forma de visión, ni de nada. Simplemente, rememoró una vivencia como cualquier persona. Se extrañó, pero pronto el pasado capturó su atención por completo.

RECUERDO 7: ALICIA

Estaba en una inmensa playa. A cada lado, la arena blanca se extendía como si no hubiera final, ante ella un par de yates salpicaban la inmensidad del océano. Era un lugar precioso que la llenaba de sosiego.

De pie en la orilla, la brisa acariciaba su piel bronceada por el sol, mientras las idas y venidas del agua gélida enterraban sus pies hasta los tobillos. De no ser por ese frío extremo, nadar habrían sido un placer. Cerró los ojos y solo escuchó el canto monótono de las gaviotas, como si estuviera sola. No era así, más gente disfrutaba del lugar, pero por un momento deseó que nada ni nadie la acompañasen. A fin de cuentas, pronto se vería obligada a aislarse.

El cuerpo de Sergio la envolvió, protegiendo su espalda. Los fuertes brazos le rodearon la cintura y sintió su mejilla frotarse con suavidad contra la suya. La barba de varios días le hizo cosquillas y fue incapaz de no sonreír.

—Deberías afeitarte.

—Estoy de vacaciones —protestó, perezoso, y la empujó un poco con su cuerpo hacia el agua—. ¿No te animas?

—Ah, no —respondió Alicia, con los pies enterrados—. El morado no me favorece.

Su risa cosquilleó sobre su piel, se le metió en la cabeza y Alicia acarició sus brazos, sin dejar de pensar que pronto terminaría todo entre ellos.

Sergio la estrechó contra él.

—¿Va todo bien?

Alicia sintió un nudo en la garganta. En los últimos días estaba un poco distante y él lo notaba. Así debía ser, pero ella quería volverse, besarlo, explicárselo todo y no separarse nunca de él.

—Claro, solo tengo frío —dijo al fin.

Un chapoteo cercano consiguió zanjar la conversación. Del agua surgió una silueta femenina con tanto ímpetu, tan agitada, que parecía estar ahogándose.

—¡Joder! ¡Está helada! —gritó Eva ignorando a Sergio y Alicia, avanzó a trompicones con el pelo pegado a la cara, de la que solo era visible el mentón. Cuando el agua le cubría por las rodillas, salpicó hacia la orilla, dónde Marcos se reía divertido.

—¡Pringada! —le gritó Marcos tras retroceder un par de pasos para que no lo mojara.

—¡Dijimos los dos! ¡Perra! —lo insultó Eva, dispuesta a ir a por él.

Para Alicia fue como retroceder en el tiempo. Si cambiaba la inmensa playa por el río, podía ver a Natalia y a Marcos. Se insultó en silencio, debería haber contado con eso, notaba la complicidad que mantenían,

idéntica a la que hubo tiempo atrás. Eso también tendría que terminar.

Sergio chasqueó la lengua.

—No me gusta. Hay algo en esa tía que no me gusta ni un poco.

Alicia aprovechó el momento. Desenredó los brazos que los mantenían unidos y se separó de él, colocándose frente a frente.

—Ya estamos —le echó en cara—. ¿No estabas de vacaciones?, pues se ve que en esto no puedes desconectar ni cinco minutos.

Sergio se limitó a suspirar. Como si ella no pudiera entenderlo o como si él no fuera capaz de explicarse.

—No —reconoció—. Eva es…

Alicia alzó las manos indicando que no quería seguir la conversación.

—No me lo puedo creer —protestó, y avanzó por la arena húmeda en dirección a las coloridas toallas, colocadas en fila sobre la zona seca. Tras esquivar a Diana y a Raquel, enzarzadas en un partido de palas que las hacía brillar por el sudor, Alicia se tumbó sobre la suya y cerró los ojos. Pero no dejó de observar. La propia Eva le retransmitía lo que pasaba a su alrededor. No era difícil, solo molesto.

Sergio se había quedado en la orilla, dividido. Por su expresión, deseaba seguir a Alicia y, a su vez, parecía molestarle su marcha.

Eva se zambulló y Alicia consiguió refrescarse un poco, al menos le llegó la sensación de frío, como también la irascibilidad de su observadora. Cada vez que empleaba los duplicados afectaba al carácter y supuso que Eva regresó al agua para que la dejara tranquila. Lo sentía por ella, pero iba a necesitarla arisca y desagradable. Sin embargo, le concedió un respiro y desconectó. La expresión de Sergio seguía en su cabeza.

A veces las dudas le daban ganas de claudicar y contárselo todo. Nunca llegaba a estar tan desesperada, pero la incertidumbre seguía ahí. Se preguntaba qué pasaría, cómo reaccionaría, si supiera que ella era Natalia. No esperaba una buena acogida, pero ella seguro que se sentiría muchísimo mejor. En cualquier caso, después de tanto daño no venía a cuento un ataque de honestidad. Tomás no se había equivocado, vivir juntos fue un error. Cuando todo terminara, si en realidad lograba terminar con los laboratorios, ambos hablarían con Sergio. Parpadeó para espantar las lágrimas. Sabía que entonces sería tarde y aún así albergaba esperanzas. Años antes le había dicho que la esperaría, la quería, estaba segura. Eso tenía que contar, él no podía ignorarlo. Ella no pudo.

Sintió que se sentaba en la toalla de al lado. Buscó los ojos de Eva, pero esta miraba hacia otra parte. No la obligó, era él e imaginaba su expresión casi turbada, de quien empieza a pensar que algo malo pasa, pero que no le da importancia o no quiere dársela.

La pregunta que rondaba su cabeza se escapó entre sus labios.

—¿Qué pasaría si no existieran los laboratorios? —le preguntó a Sergio, al tiempo que se respondía a sí misma en silencio.

Sin Zeva, él sería lo más importante en su vida, y ella en la suya.

Nada se interpondría. La siguiente pregunta fue solo en su mente, porque lo que en realidad le intrigaba era qué pasaría si no existieran los laboratorios y ella siguiera siendo Natalia. Para ella, lo que había afianzado sus sentimientos fue lo que ambos compartieron siendo adultos. De los dos niños que se encontraban a escondidas solo quedaba el cariño, y fue lo que le impidió ser sensata y mantenerse lejos.

La voz de Sergio le llegó distante.

—No nos habríamos conocido.

Perdida en sus lamentos, a Alicia le costó entenderlo. Cuando lo hizo, se le encogió el corazón. Según él, sin los laboratorios no se hubieran conocido. Y eso, tampoco era cierto.

44— PREGUNTA

En las duchas, Alicia cerró el grifo. Se secó con fuerza, como si con la fricción pudiera arrancar el malestar de la piel. Se visitó y salió con la ropa sucia convertida en una bola entre sus manos. La tiró en el interior de una de las taquillas que habían saboteado. No pudo evitar dedicarle una mirada a Sergio. Seguía dormido, e inquieto. Sus facciones estaban tensas y sus párpados continuaban agitándose por el movimiento de los ojos. Su hermano la esperaba con el hombro apoyado al inicio de las taquillas, cerca de la entrada. Cuando sus miradas se encontraron, enarcó una ceja.

—¿Quieres darle una paliza? Desde luego es el mejor momento.

Al parecer, su expresión no era amistosa. Su hermano le sonrió con cariño.

—Estoy reventado, pero si lo necesitas hablamos. Puedo ducharme luego.

Alicia quiso compadecerse de él, dejarlo descansar, pero la intriga era más fuerte.

—Te lo agradezco.

Con un asentimiento de cabeza, Tomás la guió hasta la zona en la que habían dejado la comida, cerca de la entrada y de las armas. Se sentaron en el suelo, hombro con hombro, lo más lejos de Sergio que les fue posible, pero desde dónde lo veían por si despertaba. Sin mucho afán, cogieron algo de comer e improvisaron la cena.

Para romper el hielo, Tomás le señaló el lugar en el que descansaban las prendas del uniforme.

—Yo me quedo sin botas, no tienen mi número.

Alicia esperaba algo más profundo. Lo miró sorprendida por el comentario.

—Puedes cambiar de aspecto, elige uno con pies decentes.

Tomás se rió.

—No puedo. Estoy agotado y mantener la imagen supone una energía que necesitaré si vamos a corretear por ahí fuera.

Lo entendía perfectamente. En otras circunstancias el tema sería

de lo más interesante, pero tenía otras prioridades. A su pesar, le costaba horrores poner en palabras la maraña de pensamientos y dudas que albergaba. Sabía que podía confiar en él, no era un extraño, era su hermano. Tendría que ser muy fácil formular las preguntas adecuadas, pero no era capaz de poner orden. Se rindió, segura de que el bloqueo se debía al agotamiento y optó por resolver lo más inmediato. Tras un momento de silencio, fue al grano.

—No crees que vayamos a encontrar nada aquí abajo, ¿verdad?

Tomás observó su alrededor con una expresión abatida.

—No a la vista. No sin jugarnos el cuello a lo bestia. Necesitamos hablar con Juan. He decidido que eso mismo haré en cuanto descanse.

Mientras engullían de forma mecánica, volvieron a perderse en sus cavilaciones. Esta vez fue Tomás quien habló primero.

—¿Algo que quieras preguntarme? —dijo, inseguro, como si la amnesia de su hermana pudiera volverlo un extraño—. ¿Cómo te encuentras?

Alicia dejó la lata en el suelo para agarrar su mano. Le dio un apretón cariñoso, porque así lo sentía, y se animó un poco cuando él se lo devolvió.

—Un millón de cosas. No sé por dónde empezar. Yo…, no sé quién soy.

Las vivencias eran confusas, las emociones fuera de contexto la aturdían, y aunque todo apuntaba en una dirección, las lagunas la asustaban. Sus ojos se dirigieron hacia Sergio.

—¿Lo utilicé? —se temió. Su último recuerdo parecía descartarlo, pero este había llegado de un modo tan fuera de lo común que no sabía si era real.

—Nunca —respondió su hermano con seguridad—, lo querías demasiado, lo bastante como para dejarlo ir. Y él hubiera hecho exactamente lo mismo. Por eso te dejó marchar. No sé si recuerdas que él no formaba parte del grupo activo, creía que no podría protegerte si lo localizaban. Para él, Alicia estaría mejor lejos.

Alicia negó con la cabeza.

—No lo entiendo. Si él o Marcos son como nosotros, si están en esto desde que empezamos, venimos del mismo sitio… No entiendo

por qué no quisimos que formaran parte.

Tomás se encogió de hombros.

—Lo decidimos así y no nos equivocamos. Eso te lo aseguro. No había otra forma, o al menos no más segura para él y su hermano. Cuantos menos fuéramos, mejor. El grupo activo lo hemos formado personas de todas partes del país. Nunca demasiadas del mismo lugar, no todos pueden cambiar de aspecto, y obviamente nos han tenido fichados desde que nacimos. Ellos hubieran destacado demasiado y, aún así, no conseguimos esquivarlos…, pero supongo que porque tuvieron dudas, porque nunca estuvo claro quien estaba contra ellos de verdad y quien no, no atacaron.

—Recuerdo que me comentaste algo de distintos sitios cuando apareciste tras tu presunta muerte… —Sus ojos dieron con el moratón — ¿Por eso te pegó? De entonces, solo recuerdo que él estaba mal.

Tomás soltó un gemido y se llevó la mano al golpe.

—Esto me lo merezco, no debí hacerlo —murmuró—. Estábamos juntos en el rio y fingí ahogarme. Bueno, me ahogué, pero solo era una copia.

Alicia lo miró con censura.

—Te mereces una paliza. Y supongo que yo también, al menos por parte de Marcos, si también me dieron por muerta.

—A ti te atropelló un coche y eso no lo vieron.

No se sintió mejor. Notó una punzada de culpa en el pecho, pero no por los hermanos.

—¿Y nuestros padres?

Esta vez Tomás perdió por completo los ánimos.

—Siguen en el pueblo y, obviamente, no han llevado bien nuestra muerte. Ha afectado a su matrimonio, a sus vidas, a todo. Eso también era necesario, y lo que más nos ha costado a ambos, en muchos sentidos.

Alicia sintió que se le nublaba la vista. Su hermano no parecía estar mucho mejor y también sus ojos se veían vidriosos.

—También dijiste que había mucha gente afectada en el pueblo, los más jóvenes. ¿Y ellos?

Tomás se encogió de hombros.

—Unos siguen allí, llevan una vida normal, más o menos, otros han muerto y pocos, muy pocos, saben cómo están las cosas —respondió, con un bostezo que intentó ocultar con el dorso de la mano.

Alicia seguía teniendo inquietudes, pero era evidente que su hermano necesitaba descansar. Se quedaría con la intriga, con el consuelo de que, en cuanto Tomás estuviera recuperado, se pondría en contacto con el grupo.

—Venga, date una ducha y duerme. Yo puedo hacer la primera guardia. Mañana seguiré interrogándote.

El suspiro de alivio de Tomás sonó exagerado. Le tomó la palabra antes de arriesgarse a que se arrepintiera. Cogió la ropa y se perdió tras la puerta de las duchas.

Alicia siguió comiendo por comer. No tenía hambre, ni sueño. Notaba el cansancio en sus músculos, pero estaba segura de que no se le cerrarían los ojos con todo lo que bailaba en su cabeza. Algo la hizo mirar hacia Sergio. Sus ojos claros la observaban con fijeza, muy despiertos, aunque la inexpresividad le impidió descubrir cuanto pudo haber escuchado de la charla con Tomás.

Una punzada de deseo la asaltó. Se vio en una ducha, entre sus brazos, y sintió arder las mejillas. Tras la sorpresa, se insultó por no controlar su propio cuerpo, y también lo insultó a él al intuir que sus labios se curvaban en una sonrisa.

Ninguno parecía tener intención de hablar y a su silencio se le sumó el de la ducha. Casi al tiempo que el sonido del grifo cesaba, Sergio volvió a cerrar los ojos.

30.

45— REVUELVE

En cuanto Tomás salió de la ducha, Sergio se incorporó con intención de ser el siguiente. Ambos se miraron, Tomás parecía querer hablarle, pero no llegó a decir nada.

Alicia los observó intrigada. Su hermano volvió a sentarse a su lado con aire taciturno.

—¿Tú no estabas agotado? —le preguntó Alicia.

Tomás cogió una de las latas, y el tenedor que había usado, para seguir comiendo.

—Me ha despejado la ducha.

Con la espalda apoyada en la pared, Alicia se abrazó las rodillas.

—¿La ducha o nuestro colega?

Su hermano le dedicó una sonrisa culpable.

—Él hubiera hecho lo mismo —insistió, tras tragar la comida.

Como era evidente que se sentía culpable, y como ella tampoco sabía muy bien cómo sentirse con respecto a Sergio, dejó el tema. Mientras Tomás comía con la mirada perdida, ella hacía un repaso mental de los datos recabados, hasta que Sergio salió de la ducha. Volvió a insultarse, varias veces, al encontrarlo de lo más atractivo dentro de aquel uniforme.

Confiado, Sergio se les acercó y tomó asiento dejando espacio con ellos.

—¿Me he perdido algo? —preguntó mientras cogía algo de comer del improvisado picnic.

Sin mucho interés, Tomás respondió, pero Alicia no prestó atención. Una corazonada había vuelto a asaltarla, una que parecía gritar que estaba olvidando algo fundamental en relación con la nevera vacía que vio en el quirófano y en su recuerdo. Sintió una mano en su hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó Tomás.

—No —respondió Alicia—. Estoy pasando algo por alto, algo tremendamente importante.

—¿Solo una cosa? —trató de bromear Tomás.

—No me hace gracia —lo cortó.

Sergio la observaba con desconfianza.

—Dudo que cabrearte ayude.

Alicia no lo miró mejor que a su hermano.

—Tú cierra la boca.

Ante la sorpresa de Tomás, Sergio la agarró por los hombros, más preocupado que ofendido por el comentario.

—Te has duplicado —la acusó.

Tomás la miró perplejo.

—¡Vuelve aquí ahora mismo! —exigió autoritario.

Alicia parpadeó confusa y trató de librarse del agarre de Sergio, sin éxito, sintiendo cada uno de sus dedos crispados, cerrándose sobres sus hombros.

Al segundo, como le había pasado en la azotea del edificio, le llegó una ráfaga de panorámicas solo que no correspondían con el exterior, sino a varias plantas internas.

—Joder —protestó, molesta por el impacto en su cabeza—. Estoy aquí —añadió.

Sergio pareció creerla y la soltó. Alicia recuperó el riego sanguíneo en sus extremidades, con un cosquilleo. Dudaba mucho que él pudiera evitar que se duplicara por agarrarla tan fuerte, pero ante el gesto enojado del motorista no hizo ningún comentario. Tenía problemas más graves, cómo no controlar lo que hacía, o manejar la frustración que la asaltó de golpe.

—¿Adónde has ido? —quiso saber Tomás lanzándole una mirada envenenada.

Alicia se pasó las manos por el rostro.

—He peinado el puñetero edifico, planta por planta —respondió entre dientes.

—¿Has sentido a Diana? —quiso saber Sergio, dando por sentado

que esto fue lo que la hizo desdoblarse.

—No, que yo sepa —lamentó Alicia.

—Creo que agobiarte te desestabiliza más, ten cuidado —pidió Tomás muy serio—. Tienes aguante pero también un límite —añadió antes de cogerle la mano.

Aquello hizo saltar un resorte en su mente y se vio en el despacho de la mansión. No estaba sola. Al otro lado de la mesa, Juan parecía muy nervioso.

RECUERDO 13: EVA

—¡No me jodas, Eva, no puedes pedirme algo así! —le gritó Juan.

Sentada tras la mesa cubierta de papeles, Eva puso los ojos en blanco.

—¿Cómo pretendes que lo consiga si no es desde dentro?

Juan la miró con gesto de súplica. Se acercó a la mesa y colocó ambas manos sobre ella, como si estar más cerca pudiera hacerla entrar en razón.

—No lo sé, busca otra forma. Meterte allí es un suicidio, y olvídate de volver a desdoblarte para que no sospeche. ¡Joder! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza y dándole la espalda unos segundos para no seguir viendo la determinación en sus ojos.

Con una calma que no sentía, ella se mantuvo inmóvil. Lo vio darse la vuelta, volver a encararla con fiereza.

—No puedes mantenerte a ti, a Lucía, a Carlos y esta imagen de Eva, ¡hasta tú tienes un límite! —le gritó preocupado—. Mírate, Ali, estas a un paso de perder la cabeza como te desdobles de nuevo.

Eva entrecerró los ojos, sin la menor intención de aceptar el consejo.

—No te estoy pidiendo permiso, Juan, solo que me ayudes, que me cubras y que te encargues del rescate porque sabes que los primeros en caer serán Carlos y Lucía. No estaré mucho tiempo desdoblada.

—¡No es cuestión de tiempo! —exclamó Juan con impotencia—. Puedes matarte con esto, puede que esa doctora encuentre el modo de matarte allí abajo, y no pienso verme implicado.

46— ESPÍA

De vuelta al vestuario, la voz de Tomás le llegó lejana.
—Nati…

—Está recordando —explicó Sergio, dejando ver en su tono tanta curiosidad como miedo.

Tomás apenas logró hacerse oír.

—Joder. Está…, como congelada.

—Sí, no es agradable.

—No sé cómo has aguantado esto —murmuró Tomás reacio.

—Te acostumbras al saber que vuelve.

Alicia estaba con ellos. Por curiosidad, se mantuvo inmóvil sentada contra la pared junto a su hermano. Sintió como los ojos empezaban a picarle, pero no parpadeó para hacer creíble su espionaje.

Tomás carraspeó, incómodo.

—No me refiero a esto. Es…, todo. Lo que has vivido, lo que estás descubriendo, ella… Espero que no quieras vengarte, que no…

Sergio lo cortó con tono caustico.

—No me jodas, yo no soy como tú.

Tomás tardó unos segundos en reaccionar.

—¿De qué hablas?

—Yo nunca la utilizaría —se limitó a decir Sergio.

—¿Y yo sí?

Sergio rió desdeñoso, ambos elevaron el tono de voz. A ella, los ojos le escocían. Se mantuvo cual estatua, no le pareció el mejor momento para hacerse notar.

—¿Vas a decirme que te importa? ¿Cómo se te ocurrió meterla en esto?

—¿En serio? —replicó Tomás—. ¿Crees que la metí yo, que tenía opciones? Por si no te has dado cuenta ninguno de nosotros las tiene, ni las ha tenido.

Sergio pareció pensárselo antes de responder.

—Ya, claro. Hicisteis lo que teníais que hacer. Tú sobre todo. Por eso no te hizo ni puta gracia que se fuera a vivir conmigo. ¿No formaba parte de vuestro plan? Pues parecías realmente cabreado.

Alicia ya no estaba tan segura de querer seguir escuchando. Ya no era solo el picor de los ojos, la tensión de ambos era comparable a la de su propio cuerpo.

—Sabes de sobra que no fue ningún plan. Ella te quiere y el único motivo por el que no me hizo gracia era, precisamente, porque no ibais a salir bien parados. ¿Me equivoqué?

—Das por supuesto que sé un montón de cosas —murmuró Sergio, esquivo.

—¿Vas a decirme que no sabes si la quieres, si ella te quiere? Te tengo por muchas cosas, Sergio, pero ni ingenuo ni imbécil están incluidas.

Alicia sintió como se le encogía el estómago. Le pareció que Sergio se ponía a la defensiva.

—No lo sé todo Tomás, ni siquiera ella lo sabe. No hace falta que me digas lo que piensas de mí, te has hartado de repetirlo. Y este tema no es algo que tenga que hablar contigo.

Ella no podía estar más de acuerdo, al menos con la última parte. En lo demás, en efecto, no sabía mucho, y lo que sentía hacia Sergio era demasiado extraño. En el pasado lo quiso, de eso no tenía ninguna duda, pero en ese momento no sabía qué sentir hacia él.

Por la forma de hablar, le pareció que Tomás intentaba calmarse.

—Vale, no lo hables conmigo, pero deberías aclarar las cosas con ella. Mañana podríais estar muertos. Pero yo sí lo sé —aseguró—. Lleva perdiendo el culo por ti desde los nueve años. Me sorprende que no intentara asesinar a Diana antes.

—No dejaré que le pase nada —se limitó a decir Sergio.

—Ya estamos, ahí lo tienes. Yo, yo, yo. Tú no dejarías que le

pasase nada, pero tú no eres lo único en el mundo. Y luego dices que no eres individualista. ¡Maldita sea! Habrías hecho lo mismo, o la habrías cagado mucho más que yo.

Sergio soltó un bufido, sus ojos se fijaron en ella.

—Parpadea o te quedarás ciega.

Descubierta, Alicia se tragó la maldición y parpadeó para intentar aliviar el picor de los ojos.

Tomás la miró incrédulo, antes de volver a reflejar su gesto ofendido.

—¿Estabas escuchando?

Ella esquivó ambas miradas y se frotó los ojos, acogiéndose al silencio.

—Lo hacía —confirmó Sergio, con indiferencia—. ¿Qué has recordado?

Alicia se aferró a la pregunta y le estaría eternamente agradecida a Sergio si no se sintiera tan violenta.

—A Juan muy cabreado por mi plan de darte esquinazo —le dijo a Tomás—. Vine a por algo de aquí dentro, seguro.

Tomás dejó caer la cabeza abatido.

—Maldito traidor, estaba convencido de que te tenía miedo porque sabía que podías hacer algo, pero no hasta tal punto. ¿Estaba al tanto de todo?

Alicia se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Te dije que no se lo contaras a nadie —protestó Tomás.

—Sí, eso sí lo recuerdo —resaltó Alicia sin darle la menor importancia.

Tomás se levantó, demasiado nervioso para seguir sentado.

—Veo que llevas tiempo tomándome el pelo.

Sergio dejó ver su mejor sonrisa.

—Insisto… ¿A qué jode?

Alicia se vio obligada a intervenir ante las miradas que ambos se dedicaron. Su hermano parecía cerca de perder la templanza que solía acompañarlo. Y había cosas mucho más importantes que su pequeño duelo particular.

—Creo que lo que fuera que buscaba, tenía que ver con el suero que me inyecté…

—Un inhibidor —dijo su hermano.

Alicia torció el gesto. Mientras no recordara si lo había conseguido o no, o dónde encontrarlo, seguirían igual de atascados.

—Creo que lo mejor será que descansemos —dijo Sergio—. Mañana va a ser un día difícil.

Ninguno podía negar aquello, y tampoco que darle vueltas a las cosas les haría más mal que bien.

En silencio, los tres intentaron acomodarse lo mejor posible por el vestuario. Tomás se tendió en uno de los bancos contrario al que había ocupado Sergio. Como este, dejó un pie en el suelo, que movía de forma inconsciente.

Alicia prefirió seguir sobre el suelo. Improvisó una cama con las toallas secas y ahora que estaba tendida, observaba el techo inmaculado como si fuera algo fascinante. Sentía la vista cansada, quizá por su empeño de no parpadear durante su espionaje. En todo caso, sueño no tenía, todas las ideas que se habían expuesto entre aquellas paredes le impedían relajarse lo suficiente. Se prestó a hacer la primera guardia, sin resaltar que bien podría encargarse de velarlos toda la noche, pero Sergio se le adelantó. Ahora, él se encontraba al inicio del banco, sentado, con la vista fija en la puerta.

Con la cabeza apoyada sobre una de las chaquetas que dobló para usar a modo de almohada, Alicia sintió como su mente volvía a reclamar su atención para desvelar otro recuerdo.

RECUERDO 16: EVA.

A pesar de lo decidida que estaba, Eva notaba una presión en el pecho, mientras esperaba en uno de los pasillos del supermercado del puerto. Sabía que Juan tenía razón, era un suicidio. Notó algo cálido sobre el labio y se pasó el dorso de la mano. Sangre. Muy poca, pero, a juzgar por los pinchazos que sentía tras los ojos, pronto sería una hemorragia considerable. No tenía casi tiempo.

El zumbido de las puertas correderas al abrirse y cerrarse le aceleró el pulso. Un nuevo cliente entraba, y ella solo pudo rezar porque fuera quién esperaba.

Estaba tan nerviosa que empezó a sudar. De ahí que el dependiente rechoncho y con aspecto de usurero no le quitara los ojos de encima, temeroso de vérselas con una ladrona. Daba lo mismo, ese desgraciado, como tantos otros, no vivirían más de cuatro días. No podía salvarlos a todos y tenía demasiado claro a quién no descuidaría por preocuparse por el resto.

Una mujer rubia de complexión fibrosa que rondaba los cincuenta años, apareció por el pasillo. Sus ojos astutos la localizaron, dio los buenos días al dependiente con aire casual y se aproximó a Eva, a la vez que cogía un par de productos de las estanterías.

El hombre arrugó la frente y menó la cabeza como si no las tuviera todas consigo. Su clientela era fija, y las dos desconocidas no formaban parte.

La mujer apenas movió los labios al detenerse junto a Eva.

—Ya está todo listo. Esperan encontrarte en tu piso en diez minutos. Te disparan un suero inhibidor que te dejara inconsciente y anulará tus habilidades. A todos los efectos serás humana —murmuró y, al tiempo que cogía una lata de la estantería, dejó en el hueco un pósit verde—. No lo hagas.

—Gracias, Teresa —susurró Eva con la misma discreción—. No regreses al laboratorio.

La mujer esbozó una débil sonrisa, mientras fingía leer la composición del producto.

—Ambas estamos condenadas. Descuida, tendré presente todo lo que me dijiste y espero ser lo bastante yo como para no atacarte —dijo, antes de marcharse en dirección a la caja.

Eva no se permitió ni un solo segundo. Desterró cualquier pesar o temor, y memorizó lo que rezaba el pequeño papel.

«Planta 3. Taquilla 23. Clave 1224. Ropa y móvil.

Suerte, ambas vamos a necesitarla.»

Sintió un pinchazo en la cabeza y cogió aire. Las lágrimas pugnaban

por salir pero las contuvo. Mientras Teresa le daba las gracias al tendero y salía del local sin volver la vista atrás, Eva puso un dedo sobre el pósit y este se convirtió en cenizas al instante.

Impaciente, el tendero gruñó y le habló con un deje de advertencia.

—¿Va a quedarse ahí todo el día? —preguntó toscamente.

Eva le devolvió la mirada con desagrado.

—No. —Un mareo más intenso le indicó que acababa de desdoblarse. Ya estaba en su piso, lista para que la cogiesen. Debía salir de la tienda.

31.

47— SIENTE

Alicia se despertó envuelta en aquel mareo. Ese último desdoblamiento que experimentó a través del recuerdo la había debilitado entonces y ahora.

Le sorprendió encontrarse a Sergio sentado en el suelo junto a su cabeza, con la espalda apoyada contra la pared, o escuchar los ronquidos de Tomás, quien por fin había cedido al agotamiento.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó en un murmullo. Hasta hablar le resultaba difícil.

Sergio negó con la cabeza, preocupado.

—Como mucho han pasado cinco minutos desde que cerraste los ojos.

Ni siquiera recordaba haber cerrado los ojos. Y antes, Sergio estaba junto a la puerta. Debió haberse agitado durante la visión, lo suficiente como para preocuparlo y que se acercase.

—Siento haberte alarmado, no ha sido nada… malo.

—¿Has recordado algo?

Alicia lo miró confusa. ¿Por qué si no había ido junto a ella? Tenía la mente demasiado turbia. Con lentitud, como si el cuerpo le pesara toneladas, se incorporó e intentó sentarse. Él la sostuvo por la espalda, la ayudó sin decir palabra, y siguió rodeándola con el brazo, estrechándola contra su cuerpo como si le brindase todo su apoyo.

—Pensé que estabas dormida.

De forma refleja, apoyó la cabeza en su hombro, y se sintió muchísimo mejor. La mente comenzó a despejársele, las fuerzas volvían. Aspiró. Un olor familiar la envolvió por completo.

—Qué bien hueles.

Ante la tensión del cuerpo del motorista, Alicia supo que había hablado en voz alta. No tuvo tiempo a enmendarse. Una vez más, Sergio habló primero.

—Es lo que tiene ducharse. Tú también has mejorado, créeme.

Alicia sonrió. Se sentía tan bien a su lado. El rostro de la mujer,

Teresa, volvió a su mente. Sus ojos transmitían todo el miedo y la angustia, sentimientos compartidos, pero, en su mente, de pronto, cambió. Ya no era una amiga, sino uno de sus particulares atacantes, los empleados del laboratorio. Los ojos de Teresa, inyectados en sangre, la miraban con odio. Alzaba su arma, y se la clavaba en el estómago.

Alicia estuvo a punto de gritar. Se revolvió entre los brazos de Sergio y se puso en pie. Él la imitó, miró en todas direcciones hasta volver a centrarse en ella, preguntándole qué sucedía.

Los latidos parecían lanzarle descargas sobre el pecho. Se apoyó contra la pared. Casi no veía a Sergio, a pesar de tenerlo delante, agarrándola por los brazos para zarandearla, o para que no se derrumbara. Él movía los labios, pero no le llegaron sus palabras. Solo una voz ocupaba su cabeza y era la de la mujer:

«… *espero ser lo bastante yo como para no atacarte.*»

Entre jadeos, consiguió explicarse.

—Tenía a alguien dentro de los laboratorios, y no era un duplicado. —Las palabras surgieron como si las vomitase—. Cuando te llevaste al primer niño, en las oficinas de arriba, al recobrar la consciencia, esquivé por los pelos a una mujer de personal que iba a acuchillarme. Era ella. Ante mis narices, se clavó el cuchillo dándome la clave de cómo ponerles fin a esos soldados —se aferró a los brazos de Sergio. Las piernas le temblaban. En el primer ataque Teresa se había controlado. Después, casi la mata—. La taquilla de la que saqué la ropa y el móvil, con el que llamé a Juan, fueron cosa suya. Me cogieron cuatro días antes de eso, en mi piso, y sí, estaba planeado.

Tuvo que interrumpirse para coger aire. Soltó a Sergio y él le acarició los brazos con suavidad. Cuando se sintió un poco más serena, continuó.

—Creo que sé lo que buscaba —Su mirada se perdió, su mente luchó por encontrar más datos útiles—. El inhibidor capaz de anular habilidades, para pasar el control del contagio, y el suero verde para recuperarlas una vez estuviéramos a salvo. —Maldijo al recordar de nuevo la nevera vacía. Era el único lugar en el que llegó a verlos.

Sergio la abrazó, sintió sus labios acariciar su sien al hablar.

—Eh, tranquila. Lo intentaste, hiciste todo lo que estaba en tu mano y lograste mucho más de lo que ellos esperaban —dijo, para

intentar animarla—. Los dejaste sin un médico muy valioso. Él era la cabeza visible de los laboratorios, su credibilidad ya no será tan fuerte.

Para Alicia aquello no bastaba.

—La doctora era la que merecía morir.

Sergio se inclinó, con la mano que no sostenía su cintura, le alzó la barbilla para que lo mirase.

—Aún tenemos las pruebas —le recordó.

Tampoco eso le bastaba, pero la sensación de fracaso pasó a un segundo plano ante la intensidad con la que él la miraba. Cuando sus ojos se desviaron hasta sus labios, la agitación que sentía Alicia poco, o nada, tuvo que ver con el recuerdo. Solo entonces percibió lo cerca que estaban sus cuerpos, y sus rostros. Deseaba besarlo, más que nada en el mundo, y la sobrecogió esa necesidad. Traicioneras, sus propias manos ascendieron por el cuerpo del motorista hasta enredarse en su pelo. Sergio no necesitó más. La besó, un beso largo y profundo en el que ella apenas sintió las yemas de sus dedos deslizándose por su garganta hasta que le tomó el rostro con ambas manos.

Sus labios se separaron pero siguieron muy cerca. Alicia no sabía qué decir, y estaba segura de que Sergio no lo tendría más claro. Su amnesia la limitaba y los actos del pasado alimentaban el resentimiento. Mientras la besaba, Alicia hubiera jurado que lo quería. Si lo tenía cerca, su cuerpo reaccionaba antes que su cabeza, pero si lo pensaba no sabía cómo sentirse. Por eso, se aferraba a él impidiéndole separarse.

Con una sonrisa torcida, Sergio le soltó el rostro y devolvió las manos a su cintura.

—¿Me reconoces?

Alicia no pudo evitar reírse.

—Sí. —Parte de las dudas y los miedos, se disiparon. Mucho más relajada, dejó de retenerlo.

Sergio pareció lamentar que ella aflojara su agarre. Tras rozar sus labios con un beso fugaz, la soltó.

—Intenta descansar.

Alicia lo vio dirigirse hacia el banco, para sentarse de nuevo en él. Lo agarró de la mano.

—Por favor, quédate a mi lado.

Sergio entrelazó los dedos. Una sonrisa triste curvó sus labios. Asintió.

—Siempre.

48— SIEMPRE

Sergio se sentó con la espalda apoyada en la pared, mientras ella se tumbaba de nuevo sobre las toallas. Le había soltado la mano, pero sentía su presencia con un hormigueo. La misma sensación que tenía en los labios.

Era un auténtico imbécil. Un imbécil enamorado de alguien que apenas le recordaba, y que se había pasado años engañándolo. No tenía valor para encarar el tema con claridad. La incertidumbre era insoportable, pero la idea de preguntar y recibir un «no sé lo que siento» por respuesta, resultaba aterradora.

Agitó la cabeza. Debería estar pensando en la forma de salir de la ciudad con vida, y con su gente. En su hermano, o en qué harían si tenían que quedarse. Y en lo más urgente, cómo mantenerse con vida en cuanto salieran de ese sótano.

Visto así, le pareció que sus problemas personales eran de lo más alentadores en comparación con el resto.

Se pasó las manos por el rostro y lamentó haberse prestado para la primera guardia. Si estuviera durmiendo, ni se rompería la cabeza, ni la hubiera besado. Al cerrar los ojos volvió a sentirla contra su cuerpo, la forma en la que encajaban, el roce de su lengua. Se revolvió molesto. Le lanzó una mirada resentida, pero ella parecía haberse dormido. La odió también por eso.

En realidad, la odiaba y la quería a partes iguales. No sabía bien qué hacer o cómo afrontar los descubrimientos, y era consciente de que también tenía que ser difícil para ella. Incluso Tomás debía estar en un momento pésimo, aunque él no le daba tanta lástima.

Antes de darse cuenta su cabeza lo había catapultado a la niñez. A esa época en la que su mejor amigo era Tomás y su gran amor Natalia. Recordó que, en numerosas ocasiones, se había sentido culpable por flirtear con ella. De saber entonces lo mucho que valía su amistad para Tomás, se hubiera ahorrado el drama.

Tenía que levantarse, estirar las piernas. Nada más dejar su sitio, Alicia protestó en sueños. Se acuclilló a su lado y le apartó un par de rizos que tenía delante de la cara para poder acariciar su mejilla. Le pareció que buscaba su contacto, y que murmuraba su nombre. Sintió cómo las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa. Sin duda necesitaba despejarse.

Cogió su arma, pegó el oído a la puerta y, como no le pareció escuchar nada, la abrió un poco. De un rápido vistazo, comprobó que el pasillo estaba exactamente igual que cuando entraron. Las mismas puertas cerradas, el mismo olor antiséptico, la misma calma espeluznante.

Al salir, cerró la puerta y miró en ambas direcciones, ninguna le tentaba. Ahora que se veía fuera, expuesto a los fantasmas del lugar, supo que salir había sido una mala idea.

Todos los pasillos eran iguales. La celda en la que lo retuvieron, con su pared frontal acristalada, que parecía intensificar la claridad que arrojaban los alójenos, tenía vistas a uno de ellos. Se vio catapultado de nuevo al pasado, pero esta vez el recuerdo no era, en absoluto, agradable.

La celda en la que había estado no era estrecha, podría decirse que su amplitud era equiparable a una habitación, pero la cama con correas, el lavamanos y el váter del extremo, derribaban cualquier ilusión.

Entonces, se había despertado en la cama con el estómago revuelto. Al intentar moverse, notó el cuero y las hebillas morderle la piel de las muñecas, y también de los tobillos. Le dolía el brazo y, al poco, también el cuello. El zumbido en la cabeza empezó una hora después. Fue más o menos cuando descubrió que llevaba puesto un camisón de hospital.

Pasó tiempo hasta que tuvo compañía. Minutos u horas, le era imposible saberlo, y en ese tiempo experimentó todo tipo de fases, físicas y sicológicas. Gritó, suplicó ayuda, intentó liberarse, volvió a gritar y amenazó a quien quiera que estuviera escuchando, hasta que el agotamiento y la sed minaron su empeño por rebelarse.

Desde el primer momento supo dónde estaba, o más bien quién lo retenía contra su voluntad. Eran los laboratorios. Y la culpa era de Eva, pero en quien primero pensó fue en Alicia. Ella también estuvo con él en esa celda. A menudo daba gracias por la ruptura, porque nada los relacionara, constantemente la echaba de menos y lamentaba no haber intentado retenerla. El rostro de Diana asomaba a veces, pero los de Alicia o Eva lo desterraba enseguida. Otros muchos surgieron en distintos momentos. Sus padres, Natalia, Tomás, su hermano. Tantos, que le era imposible definir en qué momento o por qué motivo su mente los evocó.

El único instante en el que no pensaba en nada ni en nadie era

cuando aparecía la doctora Ramírez. Como si temiese que pudiera entrar en su cabeza y descubrir sus sentimientos. Pero a la mujer él le traía sin cuidado. Fue lo primero que le dijo y, por algún motivo, lo había olvidado hasta ese momento.

«Tú vas a traérnosla». Se lo había dicho en la primera visita, cuando se sentía tan mareado y sediento que apenas podía entender sus palabras.

De vuelta al presente, Sergio se vio sentado en el suelo, arrinconado en aquel pasillo con la cabeza apoyada en las rodillas y el arma olvidada a su lado.

Y lo primero que ocupó su mente volvía a tener que ver con Alicia, al dar por sentado que así era cómo debía sentirse ella con cada recuerdo.

Se levantó. El corazón le latía con fuerza, le costaba respirar. Se temió volver a caer en la paranoia o terminar inconsciente en mitad del pasillo. Se volvió hacia la puerta y vio con horror cómo esta se abría sola. Alzó el arma y apuntó hacia el interior del vestuario.

La bajó al entender que la puerta no se había abierto sola, pero ya era tarde. Con la mano en el pomo, Alicia lo miraba asustada.

Volvió a pegarse contra la pared. Se deslizó y se quedó en cuclillas, con las manos en la cabeza y el pelo ocultando su rostro.

—No iba a dispararte —necesitó decir, quizá para convencerse a sí mismo. No entendía cómo había albergado alguna duda sobre por qué se abría la puerta.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó ella, con voz temblorosa.

Sergio se obligó a recuperarse. Se incorporó, pero prefirió seguir pegado a la pared y evitó mirarla.

—Salí a tomar el aire.

—Claro, el aire —repitió Alicia, escéptica.

La miró y, por el respingo que ella dio, no fue de forma amistosa.

—No soy tu puñetera mascota, ni llevo correa.

Tras la sorpresa inicial, y lo que a Sergio le pareció un brillo dolido, la mirada de Alicia se endureció.

—Solo estaba preocupada, gilipollas —le dijo, dispuesta a

regresar al vestuario.

Sergio la agarró del brazo y ella intentó soltarse, pero no le dio opción. De un tirón la hizo chocar contra su cuerpo y volvió a besarla, sin delicadeza. Le agarró el rostro, no con una caricia sino para evitar que se separase, y sintió sus manos hacer fuerza contra su pecho. Se abrió paso con la lengua arrancándole un gemido de protesta. Invadió su boca con urgencia y ella al fin respondió de la misma forma. Sus manos se cerraban sobre la camiseta del uniforme, ya no intentaba separarse, pero siguió sujetándola. El fuego se instaló en su estómago. Podía tener cualquier rostro, pero era imposible dudar que era Alicia.

La separó de la misma forma brusca. Ella parecía aturdida. Los labios se veían tan enrojecidos como las mejillas y su respiración entrecortada le golpeó en el rostro.

—¿Preocupada por qué? —le preguntó, enfadado.

Alicia reaccionó al fin.

—¿Cómo que por qué? ¿Pero qué pasa contigo? ¿Has olvidado dónde estamos?

Sergio se rió con amargura.

—Yo te aseguro que no, pero, y tú, ¿recuerdas algo de lo que te hicieron?

Su expresión cambió, vio preocupación, temor y lástima. No por lo que pudieran haberle hecho a ella, sino por lo que le hicieron a él. La soltó como si su solo contacto la quemase e intentó apartarla.

—No me jodas. ¿Vas a compadecerme de nuevo?

Ella le impidió moverse. Podría quitársela de encima con facilidad, pero le pareció divertido verse acorralado. Las finas manos que apenas conseguían abarcar sus antebrazos, pretendía mantenerlo contra la pared, hasta su gesto desafiante se le antojó gracioso.

—Del tiempo que hemos pasado juntos, has sido lo bastante capullo como para que no te tenga ni un poquito de lástima. Lo poco que recuerdo es lo único que evita que te mate yo misma.

Sergio empezaba a entender muchas cosas, la primera, cuánto de pantalla había en sus arranques.

—Eso no te lo crees ni tú.

Alicia lo soltó, con los ojos convertidos en rendijas. Antes de que pudiera decir nada, habló él.

—Sabían que vendrías a buscarme. De hecho, por eso me cogieron.

Sergio se insultó al ver como Alicia palidecía. No había querido sonar tan caustico, ni que ella pensase que se lo estaba echando en cara. Tampoco que se sintiera culpable, de nuevo. Durante un momento, su expresión y su aspecto vulnerable, le recordaron a Natalia.

—No fue culpa tuya —dijo con seriedad.

Alicia alzó las manos derrotista.

—Seguro —protestó, antes de dejar caer los brazos—. Sergio, yo…

La abrazó, no se le ocurrió otra cosa y, al parecer, era justo lo que ella necesitaba. Sintió como rodeaba su cuerpo con los brazos. Temblaba, estaba seguro de que las lágrimas no tardarían en acompañarlos. No quería entristecerla, ni seguir perdiendo el tiempo con lamentos y disculpas.

—Yo habría hecho lo mismo —reconoció, y no le fue nada fácil—. Es más, no descarto que lo que me joda de todo esto sea sentirme el engañado, en vez del que engaña.

—Eso me lo creo —intentó bromear. Su voz le llegó amortiguada al tener la cabeza contra su cuerpo.

Seguía afectada y Sergio intentó cambiar de tema.

—¿Has recordado algo más? ¿Algo que no me hayas dicho?

La reacción de Alicia fue separarse, limpiarse las lágrimas que se habían escapado y negar con la cabeza. Supo que mentía.

—Alicia —la nombró, a modo de advertencia.

Alicia alzó el mentón orgullosa. Le mentía y no pensaba decírselo por las buenas.

—Nunca utilicé mis habilidades contigo, pero al parecer tú no fuiste tan considerada.

Alicia dio un paso atrás. La pared opuesta le cortó la retirada.

—Sergio, no te…

Antes de que se escabullera, volvió a atraerla contra él y acarició su rostro con los dedos.

—¿Qué no me has contado? —le preguntó en un susurro.

Alicia empezó a hablar de una tarde de playa y un encuentro en la ducha. Cuando la soltó, se preparó por si le caía algún golpe. Por suerte para él, roja de impotencia, ella se limitó a cruzarse de brazos.

—Sí, yo también los recuerdo, ambos —le dijo con un guiño que aún la hizo fruncir más el ceño. No pudo evitar reírse. Esta vez no le impidió regresar a los vestuarios.

—Puedes echarte una siesta, yo haré el siguiente turno —replicó ella una vez dentro.

—No podemos ir a la playa pero las duchas las tenemos a mano. Seguro que te ayuda a recordar.

Era una broma, recibió una expresión reprobatoria por el comentario, pero un velo de deseo cubría la mirada de Alicia. Tal vez por el recuerdo, o tal vez por la expectativa. Le habría gustado concretarlo, pero, aunque prefería no pensar en el tema, era evidente que ella seguía albergando dudas.

Se tumbó sobre la improvisada cama de toallas y al final descartó la chaqueta como almohada. Alicia se sentó a su lado.

—Solo una cosa más —le dijo él, apoyándose sobre el codo para tenerla cerca.

Alicia lo miró desconfiada. Él le agarró el mentón y tiró con suavidad. No lo rechazó y sus labios volvieron a encontrarse con delicadeza. Sus propias expectativas sobre las duchas consiguieron que se separase y volviera a tumbarse.

—Mantén los ojos abiertos.

—Siempre —cuchicheó Alicia.

Con los ojos cerrados, Sergio sonrió.

—No, no siempre.

Solo después de decirlo supo la cantidad de interpretaciones que podía tener. Iba a aclararlo, pero guardó silencio, a la espera de que

ella se lo tomara como una broma sobre mantener los ojos abiertos, y no como una queja por no haber estado a su lado. Se corrigió a sí mismo. Ella sí había estado a su lado, con distintos rostros, pero en realidad apenas llegó a salir de su vida. El sueño insensibilizó su cuerpo, se dejó llevar, sin pensar en los peligros que no iban a desaparecer por mucho que ellos se reconciliaran. No debería olvidarse del riesgo que corrían, pero prefirió centrarse en lo positivo de esa noche. No era mucho, aunque de algún modo le había infundado la fuerza necesaria para garantizarle que afrontaría lo que les deparase el camino.

Saldrían de esa. Estaba seguro. Por lo que sabía, todo estaba previsto y algo tan importante como el billete de huída del infierno, seguro que fue lo primero que dejaron atado.

49— RESISTE

Alicia había comenzado la guardia con ánimo, ilusionada, sin entender muy bien el motivo. Quizá fuera por Sergio, era muy posible. Pasada media hora, sus emociones se desviaron hacia lo que les esperaba en cuanto dejasen su peculiar refugio. La voz de su hermano hostigaba sus malos pensamientos con la realidad, mañana podrían estar muertos.

El tiempo pasó y la angustia fue en aumento. Dejó el suelo y caminó agitada por el vestuario. Los ronquidos de sus acompañantes la ponían de los nervios. Una gota que caía en la ducha, una madera que crujía, el chirriar del metal, cualquier sonido conseguía que se quedase muy quieta y aferrase el arma con fuerza. Si la guardia hubiera durado una hora más, habría perdido la cabeza, estaba segura. Casi estuvo a punto de despertarlos, no se veía capaz de soportarlo por más tiempo. Y justo entonces, Sergio abrió los ojos.

Se derrumbó a su lado, le pasó el arma, se secó el sudor de la frente y cogió aire mientras metía las manos entre los muslos para ver si así dejaban de temblar descontroladas.

Su voz sonó pastosa y pensó que ya era tarde. Se había vuelto loca.

—Me preocupa salir, me preocupa que os pase algo.

Su confesión, o el tono, consiguió que él perdiera cualquier velo de ensueño. Con voz ronca, intentó apaciguarla.

—No va a pasarnos nada —aseguró con convicción.

Alicia no sintió consuelo, sino una responsabilidad asfixiante. Era como si ambos tuvieran una fe ciega en ella, solo eso explicaba que pudieran dormir a pierna suelta. Se llevó las manos a la cabeza. ¿Acaso habían olvidado que tenía amnesia?, se preguntó, ¿que seguían atrapados en una ciudad condenada? También durante la noche meditó sobre la suerte que correría la urbe. Suponía que el gobierno, o los militares, o quien fuese el responsable de arreglar un caso como aquel, tomaría cartas en el asunto, intentaría recuperar la ciudad de alguna forma. Y las alternativas para ello le parecían tan apocalípticas y descorazonadoras que añadieron otro motivo inquietante a la larga lista.

Sergio le agarró el rostro. Se vio reflejada en sus ojos. Casi no se reconoce. Tenía el pelo revuelto de tanto pasarse las manos. No

distinguía con nitidez sus rasgos, pero dio por sentado que las ojeras le llegarían a la barbilla y sus facciones estarían crispadas.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Sergio.

—No —respondió con un lamento.

—Tienes que calmarte.

Una vez más, se sintió un poco mejor ante su contacto, al tenerlo tan cerca. Esta vez fue ella la que salvó la distancia y lo besó con urgencia. No encontró rechazo y supo que ninguno de los dos tenía en mente otra cosa que no fuera aquel roce de sus labios, para no estropear el beso. No pensaban en lo que estaba pasando ni en el largo camino que les quedaba hasta estar a salvo, si es que algún día lograban estarlo.

—Bien, es una buena forma de empezar el día —dijo Sergio en cuanto ella se separó.

Alicia sonrió y sintió la tensión permanente en la cara.

—Estoy muerta de miedo y casi me vuelvo loca.

Sergio negó con la cabeza.

—Ya estás loca, pero eso es otra cosa. Venga, será mejor que nos movamos.

Se rió, de nervios, pero hacerlo le sentó bien. Imitó al motorista, se preparó para recoger lo poco que tenían y lo que se llevarían, un poco más relajada ahora que no se veía sola.

—¿Lo despertamos? —Señaló con la cabeza a su hermano, mientras escogía un chaleco de entre los uniformes. Sería una defensa pobre contra los seres ciegos, Diana seguro que disparaba a la cabeza, pero se sentiría mejor llevándolo encima.

Sergio se ocupaba en preparar algo parecido a un desayuno, que consistiría en leche en polvo con agua y café instantáneo.

—Dale un poco más de tiempo.

De vuelta al frío suelo, Alicia cogió el vaso de plástico que él le tendía. Hizo un mohín. La mezcla sin calentar olía a rayos.

Sergio le sonrió burlón.

—Se me ha acabado el expreso, princesa.

Por orgullo, Alicia le dio un trago a la mezcla y a punto estuvo de escupirlo.

—Esto no hay quién se lo trague —dijo, abandonando el vaso en el suelo para pasar a la bollería que habían requisado.

—¿Por qué el nombre de Alicia? —le preguntó de pronto Sergio, mientras señalaba su pecho con una cucharilla.

La cogió desprevenida, bajó la vista para mirarse. Notó el roce de la cadena en su cuello. El colgante quedaba oculto tras la ropa pero supo que Sergio se refería a él. Se encogió de hombros.

—Ni idea. ¿No lo tenía antes?

—Que yo sepa no.

Era una muy buena pregunta. De todas las identidades que creía tener, no sabía por qué había escogido el nombre de la que, presuntamente, no tenía nada que ver en el tema de los laboratorios. Le vino a la cabeza la visión en la que ella, como Eva, entraba en un pub para coger una pequeña caja de joyería del reservado.

Sergio seguía mirándola y optó por compartir sus pensamientos.

—La noche en la que casi me estrangulas, cuando apareciste de la nada en un callejón al que daba la puerta de un pub…

—Perdona, casi estrangulo a Eva —puntualizó, como si eso fuera de lo más relevante.

—Tanto da —descartó Alicia—. Ese día, había ido allí a por algo. Era una cajita de joyería que alguien dejó en uno de los reservados… quizá fuese el colgante. ¿Fue mucho antes de que sucediera esto?

Sergio la miró confundido.

—No, en realidad no. Quizá un par de días pero… ¿Por qué iban a dejarlo? Me refiero a que, no sé, bien podrían dártelo en mano. Solo es un colgante.

Alicia meditó esto y la primera conclusión a la que llegó fue que no era solo un colgante.

—No, es algo más. No tengo ni idea de qué, pero me parece que tiene importancia. Quizá fue cosa de Teresa.

—¿Teresa?

—La mujer que trabajaba aquí —le explicó, pensativa, a la espera de sentir alguna certeza o corazonada al respecto. No hubo nada. Podía ser así, o no.

Sergio también se tomó su tiempo para meditarlo.

—¿Y por qué no te lo dio en persona? Por lo que dijiste os encontrabais a escondidas. Si sabías que ibas a perder la memoria, necesitarías alguna referencia. No lo sé, la verdad es que lo importante me pareció la elección del nombre, no cómo lo conseguiste.

Alicia volvió a encogerse de hombros. En parte estaba de acuerdo, pero le intrigaba el detalle, por muy insignificante que fuera. De hecho, empezaba a plantearse que los detalles sin importancia fueran claves. Algo la animó a seguir esta teoría, pero como en otros aspectos no sabía por dónde empezar. Por asociación de ideas, su mente evocó el rostro de su cómplice.

—¿Qué puede hacer Juan? —preguntó. Sería bueno conocer qué tipo de habilidades poseía, podrían darle alguna pista.

Sergio tragó un trozo de bollo y le dio un trago al café antes de hablar.

—Que yo sepa tiene algo así como visiones —respondió sin tenerlas todas consigo—. Vas a tener que preguntarle a tu hermano, sé que no son visiones como tus recuerdos, o del tipo vidente.

A Alicia no se le ocurría qué otro tipo de visiones podía haber. Si no veía el futuro, o no recordaba sucesos, dudaba que pudieran considerarse visiones.

El grito de Tomás los sobresaltó a ambos. Alicia tiró el vaso que estaba junto a ella, el contenido se derramó con rapidez sobre el suelo y logró apartar la bolsa en la que habían guardado la comida sobrante de milagro. Se pusieron en pie, lo mismo que su hermano, que los observó desorientado antes de que la comprensión le arrancara un suspiro de alivio. Tomás se desinfló como un globo y se dejó caer de nuevo en el banco, con el rostro entre las manos, como si intentase controlar los sollozos.

Tras dudar, Alicia fue a sentarse a su lado y le acarició la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó, a pesar de que la respuesta era obvia.

—Soñé que te mataban —respondió su hermano con un hilo de voz. Se incorporó con premura y le dio un fuerte abrazo.

Alicia se lo devolvió, mientras le lanzaba a Sergio una mirada cargada de preocupación. Él se limitó a poner los ojos en blanco.

—Como no salgamos de aquí, seguro que terminamos muertos —masculló Sergio terminándose el café de un trago.

32.

50— OCULTA

Mientras Tomás desayunaba, una vez se le hubo pasado el malestar que le dejó la pesadilla, Sergio se ocupó de revisar las armas y Alicia de sonsacarle. Le preguntó por Teresa, para descubrir que la mujer fue quien lo reclutó a él. Ella era la líder del grupo desde su origen. Alicia se sintió despreciable, Teresa merecía más reconocimiento por su parte. Sentía un gran aprecio hacia ella, pero no podía ver mucho más. Por suerte, intentar entender la habilidad de Juan pronto ocupó todos sus pensamientos. Como le advirtió Sergio, las visiones de este no eran lo esperado. En esencia, lo que su cómplice veía era el modo en el que debían hacer las cosas para alcanzar un propósito. Una especie de efecto mariposa, en el que lo importante era seguir un camino establecido a través de pequeños detalles. Aunque lo intentó, Alicia no estaba segura de llegar a comprenderlo del todo.

Con el estómago lleno, tras asegurar que estaba más o menos en forma, Tomás les dijo que iba a intentar aparecer en el centro comercial. Tanto Alicia como Sergio se mantuvieron inmóviles, sin quitarle los ojos de encima.

—Eso, sin presiones —protestó Tomás, abriendo y cerrando las manos, intimidado ante la atención de sus acompañantes.

—Vete. Ya —ordenó Sergio sin rastro de humor.

—No funciona así, no…

De pronto, las manos de Tomás dejaron de moverse. Su rostro adquirió un color cetrino y con una expresión asustada se le cortó la respiración. Alicia intentó acercarse, pero Sergio la sujetó del brazo.

—No le pasa nada. A él no le pasa nada. Ha visto algo.

Ninguno de los dos se atrevió a moverse, los minutos transcurrieron. Al tiempo que Tomás parpadeaba como si procesase la información, un sobre apareció en su mano.

Esta vez Sergio no la retuvo, ambos se adelantaron para ver de qué se trataba y, con gesto afectado, Tomás le enseñó el reverso del sobre a su hermana. Alicia sintió cómo se le encogía el estómago al encontrarse con una advertencia escrita con letra torcida y presurosa:

«Que Alicia no lea esto»

Se alejó de ellos, como si las palabras la repelieran, hasta terminar apoyada en las taquillas. Sintió ganas de echar a correr, alejarse más, escapar de las malas noticias que sin duda contenía el sobre. Y de la culpa. Porque aún sin saber qué había pasado, sabía que ella era la responsable.

Vio cómo su hermano sacaba un folio doblado sin mucho tino. Las prisas con las que la advertencia fue escrita se transmitían también al mensaje del interior. Con las cabezas muy juntas, Tomás y Sergio leyeron en silencio. Tuvo que darles la espalda, por temor a la mirada acusatoria que recibiría en cuanto terminasen. Se masajeó las sienes mientras se repetía que no debía anticiparse a los acontecimientos. Seguro que había mil motivos por el que ella no debería conocer el contenido de la carta, y no todos iban a ser nefastos. Podría deberse simplemente a un modo de esquivar a Diana, por la conexión entre ambas. Este último pensamiento la hizo apretar los puños con tanta fuerza que sintió las uñas clavarse en sus palmas. Ella sabía dónde estaban los supervivientes, ¿podría haberlo averiguado Diana?, se preguntó. La incertidumbre la mareó y llenó su cabeza de dudas. ¿Acaso estaban tan conectadas como para que le leyese la mente? ¿Y si dio con ellos y los mató? Por lo que Alicia recordaba, sus intenciones no iban desencaminadas. Pero no podía haberlos matado a todos, al menos uno tuvo que sobrevivir. Le entraron ganas de llorar. No sabía cuántos supervivientes había, pero pensó en Elián, en el chico que encontró en la furgoneta, en Juan, en Marcos, en la chica que los acompañaba en el tanque, en los anónimos. Personas que en algún momento habían formado parte de su vida. Apoyó la frente contra el duro metal de la taquilla.

La voz de Sergio le llegó de forma apenas audible.

—¿No había nadie?

La voz de Tomás sonó igual de afectada.

—Vivo, no. Había…, Dios —dijo, interrumpiéndose para coger fuerzas—. Estaba todo destrozado, no dejó nada en pie, fue…

Su hermano volvió a enmudecer. Alicia notó el pesar en su tono, la impresión y el dolor. Los rostros de los pocos conocidos pasaron por su mente cubiertos de sangre, desfigurados. No recordaba el centro comercial, pero cualquier derrumbamiento o destrozo de los que había visto esos días sirvió para darle una idea de lo que él había visto. En su imaginación, entre los cascotes, pilares quebrados y desperdicios, se intuían miembros cercenados, rostros sin vida, salpicaduras de sangre y ropa hecha girones. Se aferró a la mera existencia de la carta. Una

esperanza vaga, pero la prueba de que hubo supervivientes.

Un pensamiento se impuso sobre todos, llamándola al orden: tenía que dejar de darle vueltas, no quería ni conjeturas, ni hipótesis que allanaran el camino a su escurridizo némesis…

Una imagen del vestuario del que había sacado la ropa y el móvil en su fuga apareció en su cabeza. El lugar estaba destrozado, aunque el resto de la planta permanecía más o menos intacta.

Supo que se había desdoblado. No sabía cuando, tal vez tras compartir con Sergio lo que Teresa había hecho por ella. Lo que sí tenía claro era que alguien había estado buscando allí y solo podía ser Diana.

—Tengo que ir a por ella —murmuró, frustrada—. Tengo que pararla antes de seguir recordando.

—No —se negó Tomás—. Ya no puedes hacer nada por ellos.

Sintió que alguien la agarraba. Supo que era Sergio y que no se trataba de ningún abrazo reconfortante, sino de un intento por retenerla. Esta vez sí le habría dicho que no logaría evitar que se desdoblara, pero sentía un nudo en la garganta que le impidió hablar.

Apretó los párpados, fue incapaz de moverse, pero debía reunir valor y encararlos. El silencio de Sergio podía darse por algo que le había pasado a Marcos. Tuvo dudas, si hubiera muerto estaría furioso, o abatido. La verdad era que, sin mirarlo, no tenía ni idea de cómo estaba. Reconoció el sonido del papel al romperse. Se giró, y Sergio la soltó para dejarle espacio. Fue incapaz de encontrarse con su mirada. Se centró en su hermano.

Concienzudo, Tomás trataba de destruir la carta.

—Déjala ahí —pidió con un hilo de voz, mientras señalaba el banco en el que su hermano durmió.

Tomás la miró desconfiado, pero dejó el montoncito de papel sobre la superficie metálica, sin alejarse demasiado.

—¿De qué va esto?

Alicia se colocó a un paso de los papeles.

—Quiero comprobar algo.

Envuelta por el silencio tenso, colocó el índice sobre los restos de

la carta para intentar hacer lo mismo que con el pósit en aquella tienda del puerto.

Una bola de fuego triplicó el volumen del papel con las extensas y vivas llamas. Los tres dieron un paso atrás.

—¡Joder, Nati! —exclamó Tomás, impresionado.

Alicia cerró la mano sintiendo un leve calor cuando debería haberse abrasado los dedos. En comparación, la hazaña del pósit era una niñería y comprendió que, en efecto, los duplicados reducían su capacidad.

—Eso nos va a ser muy útil —aseguró Sergio con una nota distante que no pasó desapercibida para ella.

Tomás asintió.

—Si tú puedes plantar fuego a algo, conmigo tenemos un lanzallamas.

Tampoco Alicia pasó por alto el tono controlado de su hermano. No iban a alegrarse de la nueva defensa con el terrible ataque al centro comercial. Ni siquiera ella se sentía impresionada, o conforme con un poder así. El silencio volvió a establecerse entre ellos. La culpa la destrozaba. Sintió unas ganas tremendas de salir corriendo y agazaparse. Escapar de tanto dolor y tanta confusión.

Porque nadie parecía ir a hacerlo, Sergio tomó el mando.

—Entonces vamos.

Alicia no preguntó a dónde y los siguió en silencio, listos para salir del vestuario, dejándolos ir delante. Ni siquiera la caricia fugaz que Tomás le dio al pasar junto a ella consiguió animarla. No podía encajar la notica, la suerte de los supervivientes. Le era imposible aceptarlo. Debía esforzarse, seguir su búsqueda del inhibidor, aunque solo fuera por su hermano y por Sergio. No era fácil. Por otra parte, sus buenos términos con Sergio estaban abocados al fracaso. Veía su espalda, la tensión que transpiraba, pero no su rostro. Lo agradeció, hasta que él se giró y sus miradas se encontraron.

Sus facciones se mantenían indescifrables, como en los primeros días. Como cuando era el extraño motorista que quería verla muerta. Se le encogió el corazón. Había más, algo asomaba a sus ojos. Juraría que era confusión. Desapareció de pronto, y se volvió de nuevo para abrir la puerta.

Con Tomás pegado a sus talones, Sergio entornó la puerta y se asomó para comprobar si estaba despejado. A un paso de ambos, Alicia lo vio agacharse y cerrar con rapidez, a tiempo de esquivar la viscosa lengua que trató de alcanzarlo, y cuyo extremo fue seccionado.

Ella no esperaba que hubiera nada en el tranquilo pasillo. No era una amenaza cuando lo cruzaron, ni durante la noche. La sorpresa agitó su respiración y esa sensación de angustia, de miedo por lo que pudiera suceder, arrasó con la poca calma que le quedaba, mientras el repulsivo trozo de lengua se agitaba en el suelo, inundando el espacio con el olor a descomposición.

—Mierda —protestó Tomás, llevándose las manos a la boca, para contener las nauseas. Cuando sus ojos se fijaron en el trozo rosado, su piel adquirió un tono verdoso—. Menuda peste.

Alicia aguantó las ganas de vomitar con sumo esfuerzo. Respiraba por la boca y aún así el hedor era insoportable. Tuvo la impresión de que no solo procedía del trozo de lengua, debía filtrarse también por el pasillo.

—Deben ser los cadáveres —se recordó.

Sergio no parecía interesado ni en los cadáveres ni en el olor.

—Hay más de una de esas cosas ahí fuera —aseguró.

Alicia se planteó salir. A ella no iban a atacarla. Podría comprobar cómo estaba el recorrido hasta el ascensor. Si la única amenaza eran esas criaturas, conseguiría matarlas con relativa facilidad. Tomás la encaró, agarrándola por los hombros.

—No, no irás tú sola para eliminarlos por mucho que no te ataquen —advirtió, inamovible.

Alicia negó con la cabeza. Su pelo revuelto se agitó.

—Venga ya, Tomás, ese es nuestro único camino —lamentó. Su sobreprotección llegaba con retraso y, para ser honesta, necesitaba despejarse, sacarse el ataque al centro comercial de la cabeza, y no seguir preocupada por cualquier represalia de Sergio.

Tomás aumentó la presión en sus manos. Sintió sus dedos clavándose en los hombros.

—¿Y si hay algo más? ¿Y si tienes problemas? No te oiremos pedir auxilio.

Sergio intervino, distante.

—Ya saliste de aquí una vez por los conductos de ventilación.

Alicia prefirió evitar sus ojos. Posó la mirada en las taquillas que él tenía detrás, movida por esa sensación de familiaridad. Se sacó la idea de la cabeza, tenía que comentar la propuesta de Sergio.

—Entonces sabía a dónde dirigirme y no me extrañaría que haya algo por ahí también —dijo, antes de que toda su atención fuera para una taquilla en concreto. La luz que reflejaba en el metal parecía revelar algo en su superficie que la hacía destacar entre las demás. Su pulso se desbocó e ignoró a su hermano y a Sergio, pasó entre ellos, para tocarla. Bajo las yemas de sus dedos le pareció encontrar rugosidades. Giró la cabeza y las luces y sombras le permitieron ver una letra grabada de forma sutil. La A.

—Alicia… —la llamó Tomás.

—Adrián Martínez —murmuró Alicia, con voz ausente, mientras otro recuerdo la alejaba de allí.

RECUERDO 15: EVA

La tercera planta del modesto edificio estaba en penumbra. La única luz se filtraba a través del rectángulo acristalado que daba al patio de luces. Agachada ante la puerta más próxima a las escaleras, Eva consiguió anular la cerradura gracias a una ganzúa que se guardó en el bolsillo de la cazadora, donde llevaba también la caja de joyería.

Empujó y se coló en el pequeño recibidor sin más adornos que un austero mueble y un perchero clavado en la pared. Cerró la puerta con suavidad mientras le llegaba una voz entusiasta que comentaba lo que parecía un partido de baloncesto. Con sigilo, se internó en el pasillo. La luz procedía de la segunda puerta. También de allí salía el ruido del televisor. Al asomarse, se encontró con una pequeña sala de estar y reconoció al corpulento pelirrojo, de apenas treinta años, sentado en el sofá biplaza con los ojos verdes fijos en la pantalla y una cerveza en la mano. Se enderezó, consciente de que se la jugaba. Podía ser una trampa.

—Hola, Adrián —saludó desde el umbral.

Tuvo que morderse la lengua para no reír al ver como el aludido se ponía en pie de un salto, soltaba la cerveza y se volvía hacia ella asustado.

—¿Quién eres? —preguntó incrédulo. De forma refleja, se llevó la mano a la cadera, donde habría estado su arma de ir uniformado.

Eva se adentró un poco más en la sala con aire inocente, así estuviera lista para echar la mano a la cintura de su pantalón donde descansaba su revólver.

—Soy la amiga de Teresa.

Los ojos del chico se abrieron de forma desmesurada y, con nerviosismo, miró en todas direcciones.

—¡Maldita sea! ¡Me vigilan!

En absoluto preocupada, Eva intentó apaciguarlo.

—A ti y a todo el personal…, aunque más a un miembro de la escolta de la Doctora —le reconoció.

Sin dejar ver su propio miedo, avanzó y recogió la botella del suelo para colocarla sobre la mesa que había junto al sofá.

— Tranquilo, mi gente controla las escuchas. Nada de lo que hablemos aquí les llegará.

No muy convencido, él la seguía con la mirada. Parecía leal, pero, para salir de dudas, Eva comprobó lo que Teresa le había contado.

—¿Por qué quieres ayudar a mi organización? Tienes un buen puesto y seguro que te pagan una pasta.

Incapaz de sentarse, ni de relajarse, Adrian la miró ofendido.

—Eso ya se lo conté a Teresa —replicó, adquiriendo una pose más autoritaria.

—Pero a mí no —resaltó Eva. Aquel tipo la doblaba en peso y altura.

Si quisiera, podría darle una paliza. Se mantuvo inflexible, con un desafío impreso en la mirada.

Incómodo, Adrian se tomó unos segundos antes de hablar.

—Conocía a Paula del instituto, incluso habíamos sido amigos. No se merecía lo que le hicieron. Ni ella, ni el resto.

Eva asintió conforme. Nadie se merecía terminar convertido en un monstruo tal como los seres ciegos. Aquel hombre joven solía estar cerca de la Doctora, incluso en los laboratorios inferiores, por si algún retenido se sublevaba y la atacaba. En sus ojos brillaba el rencor y el rechazo. Eva entendió que debía conocer muchos secretos y había presenciado infinidad de aberraciones.

—Lo siento —dijo, por todo en general—. Te agradecemos muchísimo que quieras ayudarnos.

Sus palabras parecieron apaciguarlo, aunque no eliminaron su inquietud. Una especie de tic nervioso latió en su ojo derecho. Su voz se volvió un susurro, como si temiera que alguien más escuchara.

—De tu gente, uno de los que secuestraron, es más fuerte y más resistente, y también es un cebo. Están experimentando con él, pretenden volverlo un monstruo porque es importante para ti, pero van despacio, no quieren matarlo o transformarlo rápido, porque saben que así irás a buscarlo.

Eva sintió cómo se le revolvía el estómago ante la mención de lo que podían hacerle a Sergio. Sin embargo, le sonrió con pesar, agradecida por el aviso.

—Lo sé. Intentaremos sacarlo de todas formas, pero no estoy aquí por él —Alzó las manos para que las viera bien y bajó una para meterla en el bolsillo.

Adrián volvió a ponerse en tensión. Siguió la mano y suspiró aliviado cuando vio que lo único que sacaba era una pequeña caja. Eva volvió a hablar.

—El rescate de los míos no te afecta ni quiero que te involucres, porque te necesito más adelante. Van a cogerme y, aunque tenemos un plan bastante fiable, necesitamos ayuda.

Adrian asintió, antes de torcer el gesto.

—Yo también sé que a mí, a los chicos de seguridad y al resto nos han hecho algo. También que es muy probable que me quede en el camino, pero lo prefiero a volverme a saber qué.

Eva lo miró abatida. Estaba segura de que Teresa había compartido los riesgos, pero quiso ser honesta.

—Me gustaría decirte que no te pasará nada, pero no voy a mentirte. Vamos a cabrearlos lo bastante como para que saquen sus mejores armas.

—Sé lo que queréis de mí —dijo Adrián, dispuesto a cumplir su parte —. Confío ciegamente en dos o tres personas allí dentro. Del resto no solo no me fio, sino que tampoco quiero que sepan lo que les espera.

Eva asintió conforme y le pasó la caja. En cuanto él la tomó entre sus grandes manos, le pareció aún más pequeña e insignificante. Hizo ademán de abrirla, pero ella se lo impidió.

—Espera, yo no puedo ver lo que hay dentro.

Un brillo de desconfianza tiñó la mirada de Adrián.

—¿Esto no es cosa tuya?

Si no quería perderlo, debía ser clara. Y en verdad se lo merecía, se estaba jugando tanto o más que ellos.

—Es bastante largo de contar y complicado. Sabes qué soy. Hago…, cosas. Llegado el momento lo olvidaré todo, es crucial, y voy a necesitar pistas. Lo que guarda la caja es una de ellas. Llévala contigo siempre en los laboratorios, volveremos a vernos y entonces me la darás.

Adrián la miró preocupado.

—Descuida, no es nada que pueda traerte problemas. En realidad no es nada importante, salvo para mí.

—¿Estás segura? —le preguntó, con un abatimiento que Eva compartió.

—Del todo. Lo mismo con lo otro que te tengo que pedir. Necesito que marques una taquilla del vestuario. Ni siquiera sé si es la tuya. Se trata de la tercera a la derecha, justo al entrar. Solo graba, no muy profundo, que apenas se vea, la letra A.

Adrián parpadeó ante lo inusual del encargo. No había temor esta vez, solo incomprensión.

—Nada grave. ¿Lo ves? Pues lo que haya en esa caja, será algo así.

Era evidente que le costaba aceptar unos encargos tan extraños sin más datos. Lo vio titubear, como si quisiera pedir explicaciones, pero se lo pensó mejor y asintió.

—Lo haré. No me queda muy claro lo de la caja. Puedo colarla en el laboratorio, pero no sacarla de allí. Nos revisan al entrar, muy por encima, pero cuando terminamos el turno son mucho más minuciosos.

—Lo sé, Adrián, no te preocupes. A eso me refería con lo de que lo lleves siempre encima en los laboratorios. Métela en un bolsillo del uniforme, no se notará. Cuando volvamos a vernos, no será en el exterior.

51— SEÑALA

Alicia parpadeó. Pudo reconocer el vestuario y sus ojos volvieron a encontrarse con la letra grabada. Los sentimientos que despertaron el encuentro con Adrian le llegaron de forma intensa. Pena, empatía, pero también seguridad. Él estaba de su parte, era leal. Una buena persona.

Su hermano la agarró por los hombros y la zarandeó como si temiera que no reaccionase nunca.

—¿Quién es Adrián Martínez?

El movimiento la sacó del trance. Las buenas sensaciones desaparecieron, volvió la inquietud, y Alicia respondió.

—Era escolta de la doctora, también estaba con nosotros. Supongo que tuvo que ver en mi huída, mi celda no fue difícil de dejar. Y grabó eso, es una pista, y me parece que me dio el colgante —conjeturó, antes de caer en que, a esas alturas, probablemente estuviera muerto o convertido.

—¿Un colgante? —preguntó Tomás, antes de agitar la cabeza—. Una pista —repitió sin mucho entusiasmo.

Aquel recuerdo no solucionaba demasiado, no servía de nada ante el problema actual, pero ni su hermano ni Sergio lo mencionaron. Tampoco ella lo entendía bien. Sabía que la marca en la taquilla era para que recordase eso, el colgante, si es que era lo que contenía la caja, la había guiado hacia una identidad en concreto. Se había dejado pistas. Tenía que haber más. Lo único que sentía como acertado, era que esas pistas estaban unidas a los recuerdos. Algo a esperar si contaba con provocarse una amnesia. Se apretó los ojos con los dedos, empezaba a dolerle la cabeza y volvía el zumbido. Estaba segura de que si pensaba un poco más, hallaría la respuesta. Se detuvo, consciente de que si ella conseguía datos, también Diana. Dejó a un lado las conjeturas.

—Debería salir —dijo, retomando la conversación anterior, deseosa de hacer algo útil.

—No —descartó Tomás—. Los respiraderos…

—Se ha duplicado —protesto Sergio, con impaciencia. Señaló las cartucheras sin armas.

Alicia se cruzó de brazos.

—Ni siquiera es premeditado —murmuró a modo de disculpa.

Tomás soltó un quejido y la miró con fijeza, como si temiera que fuera a desvanecerse. Sintió los ojos de Sergio, decidió enfrentarlos y los esquivó con rapidez. Si su hermano se había molestado, él no se lo había tomado mejor. Ahora, solo esperaba que su copia mejorase las cosas. Se sintió inquieta. Quería ordenarse a sí misma darse prisa, despejar el camino y que pudieran salir de una vez de allí abajo, pero en realidad no se notaba diferente, dividida o incompleta. Lo único que faltaba eran sus armas. Ella seguía allí, entera. Si no se hubiera visto días atrás, cuando se duplicó en la entrada del edificio para hacer frente a la bestia, no se creería su habilidad.

Estaba allí, toda ella, y también toda ella estaba al otro lado de la puerta, armada. No era nada fácil asimilar algo así.

52— COMPRENDE

Apareció del otro lado de la puerta, en el pasillo, justo donde quería. Se hubiera sorprendido, o impresionado, de no ser por el hedor que la rodeó y que casi la tumba de espaldas. En el tramo visible no parecía haber nada inusual, a excepción de los dos seres. Uno se situaba en la esquina de la pared, cortando el paso a la centralita, el otro en el suelo en dirección opuesta. No se ocultaron, la saludaron con un siseo y mantuvieron la distancia. No iban a atacar, ella no les interesaba. Suponía que en cuanto entendieran que estaba allí para acabar con ellos serían menos tolerantes. Debía buscar la forma de no darles tiempo a revolverse. Los tenía a ambos a tiro, pero la pestilencia y el salto de lugar la mantenían un poco aturdida. Respiró por la boca, intentó no despistarse con detalles inútiles y se centró en su entorno. Era el mismo tramo, solo que la puerta del comedor estaba abierta, e imaginó que también la que comunicaba el pasillo de salida con la centralita. El olor que anegaba el lugar debía ser por la comida podrida y los cadáveres que dejaron junto al ascensor. Se llevó el dorso de la mano a la nariz en un vago intento por mejorar las cosas, pero pronto se limitó a acariciar la culata del arma enganchada en su cinturón. Su nariz se acostumbraría. Debía encargarse de los seres que la miraban, desconfiados.

Era como si le dijeran que si no se metía con ellos, ellos no se meterían con ella. Eso le preocupaba. ¿Por qué la consideración, por qué no la atacaban como al resto? La voz de la doctora se coló en su cabeza:

«Te gustan los animales. Eso está muy bien. Trabajarás con ellos, desde su recolección hasta su transformación. Y descuida, a ti jamás te harían daño»

Una imagen acompañó las palabras a modo de flash. Vio diez perros en jaulas individuales. Eran cachorros de raza indefinida, quizás fueran algún tipo de cruce, o ella no recordaba o no la reconocía. Se revolvían juguetones, no parecían tristes o preocupados por su destino. Sus manos, tan pequeñas que supo que eran las de Diana, se colaron por la trampilla de la última y acarició el pelaje canela y sedoso del perro retenido en ella.

Alicia notó cómo se le encogía el estómago al sentir lo mismo que Diana en ese momento, una pena y un dolor casi físico por las pruebas a las que serían sometidos los cachorros. En efecto, le gustaban los animales, lo suficiente como para sufrir por el destino de los diez perros. No tenía suficientes datos, no podía saberlo con certeza, pero

por lo que sentía, su némesis había hecho todo lo posible por evitar esos experimentos, y, cuando vio que era imposible eludirlos, por hacerlos más llevaderos para los animales.

De pronto no le pareció tan sencillo librarse de los seres. Su vínculo con Diana le permitía compartir muchas cosas, como el aprecio y la compasión hacia los, ahora, monstruos. Del mismo modo, ellos no la atacaban por ser quien era, por mucho que su instinto les indicara que poco tenía que ver con la mujer que los había cuidado durante su encierro.

Pero a su hermano, o a Sergio, sí los atacarían. Debía desechar esa empatía y matarlos. Como si intuyeran sus pensamientos, sisearon a modo de advertencia agitando sus lenguas. Desenfundó y les disparó sin tiempo a que se cabrearan lo bastante como para dejarse de miramientos. Ver sus cuerpos inertes no la dejó más tranquila. Le faltaba el que solo tenía media lengua.

Esquivó el cadáver que se cruzaba en el pasillo sin pensar en lo que una vez fue. Se pegó a la pared y se asomó de forma fugaz a la centralita para comprobar que aparentemente estaba desierta. No había rastro del tercero.

Tuvo una mala sensación en relación con los respiraderos. Le habría gustado regresar al quirófano para asegurarse de que Sergio y Tomás no tomaban ese camino, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, ni de cómo contactar con su duplicado para advertirlos. A punto de dar media vuelta, para avisarles ella misma, le pareció escuchar un ruido.

Respirando por la boca cruzó la zona principal con los ojos puestos en el acceso al ascensor. Como supuso, una de las hojas estaba abierta. El olor a muerte era insoportable, pero se asomó para buscar al que faltaba, encontrando solo la grotesca matanza. Apenas logró contener las nauseas. Vomitó y retrocedió asqueada, con los ojos llenos de lágrimas.

Mareada, apuró el paso para regresar al vestuario sin saber muy bien cómo se tomaría estar frente a un duplicado. A dos pasos de la puerta, esta se abrió de forma súbita y Sergio y Tomás salieron en tropel con sendos rostros crispados, que se tornaron en alivio al verla.

Con un par de lágrimas en sus mejillas, Tomás la abrazó mientras Sergio apoyaba la espalda contra la pared en un intento de normalizar su pulso.

No verse salir a si misma le dio mala espina.

—¿Estoy muerta? —preguntó más bien incrédula.

Tomás se rió con una nota histérica.

—Solo tu copia.

Sergio fue más concreto, aunque su voz sonó ausente.

—Tenías razón, los respiraderos no son seguros. Una de esas cosas, la de la lengua rajada, nos sorprendió y tú te interpusiste otra vez para que no se me echara encima. Tenía las uñas y los dientes preparados con lo que no pudo esquivarte, ni tú aguantarlo.

Alicia pensó que vomitaría de nuevo cuando la información de su duplicado, su vivencia, le llegó. La narración de Sergio resultaba mucho más suave que lo que verdaderamente sucedió.

—Vamos —pidió con un hilo de voz, deseosa de que le diera el aire, y se separó de Tomás, sin la menor curiosidad por saber cómo había quedado su cuerpo tras el ataque.

Apurados por el olor y sin pensar demasiado, atravesaron el pasillo, cruzaron la centralita y sortearon los cadáveres para emprender el ascenso por la escalinata del hueco del ascensor, con Tomás a la cabeza, Alicia a un paso de él y Sergio tras ellos.

Nada más asomar la cabeza entre el amasijo de hierros que conducía a la planta principal, Tomás maldijo y empezó a disparar. Taponaba el acceso, pero pronto salió a descubierto. En cuanto pudo ver el amplio espacio, Alicia hizo exactamente lo mismo.

Varios cadáveres merodeaban. Cuanto más próximos, más activos, aunque algunos tropezaron con los que ya habían sido derribados. Otro de los seres pelados atacó con su lengua desde el mostrador de recepción. Alicia lo abatió sin que llegara a alcanzarlos.

—¡Hay que ahorrar munición! —les advirtió Sergio en cuanto estuvo también fuera del agujero. En vez de disparar a uno de los cadáveres próximos, se acercó y lo golpeó con la culata alejándolo de él.

Alicia y Tomás lo imitaron mientras los cristales crujían bajo sus pies. En la salida a la calle, un bufido hizo que los tres encañonaran a un gato con claros signos de descomposición, en el instante en el que saltaba hacia Sergio. Él mismo destrozó la cabeza del felino, cuyo

cuerpo aterrizó a los pies de Tomás.

—Qué asco —dijo Tomás al ver los restos del, ya de por sí, maltrecho animal. Una arcada lo dejó un paso tras ellos, pero pronto les dio alcance para continuar la marcha en dirección al edificio de Sergio, entre más cadáveres y gatos rabiosos.

Alicia trotaba junto a ellos. En su avance, ignoraban las amenazas que no fueran a darles alcance inmediatamente. Al ver que pasaban de largo el edificio en el que estaba el ático, los siguió sin la menor idea de a dónde se dirigían. Le sorprendió que pusieran rumbo hacia el acceso del garaje por el que salió la última vez que estuvo en el piso.

En la rampa aminoraron el paso. Estaban a cubierto del exterior, pero no atisbaban demasiado del lóbrego subsuelo. Tal vez por sugestión, Alicia sintió un miedo inexplicable trepando por su columna. Todo parecía en calma e igual que cuando salió con el coche. Los mismos vehículos abandonados, el mismo silencio.

Sin dejar de escudriñar el espacio que se abría ante ellos, Tomás habló.

—Lo que buscabas en el laboratorio, tu plan, era conseguir el suero verde que te inyectaste y el rojo que te inocularon al cogerte.

Alicia se sorprendió. Se le antojó extraño que su hermano esperase hasta ese momento para compartir esa información, y también el tono expectante. No se le había ocurrido de pronto. Recordó la carta y asumió que quien la hubiera escrito quería que se lo dijera cuando ya no estuvieran en el laboratorio.

Tomás siguió hablando mientras su arma apuntaba al frente. El final de la rampa estaba muy cerca y pronto tendrían una mejor visión de todo el garaje. La calma reinaba, como la penumbra.

—Eso nos haría pasar el control.

Alicia sintió un estallido dentro de su cabeza y la apretó entre sus manos como si quisiera evitar que le reventara. Se había duplicado en algún momento, y la muerte de su copia le regaló lo último que capturó su retina. Ahogó un grito, soltó su cabeza y se palpó el cuerpo para comprobar que estaba ilesa.

Sergio y Tomás la miraron asustados. Le dijeron algo, pero en su cabeza solo había espacio para ese último recuerdo.

Había vuelto a la sala subterránea, inmensa, llena de desniveles y

mesas. Era el lugar que había sorteado por el travesaño de hormigón al salir de su celda, aunque estaba diferente. Y ella no estaba arriba, sino justo en el centro y a ras de suelo. Había mucho más movimiento, más bultos y objetos, como si en vez de un laboratorio fuese un almacén. En una especie de neveras grandes como contenedores, de puertas acristaladas, reconoció los viales rojos y verdes del compuesto que buscaba. También había mucha gente, probablemente la mayoría del personal, con esa mirada encolerizada. Se le echaron encima, ansiosos por matarla. Y vaya si lo consiguieron.

—¿Qué? —exclamó Tomás.

Alicia se concentró en el rostro de su hermano. Quería explicarse pero estaba segura de que, en cuanto despegase los labios, solo saldría un alarido de puro pánico. Y el dolor aún reverberaba en sus terminaciones nerviosas. Respiró como pudo, apretó los párpados, en algún momento se aferró a los brazos de su hermano que, en respuesta, la sujetaron a ella. En cuanto estuvo segura de que podía hablar con una mínima normalidad, compartió lo visto.

—Están en el laboratorio. Los viales y todo el personal que no hemos visto —susurró con un nudo en la garganta. No sería capaz de transmitir que habían despedazado su cuerpo y supo entonces quién era el autor de la carta: Juan. Y entendió por qué se lo habían dicho lejos del laboratorio. Si se le ocurría la brillante idea de ir en persona en lugar de desdoblarse, todo habría acabado para ella.

Sergio se revolvió ansioso, con los ojos puestos en las sombras del garaje, como si intuyera algo.

—Vamos —les pidió, cada vez más tenso.

Un ladrido amistoso escapó del interior y los tres localizaron a Zar, trotando hacia ellos alegremente.

53— ADVIERTE

—¡Diana! —alertó Alicia. Su instinto le decía a gritos que allí estaba su némesis. Había perdido de vista a Zar porque se había ido con su preferida, y supo entonces que ella era la artífice de la moto destrozada y la desaparición de la bolsa con las armas. Los había estado siguiendo. Ahora, se acababa el juego. Iba a hacer todo lo posible por acabar definitivamente con ellos.

Con el desagradable sonido del metal arrastrándose contra el cemento, un coche salió despedido desde su plaza hacia ellos. Lograron esquivarlo separándose y ocultándose tras las columnas más próximas a la rampa de bajada. Mucho más lejos de su hermano y de Sergio de lo que le gustaría, Alicia echó un vistazo, al amparo del grueso pilar gris, sin poder situar la amenaza entre las sombras en las que se sumía el aparcamiento.

La voz de Diana les llegó alta y clara.

—Mira que bien, tres por el precio de una —se burló desde algún lugar interno del garaje.

Alicia quiso hablar, decir algo amenazante, advertirle que no se saldría con la suya, parecía lo propio, pero sus labios permanecieron firmemente cerrados y sus ojos fueron de Sergio a Tomás, ambos ocultos tras la misma columna.

Parecían ilesos, sorprendidos y asustados, pero dispuestos a pelear por sus vidas. Alicia sintió cómo se le encogía el corazón ante la certeza de que ninguno era rival contra su némesis.

Por si aún albergaba dudas sobre lo mucho que estaba conectada con ella, Diana puso en palabras sus miedos.

—¿A cuál de ellos salvarás? Por mucho que Sergio sea algo personal, Tomás es tu hermano.

Tomás fue incapaz de contenerse.

—Ya basta, Diana. Sabes que no tienes ninguna posibilidad.

La carcajada de Diana fue sincera y hasta Alicia estuvo a punto de secundarla. Al parecer, solo ella se daba cuenta de que los que tenían menos posibilidades de éxito eran ellos.

—Siempre tan pagado de ti mismo, eres un imbécil —replicó

Diana.

Como si quisiera darle un escarmiento, los restos del vehículo que había chocado contra las columnas saltaron en todas direcciones cual metralla.

Ellos guardaron silencio, ninguno resultó herido, la única protesta la emitió Zar con un ladrido asustado. Alicia lo había perdido de vista, recordaba verlo trotar, pero debió resguardarse del ataque.

Volvió a centrarse en su hermano. Tenía las manos en alto, como si quisiera abarcar algo y expresión concentrada. A su alrededor, comenzó a formarse una corriente de aire cada vez más intensa.

—¡Estás muerta, zorra! —gritó Tomás.

Sergio intervino y Alicia dio por sentado que intentaba ganar tiempo para lo que fuera que tramara Tomás.

—Te han engañado, Diana, tú tampoco podrás dejar la ciudad, estamos en el mismo bando.

Alicia esperó otro ataque, consciente de que su némesis se molestaría por el simple hecho de escuchar su voz.

—¡Tú cállate! —ordenó Diana con fiereza, resentida—. Vosotros dos no sois nada, ¡no sois nadie! Simples marionetas nuestras —los desprestigió orgullosa, lanzando una moto que se estrelló contra la pared junto a la rampa de salida—. ¿No querías tu moto? ¡Ahí la tienes!

—¡Aguanto que mi hermana me tome el pelo, pero no que lo haga una niñata! —sentenció Tomás, dejando el amparo de la columna y adelantando los brazos en dirección al lúgubre interior.

Alicia se puso en guardia. Tomás estaba demasiado expuesto, pero antes de poder reaccionar, un aire huracanado arrasó el lugar llegando a volcar los coches y haciendo que escombros, cristales y trozos de metal se alzasen en remolinos en dirección opuesta a ellos.

Por lo que pudo percibir, Diana intentó hacerle frente. Detuvo los objetos despedidos contra ella y algunos regresaron de vuelta a ellos.

Tomás se resguardó de nuevo tras la columna, pero no pudo evitar que un cristal le hiciera un corte en el hombro.

Mientras los tres contemplaban horrorizados como el cemento se

poblaba de objetos, Diana rió con regocijo.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer?

Alicia sintió pánico. Su hermano se agarraba el brazo, la manga se le había oscurecido, brillaba, y la sangre se deslizaba por sus dedos hasta el suelo. Él intentaba contener el gesto de dolor, pero saltaba a la vista que no era una herida leve.

—¡Deja de esconderte! —gritó Diana con fiereza—¡No les sirvió de nada a tus protegidos ni te servirá a ti! Destrozaré este lugar como hice con el centro comercial. ¡Estoy harta de esperarte!

Alicia no pudo replicar. Un nuevo recuerdo amenazaba con atraparla. Por más que luchó contra él, la arrastró como hacía siempre.

RECUERDO 23: EVA

En un estrecho pasillo ante un portón metálico, el duplicado que había quedado en los laboratorios reventó de un disparo la fuerte cadena que mantenía cerrado el acceso a la calle lateral del edificio.

La claridad del amanecer la cegó durante unos segundos. Se recompuso rápido, fue consciente de las manchas de sangre que salpicaban sus vaqueros y su camiseta, y no pudo evitar el estremecimiento. Cogió aire y salió al exterior.

La calle presentaba el aspecto esperado, estaba desierta, y, al inicio, un utilitario y una furgoneta habían chocado.

Confiada, volvió a entrar para darle la mano al niño pequeño que esperaba en las sombras, apoyado en la pared. Al salir a la calle, el niño también entrecerró los ojos por la claridad. A él le costaría mucho más recuperar la vista. Por primera vez en su corta vida ponía un pie fuera del edificio.

Eva negó con la cabeza. Bajo la luz del sol parecía mucho más pequeño, demasiado delgado, pálido y ojeroso. Sabía que estaba agotado, lo había llevado en brazos casi todo el camino. Parecía recuperarse con rapidez, pero aún necesitaba algo de tiempo.

—Que poco me gusta la idea —murmuró Eva. Sus ojos fueron hacia el edificio que cerraba la calle, frente al de los laboratorios. El muchacho oculto en su interior también le preocupaba.

—No nos pasará nada —la tranquilizó el niño—. Y te aseguro que Elián no se moverá de ahí.

—Ya —masculló en nada de acuerdo con el plan, mientras se dirigían a la furgoneta.

El pequeño intentó animarla.

—Vendrás a por nosotros, yo también lo vi.

Eva tuvo que repetirse una vez más que así tenía que ser. Con todo, dejarlo encerrado tantas horas en el interior del vehículo la mortificaba.

—No tienes por qué hacerlo —insistió Eva, segura de que a él tampoco le entusiasmaba la idea.

El menor rió y se dio unos toques con el dedo índice en la sien.

—A mí no me hacen nada, ya lo has visto. Y desde aquí mi cabeza te alcanzará.

Eva suspiró mientras abría el portón trasero de la furgoneta. Tenía razón, pero era incapaz de asumir que era mucho más que un niño pequeño.

—De veras, Nico, para ser tan inteligente eres demasiado confiado —lo regañó con cariño.

La risa del menor reverberó en la estrecha vía y, sin previo aviso, se arrojó en brazos de su salvadora.

Estrechándolo con cariño, Eva le dio un beso en la frente y se separó.

—Recuerda: no me conoces, no me cuentes nada o ella lo sabrá —insistió, incapaz de cerrar la puerta y dejar ahí al chico.

Nico asintió despreocupado y arrugó la frente al ver su ropa.

—Tu hermano no debería verte así o no te dejará sola —aconsejó.

Tenía razón. Eva cerró los ojos, se concentró en su camiseta, sus vaqueros y su cazadora, y, en un segundo, las manchas de sangre eran una leve sombra apenas perceptible. No era gran cosa, pero sí lo mejor que podía hacer con las fuerzas mermadas. El duplicado traspuesto en la tienda 24 horas absorbía tanta energía como cuando estaba dividida en cuatro.

—Mejor —la felicitó—. Ahora vete, está a punto de aparecer —le dijo Nico agarrando el tirador y su mochila cargada de provisiones sin perder la sonrisa—. Confundiré a Diana y a Tomás, no podrán localizarte si tú no quieres.

Eva apretó los párpados en busca de fuerzas. Escuchó cómo la puerta se cerraba y abrió los ojos. El pequeño rostro enmarcado por el cristal trasero le sonrió emocionado, como si estuvieran inmersos en toda una aventura. Tal vez para él lo fuera, para ella, no. No podía seguir allí, era hora de despertar y Diana aparecería en cualquier momento. Tenía que llegar a los jardines delanteros para reunirse con su hermano como habían previsto.

Ya en la calle ancha, rodeada por el césped cuidado que empezaba a cubrirse con los restos destrozados de la ciudad, la súbita aparición de su hermano la sobresaltó. Aceptó el fraternal abrazo con ganas. Iba a matarla en cuanto se enterase de todo lo que estaba haciendo y había hecho a sus espaldas.

—¿Todo bien? —le preguntó Tomás.

Eva trató de ser lo más fiel a la verdad posible.

—Sí, solo me falta localizar a dos y se acabó. —En efecto, solo le quedaban Nico y Elián.

Tomás suspiró aliviado.

—Sí, a mí solo me queda uno. Solucionaremos esto…, si Sergio no te vuela la cabeza cuando te vea.

—Me mantendré lejos de él y, si nos cruzamos, seré rápida —bromeó.

A Tomás no le hizo demasiada gracia.

—Siempre puedes amenazarle con una muerte lenta y dolorosa.

—Lo tendré en cuenta —dijo Eva antes de darle un beso en la mejilla —. Venga, ya vale, tenemos que seguir.

Tomás le sonrió, tratando de mantener el tipo.

—Ten cuidado.

—Tú también —se despidió antes de que su hermano desapareciera.

Casi al tiempo, Eva cogió el móvil con manos temblorosas, agradecida porque aún funcionara la línea.

—Juan, todo listo. Te veo en el edificio de Sergio —dijo antes de

colgar, sin darle tiempo a empezar de nuevo con sus protestas.

Apurada, con el corazón a mil, se dirigió al edificio mientras le llegaba el sonido del tanque en la distancia.

Incapaz de quedarse parada, se puso a caminar de un lado a otro hasta que reconoció el vehículo adaptado abriéndose paso por la calle, mientras dejaba a un lado cualquier obstáculo posible.

En cuanto se detuvo, Juan saltó de la cabina lanzándole una mirada temerosa que la hizo poner los ojos en blanco.

—Vaya, que rápido —lo felicitó.

El joven se pasó las manos por el rostro plantándose ante ella.

—No me jodas, tengo a Raquel en el ático. Está velando a Sergio que no da despertado. No saber dónde está Marcos la está matando.

Lo sentía por Raquel, aunque no demasiado. Todos lo estaban pasando mal. Eva sacó el revólver que llevaba enganchado en la cintura de los pantalones y se lo tendió a Juan.

—Cierto, es hora de que todos despertemos —dijo, nerviosa. El menor error de cálculo sería el fin para todos.

Juan contempló el revólver como si estuviera a punto de morderle.

—¿Qué? —exclamó reacio— ¡Vuélate los sesos tu misma!

Paciente, Eva fingió sorpresa.

—¿No viste esto? Anda, estás deseando pegarme un tiro. Con lo que me han hecho no tengo control para hacer desaparecer mis copias de otra forma, y voy a necesitar todo lo que soy para el amanecer que me espera.

Sin dejar de insultarla e insultarse, Juan cogió el arma.

—Espero no seguir con ganas cuando nos encontremos más tarde —protestó, viéndola encaminarse hacia la conserjería para que nadie pudiera encontrar su cuerpo al entrar o salir, en caso de que este tardara en desaparecer.

Ella sacó la caja de joyería y la sostuvo en la mano.

—Tendrás que encargarte tú —suspiró, mientras los nervios empezaban a asaltarla.

—Lo sé. Te odio.

Juan la apuntó, pero necesitó cerrar los ojos para apretar el gatillo.

54— ARRASTRA

El ruido sordo del disparo la sacó del trance, devolviéndola al garaje.

La columna tras la que Tomás y Sergio se habían ocultado había cedido al golpe de otro coche. Al no verlos, se temió lo peor, hasta que los localizó tras el siguiente pilar. Su hermano estaba pálido, tal vez por la falta de sangre, y Sergio parecía exhausto. Dio por sentado que durante su ausencia había atacado con una de sus descargas. Ninguno de los dos podría seguir defendiéndose mucho más tiempo.

—De lo que se entera una —se burló Diana—. Muy lista. El mocoso me mantuvo anulada, confundida, pero con todo te cogí. Supongo que murió en el centro comercial, o seguiría protegiéndote.

Se negó a creer que Nico había muerto. No podía enfrentarse a esa idea. Sus ojos se encontraron con los de Sergio. Mostraban incomprensión y no podía ser de otra forma. Diana hacía referencia al recuerdo y solo ellas parecían conocer los detalles. Se fijó en Tomás, pero este parecía demasiado afectado por sus heridas para pensar en algo o atar cabos.

—Está siendo tan sencillo que hasta me da pena —reconoció Diana con aire aburrido.

Alicia recordó cómo se había enfrentado a ella en el ático, necesitaba llevarla a su terreno, aunque no tenía la menor idea de cuál era. ¿Cómo iba a librarse de su némesis? Ni siquiera se duplicaba a su antojo, ni tenía una condición útil, que ella supiera, que le permitiera sacarse un as de la manga y resolver el enfrentamiento con éxito. El desánimo quiso invadirla. Tenía que haber algo. Por los retazos vistos el plan era minucioso. A su mente volvió lo que Nico había dicho en el callejón, que él también había visto que iría a por él y a por Elián. El poder de Juan eran esas extrañas visiones, veía lo que había que hacer para alcanzar un fin. Quizá por pesimismo, se preguntó si no se habría equivocado en algún punto, si algo de lo que hizo, o de lo que no hizo, había mandado al traste sus intenciones. Lo importante no lo tenía, no había ni rastro del suero que les permitiría dejar la ciudad y carecía por completo de armas contra Diana. Tal vez por empecinamiento, su mente le gritó que no se rindiera. Que sí había un modo de librarse de ella, y lo tenía ante sus narices. Era como tener algo en la punta de la lengua. Necesitaba ganar tiempo y creía saber cómo hacerlo.

—¿Sencillo? —repitió Alicia escéptica y cargando su voz de

seguridad—. ¿Acaso has hecho algo aparte de dar vueltas?

—¡Te escondiste como una rata en los laboratorios! —se defendió Diana.

Alicia sintió algo y se revolvió incómoda. Ahí estaba la clave, los laboratorios, estaba segura.

—¿Tenías miedo? —preguntó maliciosa tratando de sonsacarle.

El grito de Sergio captó su atención.

—¡Cuidado, Ali! —exclamó al ver que otro coche se estrellaba contra la columna que la protegía.

Se cubrió la cabeza con los brazos. El cemento se desconchó y pequeños trozos se enredaron en sus rizos. El pilar se mantuvo, pero no tardaría en sucumbir a los ataques. Los restos del coche la rodearon, brillantes por el aceite y el combustible, sumándose a los de los anteriores vehículos, para formar una alfombra de despojos, cuyo olor ácido le revolvía el estómago.

—Sí. Cuidado, Ali —replicó Diana molesta—. No tenía miedo sino cabeza. La parte mala de ser tu némesis es que también me veo expuesta al personal de Zeva, que no sé porqué no te han matado aún de tanto ir a buscarlos. Pero mejor, así el placer será solo mío.

Por la claridad con la que la oyó, supo que la tenía cada vez más cerca. Se aproximaba a ellos. Les daría caza. El dogo gimió desde algún lugar del aparcamiento. Parecía herido. Estaba segura de que Diana tampoco lo pasaría por alto. Sintió su preocupación, su miedo. Si Zar moría, ellos serían los siguientes. Su némesis reaccionaría con toda su furia ante la perdida. Sintió una punzada de culpa y no supo si era una emoción de Diana al ser la posible artífice del daño, o suya al querer aprovecharse de ese momento. Si en algo estaban de acuerdo era en que tendrían que haberlo resguardado lejos de la pelea, pero el lamento del animal le concedía unos segundos en los que un plan tomó forma ante la oportunidad perfecta. Debía actuar deprisa, pero se sintió paralizada. El único modo de acabar con su némesis la exponía también a ella. No era rival para Diana, pero sabía que el personal del laboratorio era una amenaza fuerte, sobre todo en grupo. Un solo vistazo a Sergio y a Tomás le bastó para decidirse.

—Muy bien, Diana —aceptó, dejando su escondite para salir a su encuentro. Movió los ojos con rapidez para situarla, guardándose de esquivar su mirada. La tenía solo a un par de pasos. Era tan menuda

como en su recuerdo, aunque algo había cambiado en su expresión. Resultaba dura, fiera. No buscó más detalles, la amenaza de sus ojos seguía bien presente.

—¡No! —exclamó Sergio, dejando también su posición.

Alicia se movió por puro instinto y disparó a Diana. Como esperaba, Diana detuvo la bala en el aire y la dirigió hacia Sergio. Ella, se duplicó al instante.

Al tiempo que su duplicado se interponía en la trayectoria de la bala, ella se echó contra Diana para arrastrarla a los laboratorios como había hecho días antes con Sergio.

El gesto de desconcierto de Diana se volvió puro pánico al ver que abandonaban el garaje, para aparecer de pronto sobre un pilar de hormigón a varios metros de altura. Estaban sobre el laboratorio en el que almacenaban los viales, repleto del personal del Zeva, que se agitaron al verlas sobre ellos.

Alicia notó como aquel arrastre y el empeño por aparecer en un lugar concreto minaban sus fuerzas. Que el duplicado del garaje muriera del disparo le concedió un poco de energía. Era importante aprovecharla. Estaba demasiado cerca de conseguir librarse de Diana como para desmayarse. El plan era caer con ella, pero volver a duplicarse y aparecer a cubierto. A su pesar, no se sentía con fuerzas para regresar al garaje, sabía que no lo lograría. Quizá si tuviera más tiempo…, pero tampoco podía limitarse a empujarla al no conocer todas las habilidades de Diana, su némesis podría escabullirse. No se arriesgaría a que sobreviviera. No tenía alternativas. Pensó en su hermano y en Sergio. También en Marcos, en Elián y en Nico. Los pocos rostros que recordaba pasaron por su mente, como el de Teresa o el de Juan. No quería morir, pero tampoco podía fallarles. Parecía un final adecuado a una vida de engaños e infelicidad. Un nuevo sacrificio, del que tampoco podía escapar. Ni siquiera había logrado que escapasen ellos, no tenían los viales. El pesimismo debería facilitarle las cosas. Sin embargo, quería seguir luchando. Que no pudiera hacerlo era más frustrante que doloroso. Solo le quedó un argumento: de encontrar alguna salida, sin Diana podrían escapar. Con ella dándoles caza, su muerte era segura.

A un paso de perder el equilibrio, Alicia sonrió con decisión.

—Te dije que te arrepentirías —siseó sin mirarla a la cara, abrazándose a su némesis para que no se escabullera, mientras ambas caían directas hacia una muerte segura.

55— DESPEDIDA

Sergio tenía la mirada fija en el punto en el que Diana y Alicia desaparecieron. Estaba seguro de que en cualquier momento ella volvería, aparecería tal y como se había ido. Luciría una sonrisa, cansada tras la tensión y el miedo, pero optimista. Se habría librado de Diana y seguro que ya recordaba dónde había dejado el suero. Saldrían de esa y lo primero que haría sería besarla. No lo había hecho lo suficiente.

En su regazo, descansaba el cadáver del duplicado. No podía contemplar su rostro sin vida, pero sí sentía la sangre empapar sus pantalones.

¿Por qué tardaba tanto?, se preguntó. Ya debería haber vuelto. Contempló la posibilidad de que apareciera en otra parte. No controlaba sus habilidades, aunque la hazaña que acababa de presenciar aseguraba que empezaba a hacerlo. Tal vez estuviera esperándolos en el piso, o en el lugar en el que se habían refugiado los otros supervivientes.

Por primera vez, fue consciente de Tomás. Lo había olvidado. Empezaba a marearse y una voz maliciosa se empeñaba en hacerse oír, insistente, diciéndole que ella no volvería.

Otra voz, la de Tomás, irrumpió en su cabeza con un lamento lánguido y constante. Las palabras le resultaron tan familiares que se le erizó el vello de todo el cuerpo. Era lo mismo que se repetía él.

—No está muerta. No, no lo está. Era parte del plan. Aparecerá en cualquier momento…

Sergio aferró el cuerpo sin vida de Alicia, sin ser del todo consciente. Lo que él pensaba, puesto en boca de su antiguo amigo, consiguió que la realidad empezara a mostrarse.

Se fijó en él. Su rostro macilento y la sangre que formaba un charco bajo su mano lo previno de que necesitaba atención médica urgente. Le sobrecogió su mirada, fija en el pilar tras el que había estado oculta Alicia.

—Vuelve —lo oyó susurrar a modo de ruego.

Quiso unirse a la suplica, pero el miedo le atenazaba la garganta. ¿Y si no volvía?

Algo se arrastraba hacia ellos. El movimiento torpe capturó la atención de Sergio y se temió vérselas con uno de los seres. Ni él ni Tomás podrían enfrentarlo. Una chispa de rencor le quemó las entrañas. Alicia debería estar allí, tenían que irse, ponerse a cubierto, antes de que fuera demasiado tarde.

No tardó en reconocer al dogo y el corazón se le encogió. Zar tenía un aspecto terrible. Se arrastraba porque sus patas no eran capaces de sostener el peso de su musculoso cuerpo. En el costado, la sangre formaba una flor de mal agüero. La herida era grande, y dejaba intuir estragos internos. Al verlo más cerca, a un paso de alcanzarlo, vio sangre entre sus dientes y en las aletas de la nariz. Sintió dolor al encontrarse con una mirada carente de toda esperanza.

Extendió su mano, quería reconfortarlo aunque no sabía cómo. Lo recordó de cachorro, corriendo entre él y Alicia. Discutía con él, le reñía como si fuera un niño cuando el piso se le quedaba pequeño y se ensañaba con el mobiliario. Durante un tiempo salían todas las mañanas a primera hora. Juntos, iban hasta el gran parque y, como premio por la caminata, se tomaban algo en una de las terrazas. Él un café, Zar un cuenco con agua que el camarero le preparaba, y alguna chuchería que él llevaba encima.

Compartieron muchas cosas hasta que Alicia se fue. Entonces, sin poder evitarlo, lo que los unía se desvaneció hasta extinguirse. Como ironía, lo mejor que le había pasado al animal fue que Diana entrara en su vida.

Como si entendiera lo que pasaba por su cabeza, Zar pegó su inmensa cabeza al pecho de Sergio, sobre su corazón. Con la mano que no sostenía a Alicia, Sergio lo abrazó con cuidado de no lastimarlo.

—Lo siento —lamentó, por haberlo descuidado y por la inminente muerte.

Sintió su quejido, frágil, apenas audible, y con horror notó cómo lo único que mantenía la cabeza en alto era su brazo.

Zar había muerto. Como Alicia. Las lágrimas empaparon su rostro.

Volvió a escuchar los murmullos de Tomás. Debía hacer algo si no quería tener un cadáver más entre manos, pero se veía incapaz de soltar los cuerpos.

Le pareció oír ruidos en el exterior, fuertes y continuos, como si un gigante estuviera masticando los escombros. El sonido iba en aumento, lo que fuera que lo originase se acercaba. En un alarde de lucidez, supo que se trataba del tanque. En cuanto Juan bajase del vehículo, lo mataría. La esperanza lo asaltó ante la idea de que el conductor del tanque fuera Alicia. ¿Cómo sino iban a saber dónde encontrarlos? La nota decía que cogieran un vehículo para llegar lo antes posible a la parte alta de la ciudad. Decidió, junto con Tomás, ir a aquel garaje, no fue algo impuesto…

La sospecha de que el sitio no fuera una casualidad lo dejó sin ilusiones. No sería tan descabellado que Tomás conociera los riesgos de parar en ese aparcamiento, que fuera eso lo que pretendía desde el primer momento, al estar al tanto del plan. Trató de recordar su reacción al descubrir que Diana los esperaba allí. Fue inútil, Sergio había estado demasiado concentrado en los acontecimientos como para fijarse en su antiguo amigo.

Se sintió exhausto más allá de lo físico. El juego que se traían era demasiado para él. Ya no se trataba de cuánto lo engañaran, de que lo dejaran al margen. Era un problema mucho más personal: ¿Cuántas veces tenía que perderla? Natalia murió, Alicia se fue, y ahora esto. Era más de lo que podía soportar.

Al detenerse en el acceso al aparcamiento, el tanque ocultó parte de la claridad sumiendo la zona en la que estaban en las mismas sombras que se adueñaban del interior. Varios pasos a la carrera resonaron por la rampa. Sergio se imagino a Juan esquivando los escombros para darles alcance. Cada músculo se le puso en tensión, no veía la hora de arremeter contra él.

En cierta forma, no le sorprendió que la que se acercara hasta donde estaba sentado fuera Raquel.

—¿Y Juan? —preguntó con una amenaza impresa en su tono.

Raquel pareció no escucharlo. Sus ojos fueron del cadáver del perro al de Alicia. Ni siquiera la escasa luz impidió ver que palidecía.

—No… no vino —susurró, apartando la vista de los cuerpos—. Tenemos que irnos.

—¿Está viva? —le preguntó de forma directa, sin intención de moverse.

Raquel asintió, preocupada y temerosa de que la emprendiera con

ella.

—Y tu hermano ha despertado.

RECUERDO 21: EVA

Eva cogió aire. Cómo deseaba dejar de una vez el edificio de los laboratorios. En los vestuarios de la tercera planta, consultó el reloj. Todo iba según lo previsto. Ataría los últimos cabos y sacaría a Nico de allí.

La parte enviada al ático de Sergio para el encuentro con Diana la debilitaba, y del mismo modo lo hacía lo que se había inyectado, pero era cuestión de tiempo que el malestar remitiera. En cuanto comprobó que el pasillo estaba despejado, puso el móvil a buen recaudo, salió, y empezó a subir las escaleras que unían las plantas, mientras el mensaje grabado se repetía una y otra vez, ensordecedor.

«Que todo el personal se dirija al nivel inferior»

Ascendió hasta la última planta sin cruzarse con nadie. Sabía que los pocos que aún no estaban abajo emplearían el ascensor. En uno de los tramos de escaleras, se mareó. Un nuevo duplicado había ido a parar a la tienda 24 horas para detener a Marcos. Solo cuando el duplicado que estaba en el piso de Sergio con Diana murió, logró recuperarse para seguir su camino, una vez superó el pánico que le trajeron sus recuerdos.

Llegó casi sin resuello, pero no tenía tiempo de descansar. En la recta final todo dependía de sus topos. Rezó porque ninguno le fallara.

Junto a la escalera se encontraba un extintor. Con manos temblorosas palpó la parte trasera hasta dar con la automática sujeta a él. No pudo evitar que se le escapara un suspiro de alivio. Con renovadas fuerzas, avanzó por el pasillo. Todas las puertas estaban cerradas y no se oía otra cosa que la grabación.

«Que todo el personal se dirija al nivel inferior»

Al pie de las escaleras que conducían a la azotea vio dos vigilantes. Uno yacía en el suelo, supuso que muerto. El que quedaba en pie levantó el visor tintado. Sus ojos castaños rodeados por las arrugas propias de la edad le hicieron un guiño. Pese al gesto despreocupado, Eva no pasó por alto la tristeza que el hombre transmitía. Su nombre era Roberto. Su familia, si sobrevivía a esa noche, no volvería a verlo nunca.

En silencio, se colocaron a cada lado de la puerta. Roberto giró la manilla y, en cuanto entornó la puerta, les llegó el inconfundible sonido de las aspas de un helicóptero que se preparaba para el despegue.

Eva siguió las indicaciones de Roberto y, oculta tras su cuerpo, lo dejó salir primero para que nadie sospechara.

Una docena de soldados armados rodeaban el helicóptero en el que ya estaban sentados los principales científicos del laboratorio. Solo faltaba uno: la Doctora Ramírez. A su lado, Adrián sostenía su mano para ayudarla a subir, mientras ella ponía el pie en el interior.

Todo sucedió muy rápido. En cuanto Adrián los vio aparecer por la puerta, soltó la mano de la mujer, desenfundó su arma y de un disparo a

quemarropa la mató.

El revuelo y la agitación de los científicos pusieron en alerta al piloto. El helicóptero despegó a trompicones y los agentes abatieron a Adrián, por mucho que Eva y Roberto intentasen impedirlo con disparos certeros.

Tras acabar con todos los agentes, Roberto hizo gala de una puntería asombrosa al disparar a la cabina del helicóptero y acertar al piloto, cuando este sobrevolaba la calle lateral.

El helicóptero se precipitó hacia otro de los edificios antes de estrellarse contra el suelo de la estrecha calle, sepultando entre un amasijo de hierros a los científicos. A la explosión del aparato se le sumó el estallido de los cristales de la fachada, ventanas y puertas en los pisos más bajos del edificio.

Sobrecogidos por el estruendo, Eva y Roberto se cubrieron los oídos, pero no fue suficiente. Desde ese momento un incesante y molesto pitido se instaló en sus tímpanos. En cuanto se recuperaron un poco, se asomaron desde la azotea. El calor de las llamas los obligó a retirarse sin poder ver demasiado.

—Buen tiro, Roberto —felicitó Eva.

El agente se deshizo del casco y lo lanzó sobre los restos del helicóptero.

—Que se jodan. Esos cabrones nos hicieron ponernos el uniforme de gala, como si fuéramos a hacer una gran labor —murmuró entre dientes antes de escupir al vacío.

Eva no supo qué decir. Su mirada fue hasta el cuerpo inerte de Adrián. Con el casco puesto no podía ver su rostro y lo prefirió. Se agachó junto a él y rebuscó en los bolsillos de su pantalón, hasta dar con la caja de joyería. Sus manos se empaparon con su sangre. Comenzaron a temblarle y sintió unas ganas inmensas de llorar. Cogió aire y se puso en pie mientras guardaba el paquete en su ropa. En silencio, le dio las gracias.

Roberto se giró hacia ella.

—¿Y ahora qué? ¿Cuánto tiempo tengo antes de volverme loco?

—No lo sé —respondió Eva sincera, aunque sabía que no mucho.

Roberto asintió.

—Si no soy un peligro te acompaño a por el crío y a por esa mierda del suero. Me vas a necesitar allí abajo.

En la calle se sucedieron los gritos, próximos y lejanos. Ambos supieron que no tenían nada que ver con el accidente del helicóptero. Las primeras amenazas ya estaban sueltas para hacer suya la ciudad.

—Sí, vamos. Aquí fuera no estaremos mucho más seguros hasta que amanezca —comentó apurando el paso, temerosa de lo que pudiera asaltarlos y también del agente que iba tras ella—. Será solo a por Nico, lo otro ya está a buen recaudo.

56— ASIMILA

Alicia se despertó en una habitación desconocida. Se sobresaltó, agitada por el recuerdo que le había devuelto, una vez más, ese molesto pitido en los oídos. Estaba sobre una mullida cama. A su derecha, lo que parecía la puerta de entrada, y otra, abierta, que conducía a un enorme vestidor. La decoración era sencilla, estanterías y cajoneras sin florituras, todo muy ordenado. La luz del día se colaba por el amplio ventanal a su izquierda. Un estor verde le impidió ver qué había fuera. También a esa mano, sentado en una silla y con los pies apoyados en el borde de la cama, Elián le mostró su sonrisa más radiante.

—Tía, eres mi héroe, bueno, heroína.

Alicia lo miró aturdida, incapaz de expresarse. No sabía cómo había acabado allí, lo último que recordaba era caer junto a Diana. Volvió a observar la habitación, que ni siquiera le provocaba una vaga sensación de familiaridad. Sobre una de las cajoneras, vio una foto en la que ella aparecía a las puertas de un centro comercial, cargada de bolsas, con un acompañante muy atractivo que sonreía a su lado.

—Carlos —lo reconoció, felicitándose por haberse duplicado en un hombre así.

Elián sonrió malicioso.

—Eso fue lo más.

—¿Dónde estoy? —preguntó Alicia.

—En tu casa —respondió Elián como si fuera evidente—. El edificio entero es solo para vivos. Cristales blindados, puertas de acero, viviendas de lujo.

Incorporándose hasta sentarse, se dio cuenta de que alguien le había cambiado la ropa. El uniforme de seguridad era historia y lo agradeció. El pantalón y la camiseta de algodón le quedaban lo bastante bien como para asumir que era su propia ropa, sacada de aquel enorme vestidor.

—¿No se supone que tú estás muerto?

Elián soltó una carcajada.

—Colega, soy tan importante como tú —dijo con chulería—. ¿Recuerdas el rollo ese de curarte? Pues resultó que al unir nuestras

sangres pillé esa cosa tuya para curar a la peña, por si a ti te liquidaban, aunque yo siempre aposté a que ganarías. Después de la caída y de la paliza, era de estúpidos no verlo. Como Juan, él ve el futuro y aun así no lo tenía claro. Es un pringado.

—¿Estáis todos bien? ¿Diana no…? —preguntó confusa, sin la menor idea de quienes eran todos.

Elián asintió orgulloso.

—Fuimos de farol, también contabais con eso. Nico dejó de confundirla para que echara el centro comercial abajo, pero ya nos habíamos venido a tu piso a gorronear.

Alicia volvió a mirar la foto.

—Apuesto a que sí —murmuró, consciente de que en ese momento no había estado satisfaciendo su lado más vanidoso, sino atrincherándose para lo que venía—. Tomás estaba herido —recordó preocupada.

—Un rasguño —descartó Elián para tranquilizarla—. Tu hermano también es la caña. Casi le arranca la cabeza a Juan. Hace días se plantó en el centro comercial cabreadísimo porque no te encontraba, y Juan se lo tuvo que largar todo por las buenas, o se lo sacaba por las malas.

Alicia se sintió ofendida. Ni se le pasó por la cabeza que su hermano pudiera conocer el plan.

—¿Y Sergio?

Elián silbó impresionado.

—Buf, él si está muy, muy cabreado… porque él cayó como un pardillo… aunque bueno, tú no estás más espabilada.

—Creí que a Marcos le había pasado algo —protestó Alicia, al recordar como Sergio se había distanciado tras la carta que no pudo leer.

Elián se encogió de hombros.

—Él está mejor, aunque también tiene lagunas por el golpe que le diste. Y no de mejor humor, porque creo que su siesta también fue cosa de Nico. Lo neutralizaron para que no fuera a por Sergio.

—Ah —articuló, sin saber que otra cosa decir. Era de esperar que

si descubría los peligros que corría su hermano, no se quedaría en el refugio por mucho que Juan lo obligara.

—¿Alguien más que deba preocuparme? —preguntó desanimada. Si como Eva no le tenían mucho cariño, después de conocer el enrevesado plan la detestarían el doble.

—No te creas. Me da que lo están flipando demasiado como para seguir de morros contigo —respondió, poniéndose en pie.

Alicia sintió miedo al intuir su marcha, segura de que el chico iba a avisar a los demás. No estaba preparada para encarar a nadie.

—¿Adónde vas?

Elián rio divertido por la nota de pánico.

—¿Vas a asustarte ahora? Los has dejado flipando… —Frunció el ceño—. No te tenían mucho cariño, la mayoría. Me dijeron que avisara si abrías el ojo y tal y como se ponen cuando se cruzan no pienso llevarles la contraria.

Alicia sintió un sudor frío.

—Mándame a mi hermano, por favor.

Elián chasqueó la lengua.

—Tu hermano es el que menos va a correr para entrar aquí —aseguró, dejando claro que poco iba a poder hacer él.

No le extrañó nada que el primero en entrar fuera Sergio, pero sí que lo siguieran Juan y Tomás. Ninguno de los tres tenía buen aspecto. Las ojeras estaban presentes en sus rostros, pero quizá fuese Juan el de aspecto más agotado. Mirar desde la barrera, sin poder intervenir y sin saber cómo iban las cosas, debió ser duro.

Bajo la mirada de los tres, Alicia se encogió en la cama y encaró a Juan que permanecía mortalmente serio a la entrada del vestidor.

—He recordado algo más —comentó por si eso calmaba los ánimos.

Juan entrecerró los ojos y Alicia tuvo claro que él no era mucho más inofensivo que los otros dos.

—Si no me alegrara de verte viva te partiría la cara. Te pasaste por el forro la última parte del plan.

En un pésimo intento por justificarse, lo rebatió.

—Yo… no recordaba el plan, no podría seguirlo aunque…

Juan pareció aún más molesto y la señaló con el dedo de forma acusadora.

—Tenías que inyectarle a Diana el suero inhibido y traerla para que nos dijera como conseguir más.

Alicia lo miró confusa. La idea no le tuvo ningún sentido. ¿Acaso no le habían dicho que ella no tenía lo que tanto necesitaban?

—¿Cómo iba a hacer eso si no tenía el suero?

Juan siguió señalándola crispado.

—Ese es el problema, de esto te avisé. Mis visiones no son exactas y ahora, aunque estamos vivos, no nos podemos largar y la última unidad de rescate llega mañana. Nico no puede posponerlo más.

Alicia bajó la mirada y asumió su culpa.

Tomás ejerció de conciliador, hablándole con cariño.

—¿Qué más recordaste? ¿Era sobre esto?

Alicia le agradeció el gesto, pero no se animó.

—Sí, pero no sirve de nada. Supongo que puse los sueros a buen recaudo, no en el laboratorio, pero no recuerdo el lugar —se regañó a sí misma, antes de relatar el último recuerdo. Pasó por la muerte de la doctora sin mucho entusiasmo, y consiguió ensombrecer aún más las facciones de Juan.

—Eso tampoco estaba en el plan. Ni cargarte al médico. Eso lo cambió todo —le echó en cara Juan, con los puños apretados.

—Casi todo —advirtió Sergio, lanzándole una mirada a Juan que lo invitaba a relajar el tono.

Juan intentó serenarse, sin mucho éxito. Con desanimo se pasó las manos por el rostro y resopló, agobiado.

—Lo siento. Lo he pasado fatal, ¿vale? Llevo una eternidad pasándolo mal con todo esto —confesó antes de sentarse junto a Alicia, en el borde de la cama, para explicarle lo que aún no conocía.

—No sé ni por dónde empezar, me han comentado lo que recuerdas, pero te pondré en situación.

Alicia se limitó a asentir. Notaba los ojos de Sergio fijos en ella y se estremeció. Acababa de defenderla, parecía una defensa ante Juan, pero no estaba segura.

—Sergio había sido secuestrado, era un cebo, Teresa te avisó de que estaban perdiendo la paciencia y que Diana era un peligro por lo que le habían hecho. Entonces, me sentaste en una silla, me contaste quien eras realmente y qué podías hacer. Yo… puedo ver los efectos de algo, trozos del futuro al plantearme una meta. Es complejo. —Descansó los brazos en las rodillas, encorvado y cabizbajo, mientras buscaba el mejor modo de definir su habilidad.

Alicia sintió lastima por él. No le cabía la menor duda de que Juan había pasado un momento horrible. Ella lo había puesto en una posición difícil, obligándolo a mantener ocultas sus intenciones. No entendía el porqué de su secretismo, el no haber hecho participe ni siquiera a Tomás, pero no preguntó. Al parecer, su cómplice estaba deseando sacar fuera todo lo que se había visto obligado a guardar.

—Lo que yo hago funciona en modo causa y efecto. Pienso en un desenlace y busco acciones alternativas, hasta conseguir el resultado que quiero. Veo lo que se debe hacer para llegar a un objetivo. Es decir, si hago esto pasa esto, si hago lo otro pasa aquello. Necesitamos muchísimas acciones alternativas para nuestro plan. Trabajamos el modo de sacar a Sergio y, de paso, lanzar un ataque contra Zeva. Todo entre alternativas que implicaron verdaderos quebraderos de cabeza. Visión a visión, detalle a detalle, encontramos la posibilidad de hacernos con los documentos. Esa era la parte fácil, controlada, aunque la más mínima variable sobre la visión, girar a la izquierda en vez de a la derecha, trastocaría los efectos siguientes.

De soslayo, Alicia vio que Sergio se revolvía incómodo y cruzaba los brazos a la defensiva. Ante lo que estaba escuchando e iba a escuchar, ocupó la silla que Elián había dejado libre. No se atrevió a mirarlo de forma directa, desconocía cómo de resentido estaba con ella, pero debía ser bastante. La exposición de Juan parecía una burla, sobre todo hacia él. Lo dejaron al margen, lo usaron de cebo, lo engañaron y jugaron con sus sentimientos una y mil veces. En su lugar, no sabía si podría perdonar tantas ofensas.

Casi se sobresaltó cuando Juan volvió a hablar.

—Sabíamos que los de Zeva iban a cabrearse y que usarían a

Diana. Si te cogían, nos daría algo de tiempo para atrincherarnos y la posibilidad de hacernos con la cura para Sergio, que resultó ser tu sangre, tras las pruebas a las que sometieron tu cuerpo.

Alicia tuvo que interrumpirlo. Alzó las manos a riesgo de caldear más los ánimos.

—No lo entiendo. De verdad que no entiendo tu habilidad, ni el plan. Sergio se curó porque me pegó un tiro.

Juan la miró con determinación.

—Y así, lo curaste.

Alicia parpadeó incrédula. Tenía que haber escuchado mal.

—¿Estaba en el plan que lo curase porque iba a matarme?

Juan resopló impaciente.

—No, en realidad tenías que cabrearlo para que te matase. Eras Eva, él te odiaba, ¿recuerdas? No se fiaba de ti ni un poco. ¿Crees que iba a dejar que le hicieras una transfusión?

El silencio se instaló con ellos. Ninguno negó ni confirmó nada. Juan se pasó las manos por el pelo varias veces, nervioso, como si buscara otra forma de ser más claro.

—Vale —dijo de pronto, dando una palmada que los desconcertó —. En cuanto supimos de tu conexión con Diana, era necesario convertirte en un autómata. Es decir, tenías que hacer las cosas sin pensar, o ella se te adelantaría. Complicado, mucho. Solos, hubiera sido imposible enfrentarnos a los laboratorios y a ella. Entre Teresa, Nico, tú y yo, nos organizamos. Pasé mucho tiempo pensando, hasta hallar los caminos a seguir. El niño se metería en tu cabeza y en la de los que fuera necesario.

Alicia recordó que Juan había comentado algo de que el pequeño estaba posponiendo la llegada de los únicos que podrían sacarlos de allí. Se preguntó si estaría en la cabeza de algún operario, de a saber dónde, impidiéndole dar por zanjada la operación de rescate. Otra duda que debía esperar a ser resuelta, Juan había cogido carrerilla.

—Te cogerían y tu huida haría que saltasen todas las alarmas, pero no planeamos lo de los médicos. Nico me contó esa parte, porque en cierta forma lo tramaste con él y con Teresa. Él hace algo similar a lo que yo hago, y fue él quien planeó contigo, y con los de seguridad,

ir a por la doctora, aunque también dice que no descuidaste tu tarea porque el suero lo cogiste.

Alicia se sintió superada, no tenía la menor idea de lo que le hablaba salvo pedazos.

Juan continuó. Movía la pierna inquieto y había empezado a morderse la uña del pulgar.

—La idea siempre fue que prevaleciera la Alicia del 24 horas. De tus duplicados de última hora, una era para tantear a Diana y sondearla, la otra para hacerse con el suero. Y ahí empezaba el juego, porque no recordarías nada y era justo lo que necesitábamos. En ese primer momento debías ir sola, sin interferencias como Tomás, o como Sergio. Él no sería un problema, pero tu hermano sí. Se suponía que ambos, cada uno por su lado, teníais que ir a por los supervivientes localizados, él no se lo tragaría durante demasiado tiempo. Nico se encargó de que ni él te viera a ti, ni tú a él aunque estuvierais en la misma calle, al menos durante un tiempo. Vimos que vendría a pedir explicaciones, pero no que fuera a hacerlo de forma tan exagerada.

—¿Y qué pretendías? —replicó Tomás, apoyado en uno de los muebles—. Sabía que algo no iba bien, es mi hermana. Tuviste suerte.

Juan hizo oídos sordos.

—Despertaste con la amnesia y sacaste a Marcos creando un primer encuentro con Sergio, que fue lo más tenso de todo. Si iba a por ti interrumpiría el proceso.

—Fue ella la que vino a por mí —masculló Sergio, dando por sentado que ese era el plan.

Juan asintió, sin mirarlo a la cara.

—Necesitábamos que os encontrarais para llevarte a los chicos, y para curarte. Lo que no sabíamos era cuándo o de qué forma concreta te llegaría su sangre. Me preocupaba que fuera demasiado pronto y, sobre todo, que ella no se duplicase a tiempo. Tendría que llamarte para que pusieras a salvo a los chicos. Supuse que en cualquiera de esos encuentros corríamos el riesgo de que la mataras.

Sergio gruñó por lo bajo.

—No me faltaron ganas.

Alicia se encogió por el tono que Sergio había empleado. Al parecer, ahora tampoco le importaría matarla. Para no olvidar la duda que surgió durante la explicación de Juan, y para cambiar de tema, se apresuró a hablar.

—Entiendo que fuera necesario mi encuentro con Elián, pero no porqué Nico tuvo que pasarse tanto tiempo en la furgoneta. Al parecer, lo que sea que hace en mi cabeza y en la de otros no está relacionado con la distancia… ¿No?

Juan negó con la cabeza.

—Sí lo está. Si no se hubiera quedado en ese lugar no alcanzaría a Diana, ni a Tomás, ni a ti. Estaba agotado, él fue quien se encargó de tapar el rescate de los nuestros.

La mirada de Juan se encontró con la de Alicia. No fue necesario que ella hablase.

—No lo recuerdas —dijo Juan.

Alicia se sintió diminuta. No tenía un solo detalle ni del rescate, ni de demasiadas cosas.

—Te recuerdo avisándonos de que habían sido secuestrados, nada más. Tampoco recuerdo nada de Lucía. En todo este tiempo no he tenido ninguna visión de ella.

Que Juan no se sorprendiera la reconfortó un poco. El que no parecía tranquilo era Sergio. Al parecer, ambos conocerían los detalles reales de su salida de los laboratorios a la vez.

—De Lucía no podías recordar nada, porque todo lo que hacía tenía que ver con nuestros planes. Nos preocupaba que Diana pudiera interpretar, o desconfiar, captar en los detalles algo comprometido, así que entre Teresa, Nico y tú, decidisteis eliminarla por completo.

Sergio intervino. Por su tono, le traía sin cuidado que recordase o no a Lucía, su interés era el rescate.

—Explícame eso del crío. ¿Qué demonios pasó allí abajo?

Alicia estuvo tentada a mostrarle su apoyo, pero de un solo vistazo a su expresión enojada se mantuvo inmóvil y en silencio.

Juan respondió con normalidad, pero también él evitaba el contacto visual con el motorista.

—Nico llevaba varios días confundiendo al personal para que creyesen que vosotros seguíais allí. Mientras el chico toqueteaba sus mentes, con órdenes simples de que todo iba como debería, Teresa consiguió sacaros, uno a uno. Con la basura, por cierto.

Sergio dejó su asiento con tanto ímpetu que casi lo vuelca. Alicia se temió que se lanzase contra Juan. Quizá por lo mismo, su hermano se acercó a la cama, listo para interponerse entre ellos. Por el contrario, Sergio les dio la espalda.

—No me jodas —dijo entre dientes. Cuando se volvió, sus ojos fulminaron a Juan—. Recuerdo muy poco, todo sucedió muy rápido y estaba sedado, pero juraría que a mí me sacó Lucía.

El titubeo de Juan al responder desveló que también a él le preocupaba llevarse una paliza.

—Era imposible que nadie que no fuese del laboratorio se colase allí dentro. Nico también entró en tu mente. —Como el gesto de Sergio se endureció, apuró las explicaciones—. En unos días empezaría esto. Por muy sedado que estuvieras, ibas a recordarlo. No podíamos arriesgaros por lo mismo que evitamos los recuerdos de Lucía, porque si se lo comentabas a ella, Diana sería mucho más cauta y, por tanto, peligrosa.

Alicia intervino sin pensar.

—¿No lo sabía? —Que los tres se centraran en ella la sobrecogió. Ninguno tenía una expresión amable. Le costó explicarse—. Me refiero a que ella trabajaba allí. Con la fuga, rescate o como queráis llamarlo, dudo que les quedase alguna duda de que tenían un topo, y que Nico estaba detrás.

Esta vez fue Tomás quien respondió.

—A Diana no se lo contaron todo. De entrada, no tenía ni idea de lo que puede hacer Nico, ni le importó nunca otra cosa que no fueras tú. Para ella, era una pelea contigo. Nada más. Al principio, cuando la atraparon, sí se involucró, pero cada vez chocaba más con la doctora. Lo que quería era demostrarte que ella era mejor. No fue solo por Sergio, como Eva la machacaste tanto como a los demás, solo que ella no lo manejó igual. Nunca fue capaz de rebatirte y, las veces que lo intentó, te pasaste.

—Diana quería darle un escarmiento —dio por sentado Sergio, con tono despectivo.

Tomás asintió.

—De no ser por eso, os habría matado el primer día. A ti en tu casa, a ella y a Marcos cuando estaban inconscientes. Como dijo Juan, solo podíamos sacaros de uno en uno. Ella estaba en contacto con nosotros y con los laboratorios, podría haber informado, pero nos dejó hacer.

Alicia seguía sin entenderlo del todo. Justo cuando iba a preguntar, su hermano se volvió hacia ella.

—En cuanto te trasladaron de planta, esas celdas que viste, de las que escapaste, Nico dejo de confundirlos. A Sergio lo tenían tan vigilado que por eso fue último y en unos días se desató esto. El chico debía emplear las pocas fuerzas que le quedaban en protegerse él, hasta que tú lo sacases de allí.

Alicia se fijó en que Juan se revolvía inquieto. Sin duda le estaba costando dejar hablar a su hermano, en vez de hacerlo él. No pudo más e intervino y lo primero que hizo fue señalarla con el pulgar.

—Al inyectarse ella el suero, minutos después, Diana la localizó. Empezaba el vínculo. Por suerte, es algo progresivo. No podría meterse en tú cabeza hasta horas después, que era el tiempo que tenías para el plan que te pasaste por el forro. Sin embargo, no fue a por ti. Creemos que le interesaba algo más dramático, dónde tú lo pasarías mucho peor. También te dejó hacer para, de paso, medir tus fuerzas. Por lo que Nico nos contó, tu amnesia la confundió lo necesario para darnos un poco más de tiempo y que pudieras encontrarlo a él.

Sergio había vuelto a sentarse. Continuaba furioso y miraba a Juan con resentimiento.

—Si el chico puede meterse en la cabeza de cualquiera, no entiendo a qué viene esto. ¿No había otra forma más sencilla?

Juan lo miró incrédulo, como si lo que hubiera dicho Sergio fuera una locura.

—A ver, Nico no puede conectarse o manipular todas las mentes, y hacerlo no le es nada fácil. Tiene una mayor influencia en las de las personas corrientes que en los que son como nosotros, pero necesita algún vínculo, y no puede hacer lo que le venga en gana, que era justo lo que necesitábamos contigo.

Los datos bailaban en su cabeza. Alicia tenía algunas preguntas,

no terminaba de entender el plan inicial, ni el que finalmente siguió. Tampoco entendía bien qué hacía Nico. No debía ser la única, porque Juan se tomó unos segundos para dar con las palabras adecuadas antes de continuar.

—Desde dónde estaba, Nico podía cubrirte las espaldas con Diana, o con Tomás. Una simple orden susurrada en sus cabezas para que miraran hacia otro lado. No hacía más con ellos, no podía. Su vínculo era muy frágil porque con Tomás venía de ser tu hermano y con Diana por ser tu clon. Respecto a Elián, no podría haberle dado ninguna orden, no lo conocía, pero no fue necesario. Él nunca tuvo la menor intención de dejar su refugio hasta que te vio. Contigo el vínculo era enorme. Nacía de la convivencia y del cariño. Teresa se encargó de que vuestras celdas estuvieran juntas, pero justo eso lo perderías al olvidar. De ahí el colgante.

Alicia sintió un hormigueo de expectación. Sabía que el colgante era importante, aunque no veía cómo podría establecer un vínculo. No la había ayudado a recordar demasiado. Solo cómo lo consiguió y el encuentro con Sergio en el callejón.

—Él mismo se encargó de conseguir ese colgante. Un regalo para ti, que al verlo no te traería recuerdos concretos, porque jamás abriste la caja. Se fijaría en tu mente, y en cuanto leíste el nombre algo saltó en tu cabeza, porque sí reaccionaste al nombre de Alicia. A Nico le llegó esa sensación como una enorme señal y te localizó. Desde ese momento, empezarían las visiones que él controlaría. Necesitabas pistas que te hicieran avanzar, pero no podías rememorar nada demasiado comprometedor. A partir de ahí, íbamos a ciegas. Tu objetivo era Diana y hacerte con el suero. Aquí, nosotros, tras el tercer día, terminamos con la búsqueda de supervivientes y os esperamos.

Ninguno se atrevió a decir nada. Alicia esperaba alguna aclaración más, aunque entendió que quizá sería más sensato tratar de asimilar todo lo que había escuchado. Sergio fue el primero en romper el silencio.

—Un plan brillante —dijo con sarcasmo.

Juan lo miró molesto.

—Siempre dije que era una locura y, aún así, lo conseguimos todo salvo el suero —se defendió, con una mirada rabiosa que fulminó a Alicia.

Sergio no estaba en absoluto de acuerdo.

—Fue un milagro que no la mataran, que no se matase. Ninguna parte de ese plan tiene sentido.

Juan trató de defenderse.

—Lo sé, pero tampoco teníamos muchas opciones. Yo no estaba de acuerdo, pero ella pensaba llevarlo a cabo, con o sin mi ayuda.

Tomás intentó calmarlos.

—Nico está convencido de que no descuidó nada —aseguró, mirando a su hermana con cariño—. Y yo también confío en ella.

—No es cuestión de confianza —lamentó Juan, sin dejarse llevar por sentimentalismos—. Claro que debió atar ese cabo. El problema es que lo recuerde a tiempo. —Se giró hacia Alicia—. Se suponía que tu subconsciente te iría dando señales para encontrar a los chicos y a Sergio, para localizar el suero, sin que Diana lo supiera.

Alicia no daba casado las piezas.

—¿Y la carta? —preguntó, en parte por entender la reacción de Sergio, y por si su contenido ocultaba alguna pista. Las piezas que ella pudiera haber encontrado en sus recuerdos resultaban útiles para descubrir quién era, qué sucedía, pero no dónde había ocultado el suero.

Sergio le respondió y apenas logró mantener el peso de su mirada.

—Juan aseguraba que lo teníais todo bajo control, que contabais con todos los baches —dijo, escéptico y molesto. Otra muestra de cuanto lo engañaban a él—. Que fingiéramos como si Diana realmente hubiera logrado matar a los supervivientes, y que cogiéramos un coche para ir a tu casa sin decírtelo, por la conexión.

Esta vez el resentimiento de Sergio estaba dirigido a Tomás, quien tomó el relevo.

—Y que solo fuera del laboratorio te comentáramos que buscabas el suero y que, si tratabas de ir a por él, te lo impidiéramos. Insistía en que lo habías puesto a muy buen recaudo y el sótano era peligroso para ti.

—¿Y Nico no sabe nada? —le preguntó Alicia a Juan.

Este negó abatido.

—Para que pudieras huir te cambiaron a otro bloque de celdas, os

separaron. Al parecer lo de los sueros fue algo entre Teresa y tú, a resolver en el último momento para que nadie sospechara.

Alicia trató de hacer memoria, pero solo le vino a la cabeza el último encuentro con Teresa, en la planta de las oficinas, cuando intentó matarla.

Entre todos, una y otra vez, repasaron los sucesos anteriores y posteriores a que se desatasen los incidentes del laboratorio. Le sumaron las versiones de los otros supervivientes, lo que Elián pudo haber visto, y lo que Nico conocía. Llegaron a la conclusión de que los empleados del laboratorios estaban programados para ir contra Alicia porque sabían que ella podía curar la infección y conseguir el suero. También habían contado con ellos.

—Se suponían que la mayoría del personal se atrincheraría en el laboratorio subterráneo para proteger las muestras del suero, pero tres equipos móviles irían en tu búsqueda. Por lo que me contaron, os encontrasteis. El grupo en el que estaba Teresa, los que te asaltaron en el aparcamiento con Sergio y los que freísteis. Nunca creyeron que llegáramos tan lejos. Pretendían librarse de nosotros, bueno, que Diana se librase de nosotros, y volver para seguir sus investigaciones. Al matar a los científicos, comenzó el plan alternativo, que se reduce a arrasarlo todo. Esta opción B está tan programada como todo lo demás. Fue Diana quien lo hizo saltar, y solo ella podría anularlo. Nico me dijo que teníamos una semana a contar desde que se activó el plan, en el que solo se contemplaban dos opciones: que Diana nos diera caza o que escapásemos. Y la solución para ellos ante nuestra fuga, es volar los laboratorios y cuanto lo rodea. No quedará ni una sola prueba, y ni un solo habitante en la ciudad.

Alicia lo miró con horror.

—¡Tenemos que detenerlo!

Tomás y Sergio siguieron en silencio, Juan la miró apenado.

—Imposible, y también necesario. ¿Cómo sino nos libramos de los ciegos, o de los muertos? Hemos sido minuciosos, no queda nadie vivo oculto por ahí. Esta alternativa es la mejor idea que ha tenido Zeva. El problema es dejar la ciudad a tiempo.

Alicia echó cuentas. La semana estaba a punto de cumplirse, como mucho tenían un día más.

Tomás se estiró, harto de estar en pie, pero incapaz de tomar

asiento.

—Tenemos que centrarnos. Si dejaste pistas, la respuesta tiene que estar en alguna parte de tu recorrido automático.

El repaso general fue idéntico al de minutos antes. Ella despertó en el 24 horas, vagó por la ciudad hasta el puerto, y volvió al edificio de los laboratorios para encontrar a Nico. Con el vínculo ya establecido, y como el chico se encontraba mejor, no era necesario que siguiera cerca de ella. Juntos, entraron en el edificio, apareció Sergio, la dejó inconsciente, empezaron las visiones, y la despertó el grupo de Teresa. Tras pasar la noche en el archivador, se encontró con Elián.

Sergio volvió a aparecer para llevárselo tras el cruce de sangres. Empezaba su búsqueda de la presunta cura. Pasó por la armería y su siguiente destino fue el ático.

Desde ese momento no había hecho otra cosa que ir del ático al laboratorio. Lo más lejos que estuvo fue en el aparcamiento. Era de suponer que dentro de ese perímetro ocultó los viales, pero el margen era amplio. Podría haberlos guardado en uno de los coches del garaje. Una aguja en un pajar. De algún modo lo descartó, aliviada. El piso de Sergio también era una buena alternativa, pero su instinto no dejaba de señalar los laboratorios.

—Esto es una pérdida de tiempo —protestó Sergio con impaciencia—. Si recuerda, lo hará por sí misma. Tanto repaso no hará otra cosa que aturdirla.

El comentario le granjeó duras miradas de Juan y Tomás. No pareció importarle.

—Tiene razón —intervino Alicia, antes de que volvieran a discutir.

Negándose a dejar el tema, Juan la miró con seriedad.

—Tal vez te ayude ver a los demás.

Alicia se estremeció ante la idea, pero entendió que podría ser útil. Nuevos rostros quizá provocasen nuevos recuerdos.

Dejó la cama con las piernas temblorosas, cargada de inseguridades. La idea de enfrentar diversos rostros, probablemente desconocidos, no le hacía ninguna gracia. Salió del cuarto en compañía de sus dos habituales guardaespaldas, mientras Juan abría

la marcha por un pasillo que no le decía nada.

Ensimismada, llegó a un amplio salón comedor en el que una docena de cabezas se volvieron para mirarla. Solo reconoció a Marcos, Nico y Elián. Un cuadro le llamó la atención. El marco negro encerraba, a modo de collage, varias fotografías de un bosque que le resultó familiar.

Sin previo aviso, revivió cómo seis agentes de Zeva la rodeaban con las armas en alto y la abatían de un certero disparo en el cuello en un salón más modesto, pero con el mismo cuadro colgado en una de las paredes. Tomás y Sergio la agarraron para que no cayera cuando sus rodillas cedieron bajo el peso de su cuerpo.

Envuelta por los murmullos preocupados de los desconocidos, se vio arrastrada de vuelta a su cuarto poco menos que en volandas, mientras Juan protestaba. Para él era necesario, insistía en que la habían hecho recordar algo.

—No ha sido por ellos, fue el… lugar —susurró Alicia aturdida, sin ser muy consciente de lo que hacían con ella. De pronto volvía a estar tumbada sobre la cama.

—Nunca he sido partidario de las terapias de choque —bromeó Tomás, muy cerca.

Su entorno se hizo borroso, apenas reconocía a sus acompañantes.

—Será mejor que descanse —aconsejó Sergio y su voz sonó igual de cerca.

Les hizo caso, y todo desapareció.

RECUERDO 17: EVA

Estaba en un quirófano, tumbada en una camilla dura, conectada a un montón de cables.

Teresa la reconocía con unas manos seguras que recorrían su cuerpo, mientras su rostro tenía una expresión indiferente. Sin apenas mover los finos labios, le susurraba.

—Se les termina la paciencia y se plantean ir a por el grupo, con o sin tu fuga. Nico lo ha visto —murmuró mientras la deslumbraba con una pequeña linterna para examinar sus pupilas—. Haré que te trasladen al otro bloque, el plan sigue siendo el mismo. Yo me encargo del suero y te esperamos para señalarte el lugar. Cuando la cosa se tuerza, no salgáis de aquí hasta que amanezca, y no te desvíes del sector D. Es el único por el que no rondarán los de personal. Me las ingeniaré para colocar la placa de Diana en el recibidor y la foto que tiene en su taquilla. Nico dice que Sergio jamás se creerá que ella trabajaba aquí si no lo ve con sus propios ojos —dijo con voz temblorosa. Apagó la linterna y se alejó, sin que ni una sola de sus preocupaciones alcanzase su rostro.

57— RESPONDE

La habitación estaba en penumbra. Las sombras la inquietaron, pero se tranquilizó al reconocer a sus compañeros de cuarto. Tomás dormía con el cuerpo retorcido en una incómoda butaca que no estaba allí antes. Sergio estaba en la silla que había ocupado Elián. Sus respiraciones profundas y algún que otro ronquido, le parecieron los mejores sonidos del mundo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. No quería fallarles, pero no parecía capaz de solucionar la parte del suero. Saber que estaban peligrosamente cerca de volar por los aires no ayudaba.

La impotencia y la presión que sentía, le impidió seguir en la cama. Necesitaba moverse. Ante el silencio y la quietud general, dio por sentado que todos en la casa estaban durmiendo. Quería conocer su vivienda, quizá algo en ella le trajera más recuerdos. Puede que hubiera guardado el suero allí mismo, sería la opción más sensata, pero intuyó que no sería tan sencillo.

Abrió la puerta despacio, como si fuera una intrusa, y salió al pasillo. Descalza, sus pasos quedaron amortiguados por el parqué. Llegó a una pequeña sala de estar y, aunque trató de seguir de largo, no pudo evitar fijarse en el interior. Una pareja ocupaba el sofá orientado hacia la puerta. Ella tenía los ojos cerrados, se acurrucaba contra el respaldo, totalmente encogida, con la cabeza apoyada en el reposabrazos. Él estaba sentado, despierto. Al verla, sonrió amistoso, con un brillo de arrepentimiento en sus ojos claros.

Alicia le devolvió la sonrisa.

Marcos se levantó y salió a su encuentro. En silencio, se internaron en la cocina, demasiado estrecha y funcional para estar ocupada por nadie. Los muebles ocultaban las paredes. Anclada a uno de ellos, había una mesa rectangular a modo de barra con dos taburetes altos a cada lado.

—No sé qué decirte —reconoció Marcos avergonzado, antes de dedicarse a abrir las alacenas—. ¿Un café?... aunque bueno, es tu casa.

Alicia se sentó en uno de los taburetes y sonrió divertida. Sus sentimientos hacia él eran una mezcla de felicidad y cariño. La alegraba el reencuentro y supuso que sería por la estrecha relación que tuvieron de niños y de adultos.

—Eso dicen, no la recuerdo. Acepto tu café y nos ahorraremos un

montón de tiempo si los preparas tú.

Marcos se limitó a asentir. Por la soltura en sus movimientos, conocía bien cada rincón. Su silencio le indicó a Alicia que estaba buscando la mejor forma de iniciar la charla.

—Me costó creer que fueras Natalia… —empezó a decir, con algo de rencor—…aunque también me costó creer el cambio de Eva, o que Alicia dejara a mi hermano por ese modelo insulso —añadió, por suavizar las cosas.

No le apetecía enfrentarse a él. No quería estropear la buena sensación que le provocaba, y ya tenía suficiente con los reproches de Sergio.

—¿Era modelo? —le preguntó.

Marcos metió las dos tazas en el microondas y se volvió para observarla.

—Eso dice Raquel, mi novia, la chica que estaba a mi lado en el sofá.

Alicia encontró resentimiento en su mirada y el tono era frío. La alegría se esfumó.

—Ni idea, sé quien es porque la vi en la calle. Fue una de las que vinieron cuando te encontré —Se sentía tan incómoda que empezó a retorcerse las manos, sin saber qué otra cosa hacer con ellas.

Un nuevo silencio los envolvió. El timbre del microondas puso a Marcos en movimiento, librándola de su mirada inquisitiva. Sacó las tazas y le tendió una, sentándose frente a ella en la barra.

—No puedo recriminarte nada, me salvaste la vida —dijo al fin, entre dientes—. Caí como un imbécil. Diana me dijo que había escuchado al grupo hablar de lo que pasaría, que alguien debería impedir que esas cosas dejaran el laboratorio y que el único era yo. Me pidió que no se lo dijera a nadie, por el topo que teníamos entre nosotros, yo… menuda zorra.

—Sí, bueno, creo que nadie desconfió de ella —lo exculpó Ali.

Marcos se bebió el café de un trago. Alicia empezaba a entender porqué estaba despierto.

—Y fue culpa tuya, de Eva. Lo bordaste.

El ataque la cogió con la guardia baja. Estaba en su derecho. Perdió a Natalia, a Eva y eso era solo lo que recordaba. Sorprendiéndola, Marcos pareció derrumbarse.

—Siento todo lo que te dije —murmuró, bajando la mirada.

Alicia no supo qué decir. Le agradecía que no empezara a enumerar todo lo que ella hizo mal, ni cuánto lo había engañado también a él. Chasqueó la lengua, en un gesto desenfadado.

—Eso tampoco lo recuerdo.

Marcos la miró con picardía.

—Mejor. Aunque yo sí recuerdo tus palabras que no fueron mucho más cordiales.

Alicia se encogió de hombros.

—No, tampoco está registrado. Ni que te haya zurrado, no recuerdo que fuera yo.

Marcos enarcó una ceja descreído.

—Sí que fuiste tú.

Alicia alzó las manos.

—No, no, si no digo que no fuera yo. Solo que no lo recuerdo. Sé que estuve en el 24 horas y eso, pero no recuerdo el momento en el que te golpeé.

Marcos pareció sorprendido.

—Vaya, al final sí vas a ser humana y todo —dijo. Ante su gesto confuso, se compadeció y fue más claro—. Se supone que con todo lo que te habías metido, terminarías con una amnesia postraumática. Es decir, los minutos previos al trauma jamás se recuperan. También se supone que se recuerdan las cosas de forma cronológica, pero con Nico por el medio no sería así, y contigo nunca se sabe.

Alicia continuó mirándolo sin comprender.

—Es igual…

Marcos se calló lo que fuera a decir cuando alguien entró en la cocina.

—¿Haciendo las paces? —les preguntó Sergio.

Marcos le sonrió con cariño y se levantó.

—Por suerte, no recuerda nada, y yo no pienso recordárselo. Iré a ver a Raquel —dijo a modo de pretexto para dejarlos a solas.

Alicia miró a Sergio preocupada. No encontró demasiado en su expresión, ninguna pista sobre su estado de ánimo. Seguía sin fuerzas para enfrentarlo.

—¿Tan malo fue? —le preguntó. Lo vio acercarse, directo hacia ella y su corazón comenzó a latir desbocado.

—Depende para quién —respondió, antes de abrazarla y darle un prolongado beso.

Alicia fue incapaz de reaccionar a otra cosa que no fuera besarlo. Era como si se hubiera perdido una parte importante al no saber bien a qué venía tanto afecto. Cuando Sergio se separó lo justo para mirarle el rostro, agradeció estar sentada. Las piernas no la sostendrían.

—Creí que estabas… cabreado —consiguió decir con la respiración entrecortada.

—Y lo estoy —aseguró Sergio, besándola de nuevo antes de ir a servirse un café—. Pero no sirve de mucho hacerlo y es algo compartido. Estoy cabreado con Tomás y más contigo, con ese rollo Hansel y Gretel, lo de dejar miguitas de pan para marcar un camino suicida. Sois idiotas.

Alicia parpadeó. Algo en lo que había dicho hizo saltar una alarma en su cabeza.

Junto al microondas, Sergio la miró suspicaz.

—¿Qué?

—No lo sé —respondió, confusa y pensativa. Detestaba esa sensación de tener algo en la punta de la lengua—, algo que has dicho… —añadió, recordando que también a un comentario suyo descubrió lo de su némesis.

Sergio olvidó su café y se sentó frente a ella.

—Dejaste alguna pista, eso ya lo sabíamos. No te quedaba otra solución con la amnesia.

Una idea tomaba forma, poco a poco.

—El supermercado del puerto, donde pasé la primera noche al despertar… —recordó Alicia con aire ausente—. Allí me cité con Teresa, allí me dupliqué cuando iban a cogerme. —Tal vez su parada allí, tras despertar, no hubiera sido casual.

—¿Otra tú se hizo con el suero? —dudó Sergio.

Alicia negó de forma enérgica.

—No podía duplicarme tanto. Estaba al límite y necesitaba todas mis fuerzas… —Se vio subiendo por el hueco del ascensor para alcanzar los vestuarios en los que encontraría la ropa y el móvil, y en las escaleras cuando iba a la azotea del edificio para detener la marcha de los científicos—. Cuando viniste a por Nico… ¿En qué planta me encontraste?

Sergio la miró extrañado por la pregunta.

—En la cuarta.

—Mierda, no es la de los vestuarios —protestó. Si en su despertar visitó los puntos relevantes, era de esperar que acabase allí. Las visiones le señalaban el vestuario, pero ella no regresó a esa planta—. Solo estuve en la armería, el garaje y en tu piso. Mil opciones, pero mi cabeza se empeña en señalar los laboratorios. ¿Dónde? Ese es el maldito problema.

Sergio rodeó la barra para abrazarla de nuevo.

—Por lo menos hiciste caer a la doctora y al resto del equipo científico. Esto no volverá a repetirse en ningún otro sitio.

Sintió como apoyaba su mejilla contra su pelo. No se sentía tan altruista, quería tener más tiempo y poder pasarlo con él.

—Pero nosotros no nos salvamos —lamentó.

Las manos de Sergio acariciaron su espalda.

—Creo que tu colega, el escolta, es un buen ejemplo a seguir en este caso. Él también hizo todo lo posible, aunque le costara la vida —dijo Sergio respetuoso.

Recordar a Adrián fue recordar su muerte en aquella azotea y, con ello, las piezas encajaron. La emoción puso cada uno de sus músculos en tensión.

—Solo tres grupos me buscarían —susurró con nerviosismo, aferrándose a los brazos de Sergio, como si agarrándose a él sujetase la idea que tomaba forma.

Sergio la separó un poco para mirarla y vio en sus ojos que no la entendía. Se obligó a soltarlo, con miedo, pero el descubrimiento no se esfumó, siguió bien presente. Notó cómo el estómago se le encogía de emoción.

—Tres equipos vendrían a por mí, el resto del personal cubriría el laboratorio subterráneo —repitió Alicia esperanzada—. Un equipo, los del pasillo del ascensor, otro, los del garaje, y tres, los agentes que custodiaban el helicóptero. No podían contar con que cayeran al principio y tampoco había transporte para ellos. ¡Pensaban utilizarlos y qué mejor forma! —exclamó como si fuera obvio. Tuvo que dejar el taburete y se puso a caminar de un lado a otro. Por como la miraba Sergio, él no lo veía tan claro, ni entendió la importancia de los grupos.

—Teresa me avisó de que estaban muy cabreados, que esto pasaría, con o sin mi fuga, y que ella se encargaría de los sueros y me señalaría el lugar, que me esperaría. Su grupo, supongo que formado por los topos que teníamos allí, ni era uno de los tres equipos, ni bajó al sótano con los otros empleados.

Sergio no mejoró su expresión.

—¿Recuerdas esa parte? —dudó, sin saber que decir.

Alicia rió nerviosa. Volvió a revivir su encuentro con los primeros empleados.

—Oh, sí, ya lo creo que lo recuerdo, porque casi me mata al cumplir su parte.

Sergio al fin comprendió sus conjeturas.

—¿Las dejó allí, en las oficinas, en una de las plantas?

Alicia asintió.

—Yo no reconocería el lugar exacto, pero sí la planta. No podía darme más datos por Diana. Supe que era mi contacto antes siquiera de que ella nos atacase. Podría atar cabos y hacer lo mismo que en los vestuarios.

—Las plantas son enormes, nos llevara tiempo…, no te

dupliques… —pidió Sergio preocupado.

Alicia sonrió satisfecha.

—También sé dónde están. Pasé la noche en el archivador, buscaba algo allí, pero entonces no sabía el qué.

—Si no lo encontraste entonces, dudo que ahora lo hagas —avisó Sergio, pidiendo calma.

Alicia se acercó a él y cogió su rostro.

—Lo tuve delante de mis narices todo ese tiempo —dijo antes de besarlo.

Sergio arqueó una ceja.

—¿Esto es una declaración o seguimos hablando del suero?

Alicia no contuvo la carcajada. Ya tenía lo que tanto buscaba, y lo abrazó con fuerza.

—Las dos cosas —reconoció. Cerró los ojos al sentir cómo le devolvía el abrazo.

Durante su búsqueda entre los documentos, al abrir el cajón de uno de los archivadores, había percibido el tintineo del vidrio al chocar. Entonces, lo único que le preocupó era vérselas con un montón de papeles desordenados, sin imaginar que ahí mismo estaba la clave.

La respiración de Sergio agitó su pelo. Se merecía una disculpa, no podía posponerlo más. Cogió aire y lo enfrentó, con las manos apoyadas en sus hombros.

—Lo siento. Siento todo lo que ha pasado, lo que…, bueno, lo que he hecho.

Sergio pareció sorprendido.

—Deberías —bromeó, antes de adoptar un tono más serio que se fue ensombreciendo a medida que hablaba—. Estoy harto de todo esto. Casi hasta de ti. Si tienes pensado seguir haciendo planes a mi costa, te agradecería que me lo dijeras, para poder mandarte a la mierda.

El deje sarcástico, la veracidad en sus palabras, la obligaron a dar un paso atrás. Él no la retuvo, sin dejar de mirarla a los ojos esperaba

una respuesta sincera. Pareció reconsiderar sus palabras y volvió a hablar. Esta vez sonó muy cansado.

—Te quiero, pero me has superado con todo esto. No tienes ni idea de cómo me sentí cuando desapareciste en el aparcamiento. —Dejó el taburete y, dándole la espalda, fue hacia el microondas para coger la taza—. Me dolió perder a Natalia, y a Alicia, me jodió conocer los motivos. Te dije que hubiera hecho lo mismo, seguro que sí, pero en ese caso no podría esperar… más. No sé qué esperas tú, ni siquiera tengo claro cuánto recuerdas de lo que pasó entre nosotros.

Alicia bajó la mirada, volvió a juguetear con sus manos. El entusiasmo por saber dónde estaba el suero desapareció.

—Recuerdo lo importante —respondió—, lo que siento. Si te refieres a hechos concretos, muy pocos, es verdad, pero eso no cambia nada.

Con el café, Sergio volvió a ocupar el taburete y mantuvo su mirada cauta. Estaban a solo un paso, pero a Alicia le pareció que los separaban kilómetros.

—Quiero estar contigo, Sergio. Y no sé cómo hacer para que me perdones.

Sergio cerró los ojos unos segundos. Para cuando los abrió, parecía agotado.

—Es sencillo, no lo repitas. Si quieres estar conmigo, ni una trama más. Si piensas volver a utilizarme, y me la sopla que sea por mi bien, se acabó.

Alicia quería acercarse pero temió que la rechazara. Se cruzó de brazos a la defensiva, se sentía pequeña, idiota. Insegura.

—Parece que esto se ha acabado. Y aunque no fuera así, ya conoces todo lo que puedo hacer. No tengo la menor idea de qué pasará mañana, ni en un mes. No sé si quedará algo de los laboratorios de lo que haya que ocuparse. Lo único que tengo claro es que ese tiempo quiero pasarlo a tu lado, sin secretos.

Sergio sonrió. Dejó la taza sobre la mesa y extendió el brazo para agarrarla y atraerla contra sí. Alicia, se dejó guiar.

—Tenemos que avisar a los demás —dijo ella, aferrándose a sus hombros.

—Ahora mismo —rezongó él antes de volver a besarla.

58— ENCUENTRA

Alicia se vio rodeada de una oscuridad absoluta. Se quedó paralizada. Momentos antes se encontraba con Sergio en la cocina y sus palabras eran claves para recordar dónde estaban los sueros. Tres equipos, eran tres equipos, y Teresa no formaba parte de ellos. Se obligó a calmarse, a no dejar que la negrura la sugestionara. Tenía que haberse desdoblado, y su destino solo podía ser la habitación de los documentos.

Agudizó el oído. Apostaba porque estaba sola, pero oía ruidos lejanos. En la planta, o en la calle, era difícil saberlo con exactitud. La puerta estaba cerrada, era obvio o entraría por ella algo de claridad a pesar de la noche. La mayor amenaza eran los seres ciegos, dudaba que los muertos se dedicaran a subir hasta allí. Vagarían por las calles, inconscientes, estúpidos, dispuestos a caer en las garras de las monstruosidades nocturnas. Estas no estarían tras la puerta, listas para echarla abajo, como su mente parecía asegurar. La planta con sus ventanas jamás sería su guarida. Ningún rezagado rondaría por allí, estarían todos en la calle, entretenidos destrozando cuanto pudieran, sin la menor idea de que en muy poco tiempo no serían más que cenizas. No podían localizarla, no tenían oídos. Tenía que vencer la rigidez de su cuerpo y lo consiguió.

Extendió los brazos y buscó la pared. Chocó contra uno de los muebles y trató de situarlo en el plano mental que tenía de la habitación. El archivador que buscaba no estaba lejos, pero necesitaba ver. A tientas, palpó hasta dar con el interruptor de la luz. Nada cambió. Como en los laboratorios subterráneos allí tampoco había electricidad. El miedo quiso apoderarse de ella. Su mente le susurró que jamás encontraría nada a ciegas. Lo único que consiguió que no se viniera abajo fue la esperanza. Pensó en abrir la puerta en busca de iluminación, pero la sola idea agarrotó cada músculo impidiéndole moverse.

No supo qué hacer, hasta que recordó la linterna de mano que había visto en uno de los cajones de la única mesa. Tras vencer la rigidez que imponía la sugestión, se movió con cuidado para alcanzarla. El ruido del cajón al abrirse consiguió que el estómago se le encogiera. Apretó los dientes, aferró la linterna sin molestarse en cerrarlo de nuevo y pulsó el botón.

La estancia se reveló ante sus ojos. Estaba igual que como la había dejado. Soltó el aire que había estado conteniendo y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Avanzó hasta su objetivo,

con el corazón a un paso de salírsele del pecho. Las inseguridades regresaban. Podían no estar allí, podría haberse equivocado en sus conjeturas. Abrió el último cajón y el alivio la invadió al escuchar el tintineo del vidrio. Apartó las carpetas clasificadas, pero no encontró más que la plancha metálica que formaba la base del cajón, hasta que dos viales vacios rodaron para dejarse ver.

Los contempló con horror. ¿Eso era lo que había allí?

Su cuerpo empezó a temblar, la angustia le cerró la garganta y los ojos empezaron a escocerle por las lágrimas, mientras la ilusión de dar con los sueros se derrumbaba como un castillo de naipes.

—No, no, no…, por favor, no…

Se cubrió la boca con las manos, sentía unas ganas terribles de gritar, de empezar a dar golpes y, a su vez, de dejarse llevar por el desanimo, encogerse, y ponerse a llorar.

No tenían tiempo, ni alternativas. Estarían muertos si su corazonada no era real. Por pura testarudez, fue incapaz de asumirlo. Los viales llenos tenían que estar allí. No podía ser de otra forma, lo sentía así.

Observó su alrededor. Tal vez se encontraran en otro mueble, o en las estanterías. También podrían estar en las mesas de los cubiles, lejos del resguardo que le daba el archivador. Negó con la cabeza mientras mantenía un pulso consigo misma. Estaba allí, en esa habitación y se empecinó en que ese era el mueble. Tal vez por dar sentido a su obstinación, por no aceptar el fracaso, comprendió el porqué de los viales vacios. Seguro que Teresa los había puesto allí para marcar el lugar, para llamar su atención, y los de verdad estarían bien protegidos para no resultar dañados. Juan le había comentado que el plan era inyectarle el suero a Diana. Los frascos vacíos significaban que ese plan era historia. Le pareció que tenía muchísimo sentido. Estaba en el punto correcto, y decidió desterrar cualquier duda.

Intentó desencajar el cajón, pero los topes se negaron a ceder. A cada tirón, sonaba el tintineo. Se puso tan nerviosa que estuvo tentada a emplear toda su fuerza, o algo contundente. Se frenó a tiempo. Solo faltaba dar un mal golpe y estallar los viales. Debía pensar con calma, pero la adrenalina y el miedo se lo impedían.

Se apartó del cajón, se sentó en el suelo, cerró los ojos y trató de normalizar su pulso y su respiración. Los viales estaban allí y había

una forma de sacarlos, se dijo una y otra vez. Confiaba en Teresa, por poco que la recordara. Debía mantener la calma.

Volvió a acercarse al cajón y colocó las manos a ambos lados. Sintió el frío y palpó hasta alcanzar la parte inferior. En el estrecho espacio que dejaban las bases, las puntas de sus dedos tocaron algo rugoso. Coló ambas manos y tiró con suavidad, mientras el sudor empapaba su cuerpo bajo la ropa. Cuando hubo sacado el maletín plano de piel, estuvo a punto de abrazarlo, le temblaban los brazos de la emoción.

Lo apoyó en el suelo con aire reverencial y soltó los dos cierres, que emitieron un discreto *clic*. En cuanto vio la treintena de frascos rojos y otros tantos verdes, rompió a llorar.

59— ELIGE

Apareció de nuevo en la habitación de su piso y, a pesar de la confusión ante el cambio de escenario, lo importante era que entre sus manos estaba el maletín. Tomás seguía en la butaca, retorcido, emitiendo ronquidos alternos. Sintió como la sonrisa se adueñaba de su rostro al anticipar la reacción que su hermano tendría. Lamentó que Sergio no estuviera allí para ser de los primeros en conocer la buena noticia. Suponía que seguiría en la cocina, con ella. Dudó. No podía saber si había desaparecido de la casa, si se había duplicado, ni si una parte de ella aún seguiría en el archivador. La impresionaba, mucho, esa capacidad de desdoblarse y la inquietaba aún más el no tener pleno control sobre ello.

Quiso dejar el maletín sobre la cama para ir a despertar a su hermano pero fue incapaz de soltarlo. Se lo colocó bajo el brazo y puso la otra mano en el hombro de Tomás para zarandearlo.

Nada más tocarlo, Tomás se despertó. Se puso en pie de un salto y sus ojos se centraron en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado.

Sin poder borrar la sonrisa, Alicia señaló el maletín con un gesto.

—Lo tenemos.

Tomás la observó con fijeza, hasta que sus ojos se desviaron hasta el maletín. Lo contempló unos segundos antes de derrumbarse sobre la butaca.

—Dios mío —murmuró, cubriéndose el rostro con las manos, sin ocultar las lágrimas que comenzaron a empaparlo.

Alicia iba a decir algo, pero la asaltó una súbita energía, que le impidió emitir palabra. Se sentía más fuerte y más completa. Tras unos segundos intuyó lo que era: el duplicado del archivador acababa de desaparecer. Como no le llegaron imágenes ni tuvo que volver a presenciar su muerte, dio por sentado que había sido del modo más normal, como hacía cuando sí controlaba lo que era, y el alivio duplicó su sensación de bienestar.

—Tomás… —lo llamó, mientras veía el cuerpo de su hermano agitarse entre sollozos que quedaban amortiguados por las manos.

Porque sabía perfectamente cómo se sentía, le acarició la espalda.

Cogiéndola desprevenida, su hermano se levantó de la butaca y la abrazó con fuerza.

—Lo sabía, sabía que lo conseguirías —aseguró orgulloso.

Alicia le devolvió el abrazo como pudo, protegiendo el maletín con su cuerpo, hasta que la soltó, para mostrar una sonrisa idéntica a la suya.

—Tenemos que despertar a los demás.

La asaltó la ansiedad. La idea de encontrarse con los rostros del resto la impresionaba, pero también se temió tener que verse a ella misma. En el pasado lo habría hecho mil veces. Alicia, Eva, Lucía o Carlos no dejaron de cruzarse entre ellos, pero en ese momento le pareció algo aterrador.

—Yo… creo que estoy en la cocina con Sergio y, bueno… —Una de las dos tenía que desaparecer, y por más que le hubieran explicado que nunca dejaba de ser ella, era incapaz de verlo. Ella era Alicia y no quería ser de la que prescindieran. La copia que había dejado en la cocina no era ella, aunque en teoría ella no dejaba de ser la parte que se desdobló para ir a por el suelo. Intentó centrarse en la única vez que fue consciente de haberse desdoblado, en los laboratorios con Sergio y Tomás. Entonces, ella prevalecía, porque la copia que había dejado atrás acabó muerta. No tuvo demasiado tiempo para pensar en eso, solo pudo avanzar, buscar y pelear.

Tuvo que sentarse.

—Oh… ¿Qué hago? No quiero desaparecer.

Tomás la miró confundido y su entusiasmo decayó con la declaración de su hermana.

—¿De qué hablas? —preguntó, mientras se acuclillaba frente a ella.

Alicia expuso sus miedos.

—No podemos dejar la ciudad ambas. Una tendrá que quedarse hasta que la maten o desaparezca…, y no quiero ser yo.

Tomás pareció sorprendido. Acarició sus piernas con cariño.

—Vaya, menudo momento para ponerte de bajón —intentó bromear—. Y no sé qué decirte. Es por no recordar, de verdad, en

cuanto todo vuelva, lo comprenderás mejor, porque no vas a desaparecer. Nunca desapareces, vaya. Cuando una parte se esfuma, sus recuerdos van a la que queda, vívidos. Todas las identidades en las que te has desdoblado, son tú. Y sus recuerdos, son tuyos. La diferencia con los demás, es que ellos no pueden tener recuerdos simultáneos. Nosotros, sí.

Alicia suspiró, no terminaba de verlo.

—Vale, no importa —asumió, estoica—. Quiero acabar con esto cuanto antes.

Tomás asintió y se levantó. Una sonrisa maliciosa consiguió poner a Alicia de nuevo en tensión.

—Vamos a ver si la presión de estar frente a frente os une —decidió, echando a andar con ligereza—. ¡¡Todos en pie!!

Al grito lo siguió un revuelo procedente de cada habitación. Los ocupantes del piso debieron llevarse un buen susto, aunque Alicia no se sentía mucho mejor.

Escuchó la voz de Sergio desde el pasillo y fue incapaz de dejar la cama.

—No le ha pasado nada, está aquí —dijo, como si pensase que los gritos venían de no encontrarla en la habitación.

Alicia cogió aire, seguro que no le hacía la menor gracia saber que había vuelto a desdoblarse. Observó a su hermano en el pasillo y supo que él se encargaría de hacérselo saber.

—¡Ja! —exclamó Tomás—. Está ahí, y está aquí —aseguró, señalando el interior de la habitación con el pulgar.

Sergio casi arrolla a Tomás para asomarse por la puerta de la habitación. La mirada que le dedicó era pura molestia.

—¿Qué pasa? ¿Te aburres?

Los ojos claros de Sergio se desviaron hacia dónde estaba la cocina y Alicia intuyó que su otro yo acababa de asomarse. Se obligó a ponerse en pie, aferrada al maletín y avanzó con lentitud. Cuanto antes se encontraran, antes terminaría la tensión, que al parecer Sergio compartía. Sus ojos iban de una a otra sin saber cómo tomarse estar ante las dos.

Alicia llegó hasta la puerta pero no se asomó al pasillo. Varias cabezas aparecieron desde las habitaciones, intimidándola. Su atención se mantuvo en Sergio.

—Créeme, preferiría no pasar por esto. Tenemos el suero.

Sergio abrió los ojos como platos, y volvió a mirar a Tomás que tomaba el maletín que Alicia le tendía con manos temblorosas.

—Muy bien, todos al salón —aligeró Tomás, con un guiño cómplice a Sergio y Alicia, y ambos le agradecieron que les concedieran algo de intimidad.

La Alicia de la cocina se sentó en el taburete con los nervios destrozados y las mismas dudas, mientras la otra caminaba hacia allí con paso lento, con Sergio pisándole los talones.

En el más absoluto silencio, Alicia entró en la cocina. Sus ojos se encontraron consigo misma. Un hormigueo la recorrió de pies a cabeza. Dio un paso atrás, pero solo logró chocar contra el cuerpo de Sergio, que se negó a concederle la retirada.

—Si una ya consigue que pierda la cabeza, no quiero ni pensar qué será de mí con dos —masculló, asumiendo que le tocaba hacerse el fuerte.

En contraste con la incomodidad que los envolvía a ellos, estaba el bullicio y la algarabía que llegaba del salón. Varias voces fuertes vitoreaban, las risas hubieran sido contagiosas en otras circunstancias.

Sergio le dio un pequeño empujón a Alicia para obligarla a avanzar y cerró la puerta tras él. No se extinguieron los sonidos de la celebración, pero sí fue más palpable la tensión que había entre ellos.

Ambas querían hablar, pero se limitaban a mirarse, como hipnotizadas. Tras unos minutos, prevaleció la Alicia más reciente, mientras que la que ocupaba el taburete desapareció sin más.

Alicia volvió a sentir el aumento de fuerza, y su cabeza se inundó con los datos que se había perdido al desdoblarse, entre los que se encontraba, bien grabada, la advertencia de Sergio.

—Esto no fue un engaño. Yo…, ni siquiera supe que me había desdoblado… —Se giró hacia él para explicarse, por lo que le pudiera suponer su hazaña, pero él la calló con un beso.

Ante la sorpresa de Alicia, Sergio sonrió y susurró contra sus

labios.

—No negaré que para ciertas situaciones duplicarte es interesante.

Mucho más tranquila, le devolvió la sonrisa.

—Olvídate de eso —advirtió, rotunda, abrazándolo con cariño—. De hecho, estoy planteándome no recuperar estas…, habilidades, sobre todo porque tengo serias dudas de poder controlarlas.

Sergio la estrechó contra él.

—Esa es tu decisión y no tienes que tomarla ahora. Lo que sí, tendrás que decidirte por un nombre y un aspecto antes de inyectarte el suero.

Alicia no necesitó pensárselo demasiado. Su cuerpo apenas cambió, pero la melena rizada, negra, fue sustituida por una lisa color arena.

Sergio sonrió. Sus manos acariciaron sus mechones, antes de acunar su rostro entre las manos.

—Estas preciosa, Natalia —susurró, antes de darle un nuevo beso, más profundo y más sentido.

Alicia se abrazó a él.

—Si voy a tener una vida normal, si vamos a empezar de cero, creo que ella se merece una oportunidad.

EPÍLOGO

Las personas que se reunían en el salón la miraban sorprendidas y Natalia fue incapaz de internarse más de un paso en la habitación. Salvo Tomás, Marcos o Sergio, no la reconocían, y supo que era la elección correcta. En verdad, jamás llegaron a conocerla. Por su parte, no es que ella reconociera a demasiados.

Localizó a la novia de Marcos sentada entre dos hombres, cuyos rostros no le dijeron nada. Uno la miraba intrigado, el otro la ignoraba, más pendiente de la venda que rodeaba su brazo y que asomaba por debajo de la manga de la camiseta ajustada que parecía irle pequeña.

Al sentir su observación, Raquel arqueó una ceja y miró hacia otra parte. Natalia no supo interpretar su gesto, pero no parecía muy entusiasmada de tenerla entre ellos.

Nico dejó su sitio y echó a correr para darle un fuerte abrazo. Elián estaba demasiado ocupado regodeándose con los otros, insistiendo en que él ya sabía que ella encontraría el suero.

—Así que tú eres la cabeza pensante —le dijo al niño al devolverle el abrazo.

Nico sonrió con picardía y se separó. Seguía muy pálido, también ojeroso, y no pudo evitar acariciar su pequeño rostro.

—Gracias por todo.

El rubor coloreó las mejillas del chico y sus ojos se cargaron de timidez.

—La mayor parte del plan fue cosa tuya. Yo solo me encargué del colgante y de algunas cosillas.

Sobre el colgante conservaba muchas dudas y decidió esclarecerlas.

—No entiendo algo… ¿Por qué estaba el colgante en un bar, si el que debía tenerlo era Adrián?

Nico suspiró aliviado. Su carácter tímido agradeció que se centrara en otra cosa que los méritos que pudiera reunir.

—Quizá no fue la forma más fácil, pero no se me ocurrió otra. Encargué el colgante por internet. Yo allí abajo no podía recibirlo, y siempre revisan a todos los que salen. Nadie podría sacarlo, ni siquiera Adrián, pero sí colarlo dentro. El sobrino de Teresa trabajaba en ese bar, se lo envié a él y ella le explicó que tú irías a buscarlo. Como estaba preocupada por si la tenían vigilada, prefirió no tener nada que ver en persona.

Natalia asintió, y pasó a la siguiente pregunta, que era la que de verdad la tenía intrigada.

—¿Por qué Alicia? Con todas las identidades que he tenido… ¿Fue por algo en concreto? No lo entiendo, mi aspecto era el de Eva.

Los ojos verdes de Nico se desviaron hacia Sergio.

—Alicia era importante para ti. Fue con la que más tiempo tuviste, y porque tu aspecto era el de Eva, me pareció mejor que no te sonara. Él te llamaría Eva, y tú no creerías que eras ella. También era la que más te gustaba, por él. Me lo dijiste.

Lo entendió y le sonrió con gratitud, volviendo a avergonzar al chico que parecía incapaz de mirarla a la cara. Le pareció que actuaba de un modo extraño. En su primer encuentro parecía muy confiado, ahora, resultaba inseguro.

—¿Estás bien, Nico?

El niño no alzó la cabeza, se limitó a contemplar sus zapatos.

—Yo… no quiero que te enfades conmigo por, bueno, lo de tu cabeza.

A Natalia le preocupó que le sucediera algo a su cabeza, pero no dejó que nada asomase a su voz.

—¿A qué te refieres?

Nico pareció encogerse y no pudo evitar abrazarlo de nuevo. Tenía miedo de la respuesta, pero aquel niño le había salvado la vida en demasiados aspectos como para guardarle rencor por algo.

—Decidimos juntos lo que podrías o no ir recordando —dijo, tan bajito que apenas lo escuchó.

Con la cabeza enterrada en su barriga, no entendería demasiado así que lo separó para arrodillarse frente a él, sin romper el contacto,

con una expresión serena.

—Pase lo que pase, no voy a enfadarme contigo, ¿vale?

Nico asintió pero no parecía muy convencido. Esta vez sí la miró al rostro y el brillo inteligente la sobrecogió.

—Ya no estoy en tu cabeza, pero sigues sin recordar. Tengo miedo que al elegir tus recuerdos borrase, o algo, los que no necesitábamos. Algo pasó cuando recordaste a Adrián, fue por la marca, pero no funcionó. Ahí debería haber vuelto todo lo que no estuviera relacionado con el plan.

No le hacía especial gracia olvidar por completo su vida, pero no cedió ante el pánico.

—Bueno, Juan y mi hermano están seguros de que lo recordaré. —Vio que esto afectaba a Nico, como si se temiese que no tuvieran razón—. Y aunque no lo recuerde, no es tan grave. Conservo lo importante, ¿no? Me parece que lo demás, lo que he vivido hasta ahora, no es muy genial —dijo, por animarlo, pero se dio cuenta de que podría estar en lo cierto. ¿Qué vida había tenido al margen de la operación?, se preguntó. Probablemente una carga de sentimientos amargos por no poder hablar con sus padres, no llevar una vida normal y no estar con Sergio.

—Igual —rezongó Nico desconcertado. También él contempló esa posibilidad, y Natalia supuso que sus recuerdos del laboratorio tampoco serían memorables, sino fuentes de dolor. Toda su vida la pasó recluido, a saber en qué condiciones. La rabia y la impotencia la hicieron olvidarse de sus asuntos.

Como si intuyera sus pensamientos, quizá porque los conocía a la perfección, Nico sonrió agradecido y volvió a arrojarse contra ella para rodear su cuello con sus menudos brazos.

—Ahora todo irá bien —prometió para ambos.

Juan y Tomás se les acercaron. Uno con el maletín, otro con las jeringuillas. Natalia torció el gesto.

—Eso va a doler.

Juan entrecerró los ojos al mirarla.

—Ojalá. Pero este no duele, no notas nada. El puñetero es el que las devuelve.

—No me consuela —dijo ella, poniéndose en pie mientras liberaba a Nico.

Tomás le dio unas palmaditas en la espalda a Juan, en un intento de calmar los ánimos.

—Vamos a la cocina, ya te han radiografiado bien por hoy.

Natalia se volvió y antes de pensarlo siquiera, su mano se unió a la de Sergio. Sabía que había estado tras ella en todo momento, pero no tan cerca, ni tenía intención de agarrarse a él. Un acto reflejo, que la hizo sentir mucho mejor.

Por la expresión sorprendida, tampoco Sergio lo esperaba, y también lo agradeció. Juntos, volvieron a recorrer el pasillo.

—Voy a saberme este recorrido de memoria —bromeó Natalia.

Elián se les unió a la carrera.

—No te merece la pena. En unas horas… ¡boom!

Juan soltó un juramento.

—¡Elián! —lo recriminó Tomás—. Haz las bromas que te dé la gana cuando dejemos la ciudad, ¿sí?

La expresión burlona y confiada del adolescente fue aún más marcada.

—Ey, calma —dijo, señalando a Natalia con la cabeza—, con ella estaremos bien.

Sergio lo miró suspicaz.

—¿Por eso nos sigues?

—Pues claro —respondió sin dudar.

Ya en la cocina, tanto Natalia como Sergio ocuparon los taburetes de la mesa, mientras al otro lado se sentaban Elián y Tomás. El maletín de piel quedó abierto entre ellos, revelando los huecos de los viales que habían sido ya utilizados. Juan preparó las dosis para ellos y le enseñó las jeringuillas a Natalia.

—¿Preparada? ¿Esa quieres ser?

Natalia estrechó la mano de Sergio y agradeció más que nunca

habérsela dado.

—Sí.

Juan la sujetó por la muñeca y buscó su vía con la pericia de un enfermero.

—Como no, complicando las cosas. Eres una joya —refunfuñó al tiempo que le inyectaba el suero.

Alicia sintió el pinchazo, no fue agradable, pero tampoco podía definirlo como dolor. Por otra parte, el comentario de Juan la había aturdido. No parecía querer que tuviera la apariencia de Natalia, pero tampoco le dio una explicación, ni tuvo tiempo a pedírsela.

—¿A qué viene eso? —preguntó, mientras Juan se colocaba ante Sergio para repetir los movimientos tan profesionales. Se preguntó si sería médico o algo similar. Se lamentó porque, salvo su nombre, no sabía nada más. Resultaba curioso que pese a esto confiase tanto en él.

Juan retiró la aguja del brazo de Sergio y lanzó las jeringuillas usadas al cubo de la basura que había junto a la nevera. Se volvió hacia ella y meneó la cabeza.

—Natalia está muerta, ¿recuerdas? A ver cómo explicamos que en realidad no.

—Oh. —No había contado con eso, ni siquiera pensó en las implicaciones de ser ella. Miró a Sergio y supo que a él no le sorprendía demasiado el comentario de Juan. Sí había pensado en ello y sus ojos le señalaron a Tomás. Tardó unos segundos en comprender que él estaba igual de muerto para el mundo. Le hizo un guiño cómplice antes de hablar.

—Pero vamos a ver. Acabáis de destruir la sede de una importantísima empresa. Tras un elaborado plan saldremos todos ilesos, y cualquier amenaza explotará con la ciudad. ¿A estas alturas vais a decirme que os preocupa la burocracia?

—¿Sabes a dónde puedes irte? —protestó Juan, consiguiendo que tanto Sergio como Elián se echaran a reír.

Era obvio que Tomás se estaba mordiendo la lengua para no acompañarlos, pero, por solidaridad con Juan, se explicó.

—Tenemos que andarnos con mucho cuidado. Si alguien se entera de que somos algo más que afortunados supervivientes, terminaremos

en otro laboratorio y dudo que podamos repetir la hazaña. Lo de la identidad no es tan complicado, pero sí un coñazo. Tenemos gente fuera que nos darán los papeles que nos dé la gana, pero solo pueden ayudarnos cuando salgamos. Nos lo dijeron, aquí dentro estamos solos, para que no les salpique, y para no tentar más a la suerte. Ellos son de fiar, no es fácil dar con gente con recursos que sea así.

Porque lo entendía, y porque tampoco quería ensañarse con Juan, Sergio siguió por ese camino.

—Eso me preocupa, esa gente, y nosotros. ¿Qué haremos cuando nos saquen de aquí? ¿Quiénes somos? Porque lo de *afortunados supervivientes* no se lo creerán vuestros amigos, ni cualquiera con dos dedos de frente.

—En eso te equivocas. Se lo creerán —lamentó Juan—. Porque si esto sale a la luz, a ellos les caerá un marrón de cuidado. Si el tema se termina aquí, mejor para ellos y no querrán saber más. Hay otras sedes de Zeva, y eso es lo que buscan nuestros amigos, por lo mismo que los demás. Acabar con ellos de forma discreta y a otra cosa.

A ninguno le hizo especial gracia. Tomás siguió para responder a la otra pregunta de Sergio.

—Nosotros, somos los que éramos. Tú un mecánico, Juan forense…

Natalia se sorprendió.

—¿Forense?

La miraron extrañados, Juan asintió sin darle la menor importancia.

—¿Y Natalia y tú? —se preocupó Sergio, mientras sus dedos se cerraban con celo sobre los de ella.

—Nosotros, fingimos nuestras muertes para escapar de los laboratorios. Desde entonces llevamos vagando por el país, arreglándonoslas como pudimos, hasta que Teresa nos reclutó para conseguir las pruebas. Ahí también entráis tu hermano y tú. No podemos olvidar que somos del mismo pueblo, sería sospechoso…

—Y ambos estuvimos con vosotros el día de vuestra desaparición —le recordó Sergio, aún molesto.

—Sí —aceptó Tomás, sosteniendo su mirada con pesar, mientras Marcos y Raquel se les sumaban en el reducido espacio—. Estabais al

tanto de que no llegamos a morir, pero no sabíais qué nos traíamos entre manos.

Marcos se adelantó a Sergio.

—Vaya, casi, casi la verdad, salvo por lo de llegar a morir.

Por no asumir culpas y esquivar rencores, Natalia se centró en Raquel. Le sonrió amistosa, y lo único que consiguió fue que la chica resoplase. Una vez más tuvo la impresión de que no la quería con ellos. Como su gesto la delató, la novia de Marcos decidió acercarse y no le gustó demasiado su actitud chulesca.

Mientras los otros discutían sobre posibles identidades, rencillas pasadas y preparativos para dejar el piso, Raquel se colocó ante ella.

—Mira, vamos a ahorrarnos un montón de estupideces: te estoy muy agradecida y toda la pesca, pero no me caías bien como Alicia, no te soportaba como Eva, y ni siquiera tragaba a Lucía. No creo que como Natalia nos vaya a ir mejor—dijo, con un gesto indiferente—. De nada.

Natalia la vio darle la espalda para volver junto a Marcos, que le pasó el brazo por los hombros distraído. Parpadeó, fue lo único que pudo hacer.

Sergio captó su atención al acariciarle el brazo. Se acercó un poco más a ella y le habló al oído, para que lo que fuera a decirle, quedase entre ellos.

—Sí, la pareja perfecta para él. Te acostumbrarás y no le hagas mucho caso. Adoraba a Lucía.

Siguió sin decir nada, asimilando el corte que le acababan de dar. Si esa era la novia de Marcos, tendría que tolerarla, por muy difícil que le pareciera. La buena relación entre ellas iba a ser difícil, si solo se llevaba bien con la única a la que no recordaba. La agitación la espabiló. En el salón se alzaban las voces y en la cocina los nervios comenzaban a manifestarse.

Un vozarrón potente se hizo oír a pesar de la distancia con la otra habitación.

—Acaba de amanecer, el helicóptero ya viene para aquí.

Otra se sumó en tono alto.

—Coged todos vuestras cosas y subid de forma ordenada a la azotea, pero no salgáis hasta que os den la señal.

De rodillas en el taburete, en equilibrio, Elián golpeó la mesa para imitar un redoble de tambores.

—¿Nos vamos o qué?

FIN

AGRADECIMIENTOS

De entrada, un millón de gracias a ti por leer la novela.

Esta fue una de las primeras historias que subí al blog, hace más de tres años, y me sorprendió la buena acogida que tuvo. Mil gracias a todos los seguidores del Rincón, en especial a personas como Mary, Stefani, Brigit, Yen, Nahomy, Ro, Grace, Katy, Anamari o Silvia, por el interés que tuvieron entonces a lo largo del primer borrador en sus comentarios. A ellos y a los demás les pido disculpas por tardar tanto en publicar la versión definitiva.

A Yaz, Mocauy, Sisi, Blue, Mari, Valaf, Mónica, Yolanda, Yenny, Diana Olalla, Mónica Agüero, Vanesa, Ruth y Pili Doria, les agradezco que aún ahora se interesen por ella. Y, por supuesto, a Mientras Leo.

Todo esto es gracias a P. Iglesias, Blacquier y Canopus. Sin ellos, no existiría ni el blog. Es tanto lo que les tengo que agradecer, que necesitaría un libro entero. A mi familia y amigos, por el apoyo que me brindan cada día.

A Manuela Mangas Enrique, fantástica correctora profesional que sufrió el primer borrador de mis historias, y que se encargó de adecentar los primeros capítulos de esta.

A la escuela Verbalina, en especial a Ruth M. Rodríguez, por encaminarme.

A los blogs Promesas de Amor, Lectura, ¿fantasía o pesadilla?, Los libros no muerden, Fashion Lectura, Pasión por la novela romántica, Premios Púrpura Romántica, Mi sala de lecturas y Amor y palabras, por hacerme un sitio en sus espacios y darle una oportunidad a Romy y Allen.

A los escritores y blogueros que sigo, porque gracias a ellos aprendo y descubro. No puedo nombrarlos a todos, me volveré a dejar alguno, pero tampoco puedo evitar mencionar a Carlos Vázquez, Mere, Elisa TG, Loida, María Nieves Ávila, Bea Magaña, Díaz de Tuesta, Jorge Garrido, Iria Tuñas, Maria I. Blanco, Gala Romaní, MonTse, Carmen, Meg, Violeta, Yolanda y Feli.

Espero que hayas pasado un buen momento con esta lectura, y, sobre todo, gracias por empezarla.

Un saludo,

Nesa Costas

Una última cosa

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, ¡no te imaginas la ilusión que me hace!. A continuación tu Kindle te pedirá que evalúes este libro. Si te ha gustado, por favor, haz un último esfuerzo, puntúalo con 4 o 5 estrellas y, si puedes, deja un comentario en su ficha. Apenas te costará unos minutos y yo te lo agradeceré eternamente.

Encontrarás más historias mías en www.ElRinconDeNesa.com. Si quieres, suscríbete ahora a mi newsletter y no te pierdas ninguna actualización.

Espero que nos volvamos a encontrar pronto.

Con cariño,

Nesa

Table of Contents

ÍNDICE
PRÓLOGO
ANTES
LA CITA
EL GRUPO ZEVA
ASALTO FINAL
AHORA
1 — DESPIERTA
2 — SERGIO
3 — CAMINA
4 — LA PESADILLA
5 — INTUYE
6 — INSOMNIO
7— RECONOCE
8— SIN LÍDER
9— LA CLAVE
RECUERDO 10: DIANA
10— PELEA
RECUERDO 14: EVA
11— BUSCA
12— SOSPECHAS
13— SANGRA
RECUERDO 6: ALICIA
14— AGOTAMIENTO
15— PREPÁRATE
RECUERDO 5: NATALIA
16— LA MENOS PACIENTE
17— INVESTIGA
RECUERDO 1: LA NIÑA
18— CORRE
19— ENGAÑA
20— RABIA
RECUERDO 4: NATALIA
21— CONFIESA
22— MENTIRAS
RECUERDO 3: NATALIA
23— DESCUBRE
RECUERDO 2: EL CLON
24— ACTÚA
RECUERDO 18: EVA
25— REACCIONA

26— TANTEA
27— OBSERVA
28— ATIENDE
RECUERDO 11: NÉMESIS
29— DEFIENDE
RECUERDO 22: EVA
30— COMPARTE
31— IDENTIDADES
32— ESPERA